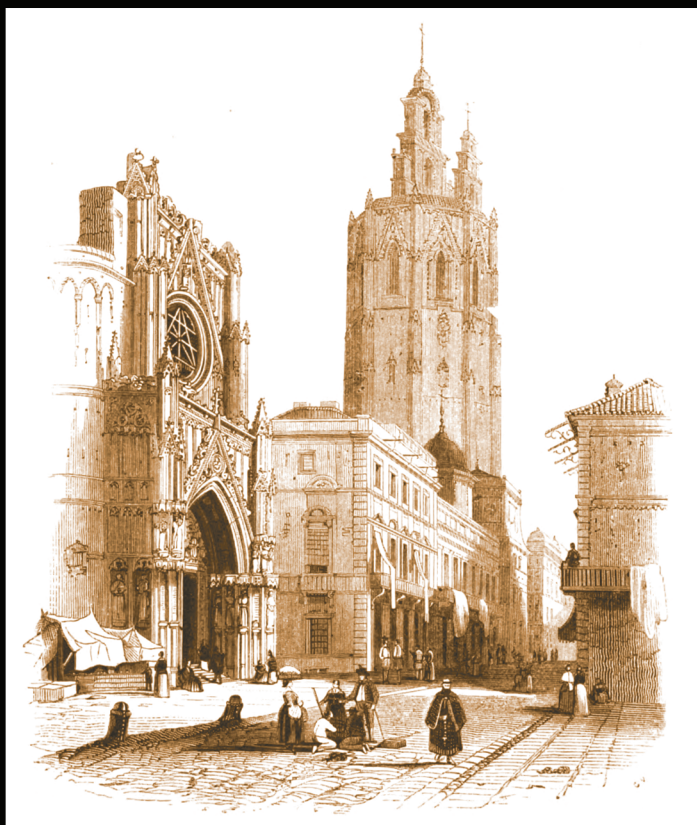


I. García-Wistädt,  
I. Gutiérrez Koester, B. Raposo

---

# Valencia inédita

Testimonios de viajeros alemanes  
(siglos XVIII-XX)





# VALENCIA INÉDITA

TESTIMONIOS  
DE VIAJEROS ALEMANES

(SIGLOS XVIII-XX)



# VALENCIA INÉDITA

TESTIMONIOS  
DE VIAJEROS ALEMANES  
(SIGLOS XVIII-XX)

Ingrid García-Wistädt,  
Isabel Gutiérrez Koester, Berta Raposo

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional.

© De los textos: las autoras, 2019

© De esta edición: Universitat de València, 2019

Coordinación editorial: Maite Simón

Maquetación: Inmaculada Mesa

Corrección: Letras y Píxeles S.L.

Cubierta:

Ilustración: Adolphe Françoise Pannemaker, *Valencia* (1847), grabado en Emmanuel Cuendias,  
*Spanien und die Spanier*

Diseño: Celso Hernández de la Figuera

ISBN: 978-84-9134-368-4 (papel)

ISBN: 978-84-9134-469-8 (ePub)

ISBN: 978-84-1118-311-6 (PDF)

DOI: <http://doi.org/10.7203/PUV-OA-311-6>

Edición digital

# ÍNDICE

|                                                                                                                                                      |    |
|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----|
| PREFACIO .....                                                                                                                                       | 9  |
| VIAJEROS ALEMANES ANTERIORES AL SIGLO XVIII.....                                                                                                     | 13 |
| VIAJEROS ALEMANES DEL SIGLO XVIII .....                                                                                                              | 17 |
| Emmerich Fischer: <i>Andanzas de siete años...</i> , 1753 .....                                                                                      | 18 |
| Carl Christoph Plüer: <i>Los viajes de Plüer según sus manuscritos</i> , 1777 .....                                                                  | 23 |
| Franz Jenne: <i>Viajes de Jenne a España, Piamonte, Lombardía y Tirol</i> ,<br>1790 .....                                                            | 37 |
| Karl Friedrich von Jariges: <i>Fragmentos de un viaje por el sur de Francia</i> ,<br><i>España y Portugal</i> , 1810.....                            | 47 |
| Friedrich Studer: <i>Recuerdos de España</i> , 1810 .....                                                                                            | 54 |
| Conclusiones.....                                                                                                                                    | 56 |
| Bibliografía .....                                                                                                                                   | 58 |
| VIAJEROS ALEMANES DEL SIGLO XIX.....                                                                                                                 | 61 |
| Franz Xaver Rigel: <i>Siete años de lucha en la Península Pirenaica de 1807 a</i><br><i>1814</i> , 1819-1821; <i>Recuerdos de España</i> , 1839..... | 63 |
| Victor Aimé Huber: <i>Jaime Alfonso, llamado el Barbudo. Esbozos de Valencia</i><br><i>y Murcia</i> , 1833.....                                      | 68 |
| Ida Hahn-Hahn: <i>Cartas de viaje</i> , 1841 .....                                                                                                   | 76 |
| Eduard Delius: <i>Excursiones de un alemán del norte por Portugal, España y</i><br><i>Norteamérica. En los años 1827-1831, 1834</i> .....            | 79 |
| Moritz Wilkomm: <i>Dos años en España y Portugal. Recuerdos de viaje</i> ,<br>1847 .....                                                             | 80 |
| Moritz Wilkomm: <i>Excursiones por las provincias del noreste y centrales de</i><br><i>España. Recuerdos de viaje del año 1850, 1852</i> .....       | 88 |
| Ludwig von Rochau: <i>Vida de viaje en el sur de Francia y España</i> , 1847 ...                                                                     | 91 |

|                                                                                                                                                 |     |
|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| Alfred von Wolzogen: <i>Viaje a España</i> , 1857.....                                                                                          | 98  |
| Friedrich Wilhelm Hackländer: <i>Un invierno en España</i> , 1855.....                                                                          | 102 |
| Karl Thienen-Adlerflycht: <i>Al país lleno de sol. Cuadros de España</i> , 1861..                                                               | 112 |
| Graf Bastiano: <i>En el sur. Esbozos de viaje</i> , 1865 .....                                                                                  | 115 |
| Reinhold Baumstark: <i>Mi viaje a España en la primavera de 1867</i> , 1868 .                                                                   | 122 |
| Wilhelm Wattenbach: <i>Un viaje de vacaciones a España y Portugal</i> , 1869.                                                                   | 126 |
| Rosa von Gerold: <i>Un viaje de otoño a España</i> , 1880 .....                                                                                 | 134 |
| Ludwig Passarge: <i>De las actuales España y Portugal. Cartas de viaje</i> , 1884.                                                              | 141 |
| Alois Zöggeler: <i>Por Lourdes a España. Un peregrinaje en el otoño de 1887</i> ,<br>1889 .....                                                 | 153 |
| Heinz Hoffmeister: <i>Por el sur de España a Marruecos. Páginas de un diario</i> ,<br>1889 .....                                                | 156 |
| Conclusiones.....                                                                                                                               | 160 |
| Bibliografía .....                                                                                                                              | 161 |
| <br>VIAJEROS ALEMANES DEL SIGLO XX.....                                                                                                         | 165 |
| Robert Klimsch: <i>Ciudades, paisaje y gentes de España</i> , 1912 .....                                                                        | 167 |
| Johannes Mayrhofer: <i>España. Imágenes viajeras</i> , 1918 .....                                                                               | 172 |
| Otto Bürger: <i>La Riviera Española y las Islas Baleares. Un tranquilo viaje<br/>primaveral y estival</i> , 1924 .....                          | 176 |
| Dr. Anton Stegmann: <i>Al corazón de España. Relato de viajes según el diario<br/>de un estudiante universitario</i> , 1928 .....               | 181 |
| Peter Schmid: <i>Impresiones españolas</i> , 1952.....                                                                                          | 185 |
| Hans Joachim Sell: <i>Tentación España</i> , 1963 .....                                                                                         | 191 |
| Hanns Buisman: <i>España</i> , 1972.....                                                                                                        | 194 |
| Wolfgang Abel, Michael Müller y Cornelia Stauch: <i>España. Una guía de<br/>paisajes y vivencias para viajeros individualistas</i> , 1985 ..... | 198 |
| Beat Sterchi: <i>Going to Santiago. España viajes rutas fiestas</i> , 1995.....                                                                 | 200 |
| Conclusiones.....                                                                                                                               | 202 |
| Bibliografía .....                                                                                                                              | 203 |
| <br>ÍNDICE ONOMÁSTICO .....                                                                                                                     | 205 |



## PREFACIO

El ámbito meridional y mediterráneo ha ejercido desde tiempo inmemorial una fuerte atracción sobre el mundo del norte y centro de Europa. La península ibérica y, más concretamente, Valencia y su entorno (es decir, el territorio de la actual Comunitat Valenciana) como parte del Mediterráneo occidental conforman ya desde antiguo ese ámbito, llegando a convertirse en objeto de los más diversos deseos y proyecciones, tanto en el campo de la realidad histórica como en el de la ficción literaria o la especulación filosófica.

A este respecto, la literatura de viajes es una fuente inestimable de información de todo tipo, no solo sobre realidades concretas, sino también sobre percepciones subjetivas que pueden llegar a rozar lo ficcional. La combinación de partes narrativas y descriptivas con reflexiones antropológicas, sociológicas, políticas, etc., convierte este tipo de textos en testimonios histórico-culturales de primer orden.

Los estudios críticos sobre literatura de viajes por España se han limitado generalmente a ofrecer una visión nacional en la que la zona de Valencia raramente se tiene en cuenta, y nunca de manera independiente. A esta limitación se añade el hecho de que los relatos de viajeros procedentes del ámbito lingüístico alemán han sido muy poco estudiados por la crítica especializada hasta el momento, pese a su importancia como testimonio histórico-cultural. Las autoras del presente volumen, junto con un grupo de investigadores internacionales, realizaron un primer acercamiento al tema con la traducción y edición crítica del *Cuadro de Valencia* (1803) de Christian August Fischer, el primer viajero que dedicó una obra íntegra a Valencia y que tuvo una influencia determinante en la literatura posterior. Esta edición contiene una presentación biográfica del autor y de su obra desde el punto de vista filológico, estético e histórico, así como una retrospectiva sobre la imagen de Valencia vista desde la óptica alemana desde la Edad Media hasta el siglo XIX.<sup>1</sup>

1. Cf. Berta Raposo *et al.*: *Cuadro de Valencia (Gemälde von Valencia)*, Valencia, Biblioteca Valenciana, 2008.

Dos estudios recientes de García-Wistädt y Gutiérrez Koester abordan por primera vez de manera más específica la imagen de Valencia en textos de viajeros alemanes de los siglos XIX y XX,<sup>2</sup> dejando patente que la falta de traducciones hace estos textos inaccesibles a un público que no conozca el idioma. Además, en algunos casos se trataba de ediciones limitadas que no se han vuelto a publicar desde entonces. El especial interés del presente volumen radica en que se propone suplir dicha carencia y dar a conocer una amplia selección de estos textos aparecidos a partir del siglo XVIII.

El siglo ilustrado constituye una época en la cual la literatura de viajes experimenta un extraordinario auge y la cultura del viaje un punto de inflexión, debido a motivaciones no solo utilitaristas o eruditas, sino también y sobre todo al deseo de formación y a la necesidad de introspección personal, ambas cosas fomentadas por la Ilustración. A partir del siglo XIX Valencia se convierte en un destino independiente en los viajes a la Península, sobre todo por su atractivo como ciudad del Cid y por su pasado árabe-musulmán, elementos que son buscados expresamente por los viajeros románticos o influidos por el Romanticismo. Con la llegada del siglo XX, la cultura del viaje vuelve a sufrir un cambio radical que la aleja progresivamente de la de épocas anteriores. Unido a ello, la creciente importancia cultural, político-económica y social del Mediterráneo situará la zona de Levante entre los destinos más populares de los viajeros alemanes.

La presente monografía pretende así, mediante la traducción y el comentario crítico de una selección de fragmentos de textos inéditos, mostrar la evolución de la imagen de Valencia que transmiten los relatos de estos viajeros y poner de manifiesto su relevancia internacional a lo largo de tres siglos.

\* \* \*

Quisiéramos expresar nuestro agradecimiento al Ministerio de Economía y Competitividad por su apoyo económico a la publicación de este libro, en el marco del proyecto de investigación del Plan Nacional HUM2010-17906, «Imágenes y estereotipos españoles en libros de viaje alemanes. Evolución histórica entre realidad y ficción interculturales».

2. Cf. Ingrid García-Wistädt: «Der Cid zu Valencia und im Tod: La Valencia mítica en los relatos de los viajeros alemanes a España (s. XIX)», e Isabel Gutiérrez Koester: «Topografía cultural en la literatura de viajes alemana. Un recorrido por la Valencia del siglo XX», en B. Raposo y W. L. Bernecker (eds.): *Spanische Städte und Landschaften in der deutschen (Reise)Literatur / Ciudades y paisajes españoles en la literatura (de viajes) alemana*, Frankfurt am Main, Peter Lang, 2017, pp. 73-94 y 95-109.

*Observaciones sobre la selección de textos y sobre las traducciones*

El libro está dividido en cuatro partes: una breve retrospectiva sobre los viajeros anteriores al siglo XVIII y tres amplios capítulos correspondientes a los siglos XVIII, XIX y XX. Aunque se ha intentado mantener una cierta uniformidad en la estructura de cada uno de ellos, los textos de cada época exigen unos criterios de selección y una manera de citar diferentes. Todas las citas de textos alemanes que se recogen en este volumen están traducidas al español por las autoras. Se ha intentado realizar una versión lo más fiel posible a los originales, aun a riesgo de sacrificar a veces la elegancia de la redacción.

En aras de la coherencia, todos los topónimos y antropónimos han sido adaptados a la ortografía española actual, aunque los autores no siempre sean consecuentes en este sentido y usen indistintamente la denominación valenciana o la castellana, o incluso a veces una grafía incorrecta.



## VIAJEROS ALEMANES ANTERIORES AL SIGLO XVIII

El territorio de la actual Comunitat Valenciana en general nunca fue uno de los preferidos por los viajeros alemanes antes del siglo XIX. Lo habitual era que entraran a España, ya por los Pirineos occidentales (Bayonne, Saint Jean de Luz, Irún) ya por vía marítima. En el primer caso, o bien podían dirigirse hacia el centro y sur, o bien hacia el oeste siguiendo el Camino de Santiago. En el caso de la vía marítima, la entrada era o por el puerto de Barcelona o por el de Alicante para viajeros procedentes de Italia, o por el de Lisboa para los que venían del norte de Alemania, siendo los destinos más usuales el centro y el sur de la península, incluso ya antes de que Madrid se hubiera convertido definitivamente en capital del reino. La entrada por los Pirineos orientales (Perpignan, La Junquera) solo fue elegida en contadas ocasiones, como explica Holger Kürbis en su estudio sobre los viajeros de la Edad Moderna temprana (2004: 110-115). Así pues, y según la apreciación de Dietrich Briesemeister, Valencia y su territorio quedaban relativamente al margen de los circuitos habituales (2008: 75). Una excepción la encontramos en el siglo XV, época en que la ciudad pasaba por su momento más boyante. Los viajeros Hieronymus Münzer y Nikolaus Popplau le dedicaron interesantes descripciones y comentarios. Pero ninguno de ellos puede considerarse como inédito. El texto de Münzer, originariamente escrito en latín, ha sido traducido varias veces al español desde 1924 (Bas Carbonell, 2004: 211) y, curiosamente, ninguna al alemán. Del relato alemán de Popplau se hizo una traducción parcial en 1878 por Felix Rozanski, que está incluida en la breve compilación de Javier Liske (1878: 15-65). Desde entonces no ha vuelto a ser editado en español.

En contraste con estos testimonios de una época de esplendor, apenas tenemos constancia de ningún viajero alemán que haya pasado por la ciudad de Valencia documentando su estancia por escrito. Únicamente Alicante aparece en tres de esas crónicas, y Valencia de manera muy tangencial, como se verá a continuación.

Entre los años 1594 y 1597, el caballero Johann Wilhelm Neumayr von Ramssla (1572-1641) viajó por Italia, España, Francia y los Países Bajos. En 1622, su sobrino Hans Chilian Neumayr von Ramssla publicó su crónica de viaje. En el transcurso de este largo periplo y procedente de Génova, Neumayr desembarcó en Alicante y dedicó a esta ciudad una breve descripción:

Alicante es una pequeña ciudad situada en el Reino de Valencia, a un día de viaje de la capital de dicho Reino, junto a una montaña rocosa cerca del mar. Está rodeada de fuertes murallas y bastiones y su trazado es muy simple, aunque las casas por dentro son algo más bonitas que por fuera. Como el puerto de mar no es amplio y ni siquiera seguro, y además no hay comercio, raras veces recalán allí los barcos.

Cerca de la ciudad hay una alta montaña rocosa sobre la cual se eleva un castillo bien fortificado y guarnecido, que se tiene por inexpugnable. Desde allí se puede ver la ciudad y el mar.

En esta misma zona, a lo largo de la orilla se ven altas torres guardadas por soldados que vigilan la costa para impedir las incursiones de los moros de África, que diariamente merodean por Alicante, Cartagena y otros lugares causando grandes daños (Ramssla, 1622: 388).

Además de la ciudad, los moriscos llamaron poderosamente la atención del viajero, que por lo demás parece bastante desinformado sobre la extensión de los dominios de Fernando el Católico (no hay que olvidar que este viaje tuvo lugar a fines del siglo XVI, mucho después de la muerte del rey y poco antes de la expulsión definitiva de los moriscos en 1609):

En Alicante y alrededores viven muchos moros de los que expulsó de España *Ferdinandus* [sic] rey de Castilla. Cultivan la tierra con vides, aceite, fruta y otros deliciosos productos, que venden diariamente en la ciudad. No son tan negros como los moros de África. Se dice que todavía se encuentran 300.000 de ellos en España. No se les deja hacerse soldados ni religiosos, y tampoco les está permitido, so pena de castigos corporales, llevar cualquier tipo de armas. Es decir, que son como siervos de la gleba (1622: 388-389).

De Alicante siguió rumbo a Madrid sin pasar por la capital del antiguo Reino de Valencia. Mucho más breve parece haber sido la estancia de Hieronymus Scheidt, que llegó a Alicante más bien por casualidad (Kurbis, 2004: 88) en 1614, de vuelta de su peregrinaje a Jerusalén y a bordo de un buque holandés que regresaba a Ámsterdam. Dado que España no era el destino del viaje, sino solo zona de paso, su descripción es muy superficial, y además contiene un error comprensible teniendo en cuenta esas circunstancias:

Alicante es una ciudad muy agradable situada a la orilla del mar. Está fortificada por un castillo inexpugnable en lo alto de un monte cercano a la ciudad. El rey de España mantiene allí una compañía de soldados. Esta ciudad es muy rica en naranjas, granadas, limones, azúcar, higos y sobre todo vino, que es exportado a todas partes y también a nuestro país. Es la capital de la región de Valencia (Scheidt, 1615: s. p.).

No es este el único error geográfico de Scheidt, que ya antes, a su paso por Barcelona, hace limitar a Cataluña al sur «por Italia» y más tarde, al pasar el estrecho de Gibraltar, afirma que esta ciudad había pertenecido antiguamente a la «región de Valencia».

Años más tarde (de 1633 a 1634), el escribiente en la cancillería imperial de Viena Hieronymus Welsch viajó a España en el séquito del embajador del virrey de Sicilia (Kürbis, 2004: 66). A pesar de haber dejado una voluminosa obra, en numerosos pasajes Welsch da la impresión de no estar relatando su propio viaje, sino proporcionando datos de carácter enciclopédico extraídos de fuentes escritas. Este es el caso de la brevísima descripción de Valencia y Alicante.

Valencia, la capital arzobispal y un importante puerto de mar en este reino, está gobernada por un virrey y es realmente espléndida. Su paisaje es encantador y fértil. Además, tampoco es desdeñable el comercio de la seda y de los buenos paños que se practica allí.

En este reino se encuentra también el famoso puerto de Alicante, con su fortaleza. De allí viene el delicioso vino de Alicante (Welsch, 1658: 232).

Otros viajeros<sup>1</sup> dan todavía menos información sobre Valencia, y sus observaciones se limitan a experiencias de viaje de carácter fuertemente estereotipado, como lo son las quejas por el comportamiento de los aduaneros y los comentarios sobre la belleza y la frivolidad de las mujeres (Kürbis, 2004: 73).

Como puede comprobarse, los viajeros de los siglos XVI y XVII apenas dejan testimonios valiosos que contengan información relevante y no transmiten impresiones que vayan más allá de lo ofrecido por los del siglo XV. El verdadero punto de inflexión en la literatura de viaje por Valencia llegará con el siglo XVIII.

1. Se trata del embajador de la Hansa Heinrich Brokes en 1607 y de un anónimo recogido en el compendio *Itinerarium Hispaniae* de Martin Zeiller. Nurnberg, Endters, 1637.

## BIBLIOGRAFÍA

- NEUMAIR VON RAMSSLA, Johann Wilhelm (1622): *Reise durch Welschland und Hispanien*, Leipzig, Große/Jansonius, Ed. Hans Chilian Neumayr von Ramssla.
- SCHEIDT, Hieronymus (1615): *Kurtze und Warhafftige Beschreibung der Reise...* Erfurt, Jacob Singe.
- WELSCH, Hieronymus (1658): *Warhafftige Reiß-Beschreibung...*, Stuttgart, Joh. Andreae Endters.

### *Literatura secundaria*

- BAS CARBONELL, Manuel (2004): «Viatgers alemanys per València», en *Viatjar per saber. Mobilitat i comunicació a les universitats europees*, Universitat de València, pp. 201-236.
- BRIESEMEISTER, Dietrich (2008): «Imágenes de Valencia. Antecedentes del imaginario valenciano», en Ch. August Fischer: *Cuadro de Valencia (Gemälde von Valencia)*, coordinado por Berta Raposo Fernández, Valencia, Biblioteca Valenciana, pp. 75-124.
- KÜRBIS, Holger (2004): *Hispania descripta. Von der Reise zum Bericht. Deutschsprachige Reiseberichte des 16. und 17. Jahrhunderts über Spanien. Ein Beitrag zur Struktur und Funktion der frühneuzeitlichen Reiseliteratur*, Frankfurt/Main et al., Peter Lang.
- LISKE, Javier (1878): *Viajes de extranjeros por España y Portugal en los siglos XV, XVI y XVII*. Colección de Javier Liske, traducidos del original y anotados por F. R., Madrid, Casa editorial de Medina.



## VIAJEROS ALEMANES DEL SIGLO XVIII

En este siglo se dan dos extremos, ya que en sus comienzos tiene lugar el descenso más acusado y en sus décadas finales el repunte de la actividad viajera entre Valencia y los países de habla alemana. En la primera mitad del XVIII solamente hay un caso esporádico (Emmerich Fischer en 1727), tres en la segunda mitad (Carl Christoph Plüer en 1764, Franz Jenne en 1790 y Christian August Fischer en 1798) y uno en el tránsito del siglo XVIII al XIX (Wilhelm von Humboldt en 1800).

En un estudio de Mónica Bolufer sobre viajeros extranjeros en Valencia en la Edad Moderna se consignan nombres de alemanes, franceses, ingleses, italianos, neerlandeses y «daneses» (2009: 280). Entre los alemanes solo aparecen Wilhelm von Humboldt y Christian August Fischer, que ya han sido editados en español,<sup>1</sup> pero faltan Emmerich Fischer, Carl Christoph Plüer (que sí aparece, pero erróneamente catalogado como danés) y Franz Jenne. En el presente capítulo presentamos precisamente a estos tres, cuya obra hasta ahora permanece inédita en España. A estos añadimos a los también inéditos Karl Friedrich von Jariges y Friedrich Studer, cuyas estancias tuvieron lugar en la primera década del siglo XIX, antes del comienzo de la Guerra de la Independencia, que en muchos aspectos marca el fin del siglo XVIII en España, y en todo caso supone una importante cesura en la historia del país. El hecho de incluirlos aquí se debe además a la conveniencia de descargar el capítulo del siglo XIX, la época con mayor acumulación de relatos de viaje por Valencia.

En primer lugar, se delimita el itinerario y se traza una breve semblanza de cada uno de los autores, seguida de una panorámica general de sus respectivos viajes, apoyada por amplias citas o por el texto completo, para documentar de la manera más exhaustiva posible las impresiones de estos primeros viajeros modernos, y para compensar la escasez de datos biográficos sobre ellos.

1. Respecto a Christian August Fischer, cf. Prefacio del presente volumen. Respecto a Humboldt, cf. W. V. Humboldt: *Diario de viaje a España 1799-1800*, traducción de Miguel Ángel Vega, Madrid, Cátedra, 1998.

## EMMERICH FISCHER

Sieben-Jährige Wanderschafft... (*Andanzas de siete años...*, 1753)

Viaje en 1727-28. Itinerario: Caudete, Biar, Onteniente, Ollería, Alberique, Valencia, Alcira, Játiva, Albaida, Alicante, Elche, Albatera, Orihuela.

Emmerich Fischer era un fraile capuchino oriundo de Hall en el Tirol (Austria), que acompañó al padre general de su orden, Hartmann von Brixen, en un largo viaje de siete años por Italia, España, Alemania y Austria, publicando a la vuelta, bajo el seudónimo de Emericus Halensis, una extensa crónica de dicho viaje (*Sieben-Jährige Wanderschafft Das ist: Kurtze und wahrhafft Beschreibung der Sieben-Jährigen Visitations-Reis R.<sup>mi</sup> P. Hartmanni Brixinensis Des gantzen Capuciner-Ordens weiland gewesen Ministri Generalis durch Spanien, Franckreich, Niederland, Teutsch- und Welschland: worinn nebst denen vornehmsten Städten und Landschaften in Europa vil rare Merckwürdigkeiten und seltsame Zufäll wie auch die Gewohnheiten verschiedener Nationen enthalten sind*). La estancia en España tuvo lugar desde enero de 1727 hasta junio de 1728, pero la publicación se hizo esperar veinticinco años.

Esta obra de título prolijo y barroco (*Andanzas de siete años, esto es: Descripción breve y veraz del viaje de visita de siete años del Rvdo. P. Hartmann de Brixen, entonces general de toda la orden de los Capuchinos por España, Francia, Países Bajos, Alemania e Italia, donde aparecen, junto a las principales ciudades y regiones de Europa, muchas curiosidades extrañas y acontecimientos peregrinos, así como también las costumbres de varias naciones*) es un ejemplo de las crónicas de viaje típicas de la Edad Moderna temprana, en las cuales el acompañante de un viajero de alto rango relata detalladamente en forma de diario todas las estaciones del periplo, sin mostrar apenas rasgos de subjetividad y centrándose en los aspectos concernientes al objetivo del viaje. En este caso se trata de todo lo relacionado con la piedad religiosa (conventos, monasterios, iglesias, ermitas, peregrinaciones, cultos, fiestas, milagros) y con las recepciones y los honores dispensados al padre general. Sin embargo, también incluye algunas observaciones más personales, como puede leerse a continuación.

16 de mayo. Llegamos a la villa de Caudete, donde está el primer convento [capuchino] de la provincia de Valencia, después de un penoso camino por Chinchilla, Albacete, Gallana, Corralrubio y Almansa, habiendo recorrido 55 millas desde que salimos de Madrid.

[...]

20 de mayo. Llegamos al pueblo de Biar, donde los capuchinos tienen un hospicio. El Padre General fue recibido allí con alegre júbilo, con disparo de

morteros, con volteo de campanas y con el canto de un Te Deum laudamus, siendo luego conducido a nuestra morada.

21 de mayo. Partimos de madrugada y tras recorrer 5 millas llegamos con un brillante sol español de mediodía a la villa de Onteniente, donde fuimos recibidos por los habitantes con tanta alegría como en el lugar anterior. Luego nos dirigimos a nuestro convento, que está a una media hora de allí (Fischer, 1753: 15).

Lo que en este punto todavía es «un brillante sol español» se revelará a lo largo del viaje como causante de un fuerte calor casi insoportable, que hará que muchas etapas tengan que hacerse de noche.

24 de mayo. A las cuatro de la madrugada nos pusimos en camino y después de recorrer dos millas llegamos a la villa de Ollería, donde también tenemos un convento. El recibimiento fue casi igual que el anterior, pero también aquí se veían las ventanas adornadas con tapices o colgaduras de seda. El Padre General fue acompañado por una tropa de soldados hasta el convento, que está a un cuarto de hora del lugar. Al cantar el Te Deum, etc., se oyeron los instrumentos musicales.

26 de mayo. Tras recorrer cinco millas españolas llegamos a nuestro pequeño convento en la villa de Alberique, donde el recibimiento fue como más arriba, pero las estrechas calles estaban adornadas con flores y hojas, y el pueblo exclamaba con alegría ¡*Viva Sant Francés!* [sic].<sup>2</sup>

29 de mayo. A medianoche partimos hacia Valencia, que está a 4 millas de Alberique. El gobernador envió un coche tirado por seis mulos, que el padre general no aceptó. El camino al convento estaba lleno de hierbas esparcidas; y a mediodía se dispararon los cañones.

Valencia, capital del reino de Valencia junto al río Guadalaviar, es grande y bien construida. La comarca, que se extiende a lo largo de una hora de camino, se llama en español *La Huerta de Valencia* («el huerto frutícola de Valencia») porque es extraordinariamente fértil, sobre todo en naranjas, limas, limones, aceitunas y vides. La ciudad tiene, además de un arzobispo, un virrey y está dotada de una prestigiosa universidad. En la catedral vimos, entre otros objetos de valor, el cáliz o la copa en la cual Nuestro Señor Jesucristo consagró en la última cena; está hecho de una piedra preciosa algo parecida a la esmeralda. Además, vimos el cuerpo del obispo San Luis, traído de Marsella en Francia por los españoles; el diente de San Cristóbal, que es tan grande aproximadamente como el puñito de un niño pequeño; y muchas cosas

2. Probablemente, Fischer transcribe aquí de oído la versión valenciana del nombre del santo («Francesc»).

más. En el convento de los venerables padres dominicos vimos a San Luis Beltrán incorrupto con los hábitos de su orden, así como la celda del famoso predicador penitencial San Vicente Ferrer, en la cual, según él profetizó, siempre hay en este convento un lego santo y al mismo tiempo un sacerdote loco. Porque ese servidor de Dios que hemos mencionado fue considerado por unos como un santo y por otros como un loco desvariado. También hay en esta ciudad varias imágenes de María, entre las cuales la más visitada es la que descansa cerca de la catedral y se llama *Amparo de los Desamparados*,<sup>3</sup> esto es, el auxilio de los abandonados. La Madre de Dios tiene en una mano al Niño Jesús, en la otra un lirio de plata, y se dice que suele dirigirlo hacia el lugar donde haya ocurrido alguna desgracia, por ejemplo, donde esté enterrado el cuerpo de un asesinado en secreto, etc. (1753: 15-17).

El punto culminante de la visita a Valencia lo constituye la fiesta del Corpus, ante cuya magnificencia (y exotismo) incluso un prelado católico como Fischer se muestra impresionado:

12 de junio. Hoy, día de Corpus Christi, vimos aquí una magnífica procesión, en la cual es de destacar lo siguiente: El Santísimo no es llevado en una custodia como en nuestro país, sino en un valioso tabernáculo muy grande bajo un costoso palio portado a hombros por doce religiosos. La multitud de clérigos vestidos con capas pluviales, así como de religiosos de diferentes órdenes parece no tener número. No llevan cruces o estandartes, sino un *ferculum* adornado con figuras o estatuas. Por eso, delante de los religiosos van niños y muchachos que llevan esos mismos hábitos por devoción, como por ejemplo pequeños dominicos, pequeños franciscanos, etc. Detrás de cada comunidad religiosa van ocho *Baladores* [sic] que se esfuerzan por imitar a David bailando ante el arca de la alianza. No puedo recordar si vi a algunos bailarines en la comitiva de los capuchinos, pero quiero creer que bailaban interiormente en sus corazones por su amor especial al santísimo sacramento del altar. Además se pasean los llamados *Gigantones*,<sup>4</sup> es decir, ocho estatuas de gigantes extraordinariamente grandes, cuyas cabezas pueden llegar a tocar las ventanas; cuatro de ellos tienen figura de hombre, cuatro de mujer, y cada uno lleva en la mano una gran antorcha ardiendo. Además, se ven ocho *Nanos* [sic] o enanos gigantes con cabezas enormemente grandes; cuatro representan animales extraños, otros cuatro dicen que representan a los cuatro evangelistas, y algunas figuras más. El clero canta en tono alegre y emotivo aquel himno de la sagrada iglesia «*Sacris solemniis juncta sint gaudia, & ex praeordiis sonent praeconia*, etc.». Toda la catedral, que es grande e

3. En español en el original.

4. En español en el original.

impresionante, está bellísimamente iluminada, y cuando entra la procesión, los bailarines saltan con todas sus fuerzas al son de los instrumentos musicales; porque la archicatólica nación de los españoles acostumbra a hacerlo así como una alegre muestra de reverencia ante el Santísimo Sacramento del altar (1753: 17-18).

Una vez la comitiva ha abandonado Valencia, el siguiente hito de su ruta es la visita a Játiva, donde todavía estaban presentes las huellas de la Guerra de Sucesión:

18 de junio. Hoy llegamos a una ciudad cuyo nombre anterior fue Játiva, actualmente San Felipe. En tiempos de la guerra entre el archiduque Carlos de Austria y Felipe, duque de Anjou, fue totalmente devastada porque sus habitantes eran partidarios de Carlos. Después, el ya rey Felipe le concedió la gracia de poder levantarse de sus ruinas con el nombre de San Felipe, para que así el nombre antiguo fuera exterminado. Esta buena ciudad todavía tiene que soportar una pesada carga, y es que los gitanos (*los Quitános* [sic]) pueden asentarse en las cuevas de sus montañas, y parece que son unos cien. El Padre General fue recibido allí con extraordinarios honores; en las calles por donde pasó estaban expuestos bellos cuadros e imágenes. Aquí tenemos un convento donde tuvimos ocasión de descansar dos días del calor sofocante de este verano (1753: 18-19).

Durante la estancia en Albaida, se revela de nuevo que el interés de Fischer está centrado en temas religiosos, aunque las visitas piadosas adquieren a veces un carácter que las asemeja a visitas turísticas.

3 de junio. Algunos de la comitiva visitan hoy a los Padres Dominicos, que están a media hora de nuestro convento en un lugar muy solitario. Allí veremos las celdas de San Luis Beltrán, los cubículos donde llevó a cabo sus obras de penitencia, el crucifijo que habló con él, etc. En la carretera vimos un árbol junto al cual le ocurrió a Beltrán un portentoso milagro, cuando el proyectil en manos de un malvado noble se transformó en crucifijo. Este árbol se llama en español *Algaróba* [sic], en alemán «Bockshorn». La historia de este milagro puede leerse con detalle en las dolorosas Horas de la Pasión capítulo 12, página 2, al cual remitimos al atento lector por motivos de brevedad (1753: 19).

La estancia en Alicante es algo más breve que en Valencia, y Fischer apenas describe la ciudad.

Alicante, en latín *Alóna* [sic], es una ciudad de tamaño medio, pero bien construida, a orillas del Mar Mediterráneo. Tiene una fortaleza que en tiempos

fue tenida por inexpugnable. El puerto de mar está algo alejado de la ciudad. Los habitantes comercian sobre todo con vinos finos que son exportados a ultramar.

1 de julio. Hoy algunos de nosotros han ido al puerto a visitar un gran barco de guerra francés que llevaba el nombre de Achilles escrito con letras doradas. Albergaba a tres mil soldados y portaba sesenta y cuatro cañones. Había, además, otros siete barcos similares en el puerto, y se decía que estaban destinados a represaliar a los argelinos, que parece ser que han expulsado al cónsul francés y a todos sus compatriotas. Pero quizá tengan otro objetivo oculto (1753: 20).

Continuado el camino y llegando a Elche, Fischer nos ofrece la primera descripción que un viajero alemán del siglo XVIII hace de una palmera, pero no se detiene mucho en la forma del árbol, sino en otros aspectos al margen de la botánica.

12 de julio. Aproximadamente a medianoche el Padre general sale de Alicante con los suyos y después de recorrer cuatro fatigosas millas bajo un fuerte calor veraniego, llega a la villa de Elche. Allí se ve una enorme cantidad de palmeras, cuyas ramas se exportan por mar a Italia, como p. ej. a Roma, Génova y a otros lugares. Este árbol solo crece en las tierras más cálidas, tiene bellas y largas ramas de las cuales cuelgan sus hojas bien ordenadas; y si se quiere recoger los frutos hay que plantar juntos el árbol macho y el árbol hembra. El fruto, en español *Dáttils* [sic] o dátiles, es tan delicioso que se dice que el primer dátil de la cosecha tiene que ir a parar a la mesa de la reina de España.

13 de julio. Partimos a la una de la madrugada, de nuevo para huir un poco del fuerte calor. A mediodía comimos en el pueblo de Albaterra y pernoctamos en nuestro convento de Orihuela, que es una ciudad obispal a dos millas españolas de Albaterra. Allí se venera en una capilla la imagen milagrosa de «*Nuestra Sennora de la Fé*» [sic]. Por cierto, en esta tierra los mosquitos son casi insoportables (1753: 20-21).

Con esta observación de pasada sobre los mosquitos veraniegos termina la parte dedicada al Reino de Valencia y los viajeros pasan a Murcia. La combinación del tema central de la vida religiosa con las quejas por el calor —ocasionales, pero constantes— conforman una descripción altamente atractiva, que está a medio camino entre las tradicionales crónicas y las descripciones más subjetivas que se imponen a partir de finales del siglo XVIII.

## CARL CHRISTOPH PLÜER

Plüers Reisen durch Spanien aus dessen Handschriften (*Los viajes de Plüer según sus manuscritos*, 1777)

Viaje del 18 al 31 de mayo de 1764. Itinerario: Orihuela, Albaterra, Elche, Alicante, Monforte, Elda, Sax, Villena, Caudete, Fuente la Higuera, Mogente, Vallada, Montesa, Játiva, Manuel, Puebla Larga, Carcagente, Aguas Vivas, Tavernes de Valldigna, Gandía, Oliva, Cullera, Sueca, Silla, *Catarroja*, *Masanasa*, Sollana, Valencia, Murviedro, Almusafes, Algemesí, Alzira, Játiva, Vallada, Fuente la Higuera.

Carl Christoph Plüer (1725-1772) era un pastor protestante natural de Hiddersdorf, cerca de Hannover. De 1758 a 1765 fue predicador de la embajada danesa en Madrid, motivo por el cual algunos historiadores españoles lo denominan erróneamente como danés (Bolufer, 2009: 280). Durante este tiempo realizó varios viajes por distintas regiones de España (Castilla la Vieja, Andalucía, Murcia y Valencia). Por encargo del profesor de teología y lenguas orientales de la Universidad de Göttingen, Johann David Michaelis, indagó en los manuscritos árabes, hebreos y griegos de las bibliotecas de Toledo y de El Escorial, tomando contacto con importantes intelectuales ilustrados españoles, sobre todo con los valencianos Gregorio Mayans y Francisco Pérez Bayer. Su viaje a los reinos de Murcia y Valencia tuvo lugar en 1764 en compañía de Louis de Visme, secretario de la embajada inglesa en Madrid. Uno de los objetivos principales de este viaje fue precisamente visitar a Mayans.

La mayor parte de sus escritos de viaje fueron publicados a título póstumo en 1777 en una compilación titulada *Plüers Reisen nach Spanien*, editada por Christoph Daniel Ebeling. Plüer es un observador minucioso e interesado por todos los temas, algo típico de los viajeros ilustrados, lo cual se demuestra en la cantidad y en la exactitud de los datos que proporciona. Pero ello también hace que se resienta la amenidad del conjunto, debido a su estilo frío y monótono, que no está muy lejos del de la crónica de Emmerich Fischer. En ciertos detalles se percibe todavía que el original en principio era un diario privado; por ejemplo, los abundantes párrafos extraordinariamente cortos probablemente fueron escritos como apuntes breves susceptibles de ser ampliados luego. En la traducción mantenemos la separación original de dichos párrafos.

Procedente de Murcia, Plüer hace su entrada por Orihuela:

La ciudad de Orihuela está situada en una encantadora región, llamada *la Huerta de Orihuela*,<sup>5</sup> que está irrigada por varios canales del Segura y se parece muchísimo a la Huerta de Murcia. Ambas ciudades están a 5 millas una de otra. Esta huerta se extiende hasta el mar y tiene 10 millas de longitud y entre dos y dos millas y media de ancho.

Orihuela yace al pie de una montaña que se eleva en este fértil llano. Por eso desde el convento de San Miguel, que está situado en la cima, se puede divisar toda la comarca. Además, también se encuentran allí restos de un castillo. / Se cuentan en la ciudad tres iglesias parroquiales, seis o siete conventos y tres mil familias, comprendida la huerta.

El río Segura fluye por en medio y desemboca a cinco millas de allí en el mar.

Este lugar es conocido por sus tabaqueras de madera de terebinto que se producen aquí con gran calidad. Ese arbusto se llama aquí cornicabra y crece silvestre en las montañas circundantes. Las tabaqueras se fabrican con la raíz.

El obispo de Orihuela es sufragáneo del arzobispo de Valencia. La universidad está bajo la dirección de los dominicos.

De Orihuela se sale por un fértil llano rodeado de montañas. Llegando a Albatera desaparecen las montañas de la derecha y se hacen cada vez más pequeñas; pero las de la izquierda se elevan hasta las nubes. Aquí se las llama Sierra Morena, un nombre que ya no tienen las montañas bajas de Murcia, y que recobran en Andalucía.

Albatera es un pueblo con una parroquia y trescientas familias. A su alrededor hay bosques de higueras (Plüer, 1777: 533-534).

La contrapartida de esta sequedad del estilo es el valor documental de las observaciones sobre orografía, vegetación, población, agricultura, comercio, industria y economía en general, muy en consonancia con el pensamiento fisiocrático del siglo XVIII.

El 19 de mayo nos dirigimos hacia Elche, adonde llegamos a mediodía. Esta gran villa tiene tres iglesias parroquiales, tres conventos y 5.000 familias. Destaca por su palmeral, y también sus jardines están todos llenos de palmeras. Se cuentan 60.000. Una de estas palmeras da entre una y veinte arrobas de dátiles, de los cuales se vende la libra entre tres y cuatro cuartos. Vimos ambos sexos de esta planta en plena floración. Los dátiles se recogen en el mes de enero. Los higos se venden aquí a dos cuartos la libra.

La gente común come aquí pan de avena, un cereal que se da en abundancia en esta tierra.

5. En español en el original.



En un valle a media milla de Elche hay un lago llamado *Pantano*<sup>6</sup> que sirve de recipiente para el agua de la lluvia, que se recoge allí y con la cual se riegan las huertas y las palmeras, que necesitan mucha agua. El río que aparece en el mapa y que atraviesa el lago se seca cuando no llueve. Hace doce años se construyó sobre ese río un puente de piedra muy alto, de dos arcos, por el que se pasa antes de llegar a Elche.

Este lugar pertenece al duque de Arcos bajo el título de un marquesado. No hay duda de que en época de los romanos tenía puerto.

Aquí había antes más de treinta fábricas de jabón; pero esta manufactura se ha venido abajo con la importación a Alicante de jabón de Marsella, que es más barato, aunque la soda con que se fabrica viene de España.

El camino a Alicante es bastante bueno, y solo a veces muy estrecho. La tierra está bastante cultivada; en las colinas sin cultivar crece el esparto, una especie de caña que ya era conocida por los antiguos conquistadores de España bajo el nombre de *Spartum*.

A la derecha, a una milla de Elche hay un fangal donde crece mucha soda. En esta parte también hay un lago llamado Albufera de Elche que está unido al Mar Mediterráneo y es muy rico en peces, sobre todo anguilas. Por la salida del lago se puede navegar o cabalgar hasta el mar, pero con la mar crecida es peligroso.

A lo largo de todo el camino se puede ver el mar, excepto cuando lo ocultan las colinas costeras.

En la carretera había algunas cisternas amuralladas cubiertas por una bóveda. Parecen ser antiguas y se sirven de ellas para irrigar los campos (1777: 534-536).

La descripción se vuelve especialmente detallada cuando aparece por primera vez alguna planta o cultivo desconocido para el autor:

En los alrededores de Elche vimos por primera vez una gran cantidad de *Aljoravas* [sic].<sup>7</sup> Así se llama un árbol bastante grande, propio del reino de Valencia, donde se encuentran muchos ejemplares. Las hojas son ovales y los frutos, que ya estaban casi totalmente formados, se parecen a las vainas de haba. Los granos son blandos y dulces. Se los dan a los caballos y mulos para comer. La gente pobre también come la vaina en caso de necesidad. Se cuenta que un rey mantuvo a su ejército durante un tiempo con este fruto, por lo cual ordenó que permaneciera siempre libre de contribuciones (1777: 536).

6. En español en el original.

7. Se refiere a los algarrobos.

La descripción de Alicante está más centrada en los aspectos geográfico-económicos que en los artísticos.

En Alicante nos quedamos del 20 al 22 de mayo.

Esta ciudad, Alicante, en la Antigüedad Lucentum, yace en una llanura muy cerca del mar, al pie de una alta roca en cuya cima está construida una fortaleza natural que tiene aproximadamente 30 cañones de metal y de hierro en las baterías y unos 30 hombres de guarnición, aunque con esa amplitud se necesitarían unos 3.000. Se tarda una hora en subir, y tuvimos que procurarnos un permiso del gobernador para visitarla por dentro.

En el año 1707 la guarnición inglesa fue obligada a entregarse al saltar por los aires una mina colocada por los franceses de manera muy hábil. Todavía se ve un gran hueco en lo alto de la roca, donde se han instalado nuevas murallas y baterías.

Desde lo alto del castillo se divisa desde el Este hasta el mar la Huerta de Alicante a media hora de la ciudad. Su anchura a lo largo de la costa se calcula en una milla y media y su longitud hacia el interior en dos millas. En los montes cercanos hay un depósito de agua llamado *Pantano* de Alicante donde se recolecta el agua de la lluvia para regar la huerta.

La ciudad tiene dos iglesias parroquiales, de las cuales una es colegiata. La más grande, llamada de San Antonio, está separada de la ciudad pequeña por una altura apartada de la roca y por una muralla.

La colegiata está hecha de piedras de sillería, es amplia e impresionante, sin lujos.

El ayuntamiento es insignificante. La bahía de Alicante (pues no hay puerto) es espaciosa y segura y tienen un buen fondo para las anclas. Está protegida al oeste por el cabo Algibe y la isla de la Plana, situada enfrente del cabo, y hacia el Este le sirve de protección el cabo Alcodra.

La Plana, también llamada Santa Pola, tiene ese nombre porque es totalmente llana y casi no se puede distinguir del mar.

Se ha tendido un dique desde la ciudad al mar y sobre el cual se ha instalado una batería. Pero los barcos grandes no pueden atracar en el dique, y la carga y descarga se hace desde los botes. El regimiento de Aragón estaba aquí de guarnición.

El suelo de Alicante es yesoso y salitroso, de por sí muy fértil, pero enormemente seco; y como falta el agua también falta la fertilidad.

La rama principal del comercio en Alicante es la seda.

La exportación de vino ha caído mucho desde hace diez años debido a unas cuantas malas cosechas, que han hecho que los propietarios se hayan retraído y no hayan podido pagar a los comerciantes que les habían dado créditos.

Los dátiles y las ramas de palmera se exportan sobre todo a Italia.

El anís, que se cultiva mucho por aquí, también es un artículo para la exportación.

Las limitaciones al cultivo de arroz en la zona de Valencia favorecerán la venta de arroz de las colonias norteamericanas, porque los españoles no pueden vivir sin arroz, tan acostumbrados están a él.

De Alicante se exporta la mayor parte de la soda que va a Inglaterra, Francia y Holanda. Se calcula la exportación anual en 30.000 arrobas.

Pocas pasas y otros frutos se cargan para el extranjero. Las traen de Málaga, ya que son las mejores de España porque se secan al sol en la misma vid, y se recogen cuando ya están secas. En cambio en Alicante se las pasa por agua jabonosa sin secarlas antes. Este procedimiento, que es signo de pereza, se disculpa alegando que así se mantienen más frescas.

Los ingleses despachan aquí 70 cargas de bacalao, que se transporta a las provincias y a Madrid. En Bilbao y aquí es donde tiene lugar el comercio inglés de pescado más intensivo.

Los peces que se pescan en la costa de Alicante son buenos y se prefieren a los de Valencia. Entre ellos se cuenta el atún, un pez grande que tiene una carne recia y que sirve de alimento para los pobres (1777: 536-539).

Plüer y su acompañante continúan camino por el interior, donde la tónica general es el contraste entre la fertilidad de algunos parajes y la extrema sequedad de otros.

El 22 de mayo salimos de Alicante por unos valles entre montañas estériles y sin agua. Al acercarnos a Monforte se nos abrió un valle muy cultivado en el cual se encuentra el pueblo de Elda.

Monforte es una aldea muy pobre con una parroquia y 200 habitantes. Desde Alicante hasta aquí se cultiva mucho anís, que en esta aldea estaba en flor. Junto a la carretera había gran cantidad de arbustos de adelfas.

Desde aquí se entra por caminos hondos entre las montañas, donde las torrenteras han excavado profundos surcos y agujeros. El camino de aquí a Elda causa temor por los bandoleros, que encuentran aquí buenos escondrijos. Por el camino encontré espato. La tierra es amarronada.

Elda es un lugar de 300 familias, una parroquia y un convento de franciscanos. El contorno es atractivo y está bien irrigado. Las mujeres de Elda estaban ocupadas en hilar y hacer encaje de bolillos. El ver esto, que no habíamos visto hasta ahora, fue una agradable sorpresa. Los encajes eran de clase corriente, como los que se empleaban para los flecos de las colchas. La vara se vende a 60 cuartos. Una chica puede confeccionar tres varas diariamente.

Abandonamos Elda a las cuatro de la tarde y pasamos por un pequeño arroyo que venía de un *Pantano* que nos mostraron allá arriba en los montes

de la izquierda y que desemboca en el *Pantano* de Elche. Dejamos a la izquierda la aldea de Sax, que yace al pie de una poderosa roca en cuya cima se mostraba un viejo castillo. Los alrededores estaban bien cultivados. Un pequeño arroyo a este lado del pueblo, a la izquierda del camino, irriga esta llanura. Al ir llegando a Villena vimos dos *Pantano* [sic], uno de los cuales está muy cerca de la carretera cerca de Sax, y el otro más a la derecha en un valle entre montañas. En torno al primero crece mucha sosa.

Cerca de Villena se pasa por un pequeño arroyo que fluye de este a oeste. La Huerta de Villena, que es fértil y está bien cultivada, es irrigada por los manantiales que brotan en las montañas vecinas.

Villena, un pueblo grande, con una iglesia parroquial, un convento, 3.000 familias. Está al pie de una roca sobre la cual se alza un castillo habitado por una familia, donde se encuentra una capilla. Este pueblo está en Castilla y actualmente pertenece al rey, antiguamente al duque del mismo nombre.

A medida que nos alejábamos del mar los cereales estaban menos maduros, la cebada aún no estaba cortada, el trigo todavía muy verde y el centeno, que no se da en las llanuras costeras, estaba en flor en los alrededores de Villena.

El 23 de mayo salimos de esta bella aldea y entramos en un gran valle rico en vino y grano, por el cual fuimos yendo monte arriba. A dos millas a la izquierda dejamos el pueblo de Caudete, que da nombre a esta llanura. Entre Caudete y Villena se ve a la izquierda un lago a los pies de una montaña, quizá el mismo que habíamos visto la tarde anterior. El suelo pierde poco a poco su blancura; por Villena había arena y la tierra se volvió gris y finalmente de un color marrón rojizo, sobre todo en Fuente de la Higuera.

La tierra se vuelve accidentada y solo se ven pequeñas llanuras y montes cultivados hasta las alturas. No puede encontrarse una zona más variada ni más atractiva y fértil. Solo las montañas muy altas están sin cultivar.

Fuente de la Higuera es una aldea donde viven entre 300 y 350 familias. Está situada en un ameno lugar sobre una colina. El valle que lleva hasta Játiva o San Felipe salta en seguida a la vista, y las laderas de las montañas, las terrazas cultivadas en su mayoría ofrecen una vista extraordinariamente bella. Pasamos por un gran bosque de olivos cuyos árboles eran sorprendentemente gruesos y altos. Las casas de Higuera eran las más bonitas que vimos en ningún lugar, y casi todas construidas al mismo estilo. Enfrente de la entrada ya se ve toda la casa; los utensilios de cocina de cerámica, primorosamente esmaltados, saltan a la vista por su bello aspecto.

Mogente, un pueblo de 300 familias, una parroquia, un convento, está a los pies de un monte sobre el cual se ven unas viejas torres junto a una muralla de comunicación. Al entrar en el pueblo se pasa por el puente sobre

un pequeño río llamado Guadamar [sic]<sup>8</sup> que irriga el fértil valle hasta Játiva o San Felipe. En lo que respecta a fertilidad y belleza, este valle no le va a la zaga a lo que vimos esta mañana.

A una milla de Mogente se ve a la izquierda la aldea de Vallada. A dos millas de Mogente, a la izquierda está Montesa, con un viejo castillo que fue destruido por el terremoto del año 1748. La orden<sup>9</sup> está construyéndose ahora un magnífico convento en Valencia en lugar del que había en el castillo. Todavía pasamos por allí antes de una pequeña aldea que quedó a nuestra derecha.

San Felipe es una ciudad con cuatro iglesias parroquiales, de las cuales una es catedral, nueve conventos de frailes, dos de monjas y 12.000 familias. [...] Esta ciudad, cuyo nombre habitual es Játiva, recibió su nombre de Felipe V cuando la conquistó después de una fuerte resistencia, ya que estaba de parte de Carlos III.<sup>10</sup> Hizo reconstruir la ciudad destruida y la llamó por su nombre. Está al pie de una montaña sobre la cual hay dos fortalezas sin guarnición. Las cisternas de estas fortalezas son magníficas, y en las montañas hay cuevas que dan a la ciudad un agua excelente. Todas las casas tienen un pozo. / La ciudad tiene dos arrabales, uno de los cuales, del lado de Mogente, se llama Arrabal de San Jaime. A esta ciudad pertenecen 36 pueblos y aldeas.

El 24 de mayo muy temprano pasamos por la huerta que está llena de campos de cereales, moreras y arroz. Este último estaba crecido unas cuantas pulgadas y cuidadosamente plantado y limpiado. Luego pasamos dos veces por el río de Játiva y detrás de un promontorio varias veces por un puente de piedra tendido sobre ese río ya cada vez más ancho. No lejos de allí está la aldea de Manuel y otra más pequeña, Puebla Larga, y Carcagente, un pueblo considerable, que es famoso por sus excelentes granadas, aunque no encontramos ninguna allí. Las casas de estos pueblos y aldeas eran del estilo de las de Mogente. El primero y segundo piso estaban siempre dedicados a los gusanos de seda. Los cestos donde se guardaban las hojas de morera y los capullos eran como los de los chinos.

Los habitantes de aquí llevan vestidos muy ligeros: *calconçillos* [sic], camisas y un pañuelo en el pecho, todo de lino.

Saliendo de Carcagente la tierra rojiza se hace arenosa, pero sigue estando cultivada. La llanura era hasta ahora bastante ancha y tenía una cadena de

8. No existe ningún río de ese nombre en esa zona. El río que atraviesa el término municipal de Mogente se llama Cártoles. Es evidente que Plüer se confunde con el nombre de la población de Guardamar del Segura.

9. Orden religioso-militar de Montesa.

10. Se refiere al archiduque Carlos de Habsburgo, pretendiente a la corona de España durante la Guerra de Sucesión.

montañas a ambos lados; a una milla de Carcagente se hace más estrecha y el valle está casi sin cultivar, pero tiene un aspecto risueño debido a las flores, las hierbas silvestres y las altas montañas. Dejamos en este valle el convento de Aguas Vivas, a dos horas de Carcagente a la derecha. El monasterio de Valldigna, a media hora de Tavernes, pertenece a los cartujos y es muy rico.

Tavernes es una aldea de 940 familias y una parroquia. El camino hasta allí es miserable.

Comimos a mediodía allí en un albergue bastante bueno. Los valencianos son en general muy serviciales. El cultivo de la seda es una de las ocupaciones principales de los habitantes. Cultivan trigo y cebada, pero sobre todo arroz, que es el alimento del pueblo y de los pobres. Por una nueva orden gubernativa se ha restringido el cultivo de arroz, por lo cual las zonas de cultivo a partir de Carcagente han presentado un recurso al rey.

Tavernes está desde hace muchos años en pleitos, todavía no resueltos, con los monjes de Valldigna.

Al salir de esta aldea se abre el estrecho valle en una gran llanura que se extiende hasta el mar. A la izquierda, al pie de una montaña de camino a la ciudad de Valencia hay un lugar... A la derecha junto al mar una aldea llamada...<sup>11</sup> (1777: 539-545).

Llegado a este punto Plüer retrocede en su camino hacia Valencia para dirigirse a Oliva, donde residían los hermanos Mayans, deteniéndose antes en Gandía.

Aquí se pasa por muchos campos de arroz y por un puente que pasa sobre un estrecho río o brazo de mar, junto al cual hay una torre de vigía redonda hacia la parte de tierra. Luego se ve un fangal a la derecha hasta poco antes de Gandía, a la izquierda junto a la bahía algo de bosque y a veces el mar abierto. En la Huerta de Gandía se atraviesa un pequeño río. A las nueve llegamos a Gandía y allí pernoctamos.

Gandía es una ciudad bastante grande rodeada de murallas situada en una llanura a la orilla derecha del río Alcoy, no lejos del mar. Si mal no recuerdo, contiene cuatro parroquias, algunos conventos, el primer colegio de los jesuitas y más de 3.000 familias. Sus alrededores están bellamente cultivados. La seda es la ocupación principal. Los frutos del país son arroz, trigo, vino, limones en gran cantidad. Los limones los dejan mucho tiempo en el árbol porque así se conservan mejor.

El 25 de mayo a las 9 llegamos a Oliva. Por el camino vimos mucha pitera; así se llama la planta americana parecida al álamo que crece en las provincias

11. Los puntos suspensivos aparecen así en el original. Probablemente se deben a que el editor Ebeling no consiguió entender el manuscrito de Plüer en estos pasajes.

de Murcia y Valencia en las carreteras y que suele plantarse para proteger los campos y huertos. Dispara a la altura un tronco de algunas pulgadas de grosor que da una flor blancuzca que no se usa para nada; y cuando esto pasa, la planta se seca. De la médula de las hojas de esta planta los mejicanos hacen papel y lo cubren con un barniz. He visto algunas pruebas de esto. Los españoles la utilizan para hacer cuerdas. Se cogen las hojas frescas y de esta manera se separa la parte inútil.

La caña de azúcar se planta en marzo. Fue en Oliva donde la vimos, algunas pulgadas sobre tierra. Se corta en diciembre y se planta el desecho superior de la caña. En Oliva todavía se puede ver toda la fábrica de azúcar y la refinería que fue abandonada hace doce años por el duque de Gandía, como conde de Oliva y Benevenel [sic].<sup>12</sup> En Gandía también hay algo de caña de azúcar. En el reino de Granada todavía se cultiva y se prepara el azúcar.

El arroz se siembra en marzo en la tierra anegada de agua. Se cambia por San Juan y se cosecha en septiembre y octubre.

El cultivo de la seda es la ocupación principal de la ciudad de Oliva. El gusano de seda, que sale en marzo, necesita siete semanas hasta que se desarrolla la larva. Todavía estaban alimentando a algunos, pero la mayor parte de la cosecha estaba ya terminada y se estaban ocupando en devanar la seda. Los gusanos desarrollados se colocan al sol.

El devanado se hace en agua muy caliente. La bobina recoge seis bandas de seda y cada hilo de estas seis tiene doce hilos de seda. Con esta bobina un trabajador asistido por un ayudante puede devanar tres arrobas de capullos de seda, que a su vez producen cuatro libras de seda.

El algarrobo es un árbol que produce cien arrobas de fruto.

En el reino de Valencia crece una especie de trébol que se puede cortar todos los meses y dura cuatro años; y si se siembra de nuevo, puede aprovecharse seis meses después.

Oliva, a 10 millas de Valencia, tiene dos parroquias, dos conventos, aproximadamente mil familias y una fortaleza derruida en un monte próximo a cuyos pies está situada la ciudad, a un cuarto de milla del mar. El castillo del antiguo conde de Oliva todavía puede verse íntegro. Las murallas de la ciudad también están derribadas, una consecuencia de la Guerra de Sucesión, durante la cual el Reino de Valencia se puso de parte de la Casa de Austria.

Nos apeamos en casa del señor Gregorio Mayans, que nos recibió junto con su hermano Don Antonio de la manera más afectuosa y amable, y en seguida nos llevó a su biblioteca, que posee unos 6.000 volúmenes, entre los cuales, 600 manuscritos. Sus propios manuscritos son 300 volúmenes. Don Antonio es un gran especialista en historia y antigüedades de España, y muy imparcial en sus juicios (1777: 545-548).

12. En realidad, conde-duque de Benavente.

En este punto, se produce un salto en la descripción del itinerario, puesto que ya anteriormente se había relatado el camino de Tavernes de Valldigna a Gandía. La siguiente etapa empieza ahora en Cullera.

Llegamos a Cullera el 27 de mayo a la una. Este pueblo está a la orilla izquierda del río navegable Júcar, donde hay un puente de madera donde hay que pagar peaje de puente. Una iglesia, un convento, 1.000 casas o familias. Los vehículos no suben más arriba del puente. Llevan bacalao, algarrobas y otras mercancías y cargan los frutos de la tierra. Cullera está rodeada por una muralla, y un viejo castillo sobre el monte próximo le ha servido de defensa.

Los campos de los alrededores de Cullera están excelentemente cultivados, como en Gandía. La llanura, que en Gandía y Oliva solamente forma una estrecha franja junto a la costa, aquí se ensancha mucho y es interrumpida por el cabo a cuyos pies está situado este pueblo y que por eso lleva el nombre de Cabo de Cullera. Desde el castillo de Oliva se ve este cabo, junto con el cabo de Murviedro, que se adentra todavía más en el mar, y otro más allá a 30 millas de distancia.

Salimos de Cullera a las cuatro, pasamos por una bella llanura irrigada por el Júcar, junto a moreras, olivos y campos ricos en cereales, y por el simpático pueblo de Sueca, no lejos del Júcar. Este lugar tiene una iglesia, un convento y más de 400 casas. Aquí entramos en los arrozales que estaban bajo el agua que se reparte desde los muchos canales que los atraviesan. Solo había unos pocos campos plantados. Sobre estos canales se tienden varios puentes, que yendo en coche hay que pasar con mucho cuidado debido a sus curvas muy pronunciadas.

Los campos de arroz, que hacen insalubre esta comarca debido a sus evaporaciones, se extienden dos millas más hasta la aldea de Sollana, adonde llegamos a las ocho de la tarde para pernoctar. El agua de allí es mediocre, así como el albergue. A mi criado le robaron el paquete donde llevaba toda su ropa. Después de nuestra partida, el posadero y un fraile franciscano que estaba allí pusieron una denuncia ante la autoridad, que hizo detener a unos gitanos declarados sospechosos. Pero el paquete perdido no se pudo recuperar.

[...]

Aproximadamente a la mitad del camino de Sollana a Valencia el camino de Oliva confluye con la carretera. Esta zona no está tan bien cultivada e irrigada como podría. La Huerta de Valencia no se extiende mucho por esta parte.

A la derecha se ve la Albufera, pasando muy cerca de ella.

Salimos de Sollana a las seis y llegamos a Valencia el 28 de mayo a las diez.

Nos alojamos en casa de un comerciante irlandés, el señor Moor, que es socio del señor Comins en Alicante. Visité al doctor Augusto Sales,<sup>13</sup> que

13. Agustín Sales, cronista de la ciudad de Valencia.



nos recibió muy bien y me prestó el plano de la ciudad de Valencia del señor Tosca y la obra de Martín para que fuera leyendo la descripción del teatro de Sagunto. He visto la catedral, el convento de dominicos, la iglesia de San Juan, en cuyas inmediaciones estábamos alojados, el convento de franciscanos, el Colegio del Corpus Christi, en cuyo patio hay una estatua de mármol de una mujer con una inscripción ilegible; la Lonja, un antiguo edificio gótico, según cuyo modelo dicen que se ha diseñado la Bolsa de Londres, como se imaginan los valencianos. Se parece algo a la de Copenhague, pero no es ni con mucho tan espaciosa. Sirve como almacén de la seda que se necesita para las fábricas de la ciudad.

En Valencia hay, contando la catedral, 14 parroquias y 45 conventos que están a las puertas de la ciudad; un seminario de jesuitas (el Colegio San Felipe Neri) y otros colegios diferentes, un hospital general y otros seis hospitales, dos orfanatos y muchos otros edificios públicos. Véase el plano de Valencia de Tosca.

Las pinturas al fresco de la iglesia de San Juan son de Palomino, realizadas con gusto y corrección del dibujo, exceptuando que coloca a los<sup>14</sup> españoles arriba en contra del orden y la cronología naturales.

El Palacio Real es un edificio antiguo y de poca prestancia, fuera de la ciudad, junto a la Alameda, donde vive el capitán general. El conde de Aranda, nombrado para ese importante puesto, todavía no había llegado. El consejo de guerra contra Prado<sup>15</sup> y otros a quienes se atribuye la pérdida de La Habana, lo retenía en la corte, ya que presidía dicho consejo de guerra convocado a este efecto.

El palacio arzobispal es muy espacioso, pero no esplendoroso, y está ya viejo. Este prelado tiene unos ingresos anuales de 150.000 pesos. El arzobispo actual ha instalado hace cuatro años una biblioteca cuyos fondos ahora mismo se calculan en 8.000 volúmenes. La sala del palacio arzobispal que está dedicada a esta biblioteca es más imponente que la Biblioteca Real.<sup>16</sup> También se ha comenzado a hacer un gabinete de medallas, al cual se unirá un gabinete de ciencias naturales, para el cual se han reunido ya seis mejillones y caracoles y una docena de plantas marinas.

La aduana es un edificio nuevo de piedra, impresionante. La Universidad no tiene nada destacable. El Ayuntamiento es viejo y la Audiencia que está justo al lado, igualmente sin prestancia.

En una torre de esta ciudad, cuando toca la campana de oración al anochecer, se da el santo y seña a todas las torres de vigía de la costa, que encienden un fuego siguiendo el ejemplo de las torres de Valencia.

14. El editor Ebeling inserta aquí una nota al pie indicando que en el manuscrito falta una palabra.

15. Juan de Prado, gobernador y capitán general en La Habana durante la invasión y posterior conquista británica en 1762.

16. Plüer se refiere a la que hoy en día es la Biblioteca Nacional en Madrid.

[...]

Se nos dijo que el único que poseía algunas curiosidades naturalistas era un sacerdote de la catedral, el doctor Gómez, y encontramos en su casa una bella colección de monedas romanas consulares e imperiales y varias españolas de la colonia romana. Tenía también algunas antigüedades, una estatua de metal de Hércules y figuras de bueyes traídas de Cerdeña.

La catedral fue construida por Jaime I el Conquistador y es un edificio gótico nada bello, en el cual destacan el altar mayor, que es de plata maciza, y la sacristía.

La poderosa torre, a la cual conduce una escalera de caracol de 206 peldaños, es la más alta, y desde arriba se tiene la más bella vista de las huertas de Valencia. He contado veinte torres en la ciudad.

La cúpula de la iglesia de San Pedro, que es una capilla de esta iglesia, merece también ser destacada. La pintura perspectiva de la cúpula es bella en su estilo. En esta capilla está el monumento funerario de un arzobispo con la siguiente inscripción

Hic situs Martinus de Ayala, Archiepiscopus, qui, licet tres ecclesias  
Rexerit, Guindensem, Segoviensem et  
Decessit, nihil tamen  
Tulit aegrius, que prae esse  
Obiit Nonis Augusti VI. MDLXI.

El convento de dominicos fue fundado por Jaime el Conquistador en el año 1239 después de haber conquistado la ciudad el año anterior 1238. Es un edificio espacioso y magnífico. Estaba anunciada allí la siguiente disputa académica: *Propositiones universales et essentiales sunt aeternae veritatis*.

La ciudad está rodeada por una fuerte muralla y por un foso seco. Este foso es propiedad del verdugo. El río Guadalaviar, que es pequeño debido a los muchos canales que se derivan de él, rodea una parte de la ciudad y lo cruzan cinco puentes de piedra.

Los ingresos de la ciudad procedentes de los impuestos de los productos alimenticios se elevan a 80.000 pesos.

La plaza más grande no es regular, y allí está la Bolsa o la Lonja.

Los paseos se encuentran enfrente de la ciudad. El más bello es la Alameda, que linda con el palacio del capitán general. El camino al puerto, el Grao, o más bien la rada, a media milla de la ciudad, se hace de paseo en coche. La aldea que lleva también el nombre del Grao, es vistosa y está bien construida. Estaban anclados algunos barcos pequeños a lo lejos en el mar, y muchos habían entrado en la playa de arena. Estuvimos a bordo de un barco maltés, que hacía ya meses que estaba allí y no se va hasta que no haya despachado toda su mercancía de lana. Los interesados lo han equipado personalmente, con algunos cañones y 35 hombres. Estos barcos malteses de dos mástiles dan siempre un rodeo por las costas de Italia, Francia y España para no caer en manos de los piratas africanos.

[...]

En la orilla derecha del Guadalaviar, cerca de la Alameda, hay otro paseo. Río arriba se ha construido una muralla que mantiene al río en su cauce y al mismo tiempo sirve para pasear. Aquí está colocado el mármol que fue encontrado en el río en 1559 y en el cual se lee la siguiente inscripción, no especialmente bella: «*Sodalitium Vernarum colentes Isidem* [sic]». El señor Sales, doctor e historiador de la ciudad y del Reino de Valencia, ha escrito sobre esto una disertación en latín dedicada al rey Carlos III, entonces recién llegado a España. Algo más arriba se ve una cascada de agua.

La Huerta de Valencia se extiende desde Silla hasta aproximadamente una milla a este lado de Murviedro a lo largo de cinco millas; y desde el mar hacia el interior es de anchura desigual, máximo tres millas.

Los frutos de esta región son jugosos y sabrosos. Las fresas que comí allí eran incomparables en su aroma y sabor; los albaricoques, igualmente jugosos. Los melones son superiores a todos los demás de España. Sin embargo, esta fértil tierra no produce tantos cereales como son necesarios para el abastecimiento de sus habitantes.

El comercio de la ciudad con el extranjero no es importante porque le falta un puerto, y todavía hace pocos años que se le ha permitido exportar mercancías embarcándolas desde la rada. El principal producto es la seda.

La seda producida anualmente en el Reino de Valencia se calcula en tres millones de pesos. Las fábricas de Valencia tienen los derechos de venta por unos tres meses a partir de junio; luego los comerciantes pueden exportar también la seda cruda. Pero como ya han cerrado sus contratos provisionalmente con los propietarios de la seda, este aplazamiento de la venta al extranjero no es ninguna ventaja. En el año 1763 la cosecha de seda fue muy mala. En el presente año (1764) sin embargo, muy fructífera, por lo que el precio de la seda que había subido ha bajado ya considerablemente. Las malas cosechas se deben a la falta de hojas de morera, que a veces sufren los efectos de la helada y el mal tiempo. El árbol de la morera es regado en todas partes porque entonces las hojas se hacen más suaves, más tiernas y mejores. Cada dos o tres años se podan las ramas, y esa madera es suficiente para el consumo. La libra de seda que llega a la ciudad para su uso en las fábricas paga unos dos reales y los gastos; si va al extranjero, hasta que es llevada a bordo, unos ocho reales.

Las fábricas de seda de aquí, que son las más importantes de España, trabajan para la sociedad de comerciantes de Madrid, que se llama *Gremio*.<sup>17</sup> Además de la seda se produce mucho aceite de oliva en los alrededores de Valencia, así como en todo el Reino, pero se exporta poco. Es el mejor de España, pero no tan bueno como el aceite de Provenza.

También se comercia con la fruta. Sobre todo se exportan melones.

17. En español en el original.

La lana de este país es mala y más burda que la castellana porque los pastos de montaña no son tan buenos ni tan tiernos. Pero de Aragón baja mucha lana y se exporta desde aquí.

El 29 de mayo hicimos un viaje de desvío a Murviedro, el antiguo Saguntum. Pasamos por la fértil huerta y por algunas aldeas muy bien construidas, cuyas iglesias y torres saltan a los ojos. A media milla de la ciudad, a mano derecha, se encuentra el antiguo monasterio de los Reyes, fundado por Jaime el Conquistador rodeado por una muralla.

Además, vimos con gran curiosidad dos grandes árboles de la pimienta a mano derecha del camino, que estaban en flor y que, tal como se me aseguró, también dan un fruto, que se parece a la pimienta india, pero no es tan fuerte.

Pasamos primero por los arrabales y luego por la mal construida ciudad de Murviedro junto al templo de Baco, sobre el cual hay un techo que descansa sobre una muralla cuadrangular. Pero no hay nada más que ver allí que el suelo hecho de mosaico.

La ciudad está situada a media milla del mar, al pie de una gran roca solitaria, sobre la cual se eleva el castillo. Solo hay una iglesia y algunos conventos (1777: 548-556).

El editor inserta aquí la siguiente nota a pie de página: «El difunto autor dejó aquí en el manuscrito un espacio libre, sin duda para describir más detalladamente los monumentos antiguos del lugar». A continuación, añade una pequeña bibliografía sobre Sagunto.

Abandonamos Valencia el 31 de mayo a las cinco de la mañana. Pasamos por Catarroja, donde termina la Huerta de Valencia, y Silla, donde ya pueden verse algunos cultivos y fertilidad. Llegamos a las nueve a Almusafes, una aldea donde comimos. Hay allí una parroquia. Esta zona está menos cultivada hasta que se llega al lugar de Algemesí. Algemesí tiene una iglesia, un convento y mil familias. Su bella huerta es regada por el Júcar, y toda la zona hasta Alcira está excelentemente cultivada.

Antes de Alcira se pasa por un puente de piedra sobre uno de los brazos del Júcar. Alcira tiene una parroquia y cuatro conventos. Está situada a lo largo en una isla del Júcar y tiene 1.500 familias.

Pasamos por Cogullada, la Puebla Larga y Manuel hasta Játiva o San Felipe, adonde llegamos a las siete y pernoctamos.

Salimos de San Felipe, donde esta vez vimos la nueva iglesia parroquial sin terminar, la gran plaza y el único hospital general, a las ocho. La ciudad está rodeada por una muralla, donde hay una guarnición de inválidos.

Pasando por la pequeña aldea de Vallada, que se ve a la derecha, llegamos a las doce a Mogente, donde comimos (1777: 556 y ss.).

En este punto, Plüer retorna a Fuente la Higuera y prosigue el camino rumbo a Madrid. Así termina su estancia en el Reino de Valencia.

Continuamos el viaje el 1 de junio a las cuatro, hasta que a las siete llegamos de nuevo a Fuente la Higuera. De Valencia hasta aquí se ven montañas a ambos lados, y el valle que en Valencia es amplio en San Felipe se estrecha; luego va ensanchándose y estrechándose hasta aquí. Por aquí solo se puede entrar al Reino de Valencia viniendo de Castilla.

Visitamos al párroco, que, como es amigo del señor Mayans nos recibió amablemente. Tenía una considerable colección de libros, muy selecta. Nos la enseñó y vimos muchos libros prohibidos.

Hablaba de los herejes y del despotismo con mucha libertad.

Salimos de Fuente la Higuera a las siete y llegamos a Almansa a las doce (1777: 557-558).

## FRANZ JENNE

Jenne's Reisen nach Spanien, Piemont, der Lombardei und Tyrol (*Viajes de Jenne a España, Piamonte, Lombardía y Tirol*, 1790)

Viaje (22 de) noviembre de 1787 a 1788. Itinerario: Llegada por barco a Alicante. Elche, Orihuela.

Apenas se conocen datos sobre la vida de Franz Jenne y sobre las circunstancias de su viaje. Lo poco que se sabe procede de dos reseñas de su obra aparecidas en revistas de la época, de las cuales se desprende que era un comerciante natural de Frankfurt am Main afincado en Viena. Curiosamente, ambas reseñas son extraordinariamente negativas y solo ven defectos en esta obra, que al parecer es una «simple compilación llena de errores geográficos, topográficos, históricos y estadísticos» (Raposo, 2016: 127). También se le reprocha que, a pesar de ser comerciante, no ofrezca ninguna información que pueda ser interesante y útil para los de su gremio. En lugar de ello solo aparecen en su obra «secos itinerarios, noticias sobre menús, anécdotas de postillones, aduaneros y frailes, historietas escabrosas y otros arrebatos producto de un ingenio poco instruido» (ibíd.). La verdad es que Jenne parece tener una predilección especial por las anécdotas de viaje, por la descripción de la incomodidad de las posadas y las molestias de las inspecciones aduaneras. Pero lo que a los críticos del siglo XVIII les parecía aburrido y carente de interés, hoy en día representa una valiosa fuente de información sobre la vida cotidiana de los países

visitados en aquella época, aunque haya que poner en tela de juicio la veracidad de los datos concretos.

El relato del comienzo del viaje muestra ya desde el principio la tendencia de Jenne a contar anécdotas en estilo novelesco-trivial:

A falta de una buena combinación a Barcelona concerté un pasaje a Alicante por cuarenta florines. [...] Éramos cuatro pasajeros: dos franciscanos, un presunto maronita de Siria y yo. Los frailes son los mismos de los cuales ya hablé en el volumen anterior de mis viajes. Estaban ansiosos por volver a Madrid, donde siempre les esperan con alegría los piadosos cristianos para conseguir indulgencias mediante sus santas mercancías. ¡Oh, la industria monaca! El supuesto maronita me pareció algo sospechoso durante el viaje. Al parecer era un napolitano de buena familia. No voy a cuestionar que en todo caso haya estado en Siria; pero para ir vestido de árabe debe de tener causas muy fundadas que le hacen renegar de su nación. Su misterioso viaje y su objetivo final, así como la falta de decisión sobre el destino de dicho viaje y, sobre todo, su gran devoción, con la que se ocupaba todo el día más que los franciscanos, manoseando el rosario y contando horribles milagros, etc., todo eso me hizo sospechar que el Signore Antonio, o bien había dado un golpe... o lo estaba planeando (Jenne, 1790: 1-2).

La descripción del transcurso del viaje demuestra asimismo qué poco se preocupa Jenne de la veracidad de los datos al mencionar un improbable paso marítimo entre Mallorca y Montserrat:

El lunes pasamos entre la isla de Mallorca y las famosas montañas de Montserrat, el martes pasamos por Ibiza, el miércoles por la mañana por el Cabo de San Antonio y el jueves día 22 a la una echamos el ancla en la bahía de Alicante. De todos mis muchos viajes por mar este fue el más rápido, el más caro y el peor (1790: 3).

Una vez llegado a Alicante el relato adquiere tonos más convencionales. A partir de aquí, Jenne divide el texto en apartados encabezados por un título entre paréntesis, lo cual reproducimos literalmente en la traducción.

La ciudad de Alicante está construida a lo largo de la costa, y en la parte de atrás limita con montañas altas y peladas. Al norte se levanta la fortaleza sobre una roca escarpada. De los edificios de la ciudad llaman poderosamente la atención el ayuntamiento, adornado con dos torres, y la gran iglesia colegiata de San Nicolás con su delicada cúpula. El resto de las casas no hace el más mínimo efecto al tener el mismo color que las canteras y las rocas con las que lindan.

[...]

La bahía es extraordinariamente ancha y, sin embargo, segura debido a que tiene un fondo para anclas muy bueno. El lado oriental empieza en el Cabo de la Huerta y termina al oeste en el Cabo de Palos y la isla de Tabarca. En esta isla se ha construido un fuerte en el cual se encuentra siempre un gran destacamento de soldados. El resto de la isla fue poblado por el anterior rey Carlos III con familias genovesas que rescató de la esclavitud, a quienes solo la necesidad y la miseria obligaron a ello. Se dice de esta isla que le faltan por completo tres de los cuatro elementos: fuego, agua (ambos tienen que ser traídos en barco) y tierra; pero el cuarto sustituye a los demás, ya que el viento sopla allí incesantemente.

(Importación y exportación.) Había más de treinta barcos fondeados en la bahía de Alicante, entre los cuales algunos eran ingleses. Habían traído bacalao salado de Terranova y se llevaban soda, aguardiente, almendras, anís y uvas pasas; también algo de vino tinto, que se usa para mejorar el clarete.

(Hospedería.) Me llevaron a la hospedería de la Cruz de Malta, cuyo propietario es un genovés. Pero allí estuve muy mal servido por una piastra (dos florines y 4 cruceros) al día. En mi segunda llegada fui a la hospedería de la Fuente de Oro, donde tuve una bonita habitación con vistas a toda la bahía, y tuve un servicio tan bueno en la manutención como en la primera lo fue malo, sucio y deficiente (1790: 3-5).

Pero poco después retorna a sus características anécdotas novelescas. En este caso, aunque parezcan irrelevantes para el viaje, sin embargo, están configuradas como un pequeño capítulo sobre personajes curiosos y vida social en Alicante.

(Visita.) Apenas había entrado en mi habitación de la Cruz de Malta cuando ya recibí visita, aunque desconocida. Entraron un oficial de artillería y un español con una capa sucia, con zapatos destrozados y medias. Me preguntaron por mi salud, se pusieron a hablar del tiempo y luego el oficial empezó a poner a prueba mi paciencia. Me obligó a escuchar una larga narración sobre su vieja familia noble y sobre su abolengo. Mientras tanto, su acompañante había abierto la capa dejando ver la cruz de Malta. Por suerte llegó mi barbero, y el caballero desapareció, pero el oficial se quedó para endosarme la segunda parte de la historia, a saber, los antepasados del caballero español que acababa de irse. Yo estaba muerto de miedo en manos del barbero, preocupado por si el caballero hubiera ido al archivo municipal para buscar su árbol genealógico, y por eso cogí rápidamente mi sombrero y mi sable, pedí disculpas a mi superfluo visitante por asuntos urgentes y por esta vez me libré de tener que ejercer más paciencia.

(Cónsul imperial.) En seguida me fui a visitar al cónsul general del Imperio, Don Peter Arabet,<sup>18</sup> que además también ocupa el consulado de

18. El comerciante alicantino Pedro Arabet.

Toscana, encontrando en él a un hombre muy galante. Al salir vi al embajador de Trípoli yendo a Madrid en dos coches tirados por seis mulos y acompañados por dos soldados de caballería de seguridad. Había pasado la cuarentena en la isla de Menorca, donde el rey está construyendo un lazareto y un almacén para las personas y las mercancías que tengan que pasarla.

(Regalos del bey.) Los regalos enviados por el bey al rey están en consonancia con su bárbara alteza. Constan de cinco caballos, cuatro avestruces, algunas cabras pequeñas, corderos con amplias colas, un gato y un papagayo. Los corderos probablemente son el resto de la provisión, ya que esa especie es común en África, así como los de cola larga lo son en Europa. Y para el papagayo hubieran podido evitarse los gastos de transporte, pues en España cada zapatero tiene un pájaro gritador así y es barato de conseguir.

Después de no haber consumido nada más que malas comidas en la posada durante cinco días, tomé un exquisito almuerzo en el barco con el mencionado señor cónsul. Empezó por el plato nacional, la *ollia* [sic], que es una fuente repleta de toda clase de carnes y vegetales, de la cual se hace una sustanciosa sopa y cuya carne adquiere un excelente sabor. Yo únicamente haría una pequeña objeción al tocino y los embutidos que siempre la acompañan, junto con los *caravenseras* [sic].<sup>19</sup> Esta mesa, cubierta de viandas muy bien preparadas, se cerró con varias clases de los mejores vinos viejos de la tierra. Como aquí se tiene la costumbre de refrescar el vino con agua helada, debido al fuerte y persistente calor, también se mantiene este uso en invierno, que por cierto aquí no es nada frío.

(Pan.) El aspecto del pan ya le da a uno ganas de comer. Blanco como la nieve, bien cocido y de sabor delicioso, como los panecillos en Viena, pero solo como los de la panadería en la Naglergasse o como los panes de leche de Frankfurt en el Flathaus; así es el pan de aquí. Estas son las tres mejores clases de pan que he encontrado en toda Europa; pero el de aquí era todavía más excelente para mi gusto. Por la noche hubo concierto en casa del señor cónsul, que lo ofrece todos los jueves; y vino mucha gente (1790: 5-8).

Después de este pasaje más o menos homogéneo, Jenne vuelve a saltar bruscamente de unos temas a otros sin coherencia aparente.

(Historia de la ciudad.) Alicante fue conquistado en 1706 por los ingleses después de un duro asedio. Una vez que se apoderaron de la ciudad la rodearon con una muralla o más bien un muro, sobre el cual hay un camino de varios pies de ancho que sirve como paseo. Las calles son en su mayoría rectas, bien pavimentadas e iluminadas por la noche. Únicamente sería

19. Probablemente garbanzos.



deseable que las farolas se limpiaran dos veces al año, pues al parecer solo se hace una vez, los cristales están cubiertos de un grueso polvo.

(Dátiles.) Lo primero que me encontré fueron dátiles frescos; pero aún no estaban totalmente maduros. La cáscara exterior era amarilla, la pulpa blanda y muy jugosa. El sabor dulce, ácido y amargo a un tiempo, por lo cual sacié tan pronto mi apetito que ya el cuarto me repugnó. Por el contrario, las bellotas de aquí son de sabor dulce y bueno y tienen mucho parecido con las castañas. Son mucho más grandes que las nuestras y la gente las come tanto crudas como cocidas y asadas; y por eso se preparan y se venden por las calles como las castañas entre nosotros.

Las mujeres son más feas que guapas. Tienen el pelo negro, la piel morena, y eso podría ser la causa de que el color generalizado de los trajes, tanto de hombres como de mujeres, sea el negro o el marrón oscuro. Estos dos colores tan parecidos los encontré luego usados por toda la nación, como en Prusia el azul y en Turquía el verde. Cuando las españolas salen, las de las clases bajas se ponen una franela blanca en la cabeza; las mujeres de los artesanos algo negro y las más principales tienen algo de color semejante de tafetán, Gros de Naples o Gros de Tour, con o sin encaje. Pero las clases altas llevan un tupé y los cabellos atados por detrás en una red, que generalmente es tan grande que se podría hacer un par de pantalones con ella. De ahí cuelgan muchas borlas, de la misma manera que en los tocados de las italianas.

En la plaza se vendían entonces las más bellas rosas y claveles, así como las uvas más frescas, de la variedad larga. Me aseguraron que esas uvas se mantienen en la rama hasta Pascua.

Caballos se ven muy pocos aquí, pero sí grandes mulos e incontables asnos, que tienen toda la espalda rapada y los agujeros de la nariz, como los caballos en Rusia, abiertos, probablemente debido a que estos animales de carga tienen que subir a altas montañas y así pueden respirar mejor (1790: 8-10).

Una descripción típica de los libros de viajes, la de una iglesia, da ocasión a Jenne para expresar una constante que se repite a lo largo de toda su obra: su animadversión hacia los frailes.

La iglesia de San Nicolás es un edificio majestuoso construido totalmente con grandes piedras de cantería. Ciertamente una bella obra, que para mi extrañeza tiene todas las paredes limpias y sin pintar, de manera que las piedras se ven con su color natural. Ninguna imagen ni ninguna representación de milagros quitan la más mínima vista para poder admirar esta obra de arte de la arquitectura. Tampoco hay altares laterales que estorben la devoción con el altar principal aislado. Solo en medio de la nave hay un muro en forma de cuadrilátero que sirve para el coro y que en otra parte sería

suficientemente grande como para albergar una iglesia, como lo era la capilla de los difuntos en la iglesia de San Agustín de Viena. Es una lástima que esta nave tan bella esté manchada por esta idea frailuna tan torpe. En la forma de construcción se nota que este coro fue realizado después de que la iglesia estuviera construida. En una capilla se ven piezas de obra a medio hacer en mármol blanco, y todas son admirables.

Ahora mismo suena bajo mi ventana una campanilla y oigo que alguien grita. Me apresuro a asomarme y veo a un fraile con su criado, que lleva la campanilla y una linterna (pasa de las siete). Convoca a todos los buenos cristianos para que reciban de él la santa bendición, pero nadie quiere venir. Así pues, se va una calle más allá, el criado alumbra y toca de nuevo la campanilla (1790: 11-12).

De aquí pasa otra vez a temas cotidianos, en los que predominan las observaciones sobre cuestiones económicas, algo esperable en un comerciante como Jenne.

(Fumar tabaco.) En todo el mundo se fuma tabaco, pero con diferencias. Los turcos tienen pipas de ocho y más pies de largo. Su tabaco es dulce, ligero y delicado. Los españoles por el contrario enrollan una hoja de tabaco negro y picante, que ya se vende así preparado y se llama *sigara* [sic]. De esta hoja enrollada que no es más larga ni más gruesa que la parte inferior de una pluma de cisne corta la décima parte, la envuelve a lo largo en un papel que se vende igualmente en las tabaquerías apilado en folios, y enciende el papel por debajo, mete ese pedacito en la boca y fuma hasta que el fuego le quema los labios. Y así pasa el papel ya masticado de boca en boca, tal como en nuestros educados países uno ofrece a los sucios dedos de otro la tabaquera para que tome una pizca de rapé. Pero los españoles adinerados meten todo el *sigara* [sic] sin papel en la boca, lo encienden por abajo y lo fuman igualmente hasta que el fuego llega a la boca. Esta forma de fumar tabaco no me agrada; en cuestión de pipas sigo las costumbres de mi país. Pero el tabaco tiene que ser de Turquía.

(Pescado.) El mercado del pescado es un espectáculo agradable a los ojos. Como el tiempo estuvo muy tranquilo durante varios días, esta mañana fue un verdadero placer ver las capturas de pescado. Un número increíble, no solo de todas las especies sino de todos los colores posibles y de admirables figuras, puede adquirirse aquí a precios muy bajos. Y sin embargo, este país no goza de las ventajas que le ofrece este mar tan rico en peces, sino que prefiere comprar el bacalao salado y sin salar con un dinero que aquí apenas tienen, y prefiere ese pescado maloliente, o el salmón en salazón, que a veces tiene más de un año, a los peces de aquí todavía vivos, delicados y además muy baratos. ¡Hay que ver de qué manera tan obtusa algunos hombres siguen las costumbres heredadas de sus mayores!

[...]

(Productos del país.) La exportación consiste en anís, que aquí se cultiva mucho, alumbre, almendras, dátiles, higos, cuyos árboles alcanzan aproximadamente el mismo grosor y altitud que nuestros avellanos y se encuentran en los campos con tanta frecuencia como estos. Además, crece aquí también una caña muy fina, más bien una especie de junco grueso como un cordón de dos pies o más de largo, que se llama esparto. Es extraordinariamente fuerte y resistente, y de ahí se hacen muchas cuerdas gruesas para las anclas y para otros usos en los barcos, al mismo tiempo también cestos para el transporte con los animales de carga y esteras para embalar la suda. Todo esto son trabajos que ocupan a mucha gente pobre (1790: 12-15).

Sobre los alrededores de Alicante hace observaciones que coinciden en parte con las de Plüer sobre la huerta y sobre el tema omnipresente del agua.

(El *Huordo* [sic].)<sup>20</sup> Hicimos un viaje a más de una hora de la ciudad, donde está el llamado *Huordo* (jardín, huerto). Es una llanura o valle circundado por montañas rocosas altas y peladas, la cuarta parte de las cuales limita al sur con el mar. En esta llanura crece el delicioso vino blanco y tinto. Algunas higueras, almendros, granados, algarrobos y palmeras cubren igualmente estos grandes viñedos, entre los cuales también están esparcidos algunos campos de cereales. El rendimiento anual se eleva a unas quinientas botellas francesas. Fuimos a una bodega y probamos el vino tinto nuevo que, aunque todavía estaba fermentando, sin embargo ya era extraordinariamente fuerte. Se vende a seis cruceros por botella.

La miel está aquí en consonancia con el vino, pues es la más deliciosa que pueda ser producida por las abejas. Lo enérgico y duro compite con el sabor dulce y agradable.

(Depósito de agua.) A cuatro millas de aquí hay un depósito de agua que merece verse. La naturaleza parece haber formado un profundo valle en la montaña rocosa. Por un lado hay un dique de piedras de cantería de doscientos pies de alto y cuarenta de ancho, y desde ese depósito se riegan todos los campos. La mayor parte pertenece al rey, y el resto a distintos propietarios (1790: 17-19).

Al abandonar Alicante retorna el tema típicamente odepórico de los aduaneros.

(Partida.) El jueves 29 alquilé una calesa con un caballo hasta Cartagena. Antes de salir me advirtieron de que tenía que pagar una peseta (que equivale a 23 cruceros) en cada puerta de la ciudad para no ser registrado y para

20. La palabra usada aquí por Jenne es probablemente una deformación del español *huerto*.

librarme de las burlas y de los robos de los aduaneros, que viven mayoritariamente de esos tributos. Luego vi que este aviso era muy fundado.

Hasta que uno se aleja a una hora de la ciudad el camino es poco interesante. Luego aparece una poderosa colina rocosa en la cual está tallado un camino que tiene solo la anchura de un coche. Desde arriba se divisa un valle extraordinariamente grande, cuya parte meridional limita con el mar. En ese momento había allí tres grandes barcos que cargaban sal. Los ingleses, holandeses, suecos y daneses, también los hamburgueses que vienen cargados y no encuentran otras cargas para la vuelta la compran (la sal) para salar sus pescados. Esta sal se vende en la exportación solo a un cuarto del precio por el que se vende aquí y del que cada aldea tiene que tomar una cantidad determinada.

Toda esta llanura está cubierta de algarrobos, tanto que podría pensarse que con ellos todo el país podría ser abastecido de este fruto. Se parece a un haba; la hoja tiene cinco pulgadas de largo y uno de ancho. Su sabor es dulce, por lo cual les gusta a los niños, y debido a su abundante jugo también es buscado por las ancianas para caramelos. Pero por lo demás sirve como forraje para asnos y mulos, pero es muy astringente y poco alimenticio, sobre todo para animales que trabajan mucho. Puede mezclarse en el mismo recipiente con la malta o el salvado que los cerveceros y los molineros dan a sus caballos. El árbol es de hoja perenne y tan ancho como un avellano grande. Debajo de él se cultiva en esta llanura la hierba de la cual se hace la soda (1790: 19-20).

A poca distancia de Elche reaparece otro de los temas estrella de los viajeros por tierras ilícitas: el palmeral.

(Bosque de palmeras.) A ambos lados del camino se ve mucho álloe que crece en estado salvaje como los setos de espino en nuestro país, y sirve como allí para separar los campos. Pero al acercarse a la pequeña ciudad de Elche se ofrece a la vista un objeto muy agradable a ojos europeos, es decir, un bosque de palmeras. Al pasar bajo su sombra me pareció estar transportado a la Arabia Feliz. Ya desde lejos se percibe esta magnífica visión. Su tronco tan recto está adornado con una corona de largas ramas que más bien se parece a un plumero que a los árboles que estamos acostumbrados a ver. De las ramas penden a miles los dátiles de color dorado y castaño, pero solo en los árboles hembra, pues el tronco masculino no lleva frutos. Además de su belleza, este árbol tiene la ventaja sobre todos los demás de que no solo sirve para alimento del cuerpo, sino también del alma, en el sentido espiritual. De sus majestuosas coronas, después de haber dado una fresca sombra durante todo el verano, cuando sus frutos ya están recolectados para general disfrute, se cortan todas las ramas y se envían en varios cargamentos de

barcos a Génova y a Roma. De Génova se mandan por tierra a Alemania, donde sirven a los judíos para su fiesta de los tabernáculos, donde cada israelita que quiere agradar especialmente a Moisés se compromete a mostrar a su profeta una rama de palmera en una mano y una de cedro en la otra. Las ramas de palmeras destinadas a Roma son para nuestros sacerdotes católicos, en Italia igual que en España. Porque en Alemania nos conformamos con brotes de sauce, que prestan el mismo servicio para celebrar el Domingo de Ramos. Se ve entonces a todos los reverendos el Domingo de Ramos con una rama de palmera o un brote de sauce en la mano, adornados de manera tan piadosa como los israelitas. Mi calesero me aseguró que aquí había más de cien mil de estos hermosos árboles, y este bosque tan especial se extiende hasta llegar a la ciudad (1790: 20-22).

De ahí pasa a una breve descripción de Elche que contiene de nuevo pequeños elementos de crítica de la religión, además de una de las constantes del relato de Jenne: la comparación con Turquía (cf. Raposo, 2016: 127-129).

La ciudad de Elche es pequeña, pero tiene una hermosa plaza en la cual estaban instaladas muchas tiendas de buhoneros para el mercado anual.

La Catedral de Santa María tiene una nave muy grande, de bella hechura, culminada en una delicada cúpula. Las ventanas tienen placas de mármol de una pulgada de grosor, dos de ellas de varios pies de alto, de una pieza y dan una luz muy bonita. Estos serían inmejorables cristales para los harenes en Turquía, y también para nuestros conventos de monjas. Hice que me guiaran a lo alto de la iglesia para divisar todo el contorno de la ciudad, y así tuve una magnífica vista de este gran palmeral que se extiende alrededor de tres tercios de la ciudad (1790: 22).

Aunque no sea un tema específicamente valenciano ni de ningún lugar concreto, los temas característicos de la odepórica se repiten prácticamente en todos los relatos de viaje desde la Edad Media. Franz Jenne parece tener una predilección especial por la descripción y la crítica de las incomodidades de las hospederías y posadas. Pero es en Elche donde más se extiende sobre este enojoso tema:

Antes de salir me preguntó mi calesero si quería comer algo. Como le contesté muy naturalmente que sí, me pidió dinero para comprar carne, pan y vino. Todo esto tiene que procurárselo uno mismo, pues en las hospederías, que solo lo son de nombre, no hay provisiones más que para los mulos y los burros. Al volver a entrar extendieron sobre la sucia mesa un grosero trapo que tuvo que servir de mantel y de servilleta. El cubierto consistía en un plato pequeño de arcilla marrón, la mitad de grande que los platos normales,

y una cuchara de madera con un mango corto y redondo, como las cucharas de cocina; es un diseño como los turcos, pero aún peor. La cena consistió en carne de cordero troceada en caldo, y una ensalada cortada como la col, aliñada con aceite de lámpara que a un viajero procedente de la Provenza, donde está uno acostumbrado al mejor de los aceites, le resulta todavía más fuerte. Pero en toda España el aceite es extraordinariamente malo. Por otro lado, las aceitunas son mucho más grandes, y muchas de ellas se comen en salmuera. Esta clase de hospederías tienen cierto parecido con las de Turquía, pero con la diferencia de que aquí hay que pagar más que si se hubiera cenado y pernoctado en las mejores de Alemania. Porque el precio nunca bajó de una peseta, un duro y aún más, con lo cual siempre me quedé con hambre (de puro asco) y por la mañana me dolían las costillas de unos colchones que solo lo eran de nombre.

(Orihuela.) El viernes a las dos y media de la madrugada se engancharon los caballos. Los campos de estos alrededores están cultivados mayormente con cáñamo. A las seis llegamos a Totana y a las nueve a la gran ciudad de Orihuela, atravesada por el río Segura, que desemboca en el mar a cinco millas de aquí; pero antes se reparte en muchísimos canales que cruzan los campos. Gracias a esta bella obra puede esta gran llanura llamada *la Huerta di Orichuella* [sic] ser regada en todo momento. La tierra adquiere así tanta fertilidad que ha dado lugar al dicho «Ya puede llover o no, Orihuela siempre tiene cereales», mientras que por el contrario los campos no regados producen muy poco o nada en los años secos. El trigo de aquí pasa por ser el mejor de todo el reino.

El convento de los dominicos es destacable solo por su gran tamaño. Sus dos patios son de una bella hechura. El primero está adornado con pilas-tras dóricas, sobre las cuales en el primer piso hay columnas jónicas, ambas en arcos soportales. El otro tiene igualmente dos soportales, uno sobre otro, soportados por columnas de orden compuesto. La iglesia es extraordinariamente grande, recargada de pinturas y tallas de madera. Delante del altar mayor está el mausoleo del fundador, pero no tiene nada destacable. Me guiaron por todo el convento, cuyo refectorio o comedor me habían recomendado antes como digno de verse. Pero no encontré nada especial excepto la más perfecta consonancia con la iglesia, extraordinariamente grande e igualmente demasiado cargada de pinturas y tallas de madera. La biblioteca tiene incontables obras de teólogos y predicadores. Un joven fraile estaba allí estudiando, y tuve curiosidad por ver con qué se ocupaba. Tenía ante sí una vieja descripción de viaje, donde en ese momento precisamente estaba leyendo algo sobre México. En este convento habría espacio para tres regimientos de caballería, y el refectorio podría servir como una incomparable sala de ejercicios militares. Saliendo de aquí se encuentran muchas plantaciones de limoneros y naranjos hasta Murcia (1790: 22-25).

Doce años después de Jenne visitaron Valencia dos viajeros alemanes cuyas obras son sobradamente conocidas en la literatura odepórica: Christian August Fischer en 1798 y Wilhelm von Humboldt en 1800. Fue sobre todo Fischer quien con sus entusiastas descripciones contribuyó a difundir una imagen idílica y radiante de Valencia, que se recogerá en muchos relatos de viaje posteriores.

A continuación presentamos a dos viajeros de principios del siglo XIX que pueden asimilarse a los del XVIII por haber tenido lugar sus respectivas estancias en Valencia antes del estallido de la Guerra de la Independencia, aunque la publicación de sus relatos de viaje se retrasó todavía algunos años. Ambos aparecieron en 1810, y quizá ello se debiera a la renovada actualidad que habían adquirido los temas españoles desde el levantamiento de 1808.

### KARL FRIEDRICH VON JARIGES

Bruchstücke einer Reise durch das südliche Frankreich, Spanien und Portugal  
(*Fragmentos de un viaje por el sur de Francia, España y Portugal*, 1810)

Viaje en noviembre de 1802. Itinerario. Orihuela, Elche, Alicante, Elda, Villena, Fuente la Higuera, Valencia, Murviedro, Nules, Vinaroz.

Karl F. Jariges era hijo de un ministro prusiano de familia acomodada, por lo cual pudo permitirse llevar una vida dedicada a la literatura y a los viajes de formación. Bajo el seudónimo de Beauregard Pandin, realizó traducciones de la literatura española, inglesa, francesa e italiana al alemán, entre las que destacan *Spanische Romanzen*. Su viaje a España tuvo lugar en 1802, pero el relato se publicó en 1810 con el título *Bruchstücke einer Reise durch das südliche Frankreich, Spanien und Portugal*.

Jariges penetra en el Reino de Valencia procedente de Murcia, y antes de entrar en descripciones paisajísticas se fija en la indumentaria típica.

El traje del campesino valenciano es muy especial. Lleva pantalones bombachos muy anchos de lino blanco, que dejan libres la rodilla y parte de los muslos, y que de lejos parecen faldas cortas de mujer. Un chaleco blanco corto, una faja roja rodeando el vientre, un pequeño gorro negro, normalmente de terciopelo, y sandalias atadas con cintas negras. Esta vestimenta, toda ella muy ligera y cómoda, tiene algo oriental, así como las pequeñas cabañas con sus paredes delgadas hechas de barro y cañas, a menudo a la sombra de unas palmeras (Jariges, 1810: 230-231).

Su primera parada es en Orihuela, donde es testigo de una de las diversiones más típicas de esta tierra: los fuegos de artificio.

Estaba ya oscuro cuando llegamos a la importante ciudad campesina de Orihuela y en seguida nos dirigimos a la plaza del mercado para ver los fuegos artificiales organizados en honor de la onomástica del rey. Toda la gran plaza, así como los edificios circundantes, estaban llenos de espectadores en ventanas y azoteas. Antes y después del disparo de los fuegos se lanzaron cohetes borrachos desde las casas hacia la multitud, y las autoridades se regocijaron de la confusión que provocaron; algún viejo abrigo se hizo un agujero más en esta ocasión. Por cierto, los fuegos artificiales se malograron bastante y casi todos los artificios habituales salieron mal. Al volver a casa, algunos de nosotros echamos de menos nuestros pañuelos de bolsillo (1810: 231).

Jariges aprovecha muchas veces la ocasión de demostrar su formación y sus ambiciones literarias en las descripciones de paisajes, pero también al tratar uno de los temas preferidos de los viajeros nórdicos, como es la vegetación característica del sur: al observar las palmeras se explaya especialmente en su descripción y la amplía con citas de la Biblia, uniando así las imágenes meridionales a las de un exotismo oriental que empieza a despuntar ahora y proseguirá su andadura con gran éxito en el siglo XIX:

El octavo día pasamos por muchas aldeas, y por la villa de Callosa de Segura el valle se ensanchó y los cultivos disminuyeron, incluso desaparecieron casi por completo hasta que se mostraron de nuevo de una manera especial, como no se encuentra apenas en ninguna otra parte de Europa. Alrededor de la bonita ciudad de Elche (aproximadamente 10.000 habitantes) se eleva un espeso bosque de palmeras. La palmera datilera (*Phoenix dactilifera*) es en toda su figura tan diferente de los árboles europeos que no se puede comparar con ninguno. El tronco, esbelto y recto, cuya corteza nudosa no crece hasta edad avanzada, se eleva libre y sin ramas hasta el pináculo, donde las largas ramas con hojas como plumas, cuelgan inclinadas formando un semicírculo; y los dátiles cuelgan en grandes manojos en forma de guirnalda. El pináculo parece una corona en la cual se balancean grandes plumas de avestruz y recuerda a los adornos de la cabeza de los indios, que parece ser una imitación. Cada año se forma un nuevo pináculo y las ramas viejas se secan; de ahí proceden los tramos nudosos del tronco, y probablemente también el nombre botánico de *Phoenix*. Esta curiosa maraña y las sombras tan extrañas que forman las palmeras jóvenes y bajas al pie de las viejas son extraordinariamente agradables. No es raro que los magníficos bosques de palmeras les sirvan a los orientales como la imagen de la belleza suprema, y que los utilicen para las comparaciones más encantadoras, cuyo sentido y



adecuación solo puede entender quien haya visto este árbol al natural; como por ejemplo en el siguiente pasaje del *Cantar de los Cantares*:

¡Qué hermosa eres, qué encantadora, / qué amada, hija deliciosa!

Esbelto es tu talle como la palmera, / y son tus senos sus racimos.

Yo me dije: voy a subir a la palmera, / a tomar sus racimos; / sean tus pechos racimos para mí.<sup>21</sup>

En un huerto de palmeras vimos también una plantación de algodón que estaba en flor. Por lo demás, el camino no tenía nada digno de destacar, y por fin alcanzamos el monte en forma de cono que habíamos divisado desde hacía varias horas y entramos en Alicante (1810: 232-233).

La descripción de Alicante difiere notablemente de la de sus predecesores Plüer y Jenne: no se fija tanto en aspectos económicos, sino paisajísticos, vistos de manera muy subjetiva. Al final hay una breve alusión a otro de los temas preferidos del *Jariges* literato: el teatro.

Alicante no es un lugar agradable, y tampoco lo es su situación. La ciudad se extiende a lo largo de la costa pegada al mar y sobre la empinada colina que conduce a ella. Solo abajo en el llano tiene algunas calles rectas y bien construidas. Las demás son abruptas, estrechas y sucias y tienen míseras casas pequeñas sin encalar. Ninguna calle está pavimentada y muchas están tan poco limpias como en las ciudades portuguesas. Para ser una ciudad marinera tiene muy poca vida y no se percibe mucho bienestar. Los alrededores son extremadamente tristes. Detrás de la ciudad se eleva una poderosa masa rocosa y desnuda con una gran fortaleza que parece amenazarla como un monstruo horrible. En la parte de Poniente hay pequeñas elevaciones y hendiduras sembradas de piedras como un caos desierto por el cual pasa la carretera a Madrid, que está en parte bordeada de árboles, formando así el único y pobre paseo. En la parte de Levante se extienden desnudas elevaciones rocosas. Se mire donde se mire, en ninguna parte se descubre algo pintoresco, e incluso la vista del mar cansa aquí con su uniformidad muerta. Con esta situación no es extraño que en verano el calor alcance un grado insoportable, pues la gran roca pelada al norte refleja los rayos del sol como un espejo en la hondonada. Incluso ahora en noviembre era tan penoso al mediodía que nos obligó a buscar la sombra. No hay aquí ningún teatro, pero una compañía ambulante actuó en un granero (1810: 234-235).

21. Transcribimos este pasaje de la traducción española de Nácar/Colunga, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1975, p. 861. *Jariges* cita aquí de manera muy libre la traducción alemana de Lutero *Hohes Lied* 7, vv. 7-9.

La ruta de Alicante a Valencia es descrita de manera muy breve y sucinta. Obsérvese que aquí aparece el adjetivo «romántico» en el sentido que le da Jariges y que corresponde al que era usual en el alemán del siglo XVIII, es decir, más o menos *pintoresco*.

El viaje de aquí a Valencia, que dura tres días y medio, lleva por lugares románticos, mayormente bien cultivados, pero que no ofrecen nada digno de destacarse. El primer día pasamos de Elda a Villena por altos valles de montaña; el segundo por Fuente la Higuera a la carretera de Madrid y a la Venta de Morena, un magnífico edificio; de aquí a Roblas y luego a una venta real donde por fin encontramos buenas camas, chimenea e incluso provisiones. Al tercer día atravesamos un amplio valle y entramos en la Huerta de Valencia, que incluso supera a la de Murcia en fertilidad y arte. Las casas cubiertas de paja tienen mejor aspecto, y los lugareños van muy bien vestidos. Las mujeres llevan el pelo en moños sujetos por horquillas de plata. En la excelente calzada nos encontramos con muchos coches de cuatro ruedas, algo que no veíamos desde hacía tiempo y que solo se encuentra en esta provincia y en Cataluña. La carretera, cada vez más movida, anunciaba la proximidad de una gran ciudad, y pronto llegamos a Valencia (1810: 235-236).

En su descripción de Valencia dedica relativamente poco espacio a la ciudad y más a los alrededores.

No puede decirse que sea un lugar bello. Las calles son estrechas, torcidas y todas sin pavimentar. Pero no faltan importantes edificios privados y públicos. La extensión de la ciudad tampoco es muy grande en proporción al número de habitantes, que se cuentan por 100.000. El mejor panorama se ofrece desde la fea torre de la magnífica catedral, que en poco le va a la zaga a la de Granada. La vista que se disfruta desde ahí es encantadora. Se ve toda la extensa huerta, rodeada en la lejanía por un semicírculo de montañas, cuyos puntos finales tocan el mar. Por la tarde brilla el gran lago de la Albufera, cuyo color claro contrasta agradablemente con el oscuro del mar. Una cantidad incontable de viviendas campesinas esparcidas asoman desde las exuberantes plantaciones de olivos, algarrobos y naranjos. Es cierto, la vista de una huerta así es extraordinariamente agradable y regocijante; tiene el suave encanto de un bello idilio; pero al mismo tiempo los ojos se cansan pronto de la falta de contrastes y de la regularidad de los cultivos, que tiene algo de monotonía a pesar de su variedad. Nos llamó la atención la gran cantidad de mendigos que no habíamos encontrado tan pesados en otra ciudad española; aquí, donde hay tanta industria en marcha, sobre todo fábricas de seda, no se los espera.

Se habían hecho muchos preparativos para recibir al rey, a quien se esperaba en breve de su viaje de vuelta de Barcelona. Muchas casas fueron encaladas y pintadas. El Ayuntamiento había ofrecido recompensas de mil a cien reales para quienes se destacaran en esos trabajos. Para las ceremonias se construyeron toda clase de carros de triunfo, barcasas, etc., y en la nueva puerta se colgaron luminarias. Saliendo de esa puerta se abre una gran perspectiva de cinco puentes de piedra no muy alejados uno de otro que cruzan el Guadalaviar. Al otro lado está la Alameda, un paseo muy agradable, sobre todo por el aspecto campestre que le dan los pequeños jardines y casas campesinas a los lados. Se compone de varias avenidas un poco estrechas; en el medio circulan los coches normalmente de un lado a otro.

Si se sigue todo recto el camino que parte de aquí, se llega en una hora al pueblo del Grao, no lejos del mar. Aquí visitamos el muelle, en el cual se está trabajando desde hace tiempo para construir un puerto artificial. Son enormes las máquinas, cargadas de grandes trozos de roca, que se hunden para rellenar la profundidad del mar. Hasta ahora no pueden arribar los barcos en esta costa debido a las grandes profundidades y al fuerte oleaje. Incluso las barcas de pescadores no son seguras y están en seco. El espectáculo de las olas rompiendo en la orilla es muy entretenido y me recordó a los pintorescos versos en el *Torquato Tasso* de Goethe «La ola vacila y se encrespa y se curva llena de espuma».<sup>22</sup> El camino de vuelta lo hicimos en una tartana para poder conocer ese extraño vehículo; es un coche de un caballo con dos ruedas y un toldo redondo y dos bancos con sitio para seis personas. Se entra por detrás como en un horno; ahí no hay que pensar en comodidad.

Un domingo vimos en ese paseo a muchos lugareños vestidos de fiesta, una indumentaria que causa muy buena impresión y es testimonio de bienestar. A ese traje se añade un sombrero negro y redondo con alas muy anchas, atado a la barbilla con cintas negras. Alrededor del pelo llevan una pequeña red muy ceñida, habitualmente de color verde. Aquí notamos que el otro sexo no tiene formas bellas y que la fisonomía de los valencianos ya casi no es española; el cabello rubio no es nada raro entre ellos, siendo así que en otras provincias (exceptuando Cataluña) eso es tan extraño que «un rubio»<sup>23</sup> quiere decir un extranjero del Norte. Hay un refrán burlesco sobre los valencianos que alude a esa degeneración y dice:

*En Valencia la carne es hierba, la hierba agua.*

*Los hombres mugeres, y las mugeres nada*<sup>24</sup> (1810: 236-239).

22. La cita que Jariges transcribe aquí está incompleta. El original de Goethe reza «Die Welle flieht / Und schwankt und schwillt und beugt sich schäumend über» ('La ola huye, vacila y se encrespa y se curva llena de espuma') (*Torquato Tasso*, acto 5.º, escena 5.ª, vv. 344-345).

23. En español en el original.

24. Jariges inserta este texto en español y añade a continuación una traducción al alemán.

Estas observaciones antropológicas continúan con una referencia a la piedad popular, algo que siempre llamaba la atención de los viajeros protestantes:

Los valencianos deben de ser unos celosos defensores de la Inmaculada Concepción de la Virgen María; por lo menos se oye a menudo el saludo «Ave María», a lo que se contesta «Sin pecado concebida».<sup>25</sup> Como muestra de cómo creen todavía en el demonio, sirva esta anécdota: en el muro de una casa no lejos de la catedral hay una placa de mármol nueva sobre la cual un bajorrelieve hace visible una inscripción mal escrita, que traducida literalmente dice así:

«Una mora de Túnez, esclava de Micer Artes, Doctor en derecho, dormía en el desván de esta casa, que en tiempos perteneció a Don Bonifacio Ferrer de San Vicente,<sup>26</sup> cuando su señor notó que algunas noches, pasando al lado de su cama, iba a una habitación contigua, en la cual el santo varón acostumbraba a retirarse para descansar de sus negocios: Y como se lo reprochara, ella contestó: “Cuando me voy a dormir me persigue un fantasma diabólico que me da un miedo horrible, y no sé librarme de él de otra manera que entrando en la habitación de San Vicente, porque entonces el fantasma se queda a la puerta y me hace unas caracas y unos gestos amenazadores y horribles, pero no se atreve a entrar”. Cuando la famosa ciudad se vio obligada a derribar una parte de la casa y de la habitación para ensanchar la calle, dedicó en memoria de este suceso esta placa de mármol junto con un bajorrelieve. 9 de mayo de 1796» (1810: 239-241).

La descripción de Valencia finaliza con temas relacionados con los intereses literarios y culturales de Jariges.

El teatro de aquí es uno de los mejores. Vimos *El Sol y el Alba de Asturias*,<sup>27</sup> una obra cuyo tema es la expulsión de los moros de Asturias. El personaje principal es una hechicera que proporciona la victoria a los cristianos. Hacia el final los actores salieron para saludar como es costumbre y nos creíamos que el telón iba a caer cuando detrás de nosotros en el patio de butacas se hizo oír una voz femenina. Nos volvimos y vimos a la hechicera a caballo que dio un largo discurso final. No pudimos recibir información sobre ese extraño fenómeno. Los trajes de los actores representaban la antigua

25. En español en el original.

26. Jariges inserta aquí la siguiente nota al pie: «Este Ferrer es un santo a quien los valencianos veneran mucho por ser su paisano».

27. Jariges cita este título en español en el original y añade una traducción al alemán. Probablemente se trata del drama *El Alba y el sol*, de Luis Vélez de Guevara (1579-1644), del cual se publicó una edición en la imprenta valenciana de José y Tomás de Orga en 1793.

indumentaria española con todo su esplendor fantástico, y también aquí me di cuenta de que en el teatro español se da más importancia al vestuario que en el nuestro.

Es muy digna de verse la pequeña pero selecta colección de cuadros del canónigo Don Blasco,<sup>28</sup> un anciano muy vivaz que muestra sus tesoros con una atenta amabilidad. Posee cuadros de Juanes (el Rafael español), de Velázquez, Murillo, Leonardo da Vinci, Fiamingo, etc. Se alegró mucho cuando pude darle información sobre un busto del cual no conocía ni el pintor ni la persona representada. Yo había visto el original en la galería de Viena, un retrato del escultor veneciano Sansovino hecho por Tiziano (1810: 241-242).

Jariges es el único de estos viajeros que atraviesa las comarcas del norte del reino de Valencia. Pero con excepción de Murviedro, les dedica una descripción muy breve, dominada por un tema adyacente como lo es la visita del rey Carlos IV.

Este agradable viaje<sup>29</sup> de 56 leguas lo hicimos en siete días. El primer día, por un camino extraordinariamente risueño, pasando por la Huerta de Valencia que todavía se extiende a lo largo de cuatro leguas, llegamos a mediodía a Murviedro, que está situado no lejos del mar al pie del macizo montañoso que cierra el valle de Valencia. Murviedro, un lugar de 10.000 habitantes aproximadamente, es el antiguo Sagunto, tan famoso en la historia de los cartagineses. De la vieja ciudad no se ha conservado completo nada más que el teatro. Está situado en la ladera nordeste de la montaña antes mencionada. Los asientos hechos de ladrillo, que se elevan en semicírculo unos detrás de otros, todavía están lo suficientemente intactos como para hacerse una idea del tamaño del teatro. Pero el proscenio está casi totalmente destruido. En la descripción de este teatro hecha por el conservador real especialmente encargado de eso se declara como probable que no fueran los romanos, sino los mismos saguntinos quienes lo construyeron al estilo de los teatros griegos. Tenía cabida para 10.000 personas. También se cuenta que el conservador hizo representar allí una comedia en el año 1785, con lo cual hubo ocasión de notar qué fácil era oír a los actores, incluso desde los asientos más alejados, lo cual testimonia una observación muy exacta de las leyes acústicas, ya que todo el edificio está al aire libre sin ninguna techumbre.

A partir de Murviedro, el camino hasta Barcelona se extiende siempre no lejos de la costa. Las montañas que se despliegan a lo largo del mar abren estribaciones a mayor o menor distancia de las orillas, lo cual confiere una agradable variedad a los paisajes. Se encuentra uno, ya sea en la llanura, ya

28. Jariges debe de referirse aquí a Vicente Blasco, por entonces rector de la Universidad de Valencia.

29. De Valencia a Barcelona.

en las alturas, desde las cuales se disfruta de la vista del Mediterráneo. Después de pasar por varias huertas pequeñas llegamos por la noche a Nules. Era divertido ver cómo en todos los pueblos grandes y pequeños por donde pasamos, incluso las cabañas más miserables eran blanqueadas por las mujeres en honor del rey, cuya visita se esperaba cualquier día. A algunas casas viejas ese honroso vestido les sentaba tan gracioso como la nueva librea a un mozo campesino que lleva a la ciudad a su señor.

Los siguientes días pasamos por Benicàssim, Torreblanca, Benicarló y Vinaroz. Esta pequeña y bella ciudad junto al mar estaba muy animada por los guardias y los numerosos séquitos del rey, que ya se adelantaban hacia Valencia. Algunas casas tenían una iluminación en pruebas, de una manera muy especial: una cantidad de pequeños globos iluminados por dentro, pintados de todos los colores y adornados con inscripciones, estaban colgados de las ventanas (1810: 243-246).

## FRIEDRICH STUDER

### Rückerinnerungen aus Spanien (*Recuerdos de España*, 1810)

Viaje en 1806. Itinerario: Murviedro, Valencia.

Friedrich Studer es el único de estos viajeros que llega al Reino de Valencia procedente de Cataluña. Su itinerario es muy breve, ya que en su relato solamente hace referencia a Murviedro y a Valencia. Tras su breve estancia sale de la capital por la carretera de Madrid.

Studer (1784-1824) era un pastor protestante y pedagogo suizo discípulo de Pestalozzi que vino a España para trabajar como instructor en el Real Instituto Militar Pestalozziano de Madrid en 1807 (Goedeke, 1857: 123). Cuando la amenaza de una posible ocupación francesa en España se fue haciendo cada vez más palpable, Studer decidió abandonar el país, después de que el primer ministro Godoy, anteriormente el principal valedor del instituto, decidiera cerrarlo en enero de 1808.<sup>30</sup>

En su relato de viaje, publicado anónimamente en 1810 bajo el título *Rückerinnerungen aus Spanien*, dedica poco espacio a Valencia, que fue solo una breve etapa en su camino de Tarragona (donde se encontraba el primer instituto pes-

30. En la portada del libro de Studer aparece un retrato de Godoy, como homenaje y muestra de agradecimiento.

talozziano abierto en España) a Madrid. Su descripción es extraordinariamente vaga e indefinida, y se diferencia mucho de todas las de sus antecesores por su falta de concreción. Es patente en él la influencia de Christian August Fischer, a quien se remite directamente nombrándolo como su maestro. A esa influencia se debe también probablemente el peculiar cuadro de costumbres que acompaña la descripción.

Tan solo una mirada fugaz a la ciudad y la región, pues ya Fischer nos ha hechizado con su veraz descripción del país de las Hespérides; y solo un necio seguiría pintando allá donde el maestro dejó su consagrado pincel.

Es en febrero, en el período de lluvias, cuando atravesamos esta tierra; pero aun así tiene un aspecto más veraniego que nuestro país cinco meses más tarde. Casas ligeras, construidas como de barro, el heno al aire libre en cobertizos, placas redondas de arcilla para trillar los cereales hollados por los cascos de los mulos. Y por doquier el dominio de las mujeres. La hija está sentada junto al fuego del hogar, toda engalanada con pendientes y anillos, ambas manos en el regazo. El padre trinchla la carne en la tabla con el delantal de cocina puesto. La madre oye misa con su vestido de fiesta y la criada enciende el fuego por orden de la hijita, trae el agua y la comida (Studer, 1810: 95).

Es oportuno recordar aquí que Fischer en su relato de viaje por toda España (aparte del que escribió dedicado exclusivamente a Valencia), había presentado una imagen muy peculiar de las relaciones entre los sexos: la mujer como señora absoluta, recayendo sobre el hombre todo el peso de la economía doméstica, e incluso de la compra (Fischer, [1799] 2007: 225). Es probable que Studer no presenciara nunca una escena semejante a la que describe, sino que esta fuera fruto de la influencia de Fischer.

El único dato concreto que nos proporciona en su descripción de Valencia es una breve alusión a su alojamiento, que al mismo tiempo nos dice algo sobre sus expectativas en este sentido:

Quien busque la mejor casa de huéspedes de Valencia debe ir a la «Fonda de la Platz»:<sup>31</sup> todo forastero encuentra allí una mesa bien provista, una compañía educada, que generalmente incluye a algún paisano, a veces incluso varios, un servicio atento, precios moderados (Studer, 1810: 197).

31. Probablemente se refiere a la Fonda de la Paz, situada en la Plaza de la Seu (hoy de la Virgen), donde también se alojaron Wilhelm von Humboldt y sus acompañantes (Piqueras y Sanchis, 2006: 100).

Al emprender camino hacia Madrid echa una mirada hacia atrás comparando el paisaje de La Mancha con el de la costa mediterránea:

La última semana de nuestro viaje se arrastra perezosamente por la monotonía de La Mancha, ciertamente fértil en vino y cereales, pero sin vida elevada, sin atractivo y sin poesía. El cálido, fresco, amable sentimiento de la existencia que sopla de cualquier manantial de Cataluña, de cualquier arbusto de Murviedro, enmudece ante el caminante por La Mancha con un eterno silencio. Y a sus habitantes les falta claramente aquella vivacidad y aquel carácter ligero, alegre, meridional del valenciano (1810: 101).

## CONCLUSIONES

De todas estas descripciones de viajes a lo largo de medio siglo aproximadamente se pueden resaltar brevemente ciertos aspectos comunes:

El paisaje y la vegetación son lo primero que salta a la vista y, en este sentido, a todos los viajeros les llama la atención la escasez de agua, así como las plantas y los cultivos menos conocidos a ojos alemanes, tales como palmeras y algarrobos, o arroz y caña de azúcar, en cuya descripción suelen detenerse ampliamente.

Las fiestas de todo tipo, tanto religiosas como profanas, llaman también la atención en sus aspectos más exóticos. Incluso un prelado católico como el padre capuchino Emmerich Fischer se muestra sorprendido por las celebraciones del Corpus Christi en la ciudad de Valencia y las describe con mucho detalle. Jariges se encuentra con diversos festejos al entrar y al salir del Reino de Valencia: en Callosa de Segura presencia una exhibición de fuegos artificiales, y al salir de Valencia camino de Castellón encuentra engalanadas todas las poblaciones a la espera de la visita del rey Carlos IV.

Los viajeros del siglo XVIII, como buenos ilustrados, estaban altamente interesados en la cultura clásica. El antiguo teatro de Sagunto era el único vestigio de dicha cultura conocido por ellos. Plüer lo visitó desviándose de su ruta de vuelta de Valencia a Madrid, pero no llegó a describirlo. Jariges lo hizo de camino a Barcelona. En 1800 Wilhelm von Humboldt estuvo allí y lo describió brevemente en su diario de viaje, y de manera exhaustiva en un extenso estudio que se publicó póstumo en una colección de seis ensayos editados por Albert Leitzmann en 1896, es decir, sesenta y un años después de la muerte de Humboldt.

Junto a estos elementos descriptivos, la parte narrativa de estos textos está constituida por anécdotas, encuentros con la población autóctona y pequeñas aventuras. Aquí es Jenne —el autor del menos convencional de estos relatos de



viaje— quien más material ofrece, pero también Plüer —el más neutral y sobrio— narra un breve episodio ocurrido en Sollana, cuando roban el equipaje de su criado.

Como colofón a esta retrospectiva puede servir una larga cita de Studer, el último de los viajeros aquí presentados, cuya visión extraordinariamente positiva de Valencia le lleva a hacer divagaciones sobre toda España:

El valenciano llama a su tierra el jardín de España, y con razón. Plantaciones de algarrobos, sericultura y dátiles. Delicados vinos a precios irrisorios, que crecen en campos pedregosos a lo largo de la costa, destilados por el sol del mediodía. Verduras, frutas, pescado, carne y arroz en abundancia. Un clima como en el paraíso y un tipo humano lleno de vida, lleno de sentimiento y vivacidad.

Lleno de nostalgia y henchido de deseos, el alemán peregrina a muchos lugares de la tierra: a Roma, a Atenas, a Palmira. ¿Por qué no también a Sevilla, a Málaga y Cádiz? ¿Es que el azahar de los jardines de las villas italianas huele más dulce que el de Valencia, la tierra de las Hespérides? Y las columnas de Hércules ¿no existían ya desde hacía tiempo cuando se fundó Roma? ¿No se viaja más tranquilamente con un honrado arriero por la patria de Don Quijote y de Cervantes que por los rincones de Calabria infestados de bandidos? Y ¿no nos hechizan Tarragona, Cartagena y Sagunto con sus monumentos de la Antigüedad? ¿O es que teméis la furia del fanatismo? ¡Oh! ¡No olvidéis los millones de tumbas que yacen entre nosotros y aquellos días del horror en los que solo las llamas de las hogueras iluminaban la noche en España! Ahora crecen matas de laurel y mirto en las perfumadas orillas y de las cenizas del pasado brota la flor divina de la tolerancia. España durmió un largo sueño que todos los pueblos duermen a veces. Ahora vuelve a despertarse. El espíritu de la época, la lucha con Francia, quizá la pérdida de las riquezas de México y Chile la despertarán. La regeneración es inevitable. Los monasterios desaparecen, los curas se vuelven ciudadanos, las monjas madres, los prejuicios ceden al conocimiento, el esclavo de la superstición se ve obligado a volar las ataduras. De los escombros de la iglesia surgen talleres de artesanos, y el arte y la ciencia, la laboriosidad y el orden, la limpieza y el bienestar, de la mano de los sentimientos y la chispa de la razón del pueblo, convertirán a España de aquí a doscientos años en la segunda Grecia de Europa (Studer, 1810: 98-99).

Este desbordante optimismo ilustrado recuerda lo expresado por Fischer en su relato de viaje por España, cuando, refiriéndose al talento y el ingenio de los valencianos, afirma:

¿Qué provincia ha engendrado tantos pintores y artistas como Valencia? ¿Dónde hay tantos institutos científicos y artísticos? En el curso de los

cambios generales que pronto habrá en España, desaparecerán también aquí la presión de la nobleza y el clero, y Valencia se convertirá en la fuente de la nueva luz para todas las restantes provincias de España (Fischer, [1799] 2007: 373).

El transcurso de los acontecimientos en España truncaría estas visiones utópicas. Pero la imagen de Valencia como lugar paradisíaco, aun en medio de circunstancias adversas, quedó ya asentada para tiempos posteriores.

## BIBLIOGRAFÍA

### *Fuentes*

- FISCHER, Emmerich [P. Emericus Halensis] (1753): *Sieben-Jährige Wanderschaft. Das ist: Kurtze / und wahrhaffte Beschreibung der Sieben-Jährigen Visitations-Reyß...*, Innsbruck, Wagner.
- JARIGES, Karl Friedrich von (1810): *Bruchstücke einer Reise durch das südliche Frankreich, Spanien und Portugal*, Leipzig, Gleditsch.
- JENNE, Franz (1790): *Jenne's Reisen nach Spanien, Piemont, der Lombardie und Tyrol*, Frankfurt und Leipzig.
- PLÜER, Carl Christoph (1777): *Plüers Reisen durch Spanien aus dessen Handschriften*, Leipzig, Weygand, Ed. C. D. Ebeling.
- STUDER, Friedrich (1810): *Rückerinnerungen aus Spanien*, Aarau, Sauerländer.

### *Literatura secundaria*

- BOLUFER, Mónica (2009): «La Valencia moderna a los ojos de los viajeros», en J. Hermosilla Pla (coord.): *La ciudad de Valencia: historia, geografía y arte de la ciudad de Valencia*, vol. I, *Historia*, Valencia, Universitat de València, pp. 279-283.
- FISCHER, Christian August [1799] (2007): *Viaje de Ámsterdam a Génova pasando por Madrid y Cádiz*, traducción de Hiltrud Friederich-Stegmann, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante.
- GOEDEKE, Karl; Franz MUNCKER y A. ROSENBAUM (eds.) [1929] (1957): *Goedekes Grundriss zur Geschichte der deutschen Dichtung aus den Quellen*, Bd. XII, Dresden, Ehlermann, reimpresión en Berlin/Düsseldorf, Akademie.

- PIQUERAS, Juan y María del Carmen SANCHIS DEUSA (2006): *Hostales y ventas en los caminos históricos valencianos*, Valencia, Generalitat Valenciana.
- RAPOSO, Berta (2016): «Esquematismo y polaridad en las comparaciones interculturales de los relatos de viaje alemanes hacia 1800», en M. Fernández Bueno *et al.* (eds.): *La literatura es algo más que el texto. Homenaje a Luis A. Acosta Gómez*, Bern, Peter Lang, pp. 125-133.



## VIAJEROS ALEMANES DEL SIGLO XIX

A principios del siglo XIX la imagen de España en Alemania es ambivalente. Por un lado, pervive la imagen promovida sobre todo por los franceses, que ven en España la antítesis de las aspiraciones de la Ilustración y, por otro lado, se impone lentamente la imagen romántica, que ha dotado a España de un aura misteriosa y lejana, sensual y mítica. Sin embargo, con el comienzo de la Guerra de la Independencia en 1808, cuando casi toda Europa estaba controlada de forma directa o indirecta por Napoleón, surge un nuevo interés por ese país casi desconocido, que se convierte ahora en símbolo de espíritu liberal y de dignidad nacional (cf. Brüggemann, 1956: 78). La guerra española fue la primera guerra de liberación contra Napoleón y tuvo un gran impacto psicológico sobre el resto de países:

... cuando la estrella del gran emperador de los franceses brillaba deslumbrante en toda Europa y la mayor parte del continente temía su poder, sólo el noble pueblo español se atrevió a luchar en inferioridad de condiciones contra el conquistador. El éxito glorioso de sus enormes esfuerzos se inscribe con letras de oro en la historia de los pueblos (Felder, 1832, I: 7).

Durante la guerra, que se prolongará hasta 1814, se interrumpe el viaje romántico. El momento no era adecuado para las proyecciones míticas románticas y el interés de los viajeros se centra en otros aspectos del país; en este periodo predominan los relatos de oficiales, soldados o funcionarios alemanes de servicio en España. Solo al final de la guerra se impondrá definitivamente una imagen romántica y mitificada de España y el interés de los viajeros se desplazará preferentemente al sur, después de que durante la guerra el interés estuviera más centrado en la capital, en Castilla y en su entorno histórico.<sup>1</sup>

1. España se coloca en la posición del otro, caracterizada por su contraposición a occidente, y se convierte en un refugio para la fantasía occidental: el viaje al país al otro lado de las montañas adopta el carácter del paso de una frontera mítica (cf. Wolfzettel, 2003: 376-390).

Sin embargo, esta visión de España no es nueva. El Romanticismo adopta muchas de las imágenes de la Ilustración francesa, pero les cambia el signo, y aquello que era percibido de forma negativa y se reprochaba por primitivo, ahora se positiviza: el paisaje árido, el clima caluroso, la escasa formación, la pasión española, el celo religioso e incluso las condiciones de pobreza se consideran ahora como expresión de autenticidad. El Romanticismo ve en España el pasado añorado que ha escapado a las perversiones de los nuevos tiempos. A esto hay que añadir el entusiasmo por los contrabandistas españoles, los gitanos, los toreros, sus bandidos, en suma: todos aquellos grupos sociales marginales, que no tenían cabida en un mundo burgués y conformista, se convirtieron en figuras positivas y proporcionaron al romántico «antiburgués» y al artista modelos positivos de identificación (cf. Tietz, 1980: 36).

A partir de la segunda mitad del siglo los cambios sociopolíticos, económicos y tecnológicos, entre los que hay que destacar la aparición del ferrocarril, que permitía realizar desplazamientos más largos en menos tiempo, facilitan el viaje considerablemente y conllevan un cambio en el género de la literatura de viajes: ya apenas se publican relatos en la tradición de la primera mitad del siglo. En gran parte de los relatos pervive la visión romántica e idealizada de España y la fascinación por el pasado árabe, pues aunque la sociedad española realizaba un esfuerzo por equipararse a los países del centro y oeste de Europa, seguía habiendo una gran diferencia entre España y Alemania: la sociedad española seguía siendo muy tradicional, la industria se desarrollaba muy lentamente y existía una gran inestabilidad política, que se acentuó a partir de la Revolución de 1868 (cf. Gómez Perales, 2011: 227-229). En esta época se populariza el turismo entre la burguesía y se multiplican los relatos de viaje, aunque no se puede hablar, salvo excepciones, de repercusión en el mercado literario (la mayoría de estos relatos estaban destinados a un entorno íntimo y familiar y no fueron reeditados).

En el caso concreto de Valencia, hasta el siglo XIX no se considera un destino destacable en los viajes de alemanes a España.<sup>2</sup> Generalmente es un lugar de paso. Aún en el siglo XIX el destino predilecto de los viajeros era Andalucía, metáfora romántica de la España más sensual, y Valencia era, con frecuencia, solo una parada en el camino, aunque no por ello despertaba menos expectativas ni su percepción estaba menos idealizada. Sin embargo, la publicación en 1805 del romance del Cid de Herder<sup>3</sup> despertó entre el público gran interés, un interés que Huber considera

2. Excepción es el viaje de Christian August Fischer a Valencia en 1798.

3. *Der Cid Nach spanischen Romanzen besungen durch J.G. Herder.*

más poético que histórico (Huber, 1829: III). En su adaptación del romance del héroe castellano, Herder añade una cuarta parte a las tres en las que estaba dividido el texto que le sirvió de fuente principal y que considera al Cid de forma independiente: «Der Cid zu Valencia und im Tode» ('El Cid en Valencia y en la muerte').<sup>4</sup> De esta forma la ciudad de Valencia se convirtió en el imaginario alemán en la «Valencia del Cid», la noble y hermosa ciudad que le reconcilió con el rey Alfonso y que el Campeador supo defender más allá de la muerte, de lo que dejan constancia los múltiples viajeros alemanes que a lo largo del siglo XIX hicieron escala en Valencia (cf. García-Wistädt, 2017).

Los textos escogidos intentan ser representativos de la evolución de la imagen de Valencia a lo largo del siglo XIX, desde el comienzo de la Guerra de la Independencia, fecha en la que se produjo un cambio importante de percepción.<sup>5</sup> Se ha realizado una selección con descripciones de viajes a Valencia que tuvieron lugar entre 1812 y 1888. Los relatos han sido ordenados en función de la fecha del viaje, no de la publicación de los testimonios. Una excepción la constituye el segundo relato de Wilkomm, que hemos optado por incluir inmediatamente después del primero, porque en parte remite a él.

## FRANZ XAVER RIGEL

Der Siebenjährige Kampf auf der Pyrenäischen Halbinsel von 1807 bis 1814 (*Siete años de lucha en la Península Pirenaica de 1807 a 1814*, 1819-1821); *Erinnerungen aus Spanien* (*Recuerdos de España*, 1839)

Franz Xaver Rigel (1783-1852) combatió en la Guerra de la Independencia en España; como oficial al servicio del Gran Ducado de Baden, luchó con las tropas de ocupación francesas. Sus experiencias en España fueron publicadas en tres tomos entre 1819 y 1821 bajo el título *Der Siebenjährige Kampf auf der Pyrenäischen Halbinsel von 1807 bis 1814*, donde aúna temas militares con observaciones sobre el país, sus gentes y sus costumbres. Para separar ambos aspectos publicó en 1839 su obra *Erinnerungen aus Spanien*, en la que pretende mostrar «lo más destacable sobre costumbres y vida de la nación española», así como descripciones sobre

4. Las tres primeras partes estaban dedicadas a cada uno de los reyes a los que sirvió el Cid: Fernando, Don Sancho y Alfonso VI.

5. Los textos anteriores a la Guerra de la Independencia se incluyen en el capítulo anterior.

aspectos históricos y geográficos (Rigel, 1839: XI). En esta obra no solo se describe el país y sus gentes, sino también las propias impresiones y experiencias de su autor, así como los cambios que se han producido en el país entre el año de publicación de la obra y su viaje, que explica en notas a pie de página o en el propio texto. Hay que destacar que Rigel llegó a España durante la guerra, por lo que sus experiencias con la población fueron generalmente negativas y destaca una y otra vez la antipatía y el odio de los españoles hacia las tropas invasoras.

El recorrido de Rigel está condicionado por el devenir de la guerra. En la escena previa a su llegada a Valencia, adonde marchan porque el rey José I había trasladado allí su cuartel general, Rigel explica la situación lamentable de las tropas, hambrientas y desesperadas, que solo encontraban pueblos vacíos a su paso, fuentes secas o llenas de inmundicia y de cadáveres; los campesinos se habían llevado los víveres en su huida o los habían destruido. Explica cómo los soldados buscaban alimentos; cómo cajones y armarios rotos y casas destruidas delataban su paso. No había forma de poner freno al vandalismo, algunos soldados, incluso, se quitaron la vida.

El 25 de agosto de 1812 cruzaron el puerto de Almansa para tomar posición en Fuente de la Higuera y Rigel queda maravillado cuando, más allá de las montañas, alcanzó a ver el Reino de Valencia:

... tras esta cadena montañosa, de repente, de forma indescritiblemente hermosa se extendía ante nuestra mirada asombrada el Reino de Valencia. Un jardín inconmensurable, la tierra eterna siempre floreciente, en parte rodeada por montañas, en parte por el mar, surcada por 35 ríos e innumerables canales [...] (1839: 317). Hasta donde alcanzaba la vista, le sonríen a uno campos fértiles o las magníficas praderas verdes en las que se muestra exuberante el aloe real [...]. En este cuadro arrebatador los toronjos, limoneros y acacias exhalan a lo lejos su aromático perfume; numerosos y frondosos algarrobos, sotos de higueras, almendros y olivos proporcionan una tranquilidad relajante [...]. Aquí y allá, de románticas colinas asoman las ruinas de la antigua grandeza mora entre hermosos pueblecitos. Miles de casas aisladas dispersas y perdidas... (Rigel, 1821: 488).

Tras encontrarse con una división del general Suchet, a cuya cabeza iba el propio general, aprovecha para intercalar comentarios sobre el estado de las tropas y sobre la guerra misma, tras lo cual retoma su descripción:

Además de la capital Valencia, merece especial mención *San Felipe*. Llamada por los romanos *Setabis Augusta* y por los moros Xativa, probablemente deba a los sedetanos su primera existencia. Catulo y Silio Itálico mencionaban ya esta ciudad por su excelente lienzo y sus telas [...]. Con una población de



15.000 habitantes se yergue de una zona fértil rica en árboles y agua sobre una colina. Como los nidos artificiales de las golondrinas, muchas de las casas cuelgan de rocas irregulares, coronadas de forma mayestática por el viejo castillo en ruinas. Por su posición y su forma [...] algo parecido al de Sagunto, amenaza en cada momento con derrumbarse completamente y arrojar sus escombros sobre la ciudad.<sup>6</sup> [...] Las casas aquí parecen [...] ser solo una protección contra el calor. Simples terrazas sirven de tejado, lienzo blanco y fino o papel impregnado de aceite, de ventanas que, decoradas con galerías balaustradas, tienen por fuera o por dentro largas y anchas cortinas que se colocan contra la intrusión de los rayos de sol sobre los balcones. Para aumentar la refrigeración con frecuencia se sacan completamente las ventanas y en el interior de las casas se abren todas las puertas. Además, en casi todos los edificios y callejones hay magníficas fuentes que refrescan el aire henchido de miles de fragancias balsámicas, mientras que innumerables anchos canales artificiales irrigan en todas las direcciones el paisaje bendecido.

Sin embargo, nada iguala la paradisiaca campiña en las inmediaciones de la ciudad de Valencia, llamada con razón el jardín de Valencia.<sup>7</sup> A pesar de todo lo hermoso que lamentablemente había destruido la guerra [...], todavía se le ofrecía a la asombrada mirada una imagen tan mágica, que incluso el pincel de un Claude Gellée<sup>8</sup> habría sido demasiado débil para reproducirla en su totalidad de una forma digna. En cambio, la ciudad misma con sus 106.000 habitantes, más que ninguna otra ciudad en España, a pesar de todas las fábricas existentes, llena de mendigos, no se podría calificar en ningún caso de hermosa en su sentido exacto, ya que, siguiendo el estilo moro, tiene calles estrechas, torcidas, angulares y sin asfaltar y, además, solo puede ofrecer unos pocos edificios públicos o privados vistosos, entre los que merecen especial atención el del arzobispo, del Capitán General, la Lonja, ahora convertida en una manufactura de seda, los Colegios del Cuerpo de Cristo y del Patriarca, la iglesia de la Orden militar del Templo, la aduana, el Hospital General, la Academia de San Carlos, la consistorial y la catedral, sin duda, la más magnífica de toda España.<sup>9</sup> Más fea es la torre octogonal

6. En su edición de 1839 añade el siguiente texto: «San Felipe, lugar de nacimiento del Papa Alejandro VI y del pintor Ribera, llamado el Españolito, está rodeado de un doble foso, murallas desmoronadas y 30 torres que, junto con la ciudadela, le proporcionan cierta protección ante un ataque repentino, lo que en nuestros días –septiembre de 1838– se ha vuelto a demostrar ante el ataque del general carlista Cabrera, el vencedor de Morella; cuatro puertas cierran la ciudad y la fe devota así como la compasión de los españoles han erigido aquí 3 iglesias, 9 oratorios, 13 monasterios, 2 hospitales y 6 asilos, y también hay un correccional y 2 acueductos» (1839: 321-322).

7. La Huerta de Vallencia [sic].

8. Llamado normalmente Lorrain por su lugar de nacimiento.

9. En la edición de 1839, Rigel amplía la información: «En total hay 40 monasterios y 73 iglesias; la catedral, considerando su decoración interior, es sin duda la más magnífica de toda España.

de 150 pies de altura de esta última, llamada el Micalet, que, sin embargo, en cierto modo en el centro de toda la huerta, ofrece a la mirada asombrada el panorama paradisiaco en toda su indescriptible hermosura. Esta encantadora huerta, que supera con creces en fertilidad y en laboriosidad la de Murcia, recorre el litoral hasta la loma de la montaña de la que asoma la vieja Sagunto (1821: 491-495).

Rigel continúa con su descripción de la huerta, su vegetación, su productividad, su explotación, y cómo este vergel apenas conoce el invierno por su nombre: «Ni siquiera mediante la escarcha o la niebla demuestra su existencia; estos fenómenos son tan escasos que en más de 500 años solo se han hecho notar dos veces» (1821: 495). A continuación menciona el Grao, donde desde hacía años se estaba trabajando en un puerto artificial y al que a través de un hermoso bosque conducía una carretera con una doble avenida que terminaba en un montón de cabañas de pescadores hechas de caña. Estos caminos de árboles habían sufrido menos las consecuencias de la ocupación que el paseo ante la Puerta del Mar, según Rigel, tan alabado en muchas novelas españolas y que servía de lugar de recreo a la población de la ciudad en días festivos.

Solo dos torrecitas cuadradas y algunos bancos de piedra habían escapado a la destrucción, sin embargo, todos los rosales, olmos, plátanos, cipreses, granados, toronjos, canelos, dragos, sasafrases, chirimoyos y lentiscos habían sido talados. Entretanto, la laboriosidad de los valencianos había intentado restaurar el antiguo esplendor con nuevos cultivos y apenas quedaba alguna huella de la destrucción (1821: 495-496).

Cuenta a continuación cómo al terminar la dura jornada los valencianos se entretienen fumando tranquilamente a la sombra de sus casas y jugando; entre tanto, las mujeres les alegran el oído con el canto mientras devanan la seda, hasta que con los primeros sonidos de una guitarra, como por una descarga eléctrica,

---

En todas partes se pueden ver los dorados más ricos, los jaspes más valiosos y pilastras con columnas de mármol de imitación. En un nicho del altar mayor, que con sus 30 pies de altura y 18 pies de ancho es completamente de plata, hay una estatua dorada de 6 pies de altura de la Santísima Virgen con Jesús en brazos. Las puertas que lo guardan se denominan las doradas, por las doce magníficas pinturas de tamaño natural sobre la biografía del salvador de Fernando IV que las decoran por dentro y por fuera, y con ese nombre todavía se exhiben siempre, mientras que en la suntuosa sacristía, donde se guarda una gran cantidad de reliquias en recipientes en parte muy valiosos, se puede ver, entre otros, también una estatua de San Miguel recubierta de diamantes. Tanto más fea parece la torre de esta hermosa iglesia [...]» (1839: 325-326).

desaparece todo cansancio. Rigel menciona el fandango y las castañetas, que parecen tener un efecto mágico: «En cuanto esta diversión roza los sentidos, todo el cansancio desaparece sin dejar rastro, toda aflicción queda mitigada, todas las preocupaciones de la vida confiadas al viento» (1821: 497).

Explica Rigel que, además de todos los bailes habituales en España, los valencianos tienen dos muy característicos que ejecutan como un *ballet*:

Uno es el baile del bastón y el otro el baile del huevo. En el primero, cada uno de los bailarines sujeta en la mano un palo de aproximadamente dos pies de largo para golpearlo recíprocamente. Los golpes, que son absolutamente armónicos y se realizan a un tiempo por todos los bailarines, ora se ralentizan, ora se aceleran, ora se duplican y, aun así, a pesar de la alternancia de los rápidos movimientos hacia delante, hacia atrás y hacia los lados en todas las direcciones, nunca se pierde el ritmo. El baile de los huevos [...] exige una destreza mucho mayor por la cantidad de huevos que se colocan bastante cerca unos de otros en el suelo y alrededor de los que [...] hay que bailar. Siempre se teme ver los huevos pisoteados por los bailarines, sin embargo, estos nunca los rozan, a pesar de la variedad y la velocidad de los pasos. Habitualmente acompaña a estos bailes la guitarra, tan común en toda España (1821: 497).

Rigel describe la vestimenta del valenciano, adaptada al clima en cada ocasión, y aprovecha para mencionar algunos usos y costumbres de la tierra: más que en ninguna parte de España se había introducido aquí la cocina francesa, que coexistía con platos típicos como la olla podrida; también le llama la atención que se comenzara con el asado y luego se sirviera la sopa y el hecho de que se mezclara el vino con agua (excepto las clases bajas, que lo bebían por separado y en lugar de vasos utilizaban el porrón). Sin embargo, lo que más le sorprende es la costumbre de fumar después de cada comida, incluso en presencia de las damas, una costumbre especialmente arraigada en Valencia y Cataluña. Incluso era habitual ofrecer unas caladas del propio cigarro, arrancando después la parte que se había introducido en la boca, y con frecuencia se podía ver a media docena de españoles sentados en un círculo pasando el mismo cigarro de boca en boca.

Rigel alaba las posadas valencianas: a excepción de las de Madrid y las de la carretera que lleva de allí a Cádiz, no las había visto mejores en todo el reino, no solo por el número, sino también por la comida y por la comodidad, algo que no se encontraba en el resto de provincias. Tras una larga disertación sobre los diferentes alojamientos en España y los medios de transporte, con sus ventajas e inconvenientes, vuelve a centrarse en la guerra.

## VICTOR AIMÉ HUBER

Jaime Alfonso, genannt el Barbudo. Skizzen aus Valencia und Murcia (*Jaime Alfonso, llamado el Barbudo. Esbozos de Valencia y Murcia*, 1833)

Además de la Guerra de la Independencia, también el pronunciamiento liberal de Riego en 1820 atrajo viajeros a España, como es el caso de Victor Aimé Huber (1880-1869), reformador social y politólogo, quien viajó a España en 1821 decepcionado por las condiciones sociales y políticas en Alemania e imbuido por los ideales del liberalismo. Huber permaneció en el país hasta 1824 y el resultado de este viaje son sus *Esbozos de España* (1828-1833) –dividido en tres tomos–, con los que creó uno de los relatos de viajes románticos más importantes sobre España.

Sus esbozos reflejan las tensiones políticas de la época y su interés es innegable, pues presentan de forma novelada una imagen fidedigna del «ambiente ideológico y cultural que surge a raíz de las guerras napoleónicas y de independencia» (Briesemeister, 2009: 131). Sin embargo, el interés de Huber no era solo político: en correspondencia con el celo romántico había estudiado la literatura española y más tarde también el idioma, que consideraba el idioma de la libertad (cf. Elvers, 1872: 181). El autor no elige la forma clásica del relato de viajes, sino que combina la descripción del paisaje y la leyenda con los acontecimientos y personajes del momento, con lo que pretende trazar una especie de fisonomía de la esencia española (Brüggemann, 1956: 94).

El segundo tomo de sus *Esbozos de España*, que data de 1833 y al que titula con el nombre de un famoso bandolero de principios del siglo XIX, Jaime el Barbudo,<sup>10</sup> describe el viaje de Madrid a Valencia y Murcia.

Huber llegó a Valencia en septiembre de 1822, sin embargo, su relato no sigue un orden cronológico. De la siguiente forma relata su entrada a tierras valencianas:

Este valle [el valle de Montesa] [...] es solo una antesala del fértil jardín de Valencia. Al final del valle el profundo barranco excavado por el Montesa se desvía a la derecha evitando un empinado cerro que cierra el valle repentinamente; pero una vez hemos subido a este cerro se extiende ante nosotros la llanura de Valencia, a la derecha, el mar, a nuestros pies, el impetuoso Júcar. También esta cima, que es a la vez el umbral por el que entramos

10. Jaime José Cayetano Alfonso Juan, conocido comúnmente como Jaime el Barbudo (1783-1824), fue un bandolero cuyo campo de acción eran las tierras levantinas y murcianas. Durante la Guerra de la Independencia luchó como guerrillero contra los franceses y fue finalmente detenido y ejecutado en 1824.

al Jardín de las Hespérides, tiene su significado histórico como el campo de batalla donde el Cid Campeador en el año 1097 afianzó su dominio en Valencia mediante una prodigiosa victoria sobre las innumerables legiones de almorávides africanos. Así, esta cima es al mismo tiempo el umbral que nos introduce de forma solemne en el abundante y próspero círculo de las historias, leyendas y canciones del Cid, el verdadero héroe popular de los españoles, cuyo escenario más hermoso, el objetivo de sus luchas, el premio de sus victorias, fue la noble ciudad de Valencia con su fructífero jardín (Huber, 1833: 66-67).

Dice Huber que se podría discutir sobre la preminencia de la Huerta de Valencia sobre la de Murcia y Orihuela y sobre la vega de Granada, entre otros; muchos argumentos hablarían en contra, sin embargo, no se puede negar que Valencia, recalca, sea uno de los lugares más hermosos de esta tierra. Y la mejor panorámica de la llanura de Valencia para Huber la proporciona «el Miquelet [sic], la antiquísima torre árabe de la catedral» (1833: 68), que una vez ocupó el mismo lugar al lado de la mezquita sobre cuyos cimientos está construida la catedral:

Esta llanura está cercada por un semicírculo de montañas bajas pero rocosas, uno de cuyos extremos, al norte de Valencia, está coronado por las torres del Castillo de Murviedro, por las ruinas del viejo Sagunto; el otro, bajo el nombre de la Sierra de Santa Ana, choca al sur de Valencia con el mar, de forma que la costa aparece como la cuerda de este semicírculo en cuyo centro está la ciudad de Valencia, a una distancia aproximada de dos leguas de cada extremo. Todo este espacio es casi completamente llano, solo en el fondo más exterior, hacia el oeste, siguiendo el curso del Júcar y del Guadalquivir, desciende la montaña poco a poco hacia la llanura, cuyas lindes riega el primero por el sur, mientras que el segundo la atraviesa aproximadamente por el centro. Sin embargo, esta paulatina nivelación no tiene ninguna influencia sobre la vista general de la llanura, ya que aquí solo se advierten las cimas desiertas que hay detrás. Como centro principal del área de cultivo de este semicírculo aparece la propia ciudad de Valencia, con sus murallas medievales y sus torres, sus numerosas iglesias, monasterios y hospitales; alrededor de la ciudad, en varios semicírculos y a diferente distancia, una serie de pueblos vistosos con altas torres de iglesia, como Cuarte, Manises, Ruzafa, Chirivella, Torrente, Benetúser, Benachiar, etc., luego, más hacia el extremo norte del semicírculo, Puzol, en el sur, Alcira, y en el fondo occidental la antigua ciudad de Liria. Sin embargo, cada uno de estos pueblos solo conforma el denso núcleo de un gran número de pequeñas cabañas que relucen limpias y blancas como la nieve desde los pequeños, verdes y fértiles jardines ribeteados con bajos aloes de color verde pálido. De vez en cuando se yergue sobre estas cabañas una alquería aislada algo más grande o

un monasterio; o un penacho de palmeras, una fila de altos y oscuros cipreses sobre el verdor uniforme de la llanura (1833: 68-70).

De todo lo dicho anteriormente se deduce, escribe Huber, que todo esto no puede conformar un conjunto pintoresco, sobre todo porque al cuadro le falta completamente el agua.<sup>11</sup> Menciona la sangría a la que se veía sometido el Guadalquivir a lo largo de su curso, por lo que no era de extrañar que en la época de calor apenas le quedara fuerza para arrastrar algunas gotas de agua a su desembocadura.

Tras una exhaustiva descripción del sistema de regadío enfrenta al lector a los prejuicios que provocan los lamentos de la mayoría de los viajeros sobre las casas, la vestimenta y la forma de vida del pueblo español, que solo mencionan suciedad, harapos y miseria, y le dice al lector que no debe buscar el modelo en la Huerta de Valencia, ni en las poblaciones más grandes «ni en las miles de cabañas (*chozas*), que emergen como perlas de la verde llanura» (1833: 74).<sup>12</sup>

El relato novelado de Huber se interrumpe frecuentemente con largas descripciones, comentarios sobre la situación política y digresiones históricas (especial importancia cobra la leyenda del Cid, que el autor narra en su totalidad, incluso los acontecimientos después de la muerte del héroe),<sup>13</sup> por ejemplo. Especialmente interesantes resultan sus descripciones de las fiestas populares, como es el caso de la celebración de la festividad de Todos los Santos, pues de todas las fiestas propias de la Iglesia católica, escribe Huber, el Día de Todos los Santos era probablemente la festividad que despertaba más interés entre los no creyentes o incluso entre aquellos que vituperaban y reprochaban la Iglesia católica:

La Catedral (*Seo*) de Valencia no es uno de los monumentos más significativos de la arquitectura gótica, tan extraordinariamente abundante en España. Está construida originariamente —dejando de lado la torre mora o Miguelete— en estilo bizantino, cuyas formas rudas y deterioro tienen

11. Parte del texto explicativo que sigue a continuación lo incluirá Hackländer en su descripción de la huerta de forma literal (Hackländer, 1855: 270-271; cf. nota a pie de la página 49 de este capítulo), a excepción de una nota a pie de página en la que Huber explica por qué el Júcar, a pesar de contener gran cantidad de agua, no contribuye a la vivificación del paisaje, un ejemplo del mal uso que se hace de los recursos en España (1833: 70 y ss.).

12. Huber (1833: 74-77) describe una de esas chozas que hay a la derecha de la carretera que lleva de la Puerta de Serranos al pueblo de Ruzafa, cuya parcela está separada de la carretera por una zanja y un seto. A continuación detalla el interior de esta, una descripción que Hackländer incluye de forma literal en su texto (cf. Hackländer, 1855: 282 y ss.; cf. nota a pie de la página 52 de este capítulo).

13. No es de extrañar si tenemos en cuenta que Huber publicó en 1829 la obra *Geschichte des Cid Ruy Diaz Campeador von Bivar*, un acercamiento a la figura del Cid desde una perspectiva histórica.

también un interés muy particular, y a pesar de lo que puedan objetar las reglas de la arquitectura, puede provocar una profunda impresión, aunque muy heteróclita; pero esta forma originaria está alterada por algunos anejos y ampliaciones y, especialmente, por el revestimiento y transformación de las columnas que sostienen la nave de la iglesia, y solo es perceptible en los accesos, especialmente en la puerta principal y en algunas capillas laterales. Sin embargo, estos defectos perturbadores en una visión de conjunto, o a la luz del día, desaparecen a la luz característica de los numerosos cirios que, en una festividad vespertina como la de Todos los Santos, colman las bajas bóvedas de la iglesia con un fulgor vacilante y misterioso. Sobre todos los sepulcros hay depositados recipientes con grano y cántaros con aceite, pero en el grano hay plantados gruesos y llameantes cirios. Entre estas ofrendas están arrodillados los fieles, que piden la bendición de la Iglesia y la intercesión de sus santos para las almas de sus muertos, y entre el canto festivo de coros invisibles, el cura, en compañía de monaguillos ondeando incensarios, deambula de sepulcro en sepulcro vertiendo agua bendita y bendiciones sobre las cabezas de los amontonados devotos, cuyas sordas voces murmurantes resuenan misteriosas por las bóvedas durante los descansos del canto. [...]

Cuando enmudecieron los últimos tonos del canto de la misa y del órgano, la multitud allí reunida se dirigió de forma apresurada y a empujones hacia el altar principal, a la vez que entraba tanta gente de fuera como la iglesia era capaz de albergar. Cuando tras ello volvió a producirse un silencio recogido, un cura ascendió los escalones del altar donde estaban expuestas todas las costosas cajas y cajitas de reliquias de la catedral, cogió la más cercana, y mientras la sujetaba en alto habló despacio con voz solemne y sonora: «¡Devotos cristianos!, en este relicario hay dos dedos de la mano izquierda del evangelista San Lucas, que fueron legados a esta iglesia por la Reina Doña Margarita, cónyuge del Rey Don Martín, cuya alma sea con Dios. Devotos cristianos, mostrad a esta santa reliquia toda la veneración debida». Tras terminar esta alocución, el cura abre la caja [y] al fin extrae dos huesos largos y amarillentos repletos de piedras preciosas, que los allí reunidos saludaron con una expresión de alborozo medio contenido. Pero entonces el cura transformó su voz en un canto en el que le acompañaba la multitud y del que, traducido a una prosa sencilla, no queremos privar al benévolo lector. [...]

Tras el canto [...] el cura cogió otra cajita aún más valiosa, la mantuvo en alto y dijo: «¡Devotos cristianos!, en este relicario se halla parte de la mirra que los tres reyes magos ofrecieron cuando rezaban al niño Jesús, donado por el papa Calixto III, cuya alma sea con Dios» [...] Cuando volvió a hacerse el silencio, el cura levantó una tercera caja y dijo: «¡Devotos cristianos!, en este relicario se encuentra el cáliz que nuestro Señor Jesucristo ofreció a los santos apóstoles en la primera cena; donado por el muy noble Ruy Diaz, Cid Campeador, quien a su vez lo recibió como regalo y tributo del gran sultán de Persia» (1833: 131-137).

La cuarta caja contenía parte de la primera camisa que llevó Cristo, cosida por su propia madre y donada por el rey Jaime I el Conquistador. Y cuenta Huber que esta reliquia fue la que causó más impresión, sobre todo entre las madres. Cuando el cura iba a continuar con el ritual se produjo al otro extremo de la iglesia un gran tumulto y se oyeron unos gritos de socorro anunciando fuego. Huber continúa narrando cómo el cura consiguió evitar una estampida apelando a la bondad divina, y tras esta anécdota vuelve a introducir a sus personajes en la historia y continúa el relato novelado, que se verá pronto interrumpido por la continuación de la lectura de la leyenda del Cid por los personajes.

Muchas páginas después Huber interrumpe de nuevo su relato para describir la festividad de San Martín:

La festividad de San Martín es para Valencia y para toda la huerta una de las más esperadas de todo el año. En este día se abre la veda de la caza de acuáticas en la gran laguna de la Albufera (más conocida por el título que recibió de ella el conquistador de Valencia, Mariscal Suchet),<sup>14</sup> situada al sur de la ciudad, y las innumerables bandadas de pájaros acuáticos de todo tipo, que durante el resto del año encuentran allí su copioso alimento sin ser molestadas, son entregadas durante unas horas a una verdadera guerra de exterminio. Al amanecer parten de la ciudad y de todos los pueblos de la huerta multitudes de cazadores y curiosos. Quien vea acercarse a los miles de robustos campesinos en su pintoresco traje regional, casi oriental,<sup>15</sup> armados con largas escopetas para patos y otras armas de fuego, se sorprenderá tan poco de la valiente resistencia que tuvieron que sufrir algunos atacantes –todavía en el año 1808, los franceses bajo Suchet–<sup>16</sup> en la llanura atravesada por canales y setos, como de la importancia que se da en las disputas burguesas a las opiniones, al apoyo o a la enemistad de la huerta. También en el día de San Martín la procesión guerrera podría fácilmente inducir a pensar que se trataba de una cacería más seria que de patos y perdices, si entre el barullo de cazadores no desfilaran también mujeres y niños llenos de júbilo en ropa festiva sobre asnos o mulos o en pequeños carruajes cubiertos, llamados tartanas –todo adornado con follaje, flores y bandas–. El ruidoso y colorista tumulto, que aflúa de todos los lados de la Albufera, resulta especialmente

14. El mariscal Suchet fue nombrado duque de la Albufera por Napoleón en 1812, tras la conquista de Valencia.

15. En una nota a pie de página Huber describe la vestimenta, una descripción que recoge Hackländer en su relato (Hackländer, 1855, I: 259; cf. nota a pie de la página 46 de este capítulo).

16. En el año 1808 los franceses llegaron a Valencia bajo las órdenes del mariscal Moncey, que no consiguió conquistar la ciudad. La conquista no se produciría hasta 1812, bajo las órdenes del mariscal Suchet.



peculiar y pintoresco porque con frecuencia se extiende entre los altos setos de cactus, aloes o tras las cañas de los canales. Así, durante largo tiempo esta procesión solo se hace notar por el alegre bullicio, alborozo y canto, el sonido de las guitarras y panderos [sic] (pandera), los sonidos extraños, zumbantes, chirriantes de la zambomba,<sup>17</sup> el rápido retumbar de las castañuelas, el ladrido de los perros, el relinchar de los caballos, el predominante grito de alegría de los asnos, que husmean la cercanía de sus nobles hermanos, y, al fin, por muchos tiros aislados de escopeta y el humo de la pólvora que se eleva aquí y allá en ligeras nubecillas. A veces se ven los pañuelos de colores de las cabezas de los hombres, y a través del verdor cada vez más luminoso, los cañones de las escopetas reflejan los rayos de sol como relámpagos aislados; entonces, aquí y allá, en zonas despejadas, donde se cruzan los caminos al lado de una cruz o de la imagen de un santo, emergen las cabeceras de las agrupaciones de la oscuridad de las cañadas y setos; los cortejos de los diferentes municipios se encuentran y se saludan; por un momento se hace una parada, la bota<sup>18</sup> (odre de vino) va, o más bien vuela, hacia todos los lados a través de la multitud, de un conocido a otro, a menudo sobre las cabezas de la gente. [...] Mientras que los más mayores entre los clérigos encuentran fácilmente un sitito cómodo entre las mujeres y los niños de la vecindad en las tartanas, el clérigo sinecurista, el que disfrutaba de un jugoso *beneficio simple*, va en su propia calesa; sin embargo, con no poca frecuencia, como cazador diletante olvida el *ecclesia abhorret sanguinem* y acompaña enérgico con la escopeta y el morral a la comitiva en una marcha aventurera: a veces clérigo, a veces cazador. Le siguen, entre los últimos, gallardos clérigos regulares, a menudo de dos en dos sobre un robusto mulo, cuyo paso ágil les lleva pronto hasta los grupos más adelantados. Solícito sobre su asnito, yendo de aquí allá con pasos cortos y rápidos, se muestra el fraile mendicante [...]. Sí, antes incluso de que haya empezado la cacería sabe emplear su tiempo *ad maiorem dei gloriam* y para el beneficio de la santa hermandad, ofreciendo aquí y allá amuletos y bendiciones contra posibles peligros del fuego o del agua, a los cuales en estos días casi de guerra cualquiera podría estar expuesto... (1833: 198-205).

El cuadro que presenta a continuación resulta especialmente interesante; el momento en el que las diferentes agrupaciones se unen hasta rodear completamente la Albufera:

... la marcha continúa y crece durante el camino con nuevas avenidas de todos los caminos secundarios, y pronto se ensancha en la orilla de la Albufera

17. En una nota a pie Huber explica cómo es y cómo se toca la zambomba.

18. En español en el original.

juntándose a derecha e izquierda con otros grupos que llegan de otros lados, de Alcira, de Játiva y Denia, hasta que alrededor del mediodía la laguna está completamente rodeada de un gentío denso, colorista, ruidoso, que se despliega de forma pintoresca entre altas cañas y maleza y grupos aislados de árboles. Al final, también aparecen los ciudadanos distinguidos, caballeros y damas a caballo y en calesas de colores; se levantan aquí y allá, en zonas más despejadas y secas, tiendas blancas como la nieve, desde las que las damas pueden contemplar el tumulto con toda comodidad, y cuyas banderolas multicolor y bandas con colores y escudos anuncian la presencia de la flor de las estirpes más nobles del país, del título Dosaguas, Cervellón, Mirasol, Rafal, Denia, Osuna, etc., [...].

Un silencio profundo y expectante se extiende poco a poco entre la ruidosa y variada multitud. Los cazadores examinan una vez más sus armas, echan pólvora fresca en la cazoleta, cuyo ruido crepitante al cerrarse, junto a los gruñidos y ladridos contenidos y el impaciente gañido de los perros, las quejas de los señores y los tonos recelosos de algunas de las aves acuáticas asustadas por el peligro inminente, son lo único que interrumpe el silencio. Tras unos minutos, por orden de uno de los corregidores de Valencia, un trompetazo y el lanzamiento de un cohete dan la señal para el ataque a los inocentes habitantes de la laguna. Los gritos confusos de las mujeres y los niños estallan alrededor de la albufera, los perros se lanzan ladrando al agua para batir a los pájaros del denso carrizo y de la caña. Una serie de pequeños botes reman, tripulados por cazadores, por los espacios libres de la laguna en todas las direcciones y al fin se elevan de la maleza por todos los lados nubes de aves acuáticas de todo tipo con interminables graznidos lastimeros y alboroto; planean en un primer momento en pequeños círculos aislados, cada uno con su especie, pero entonces, atosigados por todos lados por los disparos de las escopetas, poco a poco se unen en una gran nube que oscurece el aire azul y giran en grandes círculos alrededor de la Albufera. Sin embargo, allá adonde se dirijan, en todas partes les recibe el redoblado griterío de la multitud y un fuego de fusiles ininterrumpido, y aunque en algunos momentos se junten sobre el centro de la laguna en un espeso ovillo, los botes siguen su ejemplo y una salva simultánea de los cazadores concentrados bajo ellas las ahuyenta y las vuelve a llevar al margen exterior del círculo fatal, que solo algunas garzas se atreven a atravesar (1833: 205-207).

El autor sigue describiendo cómo las aves caen a cientos y cómo las recogen del agua desde los botes, cómo los pájaros heridos giran en círculos cada vez más bajos hasta recibir también los disparos de los «trabucos asesinos», que lanzan fangas de chatarra, clavos y guijarros a la nube de aves. A medida que estas siguen descendiendo, se hace imposible para los cazadores seguir con su «baño de sangre»

sin ponerse ellos y al resto en peligro, por lo que poco a poco se deja de oír el estampido de los rifles y los pájaros supervivientes se refugian con algunos ecos lastimeros de nuevo en la maleza, donde les vuelve a quedar «una moratoria de un año para consolarse y sustituir su pérdida con una nueva generación, que entonces será segada por la repetición del mismo juego sangriento» (1833: 208 y ss.).

Poco a poco la multitud que rodea la laguna desaparece con su rico botín entre las cañas y los arbustos por los mismos caminos por los que había venido. Las tartanas, los caballos, mulos y asnos están cargados de aves, casi cubiertos, mientras que algunos niños transportan a los ejemplares que destacan especialmente por su tamaño o su plumaje. Solo algunos grupos permanecen en la Albufera y buscan lugares cómodos donde asentarse y compartir comida y bebida que han traído para ese fin, sobre todo aquellos para quienes esta fiesta no es una fuente importante de alimentos para poder mantener a la familia. Huber continúa aquí con la descripción del paisaje:

No lejos de la punta más exterior de la lengua de tierra que separa la Albufera del mar, al que solo le une una estrecha gola, se halla en un lugar algo más elevado y menos arenoso una de las torres de vigilancia medio derruidas que antiguamente se construyeron en la costa del Mar Mediterráneo para protegerse de los piratas africanos. A su alrededor se elevan algunas palmeras datileras de las que la torre recibe su nombre, Torre del Palmar. En este lugar —desde el que se tiene la mejor visión de conjunto de la laguna, al tiempo que una vista sin obstáculos sobre la amplia y azul superficie del mar, surcada en todas direcciones por blancas velas, y más allá de la desembocadura del Júcar y de los cenagosos arrozales de Cullera, donde el terreno se eleva poco a poco hasta convertirse en temerarios montes peñascosos rodeados por la costa, hasta Denia y el Cabo de San Martín, por la blanca espuma del oleaje—, se habían reunido muchos espectadores y participantes en la Fiesta de San Martín (1833: 210-211).

Tras esta descripción vuelve al relato novelado afirmando encontrar entre la gente a un conocido que le invitó al tiro al pichón, tan popular y habitual en Valencia. Este conocido llevaba una gran jaula de palomas y Huber explica cómo, en función de la demanda de los cazadores que estaban dispuestos a pagar —y curiosos dispuestos a apostar—, se soltaban algunas palomas y durante un tiempo estipulado previamente, los tiradores las cazaban al vuelo o no, dependiendo de la suerte y la pericia.

## IDA HAHN-HAHN

Reisebriefe (*Cartas de viaje*, 1841)

Dejando atrás el Trienio Liberal y poco después del final de la Primera Guerra Carlista, nos encontramos con el primer testimonio de una mujer, la condesa Ida Hahn-Hahn (1805-1880), escritora de éxito en Alemania y viajera incansable. Las experiencias de su viaje las publicó bajo el título *Cartas de viaje*, en las que describe España como un país desconocido, casi fuera de los límites de Europa, que desde Alemania parecía más inaccesible que América; un país que nadie conocía pero por el que todos se interesaban.

Hahn-Hahn llegó a España en una época políticamente convulsa y con tensiones sociales al orden del día, sin embargo, se sorprende al no encontrar rastro alguno de la devastación y el abandono que se espera como consecuencia de una guerra civil. Cataluña fue su primera parada, tras un incómodo viaje a través de los Pireneos, y desde Barcelona se trasladó en un barco a vapor, con el que recorrió la costa mediterránea, con paradas en Valencia, Alicante, Cartagena y Almería hasta llegar a Málaga; todo ello en menos de una semana. En su aproximación a Valencia escribe:

¡En la cubierta estaba deslumbrada! ¡Valencia, blanca como un cisne sobre su nido de verdor, yacía ahí en la llanura, y la rodeaba una corona de montañas color púrpura, como de flores, mientras que el azul del cielo del sur formaba un marco de transparencia sin igual! ¡Valencia!, uno de los muchos reinos moros, ¡y precisamente aquel que los árabes transformaron en un edén con su gran destreza agronómica! ¡Valencia!, ¡con el sonar de las canciones, los romances, las guitarras, con el olor de las flores, habitada por valientes caballeros y hermosas mujeres, llena de fascinantes y atrayentes aventuras amorosas, de pasión y de venganza! ¡Valencia!, ¡quién no la conoce! «¡El Cid en Valencia y en la muerte!». <sup>19</sup> ¡El trofeo maravilloso y real que el noble Campeador obtuvo por su buena espada! Todo esto pasó por mi mente cuando Valencia apareció ante mis ojos, con esa mirada dichosa, temblorosa y expectante con la que observamos algo que nunca hemos visto pero hace tiempo que conocemos y amamos (Hahn-Hahn, 1841, I: 324-325).

Como cabe esperar, Valencia no se corresponde con la imagen de su fantasía, pero a veces se superan sus expectativas, como es el caso de la huerta. De la siguiente forma describe la vista desde el Miguelete:

19. Hahn-Hahn cita el título de la cuarta parte del romance del Cid de Herder.

Desde la plataforma de la torre de la catedral, el llamado *Miguelat* [sic], se puede contemplar toda la ciudad y la llanura hasta las montañas que la rodean en un semicírculo, aunque demasiado alejadas para un efecto pintoresco. Esta llanura no es en absoluto pintoresca y tampoco se corresponde con la imagen que había ideado mi fantasía, que había esperado una segunda *Conca d'oro*: sin embargo, es muy agradable para la vista porque toda ella, y a lo largo de muchas millas, es verde y verde y otra vez verde; y tal vez más agradable todavía para la percepción de que la desecada y descuidada España tiene una huerta cuyo cultivo rivaliza con la Lombardía e incluso la supera en producción (1841, I: 327).

Como aspecto negativo de la ciudad percibe su patrimonio pictórico, pues afirma no haber visto en su vida tal cantidad de pinturas horribles. Pero lo que encuentra más interesante de Valencia son sus gentes, que divide en dos tipos que se diferencian claramente de los habitantes del sur de Francia e Italia:

Hay dos tipos que destacan por su fisonomía: uno es moro, con ojos redondos y negros, nariz chata, labios gruesos; el otro es una mezcla de sangre nórdica y árabe, rasgos finos y precisos, expresión inteligente y, especialmente si se observa su perfil, un hermosísimo corte bien definido desde la nariz hasta el fino labio superior. Existe una diferencia enorme entre este pueblo y los habitantes del sur de Francia y de Italia. El provenzal parece tosco y brutal, el romano lúgubre y altivo, el napolitano grotescamente vívido, el valenciano medio circunspecto y medio astuto, muy distinguido (1841, I: 329-330).

A continuación describe la vestimenta de hombres y mujeres, que define como pintoresca, y explica el origen de algunas de las prendas, como por ejemplo la manta:

... sobre el hombro llevan la manta: no se trata de un abrigo, como cabría deducir de la similitud de los términos,<sup>20</sup> ese se llama capa, sino una especie de chal de una tela de lana con rayas de colores, como la que se puede ver en nuestros salones rústicos cubriendo mesas y maletas. Cuando hace calor, la manta se coloca enrollada sobre un hombro, cuando hace frío, se envuelven en ellas como los antiguos romanos en su toga. Antes, es decir, hace treinta o cuarenta años, era costumbre que un hombre joven no pudiera llevar la manta hasta el día de su boda, igual que era costumbre que no pudiera dormir hasta ese momento en una cama. La manta le investía entonces como una especie de *toga virilis*, a lo que solo le daba derecho el matrimonio, que le otorgaba la dignidad de ser el cabeza de una familia. En

20. El abrigo en alemán se denomina *Mantel*.

aquella época no era posible hacerle cambiar la manta por la librea cuando entraba al servicio de un señor ni hacerle llevar agua; ambas cosas eran consideradas esclavas e indignas, y para un hombre no se podían pagar con dinero. Eso ya ha acabado. «El hambre los ha domado», dijo quien me lo contó, un español (1841, I: 331).

La indumentaria de las mujeres le resulta más decepcionante y le sorprende no encontrar ningún rastro de la negra y fina basquiña que las españolas llevan con una gracia tan especial. También le llama la atención que las mujeres, a excepción de algunas damas distinguidas, no usen apenas sombrero. Sin embargo, se ven muy pocas mujeres en la calle que no pertenezcan al pueblo:

Durante todo el día la española permanece en su fresca casa, sólo al atardecer, después de la puesta de sol, aparece en el paseo, por lo que no necesita sombrero. La mantilla enmarca su rostro de una forma mucho más fina y no dificulta ni la visión ni el movimiento de cabeza, y si aun así algún rayo de sol abrasador cayera sobre ella, sostiene en la mano el gran abanico con el que se protege más cómodamente que con un sombrero [...]. Además, el abanico tiene la gran ventaja de que tras él se puede ver y no ver, según le venga a uno en gana. El juego de la española con su abanico es inimitable, aseguran los hombres. Si la práctica pudiera proporcionar gracia, esta sería fácil de explicar, pues cada niña pequeña de seis a siete años ya lleva su abanico en la mano. Como para nosotros el abanico en cierto modo pertenece a la *grande toilette*, me resultaba sorprendente encontrarlo también en mujeres que, todo menos bien vestidas, compraban en el mercado de frutas y verduras cebollas y otras cosas por el estilo (1841, I: 334 y ss.).

La condesa sigue su camino hacia la siguiente parada, Alicante, y le sorprende sobremanera el gran contraste con Valencia:

Hace doce horas veía fuerza y frescura en todo su esplendor [...] sobre la amplia y extensa alegre llanura; esta mañana, el acantilado abrupto, desnudo y abrasante que se extiende yerto hasta el mar, sin vegetación, sin cultivo, solo aspereza y sequía, y Alicante aprisionada entre la roca y el mar, como el producto de esta naturaleza, como si fuera uno con la piedra. En el interior de la ciudad el aspecto era más alegre de lo que habíamos esperado: hermosas casas blancas con tejados bajos rodeadas de balaustradas, y las calles mejor asfaltadas y más limpias que en Valencia (1841, I: 337-338).

El mayor monumento de la ciudad es para Hahn-Hahn, sin duda, la casa del marqués de Algorfa, cuya colección de cuadros compara con la de Don Pedro Pérez, que tanto le defraudó en Valencia, y que solo describe someramente.

A la vuelta de su viaje, la condesa Hahn-Hahn pasa nuevamente por Valencia y se reafirma una vez más en la idea que ya expresó mientras contemplaba el paisaje desde el Miguelete: que Valencia, aunque atractiva, no es pintoresca, porque la llanura es demasiado extensa, las montañas están demasiado alejadas y la ciudad es demasiado llana, sin embargo, es de una afabilidad encantadora: «Como una gran glorieta en un jardín muy cuidado y fértil que hospitalariamente parece invitar a entrar en ella» (Hahn-Hahn, 1841, II: 398).

## EDUARD DELIUS

Wanderungen eines jungen Norddeutschen durch Portugal und Spanien und Nord-Amerika. In den Jahren 1827-1831 (*Excursiones de un alemán del norte por Portugal, España y Norteamérica. En los años 1827-1831, 1834*)

La obra de Eduard Delius, *Wanderungen...*, refiere de forma epistolar el viaje de su autor, del que nada sabemos —el editor solo explica que el joven es miembro de una de las familias más respetables del norte de Alemania—, a Portugal, España y Norteamérica, siendo este último el que ocupa la mayor parte de la obra, dividida en cuatro tomos. La obra es un diario en forma epistolar, una serie de descripciones e impresiones sobre el país, sus gentes y sus costumbres, salpicado de numerosas e interesantes anécdotas.

Delius llegó a España (Cádiz) desde Portugal en noviembre de 1826 y abandonó el país en agosto de 1827. Su viaje por España ocupa casi todo el primer tomo y la primera carta del segundo, en total, 15 misivas. Son cartas sencillas, en un lenguaje claro y con frecuencia siguen la lógica de sus asociaciones interiores, como es de esperar de un diario. El objetivo de este viaje era el aprendizaje de la lengua, por lo que una de sus peculiaridades es que se puede comunicar con la población, y una parte importante de sus cartas describe sus conversaciones con otros viajeros, como es el caso de su viaje a Valencia, en el que traba amistad con un fraile franciscano.

Delius abandonó Madrid el 27 de julio en una diligencia en dirección a Valencia, donde permaneció hasta el 31 del mismo mes. En una carta escrita el 7 de agosto desde Barcelona describe someramente algunos aspectos de la ciudad:

La ciudad de Valencia está rodeada por una muralla, tiene cuatro hermosos puentes de piedra sobre el Guadalaviar y muchos monasterios e iglesias. Las calles no están asfaltadas, pero son de tierra dura, son estrechas y muy

irregulares, las casas grandes, cómodas y frescas. Los paseos públicos son hermosísimos. El lugar más visitado es la Glorieta, un hermoso jardín ante la puerta que se ilumina al anochecer. La ciudad está a un cuarto de hora del mar, el puerto se llama el Grao, al que lleva una bonita avenida y el pasaje es extraordinario. En las puertas de la ciudad siempre hay coches preparados, llamados tartanas, a los que se sube, se viaja de lado y estás protegido del sol por una tela de lino extendida [...]. El Grao es lo más curioso que se puede ver; toda Valencia duerme allí para tomar baños de mar. Uno cree haber llegado a una ciudad china, solo hay casas de una sola planta construidas de madera en número infinito, formando calles extremadamente rectas; cada casita tiene un jardín detrás y no consiste más que en algunos dormitorios y una entrada. Aunque el interior está amueblado de forma muy bonita, como solo sirven para los dos meses más calurosos del año, carecen de toda solidez. Si nos acercamos a la orilla, se ve el agua llena de cabezas; pues con este calor todo está en el agua. Los hombres con frecuencia se bañan a caballo y nadan con ellos o los abandonan cuando el agua se vuelve más profunda. Los caballos siempre nadan hacia tierra. El puerto de Valencia es muy malo y poco profundo; también hay pocos barcos, ya que Alicante ha atraído hacia sí el comercio. El ramo principal de negocio es la seda, que se exporta en fardos como seda en bruto: cada campesino tiene gusanos de seda y lleva las crisálidas a las hilanderías, donde se deshila con agua caliente. En Valencia hay muchas iglesias y edificios que visitar, aunque ninguno merece especial atención. La catedral se parece al resto de catedrales en España, es de poca altura, pero verdaderamente hermosa en su interior. – Su torre es la más alta de Valencia; subí para orientarme y tuve una espléndida vista sobre la ciudad, el campo y el mar (Deliuss, 1834: 20-22).

## MORITZ WILKOMM

Zwei Jahre in Spanien und Portugal. Reiseerinnerungen (*Dos años en España y Portugal. Recuerdos de viaje*, 1847)

El botánico y geógrafo Heinrich Moritz Wilkomm (1821-1895) fue de entre los viajeros el que más trató el mar y los pueblos marítimos de Valencia. Dedicó a la Península tres tratados científicos<sup>21</sup> y tres relatos de viaje, de los que presentaremos

21. H. M. Wilkomm: *Die Strand- und Steppengebiete der Iberischen Halbinsel und deren Vegetation. Ein Beitrag zur physikalischen Geographie, Geognosie und Botanik*, Leipzig, Fleischer; H. M. Wilkomm: *Die Halbinsel der Pyrenäen, eine geographisch-statistische Monographie, nach den neuesten*



dos: *Zwei Jahre in Spanien und Portugal. Reiseerinnerungen y Wanderungen durch die nordöstlichen und centralen Provinzen Spaniens. Reiseerinnerungen aus dem Jahre 1850* ('Excursiones por las provincias del noreste y centrales de España. Recuerdos de viaje del año 1850'), en los que narra las experiencias de dos viajes diferentes.<sup>22</sup>

Una de las referencias más detalladas a la singularidad de la costa valenciana y a las dificultades resultantes para las actividades portuarias (que aquí presentamos de forma abreviada y que otros viajeros incluirán en sus relatos) aparece en el primer tomo de la primera obra,<sup>23</sup> que relata el viaje por la Península Ibérica que comenzó en la primavera de 1844 y que duraría hasta abril de 1846:<sup>24</sup>

... habíamos echado el ancla a un cuarto de hora del muelle, ya que el agua de la bahía de Valencia, cuyo fondeadero es considerado el peor de toda la costa sur de la Península, no tiene suficiente profundidad para que embarcaciones de mayor tamaño se atrevan a entrar en el verdadero puerto. La bahía de Valencia tiene mala reputación por la peligrosidad del arribaje cuando la mar está picada y con frecuencia es completamente imposible. Por ello no se avistaba ni un solo barco... (Wilkomm, 1847: 69).

Una vez en el puerto describe la situación del Grao y de Valencia:

Valencia se encuentra hacia el interior, a tres cuartos de hora del Grao, que, aunque se considera un arrabal (su verdadero nombre es Villa nueva de

---

*Quellen und nach eigener Anschauung*, Leipzig, Gustav Mayer, 1855; H. M. Wilkomm: *Grundzüge der Pflanzenverbreitung auf der iberischen Halbinsel*, Leipzig, Wilhelm Engelmann, 1896.

22. Wilkomm realizó un tercer viaje a España en 1873. En este viaje permaneció dos meses en las Islas Baleares, experiencia que dio origen a su tercer relato, publicado en Berlín en 1876 bajo el título *Spanien und die Balearen. Reiseerlebnisse und Naturschilderungen nebst wissenschaftlichen Zuständen und Erläuterungen* ('España y las Baleares. Experiencias de viaje y descripciones de la naturaleza junto con aspectos y explicaciones científicas'). Wilkomm pasa por Valencia a la vuelta de su viaje, pero permanece solo una noche en la ciudad, en la que aprovecha para pasear con su hija por las callejuelas del centro y destaca los cambios que se han producido en el puerto de la ciudad desde su último viaje, más de treinta años atrás. Sin embargo, Valencia está presente a lo largo de todo el texto, en el que hace constantes referencias a la ciudad y a sus alrededores, especialmente a modo de comparación, y describe el recorrido y el paisaje que se vislumbra desde el «tren mediterráneo» (1876: 248).

23. El capítulo sobre Valencia comienza con un epígrafe, la canción de Mignon de la obra de Goethe *Wilhelm Meisters Lehrjahre* ('Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister'), en la que el limonero simboliza el paraíso del sur, aunque Goethe se refiriera a Italia, no a España: «¿Conoces el país donde florecen los limoneros, / Centellean las naranjas doradas entre el follaje oscuro, / Una suave brisa sopla bajo el cielo azul, / y reposa apacible el mirto y se yergue el laurel?» (Wilkomm, 1847: 69).

24. Wilkomm viajó a España por encargo, debía inspeccionar el suroeste de la Península y recoger muestras para colecciones de botánica, por lo que su estancia en Valencia fue muy breve, la mayor parte del tiempo, veinte meses, estuvo en Andalucía.

St. María [sic]), es una pequeña ciudad muy particular, con calles construidas de forma regular y una iglesia parroquial. Desde aquí la Alameda vieja,<sup>25</sup> una avenida cuádruple de chopos y olmos con bancos de piedra para descansar, conduce en línea recta a la ciudad, cuya vista está oculta por los innumerables árboles que cubren por todos lados los campos maravillosamente cultivados. Es decir, la calle atraviesa la famosa huerta o «Huerta de Valencia»,<sup>26</sup> que rodea la ciudad [...]. Toda la ciudad con sus callejuelas intrincadas y oscuras, sus pequeñas plazas irregulares y sus altos palacios como castillos, recuerda más a un lugar de Oriente que a una ciudad europea, y ya en sus plantas se advierte que una vez estuvieron bajo dominio árabe [...]. Valencia; ¡la ciudad del Cid! —Qué recuerdos no se asocian a este nombre, durante cuántos siglos fue el único foco en el que se aunaba el fulgor de toda la literatura poética de España y con cuánto orgullo todavía hoy exclama el valenciano: «*Soy hijo de la ciudad del Campeador*»<sup>27</sup> (Soy un hijo de la ciudad del Cid)—. Aún hoy se muestra la puerta por la que entró este célebre héroe favorito del pueblo español cuando arrebató a los moros la ciudad de sus antepasados. Valencia es una de las ciudades más antiguas de la Península... (1847: 71-75).

Y de la siguiente forma relata su propia llegada a la ciudad: «Era domingo, 5 de mayo, 11 de la mañana, cuando llegué a la Ciudad del Cid, cuyo heroico nombre se había rebajado para dar nombre a una de las primeras fondas donde me alojé» (1847, I: 76). Tuvo que resignarse a ocupar una pequeña habitación en el tercer piso, puesto que la fonda estaba llena de viajeros. Sin embargo, tenía un balcón desde el que podía observar los tejados de las casas, lo que le permitió ser testigo de algunos usos populares, puesto que la vida en España, escribe, se desarrolla con frecuencia más en los tejados que en los callejones. Esa misma tarde se dirigió a las alamedas, por las que, dice, es famosa Valencia:

... salimos por la portilla real (Portilla del Real)<sup>28</sup> sobre el puente real hacia la Alameda, donde precisamente paseaba la gente distinguida de Valencia. Esta alameda, que ofrece una bonita vista sobre la ciudad con sus muchas torres y sobre la encantadora huerta, no es nada más que una cuádruple avenida de álamos blancos, plátanos y olmos de una longitud significativa (mide 1.500 pies de largo), adornada con bancos de piedra y algunas fuentes de mármol en las que, sin embargo, escasea el agua; por ello, no merece las

25. En español en el original.

26. En español en el original.

27. En español en el original.

28. En español en el original.

pomposas alabanzas laudatorias de los escritores españoles, que normalmente la presentan como una de las primeras alamedas de Europa. Antes, cuando la avenida estaba formada casi exclusivamente por árboles exóticos, podía haber sido de mayor interés para un norteamericano por la extrañeza de la forma de los árboles. Durante la ocupación francesa fueron talados y sustituidos más tarde por los llamados árboles europeos, que todavía son demasiado pequeños para causar una gran impresión (1847: 77).

Tampoco los jardines de recreo de rígido estilo francés al otro lado del Turia merecen para Wilkomm grandes alabanzas, aunque reconoce que contienen hermosos rosales y arrayanes: «pues no ofrecen más que un gran derroche de naranjos, cipreses, mirtos y rosales que siguiendo la antigua mala costumbre francesa han sido podados dándoles descabelladas formas representando figuras matemáticas [...]; mucho arte pero poca imitación de la naturaleza» (184: 77-78).

Explica Wilkomm que, mientras las clases pudientes pasean por la Alameda, las clases bajas y los campesinos de la huerta suelen acomodarse en un largo banco de piedra que recorre la muralla que limita el cauce del río. También aquí se encuentran los puestos de los vendedores de refrescos y golosinas de todo tipo, algo que los españoles aman sobremanera. Los aguadores, por su parte, recorren constantemente los caminos ofreciendo a gritos granizado y agua. Además de los aguadores, también hay unos chicos andrajosos, que denomina pintorescos y que molestan incesantemente a los paseantes con sus gritos estridentes:

«¡Fog, fog, Signore, que vol fog!» [sic] (valenciano para «¡Quién quiere fuego, Señores!»<sup>29</sup> [...]) y les colocan bajo la nariz sus mechas candentes para encender cigarros. Si nadie hace uso de sus servicios, que por supuesto se ven recompensados por un cuarto (la moneda de cobre más pequeña de aproximadamente 3 peniques de valor), entonces es cuando realmente comienzan los gritos de verdad, pues ahora le siguen a uno los pequeños latosos exigiendo entre sonoras risas una recompensa por haber, al menos, ofrecido fuego. Si esto tampoco ayuda, pasan a los lamentos y a los ruegos, hasta que al final se les da algo solo para librarse de ellos. Apenas hube pisado la Alameda con mi acompañante, cuando un tropel de estos diablillos nos rodeaba con gritos a viva voz de los que no entendíamos ni una palabra, pues los «extranjeros»<sup>30</sup> deben alegrarse de recibir una especial atención, ya que piensan que con ellos siempre pueden hacer un buen negocio (1847: 79).

29. En español en el original, que luego traduce al alemán.

30. En español en el original, que luego traduce al alemán.

Wilkomm describe con detalle su paseo por la Alameda y por la Glorieta (aunque también de estilo francés, uno de los jardines públicos más hermosos que recuerda haber visto en España y con verdadero carácter meridional) y al final reconoce que una de las razones que les había llevado a esta última era poder contemplar a las tan alabadas mujeres valencianas, que junto con las de Cádiz y Málaga son consideradas las más hermosas de España. Y en este aspecto no queda decepcionado, incluso ve superadas sus expectativas.

Cuando se vació la Glorieta siguieron a la multitud hasta el teatro, que describe como sencillo pero decorado con gusto. A la salida del teatro se perdieron entre las callejuelas, pues Valencia aún no estaba alumbrada con gas, hasta que un sereno les acompañó hasta su alojamiento:

De paso quiero mencionar que Valencia fue la primera ciudad de España donde fue introducido el instituto de los vigilantes nocturnos, que en la actualidad son muy numerosos. Cada uno lleva un farol en la mano y un chuzo y tiene que anunciar la hora y el estado de la atmósfera. Como el cielo está generalmente despejado —*sereno*—, se les llamó al principio de forma socarrona «serenos», cuyo nombre más tarde se convirtió en el más común<sup>31</sup> (1847: 84).

Como el tiempo había sido tan inestable las primeras semanas solo pudo hacer pocas excursiones a los alrededores; llovía casi siempre, por lo que dedicó su atención a los monumentos de la ciudad. Según Wilkomm, Valencia era conocida por ser uno de los centros principales en España de las artes y las ciencias, por ejemplo, fue la primera ciudad donde se introdujo la imprenta en el año 1474 y todavía hoy sus habitantes se caracterizaban por su amor por las bellas artes, por lo que sería difícil encontrar el palacio de un noble que no albergara algunas obras de arte valiosas. Y explica cómo la pintura española, que en los últimos siglos se había convertido en la más significativa junto con la italiana, se dividía entre las escuela sevillana y la valenciana, siendo esta última la más antigua, ya que floreció bajo el reinado del emperador Carlos V y alcanzó con Juan de Juanes y Ribalta su más alta perfección. Explica cómo, sin embargo, las obras más importantes de estos pintores se hallaban en Madrid y cómo muchas se perdieron durante la invasión francesa o las guerras civiles posteriores; aun así, todavía se encontraba un gran

31. Los vigilantes nocturnos en España dan la hora entre las once de la noche y las cuatro medio cantando en voz alta. La llamada habitual es, por ejemplo a las onces horas: «¡Ave María, las once han dado; cielo sereno!» [sic].

número de pinturas excelentes repartidas en iglesias y palacios y muchas más en los monasterios, ahora desamortizados, aunque en su mayor parte pudieron ser rescatadas: Juan de Juanes, Ribalta, José Ribera, Jerónimo Jacinto de Espinosa, Esteban March y Vicente López. Menciona la iglesia de San Felipe Neri, el convento de Santo Domingo, la iglesia del convento de las Carmelitas de Santa Ana, la iglesia de las Escuelas Pías, la iglesia del colegio del Patriarca, la del convento de Nuestra Señora al Pie de la Cruz «la iglesia del edificio llamado el Temple, que se encuentra cerca de la Puerta del Cid, ahora tapiada, y que fue entregada a la Orden del Temple por el conquistador de Valencia, el Rey Jaime I de Aragón» (1847, I: 89 y ss.). Destaca, asimismo, excelentes obras en las parroquias de San Andrés, de San Juan del Hospitalet y San Pedro Mártir, aunque el mayor número de obras de arte se encontraba en la catedral,

un gran palacio de mármol, del que solo hay que lamentar la mezcla de estilos. Esta iglesia, que se encuentra en el lugar de la antigua mezquita, cuyos muros se debieron utilizar en parte para su construcción, forma desde el exterior un pentágono irregular y originariamente está construida en estilo gótico, pero desfigurada a estilo corintio por una cantidad de ornamentos, de la misma forma que la entrada principal representa una puerta romana, pero ha sido adornada con hermosas estatuas de mármol de Ignacio Vergara (1847: 90).

Después de describir el interior de la catedral y sus obras de arte, Wilkomm llega a la conclusión de que, aunque Valencia ya no tenía la relevancia literaria y artística que disfrutó en siglos anteriores, era una de las pocas ciudades de España que, a pesar de todos los disturbios políticos que este desafortunado país llevaba sufriendo desde hacía casi medio siglo, había conservado tal entusiasmo por las bellas artes y las ciencias que en un futuro, si al fin llegaran tiempos menos agitados, prometía dar los frutos más maravillosos. Wilkomm no puede resistirse a mencionar la Academia de las Bellas Artes, creada en 1765 por Carlos III, «el último gran rey que tuvo España» (1847: 93). El edificio de este instituto, denominado «Real Academia de San Carlos», albergaba una considerable colección de pinturas de la escuela valenciana. Otro instituto digno de mención en este contexto es para Wilkomm el «Liceo Valenciano», que solo existía desde octubre de 1838 y fue creado por un grupo de jóvenes entusiastas de las artes y las ciencias. Explica Wilkomm que este se divide en seis secciones: ciencias matemáticas, ciencias históricas y del estado, literatura y poesía, pintura y artes plásticas, música, retórica y declamación. De interés científico y artístico fue también antaño, añade, el Palacio del Arzobispo,

sin embargo, la mayor parte de su colección se perdió en el incendio provocado durante el bombardeo de los franceses en 1812. Y la misma suerte sufrió la universidad, una de las más antiguas de España, fundada en 1245 mediante una bula del papa Inocencio IV, y que ahora era considerada la segunda universidad de España, así como las valiosas bibliotecas de los monasterios de los dominicos y los agustinos:

Sin embargo, de las colecciones de los monasterios, de las donaciones de personas privadas y mediante el celo del mundo erudito valenciano se ha creado una rica biblioteca de obras antiguas y valiosos manuscritos de 36.000 volúmenes que actualmente se ubica en las salas del edificio de la universidad. También el Palacio Arzobispal alberga todavía una numerosa colección de libros, a disposición del público todas las mañanas y las tardes de forma gratuita, y todavía se guardan aquí algunas valiosas reliquias del arte plástico de las ruinas de Sagunto, que se salvaron de la fatal catástrofe de 1812 (1847: 94).

Valencia también destacaba, escribe, por el gran número de instituciones benéficas de todo tipo entre las que merecía especial mención el Colegio Imperial de San Vicente, fundado por Carlos V, destinado a la educación de los huérfanos, una idea que por primera vez desarrolló San Vicente Ferrer en 1410. En este edificio se cuidaba y educaba a casi 200 huérfanos y expósitos. Además, existían nueve hospitales e instituciones benéficas de entre las que destacan el Hospital General, la Casa de Nuestra Señora de la Misericordia y la Casa de la Beneficencia.

De entre los edificios significativos de la ciudad, que son muchos, describe la Lonja de la Seda donde, según el autor, parece que antiguamente estaba erigido el palacio de una princesa mora que fue destruido tras la conquista de Valencia. Más tarde se construyó el edificio actual, que se destinó a la Casa de la Contratación:

La fachada principal de este edificio, orientada hacia el mercado, contiene una serie de altos ventanales góticos [...] así como un portal gótico muy hermoso al que conduce una ancha escalera. La planta baja del edificio la ocupa una sala gótica de 134 pies de largo y 75 pies de ancho dividida en tres naves por ocho esbeltas columnas serpenteantes que soportan la bóveda ricamente adornada. Esta sala está destinada a la compra y venta de seda en bruto, que constituye uno de los principales ramos del comercio del Reino de Valencia y de ahí proviene el nombre Lonja de la Seda. Las salas superiores sirven a la Junta de Comercio<sup>32</sup> para sus sesiones... (1847: 95-96).

32. En español en el original.

Wilkomm continúa con su descripción de los monumentos de la ciudad, de sus ocho puertas, las de Serranos y las de Cuarte, ambas de estilo gótico, destacaban por su arquitectura; también la Ciudadela tenía interés histórico, un bastión cerca de la Puerta del Mar, ahora una prisión militar. También subraya el gran número de plazas de la ciudad, aunque la mayoría eran pequeñas y las que eran algo más grandes tenían una forma irregular: la plaza de la Constitución, ante la catedral y la Capilla de la Virgen de los Desamparados, era la más bonita: «Aquí tuvo lugar el primer levantamiento contra el yugo francés al que pronto siguió el levantamiento de toda España...» (1847: 98). Por último, Wilkomm describe la plaza del Mercado y pasa a explorar los alrededores de Valencia, empezando por la huerta y la Albufera, que incluso visita dos veces:

Pero una de las vistas más bonitas de Valencia es la de las cimas entre los pueblos de Cuarte y Torrente, al noroeste de la ciudad. Visité este lugar maravilloso el 23 de mayo y no se me ocurre ninguna descripción mejor para esta sorprendente vista que traducir las palabras de Cavanilles quien la describe como sigue... (1847: 116 y ss.).

Camino de Sagunto pasa por el Monasterio de San Miguel de los Reyes, situado en uno de los lugares más bonitos de la huerta y que merece un alto en el camino:

A través de un patio asfaltado con grandes baldosas de mármol y ornamentado con antiquísimos cipreses y esbeltas palmeras se accede a la iglesia, cuya fachada, construida en un egregio estilo florentino, está embellecida con dos campanarios cuadrulares y el interior recuerda a la iglesia del Escorial. La biblioteca de este monasterio, antiguamente ocupado por la Orden de San Jerónimo, rica en valiosos manuscritos de los siglos XIV y XV, está ahora ligada a la biblioteca arzobispal de Valencia, como también sus mejores pinturas, obras de Ribalta, Zariñena y Llorens, se encuentran en museos de la ciudad. Este monasterio fue donado por los reyes Fernando I de Aragón y su esposa Doña Germana de Foix y es uno de los monasterios más hermosos que he visto en España (1847: 118).

Una vez en la ciudad de Sagunto, el único monumento que considera digno de verse es el monasterio de la Santísima Trinidad, construido sobre las ruinas del antiguo templo de Diana. El teatro merece, por supuesto, una mención especial:

¡Me encontraba por primera vez sobre clásico, antiguo suelo romano, sobre un suelo, cuyos habitantes prefirieron consagrarse a la muerte en las llamas, que soportar el yugo de la servidumbre sobre sus orgullosos cuellos!

—Largo tiempo permanecí ensimismado sobre la fila de asientos más elevada del teatro, que ofrece una vista maravillosa, y contemplaba hacia abajo la fértil llanura de la ciudad que descansaba en el valle donde Aníbal emprendió el primer terrible asalto sobre Sagunto, en el que resultó herido (1847: 121).

Tras Sagunto, Wilkomm visita Chiva y Játiva, y no quiere abandonar Valencia sin hacer algunas observaciones sobre el carácter de sus habitantes, aunque reconoce que una estancia de seis semanas es demasiado corta para poder formarse una verdadera opinión sobre un pueblo, sobre todo si no se está muy familiarizado con el idioma, pero se atreve a aventurar que hay pocos pueblos que tengan un carácter tan marcado como los españoles, de los que destaca dos cualidades: el sentimiento nacional y el sentido de la independencia, «dos nobles cualidades que buscamos en vano en nuestra erudita e ilustrada Alemania» (1847, I: 144).

La obra de Wilkomm resulta especialmente interesante, pues como botánico realiza descripciones muy precisas de los jardines de Valencia que servirán a otros autores como referencia. Pero no solo sus observaciones como científico fueron muy elogiadas, el texto tuvo una gran repercusión y es citado con frecuencia por los viajeros que visitaron Valencia en la segunda mitad del siglo.

## MORITZ WILKOMM

Wanderungen durch die nordöstlichen und centralen Provinzen Spaniens. Reiseerinnerungen aus dem Jahre 1850 (*Excursiones por las provincias del noreste y centrales de España. Recuerdos de viaje del año 1850*, 1852)

Tras una ausencia de más de cuatro años, Wilkomm volvió a Valencia en agosto de 1850, durante un viaje de nueve meses por España. La buena acogida y el reconocimiento que había tenido la descripción de su primer viaje (según nos cuenta, casi todos los viajeros que fueron a España la utilizaron como guía) le motivó a publicar también la descripción del segundo (Wilkomm, 1852, I: VII). En esta ocasión se acercó a la ciudad desde el noroeste, desde Zaragoza, algo poco habitual, y permaneció tres semanas en Valencia.

Wilkomm reconoce que la ciudad había mejorado considerablemente desde su primera visita. Todo le resultaba familiar, pero la huerta ofrecía un aspecto muy distinto a cuatro años atrás (Wilkomm, 1852, II: 171). El maíz y la verdura habían sustituido al trigo, melones recién cogidos se encontraban en los accesos a



los huertos: era verano. Una gran cantidad de nuevos y hermosos edificios daban a la oscura ciudad una apariencia más alegre. La otrora polvorienta plaza del mercado había sido ampliada y solada con grandes láminas de piedra y la ciudad, debido al alumbrado de gas, era ahora más segura. Su estancia en Valencia coincidió con la época de los baños, que comenzaba a principios de julio y se prolongaba hasta septiembre. En este periodo la vida en Valencia se transformaba de forma muy peculiar:

Todo el mundo, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, toma baños de mar, por lo que desde primera mañana hasta muy entrada la noche tiene lugar un constante tráfico entre la ciudad y el Grao o la zona portuaria cerca de la que se encuentran los lugares de baño. El hermoso camino que comunica Valencia con el Grao está ocupado constantemente por dos largas filas de tartanas [...], una de las cuales lleva de Valencia al Grao y la otra del Grao a Valencia. [...] entre las dos filas de tartanas van y vienen, además, jinetes; largas filas de mulas y asnos cargados con víveres, frutas, vino y utensilios se mueven despacio en el centro o a ambos lados de las filas de tartanas de Valencia al Grao, o vuelven vacíos a paso rápido de allí a la ciudad; los anchos caminos de arena a ambos lados de la avenida están ocupados por una multitud de viandantes: en suma, el camino hacia el Grao ofrece durante la temporada de baño una vida tan agitada y colorista que no puedo recordar haber visto en ningún otro lugar. Todavía más colorista y más movida se vuelve la vida cuando se llega al Grao mismo. Una ruidosa multitud llena la calle principal y especialmente los alrededores del puerto. En ninguna parte se concentra más la verdadera vida de balneario como en el llamado Cabañal o balneario al lado noreste del Grao, pues aquí se encuentran cientos de cabañas y carpas ordenadas en estrechas calles que corren paralelas y conforman una ciudad de bastante extensión. Muchas de estas cabañas, que tienen tejados puntiagudos recubiertos de paja de arroz o caña española, tienen muros de piedra, muchas otras están construidas simplemente de vigas y tablas; otras consisten solo en un sencillo andamiaje de fuste, cuyos intersticios se han rellenado con enrejados de caña española. El exterior de todas estas cabañas ofrece un aspecto muy rústico, pero su interior, especialmente de aquellas de piedra, está decorado con frecuencia de forma muy lujosa. Cada cabaña está dividida en varias dependencias, un salón, una cocina, una despensa y dormitorios. No es poco frecuente que tras las cabañas haya un elegante jardín, en el que se ha creado un entorno de bosque de ramas de naranjos y otros arbustos colocados en barreños y ramos de flores en macetas, puesto que el mismo suelo, que en el fondo está formado de pura y árida arena movediza, no permite jardines naturales. [...] En esta curiosa ciudad de cabañas vive durante la temporada de baño toda la *haute volée* de Valencia, tanto la aristocracia como los comerciantes adinerados, los funcionarios y todos a quienes los medios les permiten alquilar o

comprarse una «cabaña».<sup>33</sup> Los comerciantes y funcionarios se trasladan por la mañana, tras el baño, a la ciudad y vuelven al atardecer al Cabañal (1852, II: 177-179).

Menciona Wilkomm que, además, el Cabañal estaba lleno de lugares de ocio, fondas, cafés y casas de recreo, y mientras que en las horas de la mañana y las primeras horas de la tarde en las callejas del Cabañal reinaba cierta tranquilidad, en las horas de la tarde y especialmente tras la puesta de sol se convertía en un lugar colorista y ruidoso, especialmente los domingos por la tarde alrededor de la puesta de sol. Calcula que en la temporada de baño se reunían los domingos por la tarde al menos veinte mil personas en los alrededores del Grao y del Cabañal:

Tras la puesta de sol [...] la *haute volée* se retira al interior de las cabañas o a los jardines que hay detrás, que entonces están iluminados con faroles de papel de diferentes colores, por lo que causa una impresión muy alegre, o se concentra en grandes círculos, que se reúnen bajo unos amplios toldos, elegantemente decorados y resplandecientemente iluminados, donde asisten a conciertos y representaciones teatrales que se organizan allí o se divierten con juegos de mesa y baile. [...] Las clases bajas se retiran a las innumerables bodegas del Grao y el Cabañal y pasan aquí la noche a la luz centelleante de las hogueras con la jarra de vino y la guitarra, mientras que la clase media, el burgués, el verdadero filisteo valenciano, vuelve a la ciudad. Solo tras la medianoche la animación en el Cabañal se hace más tranquila; las bodegas se vacían poco a poco, los faroles de colores se apagan, la música enmudece, cada uno se va a su casa y a las dos o tres de la mañana el Cabañal descansa oscuro e inerte bajo el cielo azul intenso salpicado de estrellas (1852, II: 180 y ss.).

A continuación describe las instalaciones de la playa:

Las zonas de baño se encuentran a lo largo de la playa al norte y al sur del puerto del Grao. Las más cercanas al Grao son las zonas para los caballeros y a un tiro de piedra se encuentran las zonas de baño para las damas. Son propiamente una serie de barracas cubiertas de lona construidas con caña española, cuyo interior consiste en un pasillo central y una cantidad de pequeños cuartos a ambos lados del mismo. En cada uno de estos cuartitos hay un par de sillas de caña y un espejo. Además, te proporcionan un peine, una toalla, bañadores y un sombrero de paja informal contra los rayos de sol. A la vuelta del baño recibes, en cuanto pisas el suelo, una gran sábana para enrollarte en ella y protegerte de cualquier enfriamiento, así como un

33. En español en el original, que luego traduce al alemán.

par de sandalias de paja para que no se ensucien los pies. En los cuartitos de baño hay agua de pozo fresca para poder lavarse las manos y la cara. Un baño de mar con todos los accesorios solo cuesta 6 cuartos (unos 15 peniques), ¡sin duda un placer barato! –Para no acalorarse se vuelve a Valencia, para lo que siempre hay ocasión–. El precio habitual para un asiento en una tartana es de 4 cuartos; si hay pocos pasajeros, hay que pagar un poco más. Nunca he pagado más de un real (2 Silbergroschen),<sup>34</sup> aunque fuera completamente solo en la tartana. En el Grao la playa es extraordinariamente plana, de forma que se puede entrar un buen trecho en el mar antes de que el agua te llegue a las rodillas. El fondo es de arena dura y fina, el oleaje con tiempo calmado es suave, la resaca en la playa es insignificante y el baño, por ello, extraordinariamente agradable (1852, II: 181-182).

Aunque solo tenía previsto permanecer ocho días en Valencia, prolongará su estancia una semana más a la espera de una carta de crédito y de poder enviar unas muestras a Marsella. Al fin, la mañana del 23 de agosto se despidió de Valencia y de su paradisiaca huerta camino de Cuenca.

## LUDWIG VON ROCHAU

Reiseleben in Südfrankreich und Spanien (*Vida de viaje en el sur de Francia y España*, 1847)

August Ludwig von Rochau (1810-1873), publicista y político, viajó a España desde el exilio francés en 1845. Como resultado de su viaje publicó en 1847 *Reiseleben in Südfrankreich und Spanien*. A lo largo de las cartas que componen esta obra realiza comparaciones, especialmente con Francia, y contrasta la realidad con los prejuicios de este país. De entre las cartas destaca una escrita el 16 de julio desde Madrid en la que describe la disimilitud, en carácter y costumbres, entre las diferentes provincias españolas, que en ninguna de las demás naciones europeas era tan acusada: todos los españoles llevaban el sello de una nacionalidad común, pero lo que conformaba el carácter peculiar de los diferentes pueblos era el espíritu provincial, y esta desmembración moral dentro de la unidad política era el resultado de condicionamientos históricos y geográficos. Y quienes tenían la peor

34. Moneda utilizada en algunos territorios alemanes en el siglo XIX. Su valor varía en función del territorio.

fama entre los españoles, escribe, eran los valencianos: se les consideraba desleales, vengativos, sanguinarios y cobardes. En las calles de Valencia se cometían cada año al menos cincuenta asesinatos, y aunque los valencianos eran trabajadores, ahorradores y extremadamente sensatos, su austeridad rayaba con frecuencia la tacañería.

Rochau relata su llegada a Valencia en una carta del 5 de mayo de 1845 y la primera impresión que tiene de la ciudad, todavía desde el barco que le trae de Barcelona, no se corresponde con lo que había esperado: «Esta vista de Valencia tiene su belleza, pero no la encontré ni tan sobrecogedora ni tan exótica como me la habían descrito. Tal vez mis expectativas eran demasiado altas por las entusiásticas descripciones» (Rochau, 1847: 115). En el puerto les esperaban dos docenas de tartanas para trasladarlos a la ciudad, que se encontraba a una hora de distancia:

La carretera del Grao a Valencia está en unas condiciones lamentables, pero está ribeteada por espléndidas avenidas y de vez en cuando, a través de los setos de los jardines adyacentes, ofrece magníficas vistas de la huerta, cuya vegetación resplandecía precisamente ahora en todo su esplendor primaveral. Había tanto que ver [...], que olvidé el polvo y el calor y los violentos golpes del carruaje y antes de darme cuenta me encontraba a las puertas de Valencia. [...] Cinco minutos después, tras un recorrido a través de varias callejuelas estrechas y angulosas, paré en la Plaza del Arzobispo ante la Fon-da del Cid, en la que cogí una habitación cuyo balcón daba a la plaza justo frente a las torres de la catedral (1847: 116-117).

A lo largo del día recorre la ciudad, que define como un laberinto que habría que recorrer durante semanas para no perderse. La mayoría de sus estrechas calles estaban sin asfaltar, pero como no tenían que padecer ni por la lluvia ni por vehículos pesados, estaban en buen estado. De este primer recorrido lo que más le llama la atención es la importancia que se le daba en la ciudad a la vida doméstica, lo que explicaba precisamente su estructura de calles estrechas, pues habían renunciado a calles más anchas y grandes plazas para ganar más espacio en el interior de las casas:

Las casas, la mayoría construidas de barro, son poco vistosas, pero a través de las puertas siempre abiertas, con frecuencia se pueden ver espaciosos patios interiores, no pocas veces rodeados de esbeltas columnatas, y más allá del edificio trasero, preciosos pequeños jardines en los que crecen las flores más hermosas y a través de cuyo frondoso follaje resplandecen los dorados frutos del sur (1847: 117).

Su primer día en Valencia terminó con una visita al teatro para asistir a una representación operística, *Norma*, de Vincenzo Bellini. Cuenta sorprendido cómo

a la hora que debía comenzar la representación el teatro estaba prácticamente vacío. Sin embargo, la sala se empezó a llenar poco a poco y en media hora todos los palcos estaban ocupados por damas abanicándose cuyos acompañantes masculinos ocupaban butacas de platea:

En el parterre se acumulaba un variopinto montón de soldados rasos, de arrieros en traje andaluz, campesinos envueltos en sus mantas de colores y de honrados pequeñoburgueses de la ciudad. Aquí y allá centelleaba entre esta maraña de gentes un cigarrillo encendido sin que la policía del teatro se sorprendiera (1847: 120).

Para asegurarse de encontrar el camino de vuelta, Rochau abandonó el teatro tras el primer acto, puesto que preveía que la representación no terminaría antes de medianoche. En esta primera ocasión decidió pedir una tartana y explica que era el vehículo de uso habitual en Valencia, un sencillo carro de dos ruedas apoyado sobre el eje y cubierto con hule:

En la tartana se realizan las visitas, en la tartana se va al teatro, en la tartana se hace el paseo vespertino por la Alameda. En qué consiste el placer de este paseo no me queda muy claro, ya que ni siquiera la vista compensa el polvo y el calor, puesto que desde la tartana no ves nada salvo, hacia el frente, la cola del caballo que te tira y, hacia atrás, la cabeza del caballo de la tartana que sigue a la tuya.

El paseo por la Alameda, que tiene lugar sobre todo los jueves y los domingos, comienza tras la siesta, es decir, entre las cinco y las seis. Al regreso de la Alameda lo habitual es apearse en la puerta [de la muralla] para dar una vuelta por la Glorieta, que durante el día está casi desierta y que solo a partir de las siete se llena de repente con una gran multitud, que media hora más tarde desaparece con la misma rapidez para huir del todavía fresco aire del atardecer. La Glorieta es un jardín que, aunque no es grande, está construido de una forma muy bonita, sombreado por los más hermosos sauces llorones y plátanos y dulcemente perfumado por las flores de la acacia y del naranjo. [...]

Tras la Glorieta, el teatro. El teatro por fuera es poco vistoso, pero tiene una sala extraordinariamente grande y de una forma muy agradable a la que solo le falta un poco de ayuda de tapiceros y pintores para ser considerada uno de los templos más hermosos del arte dramático (1847: 122-123).

Cuando llegó el jueves decidió acercarse a la plaza de la Constitución para observar la sesión del Tribunal de las Aguas, en la que se dirimen los conflictos relacionados con el sistema de regadío:

El riego es la riqueza de la huerta; cada disminución de la parte de agua que corresponde a un campesino se considera un fraude o un robo. Cuando llegué a la plaza encontré en una esquina de la misma entre veinte y treinta campesinos reunidos en un círculo. En el centro del mismo estaban las dos partes litigantes ante el síndico [...], elegido [...] por el pueblo y cuyas sentencias, en primera y última instancia, son decisivas, de forma que ni siquiera es posible apelar contra las mismas ante el rey. Las partes discutían entre ellas vivamente sobre determinadas circunstancias de los hechos, dirigiéndose a veces al síndico y a veces a los circunstantes para arrancarles un signo de aprobación. Pero el síndico no se inmutaba, estaba ahí de pie, apoyado en su bastón, como si toda la escena le fuera ajena; entretanto, el auditorio estaba con ojo y oído pendiente de los labios del que hablaba, pero igualmente sin expresar mediante la palabra o el gesto ni conformidad ni desaprobación. Las partes tomaron alternativamente hasta veinte veces la palabra, hablaban con soltura y con fervor y, al mismo tiempo, con el mayor decoro en el gesto y en la palabra. El acusador negaba varias veces con decisión las afirmaciones del acusado, pero siempre con consideración: «Lo que usted dice no ha tenido lugar; en toda su declaración no hay ni una palabra que se corresponda con la verdad». Finalmente el juez tomó la palabra para hacer algunas preguntas, después escuchó a algunos testigos, uno de los cuales ofreció su testimonio desde el caballo [...]. Después volvieron a hablar las partes, y cuando ahora el acusado, presumiblemente consciente de su mala obra, empezó a airarse, bastaba un movimiento de la mano del juez para evitar que se propasara. La vista terminó con un aplazamiento por falta de testigos [...] y luego se disolvió la pequeña asamblea con un *buenos días, señores*<sup>35</sup> (1847: 127-128).

Rochau se lamenta de no haber podido averiguar cómo este tribunal patriarcal dictaba sentencia, lo que le interesaba sobremedida, y aprovecha la coyuntura para hacer una digresión sobre diferentes sistemas de justicia en distintos países europeos.

En lo que respecta a las innumerables iglesias de la ciudad, el autor solo destaca la catedral como obra excelente, aunque en realidad era más extraña, escribe, que magnífica o hermosa:

Construida originariamente en estilo gótico, más tarde (presumiblemente sobre finales del siglo XVII) se transformó en un estilo que no pertenece a ningún periodo, cuyos elementos más bien han sido copiados de las épocas más dispares. La catedral tiene arcos romanos, que se apoyan en pilastras dóricas; sus ornamentos de piedra al lado derecho son de estilo

35. En español en el original.

renacentista y al lado izquierdo, rococó, y de esta máscara variopinta asoma a cada momento el tipo gótico original. Solo una única parte de la iglesia se ha salvado del sacrilegio restaurador, la sala capitular, cuya singular belleza hace lamentar doblemente la decadencia del resto de la catedral, que sin duda fue construida siguiendo el mismo esquema. La bóveda del techo de esta sala, que forma un cuadrado equilátero, está pensada y ejecutada de forma magistral [...]. El altar, que ocupa toda una pared, está adornado con una increíble variedad de delicados trabajos escultóricos que precisan un día entero de estudio para ser alabados como se merecen. En el resto de paredes se han colocado en varias filas los retratos de medio cuerpo de los arzobispos de Valencia, la mayoría magníficos retratos llenos de vida y expresión. Dos enormes cadenas que hay colgadas en la sala, resistentes como las cadenas del ancla de un buque de guerra, tienen sin duda un significado histórico, pero no he podido preguntar por él. A propósito, la sala capitular está tan descuidada que es fácil ver que hace años que no se utiliza para el fin que su nombre indica. [...]

Entre algunas buenas pinturas que posee la catedral se elogian, sobre todo, los cuadros de Paolo d'Arregio y Francesco di Napoli<sup>36</sup> que cubren las puertas de plata repujada del altar mayor. [...]

El tesoro de la Catedral de Valencia parece ser inconmensurablemente rico en vajilla de oro y plata, en estatuas de noble metal, en joyas y otros objetos de gran valor; sin embargo, de todo ello hoy día en la iglesia se puede ver poco o casi nada. El altar mayor plateado está, como ya se ha dicho, cerrado por puertas pintadas y la totalidad de los altares de las muchas capillas están tan desnudos como si fueran la mesa de la pobreza en persona. [...]

Desde la torre principal de la catedral, llamada El Miguelete, se tiene una panorámica magnífica sobre la ciudad, sobre la huerta y sobre el mar. Valencia fue construida en círculo alrededor de la catedral, de forma que desde el Miguelete se tiene una visión de conjunto de todas sus partes. Contar las cúpulas y las torres que se ven emerger de entre el mar de casas preciaría más paciencia de la que dispongo para estas cosas. Ciertamente, que existen pocas ciudades en el mundo que intentan alcanzar el cielo con tantos brazos de piedra como Valencia. La llanura de Valencia, de un diámetro de cinco o seis horas,<sup>37</sup> ofrece el aspecto de un enorme lago verde sobre el que flotan innumerables barcas: las casas de los campesinos esparcidas por toda la huerta (1847: 130-132).

36. Probablemente se refiera a Paolo de San Leocadio y Francesco Pagano.

37. Traducción literal del original «Stunde». Según el diccionario de los hermanos Grimm (tomo 20, columna 523), «Stunde» es una medida de longitud que equivale a la distancia que una persona adulta puede recorrer durante una hora a pie, aproximadamente cuatro kilómetros. Disponible en línea: <[http://woerterbuchnetz.de/cgi-bin/WBNetz/wbgui\\_py?sigle=DWB&mode=Vernetzung&clmid=GS54695#XGS54695](http://woerterbuchnetz.de/cgi-bin/WBNetz/wbgui_py?sigle=DWB&mode=Vernetzung&clmid=GS54695#XGS54695)> (consultado: 12/12/2017).

Rochau llega a la conclusión de que Valencia es la ciudad más oriental del mundo occidental, en realidad, incluso más que cualquier otra ciudad:

Altas murallas con almenas, puertas con enormes torres fortificadas a ambos lados, cien catedrales y cúpulas cuyas tejas esmaltadas brillan bajo la luz del sol como perlas y adornos de diamantes en el pelo de una odalisca; torres de piedra, esbeltas y delicadas hasta la última punta, construidas sobre innumerables iglesias de las que se espera escuchar mucho antes la llamada del muecín que el tañido de las campanas; en el interior de las murallas de la ciudad, una madeja de casas imposible de desenmarañar, que no parecen estar construidas unas al lado de las otras, sino unas dentro de otras y sobre otras; en el paisaje, que se ha añadido a la ciudad como decoración, ocasionalmente, una palmera de abanico —esos son los rasgos característicos de la fisonomía exterior de Valencia—. Pero si se mira más de cerca tampoco se pierde en absoluto la apariencia oriental de Valencia. Solo hay que mirar a la población para convencerse de que aquí se ha conservado pura sangre sarracena hasta el día de hoy. En cada calle te encuentras con campesinos a los que solo les falta la chilaba y la escopeta larga como una lanza para parecerse hasta confundirse con los beduinos del otro lado del mar; a cada paso se ven rostros de mujer exóticos con una expresión extrañamente salvaje —rostros que parecen haberse extraviado en nuestra civilización—. Sin embargo, una estirpe completamente diferente, blanca y rubia y de ojos azules, es la que predomina entre los habitantes de la ciudad. En estos rostros hay tan poco carácter meridional, que no llamarían la atención en ninguna ciudad alemana... (1847: 138).

A continuación, Rochau aprovecha para contar la enemistad histórica entre los habitantes de la ciudad y los del campo y añade que probablemente la mala fama de los valencianos se debiera a las fechorías de sus vecinos de la huerta, con los que solo tenían en común cuatrocientos años de enemistad mutua, un odio que en su origen probablemente no fuera más que odio racial, la más salvaje y sangrienta de todas las pasiones humanas. Rochau, sin embargo, aunque solo llevaba tres días en Valencia, únicamente puede decir cosas buenas de los valencianos a ambos lados de la muralla: el valenciano era amable y generoso por naturaleza y solo esperaba de sus semejantes el mismo trato.

Los alrededores de la ciudad, empero, no le impresionan, era necesario realizar un trayecto de cinco horas para encontrar un lugar histórico destacable:

Para al menos encontrar un punto de interés histórico hay que ir hasta Murviedro, a cinco horas de distancia de la capital del reino, donde todavía algunos restos arquitectónicos atestiguan los tiempos del viejo Sagunto donde, como es sabido, se encuentra la actual Murviedro. En las inmediaciones de Valencia no existen ni monumentos históricos ni bellezas naturales



excepcionales que mostrar, toda su riqueza consiste en la exuberante vegetación de la huerta y su eterno cielo azul. Los límites de la huerta están enmarcados por un semicírculo de áridas montañas de un color rojo grisáceo, cuya vista también aquí trae a la memoria el abrupto contraste entre desierto y oasis con que uno se topa en España a cada paso (1847: 153).

La mañana del 12 de mayo, Rochau decide visitar por última vez el que considera el lugar más interesante de Valencia, puesto que en unas horas marchará en un barco que le llevará pasando por Alicante y Cartagena hasta Málaga.

La despedida de la catedral es lo que me ha resultado más difícil, y creo sinceramente que dejo atrás una parte de mi corazón porque la iglesia principal de Valencia posee un cuadro que me ha abierto los ojos a la verdad de la historia de Pigmalión. Hablo del cuadro de la madona de Juanes [...]. La Virgen no es una reina celestial, sino una mujer terrenal celestial. Tiene un maravilloso misterio en el corazón, y posa con la mirada inclinada y las manos juntas [...], si separara los labios y abriera los ojos, daría mi vida por una palabra y por una mirada (1847: 159).

A continuación subió al Miguelete para enviar desde allí un último saludo de despedida a Valencia y a su exuberante llanura, majestuosa en todo su esplendor primaveral, y cita unos versos de un antiguo romance de un poeta árabe: «Quanto mas la vee hermosa / Mas le crece su pesar – [sic]» (1847: 160). Son los lamentos de un moro ante la inminente caída de Valencia, cercada por el Cid, y así dice sentirse Rochau al tener que abandonar la ciudad:

Se podría haber dicho de mí como la canción del viejo moro, quien desde una torre como esta contempló a sus pies la ciudad de sus padres duramente asediada, y el jardín paradisiaco, cuando el Cid, a quien los almorávides negaban la entrada, se hallaba ante Valencia con su ejército (1847: 160).

Explica Rochau que Alá no escuchó las plegarias del moro y el Cid entró como dueño y señor en la ciudad, y cita aquí un romance español en el que el héroe se expresa con generosidad hacia los vencidos. Sin embargo, Rochau cuenta que la historia, al menos el relato de los historiadores árabes, desgraciadamente no coincidía con la descripción poética que hacía el romance del comportamiento caballeresco del Cid, y presenta una descripción de la conquista de Valencia de una fuente árabe que narra la traición del Cid al Cadí Ibn Yahhaf que, según este relato, fue quemado vivo junto con toda su familia (1847: 161-163).<sup>38</sup>

38. Esta es la misma escena a la que hará referencia Graf Bastiano en su relato.

Rochau es un buen observador que reconoce y supera los prejuicios que trae consigo. Distingue de forma objetiva entre percepciones, impresiones y lo vivido. Su obra fue un testimonio muy valioso para viajeros posteriores, mencionado y citado con frecuencia, como es el caso de Hackländer, que en su relato *Ein Winter in Spanien* lo recomienda expresamente al lector y lo lleva en las alforjas durante su viaje.

## ALFRED VON WOLZOGEN

Reise nach Spanien (*Viaje a España*, 1857)

Alfred von Wolzogen (1823-1883) era escritor, director teatral y traductor.<sup>39</sup> Visitó España en el otoño de 1852 como parte de un viaje más amplio por Europa que incluía, además de España, Italia, Suiza, Inglaterra, Holanda y Bélgica. Sus impresiones de este viaje fueron publicadas en 1857 bajo el título *Reise nach Spanien*. El prólogo, fechado en 1856, además de presentar su obra e informar, como es habitual en estos relatos, de la finalidad de esta, abre con una cita de las cartas de viaje de la condesa Ida Hahn-Hahn:

¿España?, ¿quién sabe algo de España? Nadie; dos o tres han estado allí y además solo como soldados o comerciantes. El resto únicamente sabe lo que ha leído en los libros, ¡y qué libro es tan afortunado de poder provocar una profunda impresión y ofrecer, a un tiempo, una imagen clara y gráfica! (Wolzogen, 1857: V).

Wolzogen asegura que la situación había mejorado algo desde entonces —e incluso antes, dice, mencionando la obra de Huber aparecida en 1833—, puesto que otros alemanes habían viajado y dejado testimonio de las maravillas y aventuras que vivieron en España. Pintores como Schlesinger, que habían copiado obras del Museo de Madrid para las galerías alemanas; fotógrafos que habían inmortalizado las maravillas de la Alhambra; arquitectos, especialmente von Diebitsch, que habían dado a conocer los detalles y el refinamiento de los monumentos árabes; naturalistas como Moritz Wilkomm, que habían escalado las salvajes sierras ibéricas y estudiado y descrito su flora y fauna; juristas como Heinrich von Brauchitsch, que describió el sistema legislativo español, e incluso dos sacerdotes, Alban Stolz

39. Tradujo y adaptó para el escenario alemán *El príncipe constante* (*Der Standhafte Prinz*) de Calderón de la Barca en 1879.

y Franz Lorinser, que mostraron su gran satisfacción por la situación religiosa en España. A esto había que añadir las descripciones más literarias, como las de Adolf Loning, el Baron von Vaerst, Höfken, Quandt, Alexander Ziegler, Rochau, Minutoli y Hackländer, y tampoco faltaban obras históricas y geográficas que proporcionan, siempre según Wolzogen, una visión bastante completa de España y material suficiente para una guía de viaje alemana sobre España en condiciones. Sin embargo, mientras se encuentra la pluma que asuma ese reto, Wolzogen considera que queda mucho que explicar sobre «las extrañas circunstancias de un país, que en un tiempo casi dominó el mundo en solitario» y al que la prensa actual presta en proporción tan poca atención (1857: VII).

Wolzogen solo permaneció en Valencia un día. La mañana del 27 de octubre de 1852 entró en un vapor proveniente de Málaga en el Golfo de Valencia bajo un cielo gris y lluvioso, algo que le resultó especialmente duro, escribe, puesto que Valencia es la tierra de la primavera perpetua donde, a excepción de la época de los equinoccios, solo llueve entre 18 y 20 días al año. De la siguiente forma relata su llegada en barca al Grao, que describe como una ciudad costera pequeña e insignificante en la que solo hay vida en la temporada de baño, entre julio y septiembre:

Nos recibió en la orilla, rasa y arenosa, un hervidero realmente africano de marineros, cocheros y porteadores ataviados de forma muy original, con una algarabía inaudita y gestos de lo más exaltados, como si nuestra llegada fuera la señal de un golpe de estado [...]. Al lado de estos fogosos hijos de la naturaleza incluso los vocingleros de los puertos del sur de Italia parecen niñitos mansos de la civilización europea. Sin embargo, lo más extravagante aquí sigue siendo el traje (1857: 299).

Wolzogen dedica especial atención al traje de los hombres y lo considera más llamativo que el de las mujeres. Este último lo describe someramente para pasar a continuación a explicar el origen de la costa valenciana y la razón de la ausencia de agua en el cauce del Turia:

El traje de las mujeres, famosas por su hermosa figura y su alegre viveza resulta menos llamativo. También en su caso la mantilla está generalizada y, además, llevan todas dos grandes agujas doradas o plateadas atrás en la redecilla. Curiosamente se ve aquí mucho pelo rubio y tez de un blanco marmóreo, sin embargo, no tienen ojos azules nórdicos sino de un oscuro centelleante. Sin duda, aún quedan muchos elementos árabes en esos auténticos hijos del sur; del mismo modo, probablemente sea Valencia, de entre todas las ciudades españolas, la que tenga más impronta oriental. En este sentido supera incluso a Granada, aunque ya les fuera arrebatada a los

árabes el 28 de septiembre de 1238, 250 años antes que Granada. El Rey Jaime I de Aragón la conquistó tras una heroica defensa.

La franja de costa entre Valencia y el mar fue consecuencia de progresivos aluviones, pues en la antigüedad la ciudad estaba pegada al mar. Una recta y amplia avenida cuádruple de olmos y chopos —llamada *alameda vieja*<sup>40</sup> y rodeada de casas de campo y de *almacenes de comestibles*—<sup>41</sup> lleva a la *Puerta del Mar*, similar a un arco de triunfo romano y puerta de entrada de aspecto antiguo al arrabal Murviedro, ante la que se arquea un gran puente de piedra, de los cuales Valencia posee cinco, sobre el pequeño y minúsculo Río Turia o Guadalaviar, nacido en Aragón. No obstante, el amplio cauce delata la posibilidad de una gran riqueza de agua y la habitual superficialidad del río tiene incluso un fondo mucho más respetable que el resto de aguas españolas. A lo largo de sus 25 leguas de recorrido a través de la llamada Huerta de Valencia, cuya denominación explicaremos más adelante, el Turia debe ceder agua hacia todos los lados a los viejos acueductos árabes bellamente forjados; no es sorprendente, por tanto, que le quede poca agua para sí mismo. Los canales conforman un sistema de riego sin igual, al que esta tierra debe principalmente su asombrosa fertilidad (1857: 301-302).

Para saber más sobre este sistema de canalización y sobre la original y benéfica organización del Tribunal de las Aguas, el autor remite al lector a los relatos de Christian August Fischer, Rochau y Wilkomm.

A continuación relata su llegada a la ciudad:

Una ligera *tartana*, que en esta tierra equivale a nuestro coche de alquiler, ese horrible [...] medio de locomoción, nos llevó por *1 peseta o 2 reales* por persona a trote rápido a la ciudad. Contemplada desde este lado, debido a sus colosales murallas de sillar con almenas y sus múltiples torres, da una impresión muy antigua, pero más romana que oriental. Este último tipo sólo se muestra en el interior. Las calles, a excepción de las estrechísimas aceras, están sin asfaltar, son extremadamente angostas y angulosas; las casas son a menudo de una altura considerable, pero muy irregulares, a veces construidas sólo de barro y cubiertas de arriba abajo con enrejados de esparto para protegerlas del calor del sol. Decididamente prevalece el tejado achatado. La laboriosidad de los habitantes destaca al instante: en innumerables puestos abiertos se ve a hombres y mujeres sentados alrededor de una mesa baja ocupados en las más diversas labores. Con particular frecuencia se encuentran tiendas de armas y fayenza en la «Ciudad del Cid», recuerdo glorioso, de

40. En español en el original.

41. En español en el original, que luego traduce al alemán.

forma que la expresión orgullosa del valenciano que todavía hoy se escucha con frecuencia: «*soi hijo de la ciudad del Campeador* [sic]!», traducido a moderna prosa mercantil, en la mayoría de los casos no significa más que: «¡soy un forjador de armas o un ollero de Valencia!» (1857: 303-304).

Después de visitar la catedral, cuyo interior no pudo apreciar debido a la oscuridad (recordemos que es un día nublado de otoño), se dirigió al Miguelete:

Por ello subimos rápidamente a la plataforma de la torre de la catedral, ancha y octogonal y de 225 pies de altura, la famosa *torre de Miguelete* [sic], que está en la cara oeste de la iglesia. La vista sobre el laberinto de callejuelas y las innumerables cúpulas de la ciudad (que ahora cuenta con unos 160.000 habitantes), sobre el mar, sobre los hermosos paseos a orillas del Guadalquivir y la floreciente huerta, enmarcada por pintorescos caminos, fue, a pesar de las inclemencias de las fuerzas elementales, altamente satisfactoria. [...] La Huerta de Valencia con sus 54 localidades abarca casi toda la extensa llanura entre el Golfo de Valencia al Este, las montañas de Chiva al Oeste, la Sierra de Cullera al Sur y, limitando el horizonte al Norte, las dentadas cadenas montañosas de Segorbe y Murviedro [...]. La fertilidad de este raso litoral de aproximadamente 215 leguas de largo pero apenas 4 de ancho es sorprendente. Cultivos de arroz, de cáñamo, de lino y de trigo alternan con abundantes campos de maíz, batata y alcachofas; plantaciones de olivos, almendros, higueras, algarrobos y moreras, con setos de cactus y caña española; jardines de flores, con viñedos, así como con campos de naranjos y limoneros. El celebrado pino, el severo ciprés, la esbelta palmera datilera con sus tiernas palmas asoman saludando tras la maleza que enmarca los acogedores pueblos, e innumerables canales surcan el exuberante paisaje a ambos lados del meándrico y sinuoso Turia (1857: 305-306).

Wolzogen continúa describiendo los campos de arroz cerca de la Albufera y del río Júcar, con su desembocadura en Cullera. En comparación, la vista panorámica desde la Giralda de Sevilla queda muy por detrás de este cuadro: «No se me ha ofrecido en España ninguna vista que haya tenido en modo alguno un efecto tan benéfico y armónico como la de la Torre del Miguelete de Valencia. Una imagen que siento viva en el alma como una perpetua primavera» (1857: 306).

Tras una breve y somera descripción del centro de la ciudad menciona, como curiosidad, que en una de sus callejuelas incluso encontró una gran boutique [sic] con juguetes de Núremberg, que todavía conservaban sus etiquetas alemanas, y añade irónico:

Suspiré por esta prueba visible del gran significado de la política comercial de mi patria, pues lo consideraría una verdadera desgracia si la juventud

valenciana, tierna y alegre, se viera contagiada por el quejoso aburrimiento y la falta de productividad e independencia de nuestro mundo infantil alemán, tan consentido y resabido... (1857: 307).

Wolzogen se lamenta del «asesinato de la fantasía» que se ha cometido con la juventud alemana y de todas las demás majaderías de sus teorías educativas. Y tampoco se imagina que una «*hija de Valencia*»<sup>42</sup> pudiera encontrarle durante mucho tiempo el gusto a una muñeca de Núremberg o que un hijo de la huerta sintiera mucho interés por unos soldados de plomo: «¡el cielo azul celeste que se extiende sobre estos niños dichosos, probablemente les incite a algo muy distinto de esas farsas hogareñas!» (1857: 308).

A continuación describe la Alameda con sus plataneras, olmos y álamos blancos, sus bancos de piedra y fuentes de mármol y lamenta que la vital y concurrida alameda que describió Christian August Fischer en su *Cuadro de Valencia* (cf. Fischer, 2008: 146) ya no fuera una realidad, y explica cómo el bombardeo del mariscal Moncey en 1808 había robado a este paseo su ornamento más hermoso y su erotismo (1857: 308-309). Wolzogen dedica sus últimas visitas a la Glorieta, al museo del Convento del Carmen y a la Lonja, y antes de volver al barco toma una comida ligera en la desaparecida Fonda del Cid, en la plaza del Arzobispo.

## FRIEDRICH WILHELM HACKLÄNDER

Ein Winter in Spanien (*Un invierno en España*, 1855)

Friedrich Wilhelm Hackländer (1816-1877), aunque hoy prácticamente olvidado, fue a mediados del siglo XIX uno de los escritores más leídos de Alemania. Viajó por muchos países, en ocasiones, como en el caso de Italia en 1848/49, como corresponsal de guerra. Su viaje a España, que inmortalizó en su obra *Ein Winter in Spanien* (1855), era parte de un viaje más largo que inició el 8 de octubre de 1853 rumbo a Italia.

Hackländer viajó acompañado de un arquitecto y de un pintor, cuyos conocimientos, como reconoce en el prólogo de su obra, le fueron de gran ayuda en la creación de su relato. Asimismo, recomienda encarecidamente al lector el relato de Rochau, que dice llevar en sus alforjas y con quien coincide en muchas consideraciones e incluso cita textualmente.

42. En español en el original.

Hackländer llegó a Valencia por carretera desde Barcelona poco antes de la Navidad y, al igual que otros viajeros de la época, sus expectativas eran grandes y asocia la ciudad a referencias literarias; la principal es el romance del Cid de Herder, aunque no es la única:

El capitán de los gitanos en «Preciosa»<sup>43</sup> puede decir bien y ordenar «¡hacia Valencia!»; él estaba acostumbrado a las malas carreteras españolas, solo tenía que recoger sus tiendas, hacer que las cargaran y seguir satisfecho su camino con la hermosa Preciosa al son de la hipnotizadora música de Weber. Pero si hubiera estado como nosotros, sentado en Barcelona, esperando en vano un barco y con la desconsoladora aseveración de todos los viajeros de que los caminos hacia la antigua ciudad del Cid estaban en ese momento, incluso para aquí, en un estado lamentable, habría proferido su ¡Hacia Valencia! en un tono algo menos vehemente (Hackländer, 1855: 238).

Las malas condiciones meteorológicas impedían a los barcos partir, por lo que finalmente optan por viajar en diligencia (21 de diciembre) hasta Valencia, adonde llegan dos días después. Aunque describe su paso por Sagunto y la huerta a medida que se acercan a Valencia, no así la entrada a la ciudad. Al igual que otros muchos viajeros, se alojan en la Fonda del Cid, en la plaza del Arzobispo. Había llovido intensamente y al fin el cielo empezaba a despejarse y a recuperar su tono azul, pero el frío era intenso y las habitaciones no estaban caldeadas. Tras darse un baño deciden hacer una primera incursión en la ciudad:

En la estupenda descripción del viaje de un querido amigo<sup>44</sup> había leído una vez con gran satisfacción, que las calles estrechas, aunque en la mayoría de los casos sin asfaltar, estaban en el mejor de los estados porque no tenían que padecer mucho ni por la lluvia ni por vehículos pesados; esto podría valer para el verano, para un tiempo cálido y seco, pero hoy —como ya he mencionado, había llovido varios días— era imposible pasar a pie por estas calles sin asfaltar sin hundirte hasta más allá de los tobillos en los excrementos, además, las estrechas aceras asfaltadas a ambos lados apenas miden dos pies de ancho, y como se puede ver a los valencianos de ambos sexos en número asombroso ante sus casas, llegábamos de vez en cuando a desfiladeros, donde había que esperar largo tiempo hasta que hubiéramos pasado uno detrás de otro por una estrecha zona seca (1855: 257).

43. Hace referencia a la obra dramática de Pius Alexander Wolff *Preciosa* (1820), inspirada en *La Gitanilla* de Cervantes, con música de Carl Maria von Weber.

44. Probablemente hace referencia a Ludwig von Rochau, cuya descripción se ajusta bastante a la que menciona Hackländer.

Describe la ciudad como un verdadero laberinto, difícil de visitar sin un guía si tienes la intención de localizar un edificio determinado: uno se deja llevar por la corriente de gente. Contrapone la estructura de la ciudad, sus calles y sus edificios, a la de Barcelona, con amplias calles asfaltadas y fachadas con ventanas y balcones, señal de que a sus habitantes, especialmente a las mujeres, les gustaba observar y dejarse ver por los transeúntes. Esta diferencia la achaca Hackländer al pasado árabe de Valencia:

... aquí, por el contrario, callejones estrechos de casas poco vistosas, con frecuencia hechas de barro prensado y provistas de pocas ventanas, por lo que resultan poco prometedoras. Pero no olvidemos que nos hemos acercado al sur de España y que nos encontramos en una ciudad que estuvo durante largo tiempo gobernada por los moros, a cuyos conquistadores debe gran parte de su infraestructura, y que precisamente por este exterior poco aparente de las casas se manifiesta como genuinamente oriental. Aquí, como en las grandes ciudades de Oriente, por ejemplo, Damasco, se ha renunciado a calles anchas para disponer de mayor espacio para la vida doméstica, a la que el sureño da mucho valor, y si paramos ante esta u otra puerta y miramos al interior, descubriremos un amplio patio con agua murmurante, vegetación exuberante, con pérgolas, esbeltas columnatas y jardines pequeños y encantadores (1855: 258).

También la vida en las calles de Valencia remite para Hackländer más que ningún otro lugar a la época de los árabes. Los campesinos podrían pasar desapercibidos en cualquier ciudad de Siria:

La pieza característica del traje valenciano son los llamados zaragüelles, anchos calzones de tela blanca que alcanzan con muchos pliegues hasta las rodillas y casi parece como si la gente no llevara pantalones sino una camisa. Las pantorrillas, desde por encima de los tobillos hasta debajo de las rodillas, están cubiertas por una especie de calcetines azules, las rodillas, desnudas, en los pies, sandalias. Alrededor del abdomen un cinturón (faja)<sup>45</sup> azul o rojo. Además, una chaqueta corta con cordones azul o verde. Un chaleco blanco o de colores con botones de borla; pecho y cuello desnudos –alrededor de la cabeza un paño de colores a modo de turbante–, a menudo también un sombrero de ala ancha de copa alta. A esto hay que añadir, en el caso de los ricos, una capa marrón o azul, en el caso de los más pobres, una manta de lana blanca entretejida con rayas y bordes de colores a discreción, pero siempre doblada de forma pintoresca o colgando sobre el hombro izquierdo.

45. En español en el original.



Particularmente esta última pieza del traje, que se asemeja de forma extraordinaria a una chilaba, dota al conjunto de una apariencia oriental... (1855: 259).<sup>46</sup>

Incluso los caballos y los animales de carga le recuerdan a los desiertos de Arabia y a sus habitantes, y la tartana piensa que podría derivar de los carruajes que utilizan en Turquía.

Al igual que Rochau, Hackländer llama la atención sobre las dos diferentes razas de las que parecían proceder los valencianos: una representada mayormente por las clases bajas populares y los habitantes de la huerta, de pelo negro y tez oscura, de ojos brillantes, estrechos y rasgados, cuya fisonomía muestra algo salvaje; la otra, mayoritaria entre artesanos y comerciantes, tiene una expresión suave, casi flácida, piel blanca y pelo rubio. En lo que respecta a las mujeres, el autor dice no encontrar muchos rostros hermosos, tampoco tienen la gracia y la gracilidad que se alaba de las andaluzas. La mantilla negra era casi como la de Barcelona, pero aquí cuelga de la peineta y dejaba la cabeza casi completamente descubierta, lo que resulta especialmente interesante si tenemos en cuenta, explica Hackländer, que en ninguna otra ciudad española hay tantas mujeres de cabello rubio y de tez tan blanca y resplandeciente. Sin embargo, de los campesinos, escribe, no se oyen muchas cosas buenas, los hombres son considerados zafios, cobardes y sanguinarios. Esto último explicaría, de ser cierto, que en las calles de Valencia se produzcan anualmente cincuenta asesinatos alevosos, y cuenta, al igual que hace Rochau y a quien probablemente utiliza de fuente, que la desconfianza hacia los habitantes de la huerta llega al extremo de que cerraban las puertas de la ciudad cada vez que se producía un incendio, para evitar que estos pudieran entrar y aprovechar la confusión para el asesinato y el saqueo (1855: 261).<sup>47</sup>

Valencia es pobre en edificios destacables, escribe Hackländer, solo alrededor del mercado hay algunos edificios interesantes, especialmente la Lonja. Digna de mención, sin embargo, considera la Audiencia:

... solo ocasionalmente llama la atención un edificio fastuoso, hecho de piedra, un palacio, procedente de tiempos remotos que, viejo y ennegrecido, parece intentar esconderse entre los nuevos edificios. Si se mira al patio desierto se descubren unas grandiosas y anchas escaleras de piedra sobre las que nuestros pasos resuenan de forma inquietante, y una vez arriba se abren

46. Esta cita la extrae Hackländer de una nota a pie de página del texto de Huber (cf. Huber, 1833: 199).

47. Cf. Rochau (1847: 139).

ante nosotros amplios y silenciosos corredores y habitaciones con una espléndida obra labrada en madera. El palacio más majestuoso de este tipo es la casa consistorial o l'Audiencia [sic], donde se hallan los retratos de los reyes de España, y en el salón de las Cortes hay notables frescos de Sariñena, enmarcados por los más magníficos trabajos en madera en paredes y techo. En el piso inferior está la secretaría del gobierno, donde hay un exquisito techo de madera, tallado en madera de roble y ricamente dorado. La plataforma sobre este palacio, rodeada de una hermosa balaustrada, proporciona una vista magnífica sobre la ciudad (1855: 261).

Al caer la noche decidieron dar un paseo por la Alameda. Abandonaron la ciudad por las Torres de Serranos, que estaban muy bien conservadas pero que, por desgracia, no eran tan antiguas como Hackländer habría deseado, puesto que a su fantasía le habría gustado insuflarles vida con las figuras del Campeador y de su familia, a la que el héroe había llevado consigo a una de las torres de Valencia para mostrarle los innumerables ejércitos moros acampados en las afueras de la ciudad, y cita unos versos del poema de Herder:

Allí vieron a lo lejos / a los moros llegar por mar, / vieron cómo montaban sus tiendas, / con mucha prisa y esmero, / entre gritos de guerra y tambores, / gritos de guerra y timbales. // Gran pavor invadió a la madre, / y a las hijas, pues nunca habían visto / tales ejércitos en el campo de batalla, / nunca en un solo lugar. / «No temáis, queridas», / dijo el Cid, «mientras yo viva / no os acechará ninguna inquietud ni temor»<sup>48</sup> (1855: 262-263).

Hackländer lamenta que en la ciudad no quedara mucho del Cid inmortal que durante tanto tiempo y con tanta valentía había defendido la ciudad, que incluso después de muerto había hecho huir a los moros con su sola presencia; solo se conservaba su espada, aunque no se sabía si verdadera o falsa, así como una torre, la puerta del Cid, por la que el Campeador entró a Valencia y en cuyas almenas lució por primera vez la cruz cristiana de Valencia. Sin embargo, Valencia era entonces más pequeña, explica, por lo que la torre quedaba bastante alejada de las murallas actuales. Sin embargo, considera que no debe de haber ninguna ciudad cuyas murallas y torres medievales estén tan bien conservadas como las de

48. «Allda sahen sie zum weiten / Meer hinaus die Mauren kommen, / Sah'n mit großer Eil' und Sorgfalt / Sie aufschlagen ihre Zelte / Unter Kriegsgeschrei und Trommeln, / Kriegsgeschrei und Paukenball. // Großer Schrecken faßt die Mutter / Wie die Töchter: denn sie hatten / Solche Heere nie zu Felde, / nie auf Einem Platz gesehn. / "Fürchtet nichts, ihr Lieben Alle", / Sprach der Cid, "so lang ich lebe / Nah' euch keine Sorg' und Angst"».

Valencia. Finalmente, Hackländer llega a la Alameda, que describe como una de las más hermosas de España:

Entre varias filas de árboles tiene dos amplias vías para vehículos y muchos caminos para peatones, conservados con muchos cuidados. A un lado tenemos el río, que tiene construcciones espléndidas en sus riberas, aunque tan poca agua, que la mayor parte del año apenas se pueden lavar en ella un par de camisas; al otro lado se extiende una serie de hermosos jardines con magníficas casas de campo, que captan nuestra atención por la gran cantidad de naranjos y limoneros, y arbustos, a cuyo oscuro follaje hacen sombra otras plantas para nosotros igualmente raras y sobre los que sobresalen altas y esbeltas palmeras. Si miramos hacia nuestra derecha, al otro lado del río, se perfila de forma nítida sobre el cielo azul oscuro del anochecer la silueta característica de Valencia (1855: 263-264).

Al día siguiente se dirigieron por primera vez a la catedral, de la que destacará su mezcla de estilos. Hackländer explica que la gran cantidad de mendigos que les seguían insistentes eran una herencia de la desamortización de los monasterios; especialmente en la cercanía de las iglesias y, sobre todo, ante la catedral hay que pasar por un verdadero desfile de manos extendidas hasta llegar a la puerta, «y como cada mendigo tiene su sitio específico, que los demás respetan, también tiene determinados donadores o su clientela, que lo antepone a todos los demás» (1855, I: 264).

Cuando llega al Miguelete vuelve a recordar al Cid: «A él subió el Cid tras la toma de Valencia para contemplar sus nuevos dominios, y Don Rodrigo tenía razón, desde aquí arriba hay una vista magnífica sobre la ciudad y la huerta» (1855, I: 265). Sin embargo, Hackländer, a diferencia de la mayoría de los viajeros, no considera el paisaje en su conjunto pintoresco, menos aún por la falta de agua:

Aunque el mar ocupa toda la mitad oriental del campo visual, está limitado por la línea recta de una costa arenosa y no contribuye a vivificar la otra mitad, que aunque surcada por un río importante, a excepción de algunas semanas en invierno, padece una casi total escasez de agua, que no contribuye a la belleza paisajística porque se destina exclusivamente a otros fines. Toda la increíble fertilidad de la llanura de Valencia, que con razón le ha valido la denominación huerta, depende de los sistemas de irrigación artificiales mediante los que el agua del Guadalaviar se extiende por toda la llanura mediante una red de canales (*acequias*) y pequeñas zanjás y que es dirigida hasta cada uno de los macizos de los innumerables jardines, cada uno de los cuales [...] alcanza para mantener a una familia entera (1855: 266-267).<sup>49</sup>

49. Esta cita la extrae Hackländer íntegramente del texto de Huber (cf. Huber, 1833: 70-72).

Tras bajar del Miguelete entraron en la catedral, que siendo domingo estaba llena de fieles:

El interior de esta catedral de tres naves principales, de las que la central está ocupada en su totalidad por la sillería del coro, no conserva ninguno de sus detalles originales, a excepción del maravilloso remate de la cúpula, cuyas numerosas ventanas góticas irradian una gran cantidad de luz de colores sobre el altar mayor. Todo tuvo que ser sometido a una remodelación en la época del Renacimiento que, aunque realizada con mano hábil, [...] hace añorar la antigua construcción gótica; sin embargo, la abundancia de buenas pinturas, la magnificencia de los mármoles de los pilares, altares, mosaicos del suelo, balaustradas de metal, bronce y dorados hacen que el interior tenga un efecto imponente, a lo que sin duda contribuye la gran cantidad de capillas, también aquellas que forman parte de la gruesa pared entre la nave central y lateral, a la espalda de las sillas del coro. La nueva sala capitular es muy insignificante y de una sobria arquitectura moderna, la antigua, sin embargo, es una verdadera joya; conservada completamente intacta, magníficamente esbelta y maravillosamente abovedada es para mí lo preferido de la catedral... (1855: 270-271).

Más allá de la belleza de la catedral, Hackländer queda impresionado por la imagen del interior de la iglesia durante la misa, que describe como una de las escenas más vívidas que se pueden observar:

A través de las vidrieras de colores pasa poca luz, que junto con el humo del incienso oscurece el espacio ya de por sí umbrío entre los gruesos muros y los pilares. Las velas del altar arden de un color rojo oscuro e irradian resplandecientes rayos de luz sobre la vestimenta ricamente bordada del clero oficiante. En la nave de la iglesia la gente está apelotonada; los hombres, en su traje de colores variopintos, destacan entre las mujeres, con su oscura basquiña y su mantilla, generalmente negra; entre estas llaman la atención nuevamente los rostros blancos y resplandecientes de ojos brillantes y los numerosos abanicos dorados, que se pueden ver por doquier en constante movimiento e inundan el oscuro espacio con una verdadera llovizna de destellos luminosos. Sobre la multitud braman los tonos del imponente órgano, y cuando suena la campanilla y todos se arrodillan devotamente escuchamos un maravilloso coral, realmente conmovedor, interpretado por muchas voces de bajo (1855: 271-272).

Tras la misa, cuenta Hackländer, los feligreses se unen en una procesión que recorre las diferentes salas de la catedral, y apenas se han apagado los tonos del órgano, todos abandonaban la iglesia y los hombres se reúnen en corrillos. Estos

corrillos, prosigue, sustituyen en España, en cierta forma, a los periódicos como fuentes de información y creadores de opinión. Las mujeres, sin embargo, marchan tranquilamente a sus casas: en primer lugar, la madre, a su lado generalmente un miembro del clero cercano a la familia, y ante ella y en línea descendiente, las hijas. Tras la familia, a una distancia prudencial, en el caso de las familias acomodadas, la dueña o el escudero, y en el caso de las damas menos pudientes o artesanos, la criada o el aprendiz.<sup>50</sup> Sin embargo, estos paseos asociados a la misa desaparecen cuando llega el calor estival: calles y plazas parecen desiertos, y solo tras la siesta, entre las cinco y las seis, empiezan las calles a revivir y las «bellas de la ciudad» (1855: 273) se preparan para el paseo por la Alameda, que describe en los mismos términos que Rochau, tras el cual las damas se dirigen a la Glorieta (cf. Rochau, 1847: 122 y ss.). Pero en invierno es completamente distinto:

La Glorieta cobra vida ya después de la misa de la tarde. Así también hoy, que seguimos al flujo de los feligreses, con el que hemos ido a parar felizmente a la Glorieta. Es una plaza redonda rodeada de casas; la compararía con una de las grandes plazas inglesas, solo que aquí la prodigiosa vegetación deja constancia de cuánto nos hemos acercado ya al sur (1855: 273).

Era la noche previa a Nochebuena y la ciudad estaba animada e iluminada, por lo que decidieron dar un paseo por el mercado navideño:

En este mercado de Navidad tenían gran presencia los frutos del sur de todo tipo, repostería poco refinada y delicados dulces, en cuya elaboración precisamente los valencianos han alcanzado un alto nivel. Verdaderamente españoles me parecieron los puestos donde se vendían guitarras y mandolinas de elaboración bastante rudimentaria y de los tamaños más dispares. Aquí escuché por primera vez, desde que viajamos por España, el sonido de las guitarras, acompañado de una canción popular interpretada en tono nasal, cuando los vendedores probaban sus instrumentos (1855: 276-277).

En general, le llama la atención de España, el hermoso país del vino y del canto, como les dijera Mefistófeles a los estudiantes de Leipzig, escuchar tan poca música y tan poco canto, sobre todo, en comparación con Italia, destino anterior de su viaje.

Al día siguiente se dirigieron al pueblo del Grao, que ya llevaban queriendo visitar varios días:

50. Estas escenas tras la salida de la misa en la catedral las ha tomado de Huber (cf. Huber, 1833: 344-345).

Con el ferrocarril tardas unos minutos en llegar, aunque esperar a que parta, una vez transcurrida la hora prevista de salida, es algo molesto. A mí me pareció casi como un ómnibus, que solo arranca cuando están ocupadas todas las plazas. Los vagones de este ferrocarril, la mayoría contruidos en el norte de Alemania, están equipados como los de allí y son bastante elegantes. Al fin se dio la señal de partida con gran alboroto de los empleados y pitidos de la locomotora y salimos a toda prisa para parar otra vez en mucho menos de un cuarto de hora, ya que habíamos llegado al Grao. Es un pueblo completamente insignificante cuyas casas, que conforman una sola calle decente, están concentradas en el embarcadero de la amplia bahía, que es a su vez la rada de Valencia. No hay un verdadero puerto, por lo que tampoco el muelle que vemos ante nosotros tiene utilidad alguna. La más ligera brisa hace que las olas arremetan de forma violenta contra el embarcadero, lo que provoca que el amarre, incluso de pequeñas embarcaciones, sea casi siempre difícil y con frecuencia muy peligroso. Durante casi la mitad del año es prácticamente imposible para los barcos más pequeños arribar y, como con frecuencia es necesario hacerlo, ocurren muchos accidentes. Los vapores y otros barcos fondean a casi una hora del Grao y los pasajeros, efectos y coches tienen que ser llevados a la orilla en pequeñas barcas.

El camino de vuelta lo hicimos a pie. Se tarda apenas media hora en llegar a las puertas de la ciudad. La carretera, que nunca parece ser muy buena, estaba, tras las lluvias de la semana anterior, en un estado lamentable; sin embargo, a ambos lados de la hermosa cuádruple alameda hay caminos secos para los peatones. A derecha e izquierda teníamos de vez en cuando unas bonitas vistas sobre los jardines colindantes y la huerta, cuyas casas de campo, bajo lo que entiendo las casas de los campesinos corrientes, son extraordinariamente pintorescas. Los terrenos están separados de la carretera generalmente por una zanja y un seto inextricable de enormes aloes cuyas hojas características, rígidas y de un color verde claro, están provistas de puntas afiladas como tercios guardianes que ahuyentan a los intrusos no autorizados con heridas dolorosas y venenosas; sin embargo, de vez en cuando se eleva de forma alegre un alto macizo de flores de entre 30 y 40 pies alrededor de cuyas ramas extendidas con sus matas de flores amarillo rojizo revolotean innumerables abejas y mariposas (1855: 280-281).<sup>51</sup>

Durante el trayecto atraviesan una de las zanjas y consiguen ver el interior de una de las casas más alejadas del camino, que describe de la siguiente forma:

Las paredes aquí son de barro prensado, pero con su blanco enlucido, que se renueva constantemente, tienen un aspecto fresco y agradable. En la mayoría de los casos la casa está cubierta por una terraza, si no, por un tejado

51. Gran parte de esta descripción está tomada literalmente de Huber (cf. Huber, 1833: 74-75).

puntiagudo formado de cañas livianas. Como en casi todas partes de España, la cocina ocupa la mayor parte del espacio, sin embargo, es a la vez sala de estar para todos y dormitorio para los hombres. No hay ventanas y la luz penetra por la puerta abierta; el fuego del hogar arde sobre una placa de piedra sobre el suelo y el resto del mobiliario es igual de sencillo. Sobre unas tablas acopladas a la pared está la vajilla de la cocina, generalmente de arcilla roja o amarilla; las formas de la misma son sumamente delicadas y remiten aún a la época de los moros, en algunos casos incluso a la de los romanos. En una esquina se encuentra una tinaja de agua, utensilio imprescindible para el cálido clima español, generalmente de unos 4 pies de alto, que además está empotrada 2 pies en el suelo y está rodeada de una estructura de madera sobre la que hay una gran cantidad de recipientes para beber de diferentes tamaños que rodean la vieja tinaja como los niños y los nietos al cabeza de familia. Una mesa corriente con un par de pequeños taburetes constituyen el resto de enseres domésticos. En la pequeña cámara adyacente hay cajas y baúles donde se guardan las pertenencias de la familia, así como algunas camas para la madre y las hijas; al lado de la casa hay un alero donde se cobijan los mulos o asnos junto con los aperos y útiles de jardinería (1855: 282-283).<sup>52</sup>

Con la celebración de la Nochebuena en la Fonda del Cid termina su estancia en Valencia. Hackländer concluye su relato, ya de vuelta a Alemania, con una nueva referencia al Campeador. Había llevado consigo las velas que durante la Nochebuena habían ardido entre ramas de olivo, y explicó a sus hijos que las había traído cruzando el mar desde Valencia,

la antigua y famosa ciudad española que con frecuencia atacaron los fieros árabes y que fue defendida por un valiente caballero cristiano, por el Cid Campeador, que incluso después de muerto venció a los árabes, pues cuando ya había muerto, lo sentaron con su armadura sobre su fiel caballo, le colocaron la espada en la mano y los moros huyeron asustados por su sola presencia (1855: 285).

Y termina con los siguientes versos de Herder: «Así venció incluso después de muerto, / porque Santiago le precedió, / Cid; obtuvieron como botín / grandes riquezas: todas las tiendas / llenas de oro, llenas de plata, / también el pobre se hizo rico»<sup>53</sup> (1855: 285).

52. Esta descripción está tomada literalmente del relato de Huber (cf. Huber, 1833: 74-77).

53. «Also siegt' auch nach dem Tode, / Weil San Jago ihm voranging, / Cid; gewonnen ward an Beute / Großer Reichthum: alle Zelte / Voll von Golde, voll von Silber, / auch der Aermste wurde reich».

## KARL THIENEN-ADLERFLYCHT

In das Land voll Sonnenschein. Bilder aus Spanien (*Al país lleno de sol. Cuadros de España*, 1861)

Karl Barón de Thienen-Adlerflycht (1835-1900) pertenecía a una vieja dinastía de la nobleza de Holstein, en el norte de Alemania. La obra que relata su viaje a España está fechada en 1861 y lleva por título *In das Land voll Sonnenschein. Bilder aus Spanien*. La fecha del viaje no se menciona en el texto, aunque por los datos que maneja el autor fue después de 1859.<sup>54</sup>

Thienen-Adlerflycht comienza su relato haciendo referencia a la conquista musulmana en el año 711 y al final del reino visigodo en España. Cita unas fuentes árabes que describen España como un país magnífico, siempre codiciable, y se pregunta cómo será hoy: «¡Hacia el sur!» era mi deseo, «¡hacia España, la tierra llena de sol!» (Thienen-Adlerflycht, 1861: 5).

En su relato el autor dedica un capítulo a Valencia, adonde llega en barco desde Barcelona. Este capítulo está dividido en cuatro apartados: I. Viaje por mar. Valencia y sus santos; II. El Cid y la ciudad tras su época; III. Trajes regionales valencianos. El lago de la Albufera; IV. Alicante. El palmeral de Elche.

Su llegada al puerto de Valencia la describe con las siguientes palabras:

Aún estaba amaneciendo cuando arribamos al Grao, el puerto de Valencia. Es el peor de toda la costa española. Desde el fondeadero del barco quedaba todavía un buen trecho en barca hasta llegar a tierra, donde nos recibieron un grupo de porteadores y niños mendigando, que aquí son especialmente desvergonzados. Me puse a mí mismo y a mi equipaje en manos de uno de los cocheros menos pedigüeños, llamados *tartaneros* [sic] por los vehículos que conducen, llamados *tartanas*, y después de que mi maleta, así como las del resto de pasajeros, hubiera sido registrada en medio de la polvorienta carretera por los aduaneros, nos dirigimos a la ciudad del Cid. Circulas una media hora por una carretera entre altos árboles umbrosos, aunque tan desgastada y accidentada que se podría pensar que no ha sido reparada desde la época de los moros. Cuando alcancé a ver Valencia, se hallaba ante mí bajo los rayos de sol como si estuviera tostada. El sol en este sur es tan abrasador, que ya en las primeras horas de la mañana ha consumido cualquier atisbo poético que la noche anterior todavía hubiera podido planear sobre la ciudad o el campo.

54. El autor menciona el periodo de sequía y la consecuente falta de alimento para el ganado que entre 1857-1859 obligó a reducir su cría en Alemania (Thienen-Adlerflycht, 1861: 241).



La calle que entra a la ciudad pasa sobre un hermoso puente. En un primer momento no se entiende para qué fue construido, pues no se ve ningún río y solo un arroyuelo fluye bajo uno de los arcos del puente, que parece tener justo el agua suficiente para el negocio de las aguadoras valencianas. El puente atraviesa el cauce del Guadalaviar, que está desviado más allá de la ciudad al sistema de canalización de la vega valenciana.

Sobre el puente me saludaron dos estatuas de piedra enfrentadas. Se encuentran bajo pequeños tejados, cada una de ellas sostenida por tres columnas, cuya ornamentación daba al conjunto el aspecto de pequeñas pagodas indias. Mi *tartanero* me dijo que una imagen representaba a la madre de Dios, la otra era San Vicente;<sup>55</sup> pero no me supo explicar qué San Vicente era (1861: 160-161).

A continuación, explica que en Valencia había dos santos Vicente y ambos eran sus patronos. El más antiguo fue un mártir que fue asesinado en la última persecución de los cristianos antes de Constantino en la calle que lleva su nombre, y añade, citando al cronista Escolano,<sup>56</sup> que la veneración por el santo era tal, que tras el dominio musulmán la calle fue cubierta con tablas para que ningún pie indigno tocara el suelo por el que había corrido la sangre del santo. El San Vicente menos antiguo, llamado Ferrer, era más conocido que el anterior, prosigue. Nacido en la Calle del Mar, se había dado a conocer por sus milagros y su ocupación principal era la predicación, sobre todo, animando a la persecución de los judíos, y narra su trayectoria hasta su muerte. La fuente de Thienen-Adlerflycht era esta vez una biografía del santo publicada en 1856 por un clérigo francés en Vannes (Bretaña).<sup>57</sup>

El segundo apartado cuenta la leyenda del Cid. No se puede hablar de Valencia sin mencionar al Cid, escribe, el ideal del heroísmo romántico, el audaz pretendiente de la orgullosa Ximena, quien a pesar de sus lágrimas no se le pudo resistir y acabó enamorada del asesino de su estirpe; él, el brazo fuerte de su rey, protector de Castilla, era el terror de los moros, a los que derrotó incluso después de muerto. Y los hermosos romances sobre el Cid no solo pervivían en su pueblo, sino que ensalzaban su nombre en toda Europa. A continuación, dedica unas páginas a narrar la historia del héroe en la que intercala unos versos de un poeta árabe llamado Ben Taber, en los que lamenta la quema y destrucción de Valencia. Y la ciudad reconstruida por los moros a comienzos del siglo XII, dice Thienen-Adlerflycht,

55. En español en el original.

56. Probablemente hace referencia a *Décadas de la historia de Valencia*, que Gaspar Juan Escolano publicó en dos tomos en 1610 y 1611.

57. San Vicente Ferrer murió en Vannes en 1419.

era la Valencia que encontramos hoy. Esta reconstrucción de la ciudad la describe como si un espíritu insano hubiera removido toda la masa de casas en el interior de la muralla:

... todo está patas arriba y conforma innumerables callejones y callejoncitos y plazas y placitas. Es imposible aclararse por ellas sin el hilo de una Ariadna. En este desbarajuste hay aquí un palacio y allí otro, con frecuencia en un rincón imposible de encontrar, y cuando uno cree haberse perdido en un entresijo de covachas, de repente te puedes encontrar ante una casa adornada con un blasón y ver a través del portalón su patio interior, acogedoramente verde. La catedral es la que sobresale de forma más espectacular de este amasijo de casas. Tiene tres entradas principales, una de estilo bizantino-árabe, la otra, gótico y la tercera de estilo neo-italiano. Estos tres estilos se encuentran también en el resto del edificio simultáneamente. Hay expuestos dos o tres cuadros excelentes en la catedral. Junto a la catedral, la ciudad tiene otra construcción digna de mención, la lonja de la seda (1861: 168).

Según él, nada más tiene que ofrecer Valencia. Tras la efímera descripción de los monumentos de la ciudad, comienza la tercera parte de su relato, la que trata los trajes regionales y la Albufera. Las valencianas no le parecen tan hermosas como solía decirse y apenas se las puede ver llevando el traje regional, que describe someramente. En lo que respecta a los valencianos, comenta, llevan una vestimenta que no podía ser muy distinta a la de sus ancestros mahometanos, que describirá más adelante. Un ejemplo era el chico moreno que les llevaba en barca por la Albufera: «un ser hermoso, algo que los valencianos [...] no siempre son» (1861: 70). La Albufera la describe como sigue:

Este lago comienza una hora al sur de Valencia en una zona de campos de arroz siempre inundados entre los que desembocan los canales de la *huerta*. Aunque al otro lado se comunica con el mar, debido a su agua dulce hay que considerarlo un lago continental y es el único significativo en la Península Pirenaica. Mide aproximadamente 5 millas de largo.

Nos deslizamos sobre un agua poco profunda de la que aquí y allá sobresalían las cañas hacia un saliente de la orilla formado por pinos, desde el que después pudimos ver el mar. Solo la estrecha cordillera sobre la que nos encontrábamos nos separa aquí del mar, cuyo espejo pulido solo se encrespa desde el oeste, cuya calma solo se ve perturbada por un pez saltarín o por el aleteo y la caza de los pájaros... (1861: 170-171).

En el último apartado, Thienen-Adlerflycht llega a Alicante tras una travesía de doce horas en barco. Su primera impresión de Alicante es la de una pequeña y

agradable ciudad, sin embargo, no ofrece nada interesante, escribe, por lo que la misma tarde de su llegada continuaron su camino y se dirigieron a Elche, tomando la carretera que lleva de Orihuela a Murcia. Tras cuatro horas en las que no se veían más que campos secos con algún olivo aislado, empezaron a aparecer poco a poco las palmeras:

Pronto descubríamos aquí y allá más [palmeras]. Aparecía un grupo tras otro, más pequeño o más grande. Hasta ahora solo había visto los esbeltos árboles de forma aislada; con qué nuevo encanto me sorprendía por ello ahora su gran número. Los grupos estaban cada vez más cerca unos de otros y eran cada vez más frondosos. Finalmente teníamos ante nosotros todo un cinturón forestal y entramos en un bosque de palmeras. La cúpula de la iglesia de Elche sobresalía reluciente. El sol, que se estaba poniendo tras las montañas azules de Murcia, le daba un matiz dorado y lanzaba incandescente sus rayos entre los esbeltos troncos de las palmeras (1861: 173 y ss.).

La espectacular puesta de sol entre palmeras le trae a la memoria los melancólicos versos de Abderramán<sup>58</sup> y la primera palmera que trajo a la Península, de la que se dice que provienen todas las demás. Y tras narrar la leyenda del Califa, con sus versos cierra el apartado dedicado a Valencia y continúa su camino hacia las Islas Baleares.

## GRAF BASTIANO

Im Süden. Reiseskizzen (*En el sur. Esbozos de viaje*, 1865)

En el prólogo a su obra, escrito en París a finales del otoño de 1864, el conde Bastiano explica que estos esbozos eran el resultado de dos viajes a España, el primero de los cuales comenzó y terminó en Valencia. Anuncia que va a mostrar un cuadro de costumbres de salón poco conocido en el extranjero, en el que se encuentran estudios de los caracteres de algunas damas distinguidas y, en agradecimiento, dedica estas páginas a las señoras españolas. Junto con estas descripciones el autor explica que ha intentado ofrecer imágenes fidedignas de la vida del pueblo mediante la representación de pequeñas escenas de la vida en la calle de las ciudades. Bastiano también explica en su prólogo que ha hecho un débil intento de

58. Probablemente se refiera al poema de Abderramán I «La palmera».

mostrar cómo el mahometismo y el pasado árabe habían echado raíces en España y cómo su influencia, a veces de forma inconsciente, se manifestaba en algunos aspectos de la vida social.

El primer capítulo describe la llegada a Valencia en el barco Marabout durante el invierno de 1863:

Al lado de la llana orilla se hallaba El Grao, un pequeño y atractivo lugar costero que, con sus casas, blancas como la nieve, parecía haber sido colocado por arte de magia en la bahía. Muy cerca de la pequeña ciudad las palmeras elevaban de forma orgullosa sus copas —¡bienvenido, árbol del Sur!—, y múltiple verdor en jardines y árboles rodeaba como una corona la pequeña ciudad portuaria.

Entre la cadena montañosa que delimitaba el horizonte y el mar se extendía la Huerta de Valencia [...]. Valencia del Cid me saludaba con la punta roja de su torre a través de las copas de los árboles e invitaba a atravesar presto sus monumentales murallas (Bastiano, 1865: 2).

A continuación, el conde explica todas las formalidades necesarias para desembarcar, el paso de la aduana y el trayecto hasta la ciudad. Su primera impresión general de la ciudad de Valencia, antes incluso de atravesar sus muros, es la de una ciudad decididamente mora y, por ello, extremadamente pintoresca:

La bien conservada muralla de la ciudad se acerca en algunos puntos mucho al río, detrás de las troneras delicadamente entalladas se elevan las casas de construcción mora con sus planos tejados. Torres defensivas, cuyo exterior muestra múltiples escudos de armas, adornan modestamente la vieja muralla y proporcionan con sus diversas formas una imagen muy agradable. Del mar de casas sobresale orgullosa la vieja catedral, y su torre roja con su punta medio derruida se muestra hasta más allá de la huerta como el símbolo de la otrora ciudad mora (1865: 6).

La tartana que le lleva del puerto a la ciudad —«la carretera desemboca en la gran puerta de la ciudad, a la derecha se eleva un baluarte, cuyas piezas de artillería cubren el puente, y a la izquierda un palacio grande y bastante elegante, de estilo renacentista» (1865: 6)— se detiene finalmente en la plaza del Arzobispo ante la famosa Fonda del Cid, que Bastiano describe como sigue: «Las habitaciones eran sencillas y estaban correctamente amuebladas, finas esteras de paja, como tal vez ya solo se encuentren en Italia, cubrían las baldosas del suelo» (1865: 7). Las instalaciones del comedor le resultan algo patriarcales, con sus sencillas sillas de caña rodeando las largas mesas y las persianas de paja mitigando la deslumbrante luz

del exterior. Tras el almuerzo comienza un paseo por la ciudad siguiendo algunas recomendaciones del hospedero:

Desde la Plaza del Arzobispo salen en distintas direcciones calles estrechas y sinuosas. El adoquinado es excelente, en muchas de estas callejuelas está formado por grandes losas de piedra, aunque solo en aquellas por las que no transitan los vehículos. En general, las calles son silenciosas e incluso exánimes, de vez en cuando pasa una elegante tartana, estas con resortes de compresión y acolchados más cómodos que las que nos llevaron a la ciudad. Las casas están muy bien construidas, sólo pocas ventanas dan a la calle y a menudo sólo un gran mirador que siempre permanece cortinado. El amplio zaguán muestra un fresco patio de escaleras y en el interior del patio, los árboles, los frondosos arbustos y el chapoteo del agua atraen las miradas. En Valencia vive mucha vieja nobleza adinerada y se dice que las viviendas en su interior están amuebladas con un lujo asombroso y que no es poco frecuente hacer venir a artistas de Italia para que decoren los aposentos con el gusto más exquisito. Damas de clase alta no se veían por las calles, la hora del paseo no es hasta aproximadamente las 4 horas de la tarde. Los pocos caballeros que ahora recorrían las calles llevaban, como en todas partes, el sombrero de copa y un largo gabán marrón elegantemente doblado sobre los hombros, su caminar era altivo y acompasado, puesto que estas gentes tienen tiempo y los negocios todavía no les agobian (1865: 8).

Tras una larga búsqueda consiguió localizar la catedral, que estaba bastante escondida, por lo que era difícil, dice, tener una impresión del conjunto. Describe la catedral con sus diferentes naves, el coro, la sacristía, salas que en su conjunto define como tristes, y se dirige al Miguelete. El panorama no era comparable a ningún otro en España; Bastiano cuenta que había contemplado imágenes más románticas y más espectaculares, pero les faltaba el hálito mágico y suave de la Huerta de Valencia:

Los moros han contribuido de manera indiscutible al desarrollo material de la provincia, pero la naturaleza les ha ayudado diligentemente. Los árabes afirmaban que la región alrededor de Valencia era un trozo de paraíso y que había caído en la Tierra por algún milagro de uno de sus santos. La fertilidad de su suelo se ha convertido hasta nuestros días en proverbial, puesto que no es poco habitual tener cinco cosechas al año. Los laboriosos moros trazaron cientos de pequeños canales por esta tierra e irrigaron así las zonas más remotas con las aguas del Guadalaviar. Todavía hoy se alegran los habitantes cristianos de los buenos resultados obtenidos (1865: 10).

Tras esta disquisición, Bastiano describe el paisaje de la huerta y cuenta cómo sus ojos alcanzaban a ver la Albufera y las montañas de Sagunto y Carcagente, cuyas estribaciones a norte y sur de la huerta se sumergían en las majestuosas aguas del mar Mediterráneo.

Después de contemplar los magníficos alrededores, Bastiano decidió echar un vistazo por las estrechas callejuelas de la ciudad, algo que no resultaba nada fácil, y su confesa indiscreción le incitó a contemplar algunas escenas domésticas:

En las aceras de las casas, los artesanos, sentados bajo toldos, trabajaban oficiosamente; todas las profesiones parecían estar representadas, los niños jugaban [...] y de vez en cuando se veía a caballeros y damas salir corriendo de elegantes porches a mirar por los pequeños.

Sobre los tejados se elevaban aquí y allá grandes cúpulas, cuyos azulejos azules y blancos deslumbraban por los rayos de sol; son antiguas mezquitas, ahora consagradas al dios cristiano. Su gran número testimonia el largo dominio de los moros en esta provincia, cuyo último príncipe no sucumbió sino tras una larga resistencia ante el Cid. De la cornisa de la torre de la catedral el guía me mostró una pequeña iglesia con un pequeño campanario, un antiguo minarete, desde él le mostró el Cid a su esposa Ximena y a sus dos hijas el paraíso conquistado de Valencia (1865: 11-12).

Bastiano siguió su camino y llegó a una plaza pública en la que, dice, se encuentra la guardia principal:

Un paseo atraviesa el mercado y comunica con la Calle San Fernando, la calle más animada. Bajo los tilos, los vendedores habían extendido sus mesas y los aguadores servían limonadas, también se vendían frutas confitadas, llamadas *dulces*, las golosinas favoritas de las españolas jóvenes. Cerca de la guardia una vieja fuente ofrenda su agua, y la multitud de *aguadores* está ocupada a cualquier hora del día repartiendo los grandes cántaros por las casas, una costumbre que solo se conoce en los países del sur. En este mercado, que ahora es escenario de actividades pacíficas, se cometió en tiempos muy remotos un crimen atroz, el Cid hizo quemar en él al último gobernante moro de la ciudad junto con sus parientes y sus mujeres...<sup>59</sup> (1865: 12).

Bastiano describe todo lo que encuentra a su paso, intercalando juicios sobre la forma en la que, en su opinión, los españoles habían destruido todo lo que re-

59. Según Horrent (1973: 84), la ejecución de Ibn Yahhaf tuvo lugar en las afueras de la ciudad, y si nos hacemos eco de las crónicas de la época, aunque parece probada su ejecución, no así la de su familia (Fletcher, 1999: 191).

cordaba al pasado musulmán, así como sobre su incompetencia para preservar las obras de arte. El camino le llevó por casualidad al «circo de las corridas de toros», a las que incluso en la «civilizada Valencia», escribe, se les prestaba gran atención, aunque él le dedica apenas unas líneas:

Arquitectónicamente la arena se ha planificado de forma excelente, acoge entre 20.000 y 22.000 personas, cuyos asientos están organizados en forma de anfiteatro. En los compartimentos inferiores se encuentran los establos para los caballos, las mulas y los toros (1865: 14).

Bastiano describe con admiración a las mujeres valencianas, cuya belleza solo era comparable a la de las granadinas, como evidencia en la siguiente escena de un paseo por la Alameda:

La tartana es indiscutiblemente el símbolo de la provincia valenciana; los carros de la gente distinguida están contruidos de forma algo más elegante, pero no por ello son menos característicos, generalmente barnizados de negro o verde oscuro, la cubierta plana árabe, de charol. Los pequeños caballos tiraban alegremente del ligero carro y el cochero tenía [...] su asiento entre la rueda y la vara, las piernas apoyadas en la vara derecha. Caras juveniles se dejaban ver curiosas en las ventanas laterales o traseras, generalmente chicas jóvenes que miraban sonrientes a los presurosos viandantes. Sus rasgos nobles, verdaderamente de una belleza ideal, habrían merecido una contemplación más precisa, pero la construcción de las tartanas sólo permitía verlas fugazmente; cómo maldije este invento moro de la vida en el harén. Las damas iban vestidas generalmente de negro, algunas llevaban sobre el rostro un ligero velo, algunas probablemente llevaban la mantilla, que caía con suaves pliegues sobre la nuca, y debajo del encaje asomaba el abundante pelo en gruesas trenzas. Observé sorprendido muchas rubias con ardientes ojos oscuros protegidos por largas pestañas, y probablemente ninguna mujer había olvidado la flor en el pelo. Se dice que las ciudades de Valencia y Granada acogen las perlas de la belleza femenina, lo que juzgué cierto, y quiero añadir que no he vuelto a ver mujeres tan hermosas y en tal cantidad como aquí (1865: 15-16).

Esa misma noche el conde acudió al teatro, donde una compañía italiana representaba *La Traviata*, y se reafirma en su dictamen sobre la belleza de la mujer valenciana, como deja patente la siguiente descripción del ambiente en el teatro:

Una amplia y hermosa sala se extendía ante mis ojos; la decoración del teatro de la ópera es sumamente rica y elegante. Desde las butacas o los asientos de la orquesta podía observar los palcos perfectamente. Como es costumbre

en toda España, los palcos se pueden alquilar de forma permanente, lo que también era aquí el caso, y cada uno lucía sillas diferentes, según el sentido de la comodidad de sus dueños. Las figuras femeninas más maravillosas iban apareciendo poco a poco en los palcos y formaban una preciosa corona de flores de la que no habría sabido elegir la más hermosa. Los ricos y elegantes tocados no hacían sino aumentar el atractivo de estas hermosas mujeres y chicas, quienes por su tez delataban su origen árabe. Muchas damas tenían el pelo rubio, algunas completamente negro, pero todas tenían esos ojos oscuros y elocuentes del sur. Las mujeres eran tan hermosas que con frecuencia bajaba avergonzado la vista al suelo sin saber a cuál de ellas darle preferencia; nunca he vuelto a ver, ni en las ciudades más grandes, tales bellezas.

En Valencia vive mucha nobleza, que estaba ampliamente representada en la función de hoy; las damas se comportaban de forma modélica, aunque utilizaban el abanico con frecuencia, no lo hacían con coquetería. En las butacas, por el contrario, se conducían de forma bastante ruidosa; los caballeros se permitían de vez en cuando comentarios sobre las damas que con frecuencia rayaban lo inapropiado, también dirigían con frecuencia sus copas despreocupadamente a los palcos cercanos. [...] En los entreactos, los pasillos tras los palcos se llenaban de paseantes, las damas caminaban de forma orgullosa, su esbelta figura destacaba aún más por los pesados trajes de cola, contoneaban la cabeza ligeramente, siempre adornada por flores frescas que asomaban sin recato del abundante cabello, mientras que una mano meneaba el abanico, la otra levantaba el vestido de forma que dejaba ver un [...] sugerente pie (1865: 17 y ss.).

Al día siguiente, Bastiano iba a abandonar Valencia en tren, camino de Madrid. Dejó la pensión de madrugada y, atravesando las callejas solitarias y oscuras de la ciudad, se dirigió junto a otros viajeros a la estación. Tras muchas dificultades consiguieron llegar al mostrador para comprar los billetes:

El billete y el equipaje son muy caros y resultaba además irrisible la poca confianza de los funcionarios hacia el público viajero: cada pieza de oro era pesada de forma individual, cada moneda de plata golpeada contra la mesa. La gran cantidad de dinero falso que por desgracia aún circula por aquí justifica esta medida [...]. Entré en la sala de espera, en lo que respecta al confort, están incluso por detrás de las francesas, de las que es conocida su sencillez. Unos bajos tableros de madera a modo de pared separaban las diferentes clases en las que fueron divididos los viajeros. [...] El ruido en el gran vestíbulo me atrajo de nuevo hacia fuera, campesinos, mercaderes y una cantidad de individuos difícil de clasificar en una clase social se agolpaban alrededor de algunos comerciantes de vituallas, que bajo la luz de una pequeña vela vendían sus mercancías (1865: 20-21).



Una vez en el tren, de asientos estrechos y mal acolchados, se queja de lo cortos que eran los vagones, lo que sin duda tiene muchos inconvenientes y obliga a oír de forma involuntaria todas las conversaciones. En el caso del español, especialmente hablador en los viajes, esto resulta agotador, escribe. Poco a poco empezó a amanecer, el sol atravesaba la densa niebla y se comenzaba a distinguir la Huerta de Valencia, el «edén de la península española» (1865: 21):

A ambos lados de la vía se extendía sobre suelo carmesí un interminable bosque de naranjos, desde la planta más pequeña hasta el árbol más resistente estaban bien cuidados y recortados. Los grandes y dulces frutos colgaban a miles de las pequeñas ramas, pero las naranjas de esta huerta son también famosas en España y realmente solo son superadas por las de Blida (Algeria). De vez en cuando, filas de arbustos de olivo cuidadosamente podados atravesaban el dorado bosque, su tono mate verde plateado brillaba grandioso en el refulgente rocío de la mañana. De la huerta se erguían grupos de esbeltas palmeras, con frecuencia hasta diez troncos o más, que parecían estar determinadas por la naturaleza a ser guardianes del candente jardín. De sus copas colgaban en tupidos racimos amarillos los dulces dátiles, ese apreciado fruto de Oriente, y a medida que salía el sol, las hojas se expandían para absorber ansiosas luz y calor.

Numerosas pequeñas casas animaban el paisaje; parras, hiedra y otra vegetación formaban ante las puertas sombreados techos de follaje. Las redondas cúpulas de las iglesias recordaban, junto con toda la impronta de las pequeñas naves contiguas, a la desaparecida época musulmana; el contraste con el estado actual del campo y el ferrocarril es por ello muy peculiar. Sin embargo, la impresión general del paraje que atravesábamos es tan agradable que se fija de forma imborrable en la memoria. Las azules cadenas de colinas se iban acercando al tren, que ascendía suavemente por un amplio valle. Plantaciones de olivos y almendros cubrían las verdes laderas, avenidas de naranjos se extendían a lo largo de las vías y también se veían aún algunas palmeras aisladas, pero en general, la vegetación era menos sureña que en la llanura, en cambio, en los pequeños manantiales que descendían murmurando de las alturas, proliferaban los helechos y las gruesas hierbas (1865: 22-23).

En el camino de vuelta el conde Bastiano, antes de abandonar España por primera vez, volvió a pasar en tren por Valencia y una vez más le sorprendió el amanecer sobre la huerta. Llegó a la ciudad alrededor del mediodía y permaneció seis días. De la siguiente forma describe su despedida:

Era alrededor de la cuarta hora de la tarde cuando crucé el puente del Guadalaviar hacia la Alameda para despedirme del «*pasear*»<sup>60</sup> español, es decir,

60. En español en el original.

ir de paseo. Los amplios paseos estaban bastante concurridos por la gente elegante y por el camino subían y bajaban cientos de tartanas al paso. A pesar de estar bastante consentido por las bellezas madrileñas, había que rendirse a la evidencia de que las damas de Valencia son las perlas de la belleza española [...] y que las conservaré en mi memoria como ideal de señora española (1865: 268).

Esta vez Bastiano abandonó Valencia en barco en dirección a África, donde permaneció cinco meses y medio. A su vuelta pasó una vez más por España, pero no volvió a visitar Valencia.

La imagen que nos deja Bastiano de la ciudad de Valencia no dista mucho de otras imágenes de la época, que se centran en la descripción del centro histórico y de la huerta. Destaca, sin embargo, el interés que muestra por la historia, especialmente su admiración por el pasado musulmán de la ciudad, su postura crítica frente a la Reconquista y su imagen negativa del Cid, algo poco habitual en los viajeros de esta época, que suelen ensalzar su figura. Por otro lado, hay que destacar su interés por mostrar diferentes aspectos de la vida social y su incondicional admiración por la mujer valenciana, frente a otros viajeros que destacan su fealdad.

## REINHOLD BAUMSTARK

Mein Ausflug nach Spanien im Frühling 1867 (*Mi viaje a España en la primavera de 1867*, 1868)

En el prólogo a la obra que relata su viaje a España en la Pascua de 1867, el político Reinhold Baumstark (1831-1900) se disculpa por escribir, habiendo ya tantos relatos y algunos muy buenos, sobre España. Sin embargo, considera que está justificado puesto que echa en falta un texto de alguien que no viaje con prejuicios religiosos y considera que sus conocimientos de historia pueden serle útiles al lector, con lo que explica las múltiples digresiones que interrumpen su relato. Además, su pasión por la literatura española y su conocimiento de la misma están presentes a lo largo de toda su obra; durante su estancia incluso cree encontrar personajes que podrían haber inspirado la obra de Lope, Calderón y Cervantes.

Baumstark llegó a Valencia desde Barcelona durante la celebración de la Semana Santa:

Pisé el suelo de Valencia la mañana de Viernes Santo y la primera noticia que recibí fue que no había ningún transporte que me pudiera llevar a mi posada ya que, debido al día santo, por lo menos durante las horas de la mañana, no estaba permitido conducir (Baumstark, 1868: 40).

Resignado y con la ayuda de un joven porteador se dirigió a pie a la ciudad, cuyas calles estrechas y angostas contrastaban con las amplias avenidas de Barcelona. Cuando llegaron a la altura de la catedral acababa de terminar una misa y se encontraron con una oleada de orgullosas españolas vestidas completamente de negro:

Quien haya leído algo de Lope o Calderón conocerá lo suficiente esa cosa intermedia entre doncella y dama de compañía llamada *criada*<sup>61</sup> (sirviente), sin la que es difícil ver aparecer a las damas; graciosas, enamoradas, a veces desleales, a veces chicas sumisas llenas de ingenio y elocuencia. Aún no había llegado a la pensión cuando ya había visto a la *dama y criada* de Calderón en su estado más puro. Dos jóvenes damas de una belleza rara, muy peculiar, con pelo rubio y ojos negros como el carbón y –bajo este cielo– piel blanca como la nieve, salían de la catedral y, tras ellas, igualmente como un par de hermanas, dos sirvientes morenas, algo vulgares, con rizos negros que delataban claramente la procedencia árabe [...]. Qué drama, pensé, se podría escribir con estas cuatro figuras... (1868: 41-42).

Cuando consiguieron atravesar la multitud llegaron a la Fonda del Cid, en la plaza del Arzobispo, donde se alojaron. El objeto de su deleite era ahora un camarero, pequeño y gordo, que le hizo pensar enseguida en las palabras de Cervantes y a quien bautizó como Sancho Panza:

«El traje, las barbas, la gordura y pequeñez del nuevo gobernador tenía admirada a toda la gente» (Don Quijote. Segunda parte, capítulo 45); puesto que González, así se llamaba, también llevaba una barba, y en lugar de un frac, servía o en mangas de camisa o como mucho con un pequeño delantal gris (1868: 42).

Su primera visita la realizaron a la cercana catedral, tan diferente a la de Barcelona, escribe, que es imposible compararlas; mientras que en Barcelona toda la atención del visitante recae en el interior de estilo gótico, en Valencia, lo que atrapa la vista es la «extraordinaria e imponente torre octogonal mora» (1867: 43), la torre del Miguelete, y el autor recomienda encarecidamente la lectura del Cid de Herder,

61. En español en el original.

al menos de la cuarta parte, que lleva por título «El Cid en Valencia y en la muerte». Baumstark disiente aquí de una crítica que hacía Clarus,<sup>62</sup> quien acusaba al romance de Herder de ser una adaptación antiespañola y aburguesada. Él, después de conocer los sitios principales de las hazañas del gran héroe nacional en Burgos y en Valencia y tras haber conocido todos los estamentos de la nación española, volvió a disfrutar del poema con un placer inusitado.

La torre, ante la que todavía nos encontramos, parece haber sido el primer sitio al que subió el héroe sin igual tras la conquista de Valencia para contemplar desde aquí arriba el reino arrebatado a los infieles. Una escalera de piedra bastante cómoda lleva a la parte superior de la torre; que nadie que tenga la suerte de venir a Valencia deje de realizar esta subida. Un cuarto de hora aquí arriba proporciona una imagen de Valencia y sus alrededores más clara y más duradera que horas a pie o en coche ahí abajo. Girando hacia el este se observa la costa alargada y rectilínea del mar, los mástiles del Grao (el puerto marítimo de Valencia), el mar mismo en toda su extensión; al sur, la laguna de la Albufera, no muy alejada de la playa; al norte la vista todavía alcanza las magníficas [...] ruinas de Murviedro. Todo el arco del último punto hasta el sur de la laguna lo ocupa una [...] cadena montañosa. El espacio entre estas montañas, a una distancia de seis a diez horas, el mar, y los ya mencionados puntos extremos al norte y al sur los ocupa la huerta, y más o menos en el centro se encuentra la ciudad de Valencia, llamada preferentemente «la hermosa» (1868: 44).

Contemplar esta vista le recordaba a una imagen de Venus sobre un lecho de rosas que había visto pintada en algún lugar. Después de explicar en detalle el sistema de regadío de la huerta describe el interior de la catedral, que una vez más compara con la de Barcelona, que posee más obras de arte. Tras observar la catedral dirigió su atención a los fieles: frente a la seria religiosidad que le había complacido de Barcelona, aquí descubría en algunos rostros una religiosidad exaltada, como no la había visto en el resto de España. Y no puede dejar de narrar la manera tan particular con la que la española se coloca tras acceder al templo:

No hay bancos o sillas, solo esterillas de paja o esparto. Sobre estas se arroja la dama y tras un breve ejercicio espiritual, sin levantar las rodillas del suelo, se reclina hacia atrás con un garbo absolutamente oriental a una forma de sentarse turca, de manera que en cualquier momento del oficio religioso que exija arrodillarse, puede volver en silencio y sin esfuerzo a la

62. Cf. Clarus, Ludwig [Wilhelm Gustav Volk]: *Darstellung der spanischen Literatur im Mittelalter Erster Band*, Mainz, Schott und Thielmann, 1848.

posición inicial. No es un mal espectáculo contemplar a una hermosa valenciana durante estas inocentes maniobras. Que el manejo ininterrumpido del abanico no estorba la devoción de la española, es cosa sabida (1868: 47).

A la salida de la catedral se dirigió a uno de los magníficos puentes que atraviesan el cauce del Turia hacia la Alameda, con cuyas alabanzas por parte de otros viajeros teme no coincidir:

De hecho, los hermosos y grandes árboles que forman la avenida –ya no recuerdo si plátanos o acacias– no pueden evitar lo suficiente ni el polvo ni el calor de esta extensa superficie. El polvo [...] es insoportable. El sol valenciano brilla a través de los huecos de los árboles sobre los caminos demasiado anchos con una fuerza de la que el cerebro germánico casi se horroriza (1868: 48).

Y antepone al paseo el de las Ramblas de Barcelona. Y su opinión sobre la tan alabada Glorieta no es mucho mejor. Por casualidad llegó a los jardines reales cerca de la Alameda, donde se puede observar, escribe, abundante vegetación del sur, en parte especies raras y valiosas. Menciona, por ejemplo, un árbol que el jardinero que le acompañaba identificó como un pino de Alepo, de una altura y una vistosidad que le asombraron sobremanera. Cuando se dirigía de camino a la fonda se topó con la procesión del Viernes Santo, que volvía a la catedral:

Tan grande es Valencia; me había perdido el principio de la procesión, y solo por casualidad no la había encontrado en la ciudad. Por ello, la ciudad me había parecido desierta, porque la gente había seguido la festividad eclesiástica. Era un espectáculo muy particular, típicamente español: esta numerosa representación de todos los estamentos de la iglesia, desde el arzobispo hacia abajo, las enormes antorchas de cera, las capuchas de los portadores, que en parte nos parecían máscaras demoniacas; los *retablos*,<sup>63</sup> que mostraban casi todos los momentos de la historia de la Pasión y que eran portados con la seriedad más solemne y los pasos más admirables y finalmente, para terminar, iluminada por antorchas, artísticamente pintada, sangrienta y coronada de espinas, la cabeza del Salvador muerto. Todo ello mientras sonaba alternativamente una magnífica música instrumental y cantos realmente hermosos; toda la escena me remontaba mentalmente a la época de Felipe II, y de forma más vívida que nunca comprendí la injusticia que se comete, aunque por razones muy distintas, con este monarca, al que tampoco aprecio, cuando se cree que había conducido a su pueblo al camino del entusiasmo religioso con violencia... (1868: 53-54).

63. En español en el original.

Al día siguiente se sorprende de los cambios que se habían producido en la ciudad durante la noche. Nada quedaba de la tristeza del día anterior. Era día de mercado. Aprovecha para explicar que en Valencia, como es natural y característico del sur, el trabajo cotidiano y toda la vida doméstica se desarrolla realmente en el exterior, lo que considera que tiene un efecto beneficioso sobre las personas, y a continuación realiza una digresión en la que habla de la población de Valencia y de su vestimenta típica, y describe en detalle el edificio de la plaza de toros, que recorre en solitario:

La nueva plaza de toros de Valencia, no terminada hasta 1860, está construida de sillares, en estilo romano, en todas sus partes sólida y grandiosa, realmente una obra magnífica [...]. Caben no menos de dieciséis mil ochocientas veintiuna personas en asientos numerados; costó dos millones quinientos mil reales [...]. A la derecha, al lado de la logia presidencial, está la del capitán general; a la izquierda, la del gobernador de la provincia, es decir, la autoridad militar y civil, luego vienen las logias de las asociaciones de benefactores (*junta de beneficencia*).<sup>64</sup> Las barandillas de las logias, de hierro fundido, son elegantes a la par que sólidas; los pasillos anchos y cómodos; los accesos y salidas, numerosos, acordes con la masa de espectadores; el conjunto, merecedor de un fin mejor (1868: 59).

A continuación, describe el Grao, el puerto y la localidad, y cuando se despierta de Valencia lo hace satisfecho de haber podido ver y entender un pedazo de la verdadera España.

## WILHELM WATTENBACH

Eine Ferienreise nach Spanien und Portugal (*Un viaje de vacaciones a España y Portugal*, 1869)

En el prólogo al relato que describe su viaje durante las vacaciones de Pascua de 1868 a España y que lleva en la portada una imagen de las Torres de Serrano, el historiador y filólogo Wilhelm Wattenbach (1819-1897) menciona a Ida Hahn-Hahn y cuánto había cambiado España desde que ella visitara el país. Hace referencia también a Wilkomm y a sus múltiples viajes recorriendo la Península como botánico; considera que su obra sigue siendo de valor precisamente por su deta-

64. En español en el original.

llada descripción de lugares poco visitados en una época en la que se empezaba a desarrollar el ferrocarril. También menciona a Baumstark, que un año antes que él había hecho casi el mismo viaje, cuando el ferrocarril ya estaba en pleno funcionamiento, pero su forma de ver las cosas, añade, es muy diferente:

El Señor Baumstark es un gran admirador del partido neocatólico, como lo llaman los españoles, que entonces controlaba el país. En su prólogo podía referirse de forma triunfal a la revolución fallida que había tenido lugar mientras tanto. También tras mi viaje tuvo lugar una revolución, pero una victoriosa<sup>65</sup> (Wattenbach, 1869: X).

Esta es la razón, escribe, por la que no había alterado su relato, que ya estaba casi acabado, aunque desde entonces se habían producido grandes cambios cuyas consecuencias aún eran imprevisibles.

Wattenbach llega a Valencia desde Barcelona: «¡A Valencia marchó el Cid!, y así hacemos también nosotros, viajeros pacíficos, para al fin alcanzar el cálido sur» (1869: 36). El 14 de marzo, sábado, despertó en Valencia: «¡Qué hermoso pensamiento!, hemos llegado al verdadero sur, la ciudad del Cid, la heredera de la antigua grandeza de Sagunto» (1869: 45), y menciona que la conquista del Cid solo fue pasajera, pues no mucho después de su muerte, en 1099, Valencia cayó nuevamente en manos de los árabes hasta que Jaime I la recuperó en 1238. Sin embargo, a pesar del tiempo transcurrido no había habido un gran movimiento de población.

Como no disponía de mucho tiempo, se dirigió primero a la catedral y al Miguelete, para continuar hasta la Lonja, donde supuestamente se encontraba el Alcázar en el que vivió el Cid: «La Lonja de la seda<sup>66</sup> (en valenciano *l'lotja*) es un edificio muy curioso. Aquí se supone que una vez estuvo el Alcázar, en el que vivió el Cid, y luego otra vez los reyes moros. Sin embargo, no queda nada de todo ello, el edificio actual fue construido en 1492» (1869: 49). Y describe el edificio.

65. Wattenbach hace referencia a la revolución de septiembre de 1868, llamada la Gloriosa, que acabó con el reinado de Isabel II. En cuanto a su referencia al prólogo de Baumstark, debe de referirse a la segunda edición, publicada en 1869, en la que el autor explica que había introducido cambios con respecto a la primera, sobre todo en forma y estilo, para hacer el texto más accesible al lector (Baumstark, 1869: VII). En el prólogo a esta edición, efectivamente, hace referencia a la Revolución de 1868 y confía en que finalmente se impondrá la razón, aunque explica que el contenido de su obra tiene poco o nada que ver con la revolución: «A mis enemigos les puedo asegurar que su ira y su ensañamiento contra este libro me han proporcionado una satisfacción muy monárquica, solo superada por el aplauso de hombres nobles y muy cultos de orientación espiritual muy diversa» (Baumstark, 1869: VIII).

66. En español en el original.

Al lado de la Lonja se encuentra la plaza del mercado, que durante el primer viaje de Wilkomm aún se encontraba en un estado lamentable, escribe, pero en su segundo viaje ya había sido embaldosado y embellecido. Las transformaciones que se produjeron en la ciudad entre los dos viajes de Wilkomm le sirven de ejemplo para poder afirmar que las antiguas descripciones ya no son certeras y que ya no se pueden trasladar al presente.

Digna de ver considera la Audiencia, antiguo palacio de las Cortes de Valencia, especialmente por los hermosos techos tallados en madera. El siguiente edificio que merece su atención es la Academia de las Artes, el antiguo Monasterio de la Merced:

Interesante nos resultó en el salón de las antigüedades un modelo del tan inmejorablemente conservado Teatro de Sagunto; habíamos llegado a la estación de Murviedro cuando ya estaba muy oscuro, por lo que desgraciadamente no pudimos ver nada de este exótico lugar, al que se asocian tantos recuerdos históricos. Ahora está muy despoblado [...]. En el patio del edificio de la Academia crecen altas y esbeltas palmeras, un recuerdo de la vieja época monástica (1869: 53).

Para el resto de sus actividades decide tomar una tartana:

En primer lugar había que visitar, por supuesto, la nueva Plaza de Toros, el orgullo de los valencianos, pero eso para más tarde. Seguimos con grandes expectativas hasta el Jardín Botánico. ¡Qué no se puede esperar de este cielo, ya que hay agua en abundancia! Si aquí se pregunta por la sequía [...] se ríen de uno, en Valencia no se necesita lluvia (1969: 54).

Aquí remite una vez más a Wilkomm, quien explicaba en su relato que habían sido los enérgicos esfuerzos del rector de la universidad, don Francisco Carbonell, los que habían transformado el jardín, otrora completamente descuidado, contratando al botánico francés Jean Robillard.<sup>67</sup> Sin embargo, al llegar al Botánico quedó enormemente decepcionado:

Todo estaba descuidado, lleno de malas hierbas, mucho se había secado, casi en ninguna parte estaba la tierra cultivada. Los invernaderos estaban sucios y abandonados y contenían plantas muy comunes [...]. Encontramos dentro, por ejemplo, un gran ficus, que al aire libre medra mucho mejor, y una thuja gigantea, que en Inglaterra aguanta estupendamente en el exterior,

67. Jean Felix Robillard fue nombrado jardinero mayor del Botánico en 1848.



aquí estaba en una maceta. De las magníficas descripciones de Wilkomm ya casi nada es cierto. [...] El misterio se resolvió poco después, cuando se nos informó de que el Señor Robillard hacía años que se había ido y su lugar lo ocupaba un español que ni siquiera sabía leer... (1869: 55).

Indignado por el estado del jardín sigue su camino hacia el *Jardín de los Capuchinos*, del que también habían leído una descripción muy elogiosa. Explica Wattenbach que este jardín era en ese momento propiedad del Señor Ertling, perteneciente a la familia Rothschild. También en esta ocasión la realidad era otra: «... la casa es insignificante, y el jardín, un jardín comercial, que mediante la venta de flores», de entre las que menciona los claveles y las anémonas, «arroja beneficios considerables» (1869: 57). Sin embargo, el jardín no estaba en absoluto descuidado, y encontró allí algo que le alegró especialmente: un inteligente jardinero alemán que ejerció de guía y contestó a todas sus preguntas:

Para la verdadera floración también es demasiado pronto en Valencia, *erythrina cristagalli* y *parkinsonia*, grandes árboles, ambos estaban todavía totalmente pelados. Además, por el excepcional frío de este invierno todo se había ralentizado y en algunos casos, destrozado, así las buganvillas y las cañas de bambú, aunque en ambas habían salido nuevos brotes. Había un cocotero en el exterior, pero todavía era pequeño. Lo que se ve mucho en todas partes es el níspero japonés [...], un hermoso arbusto que tiene también frutos muy sabrosos. Un auge sorprendente ha tenido desde hace unos pocos años el cultivo del eucalipto, un árbol australiano [...] que crece rápido y proporciona una madera excelente. En España crece muy bien [...]. Por lo demás solo quedaría mencionar tres monos, atados a la fuente ante la casa y que gustaban de hacer sentir a los extraños ingenuos lo afilado de su dentadura (1869: 57-58).

Tras abandonar este jardín pasó por el Jardín de la Reina y la Alameda hacia las avenidas que comunican la ciudad con el puerto, pues su destino era el Grao:

En el trayecto se ven muchas casas pequeñas con tejados de paja que sirven para la sericultura. Se las podría confundir con casas de campesinos del norte de Alemania, si no fuera porque de vez en cuando les hacía sombra una alta palmera o una basta higuera. En una hora aproximadamente se alcanza el Grao [...]. En tiempos anteriores aquí solo había un pueblo de pescadores; desde la desembocadura del Ebro hasta Cartagena no había ningún buen puerto, por lo que bajo Carlos IV se empezó con los trabajos del puerto, que resultaron ser insuficientes. Ahora, financiado por la provincia de Valencia, un empresario ha realizado en pocos años grandes trabajos para crear un puerto seguro, circundado de largos muelles. Sin embargo, los barcos tienen que pagar para usarlo y por ello a veces anteponen descargar en la rada,

hasta poder entrar al puerto interior. A veces durante la maniobra son sorprendidos por las tormentas, como le ocurrió a un gran buque de tres palos que yace sin mástiles, mientras que al lado del puerto, en el exterior, había un barco totalmente destruido. La cuestión del puerto no está solucionada de ninguna manera, se duda de la utilidad de los trabajos y los periódicos se ocupan mucho del tema (1869: 59).

En el camino de vuelta se desvió hacia el pueblo de Ruzafa, al otro lado del Turia, donde dice que se cría preferentemente la cochinilla; antaño uno de los celebrados pensiles de los reyes moros. Un viejo campesino les mostró y explicó todo con gran amabilidad:

Los higos chumbos se dejan crecer para este fin hasta 4 o 5 pies y en invierno se les coloca un tejado de paja para protegerlos contra los fríos vientos, pues los valiosos animales son muy sensibles. Los animales son tan poco bonitos como las grandes hojas en las que permanecen en masa: cochinillas grandes y negras semiesféricas, que se rodean de un polvo blanco como el moho del que sale la joven cría (*los hijos*).<sup>68</sup> En primavera y otoño se cosecha y estos animales son secados al horno. Los jardines aquí están rodeados de setos de granados, que ahora empezaban a brotar pero que en verano están cubiertos de flores y frutos (1869: 60).

Su segundo día en Valencia comienza con una disertación sobre las posadas españolas, tomando como ejemplo la Fonda del Cid, que tanto había mejorado entre las dos visitas de Wilkomm. Vuelve al relato narrando su paso por la catedral, por el palacio del Marqués de Dos Aguas, del que destaca su fachada, el Colegio del Corpus Christi y la iglesia de Santo Domingo, que había formado parte del antiguo monasterio de los dominicos,

que fue destruido y quemado por el pueblo en 1835; solo quedaba la Iglesia de Santo Domingo, modernizada con mal gusto, pero con hermosas capillas; destaca la capilla donada por Alfonso V y su esposa, la Capilla de los Reyes, con la magnífica tumba de Don Rodrigo de Mendoza. Espléndidos edificios públicos y privados se encuentran ahora en el terreno del viejo monasterio, en la Plaza San Domingo o de Tetuán, pues es una fea costumbre de España rebautizar constantemente las plazas y calles más significativas en función de los correspondientes propietarios o acontecimientos, lo que con poca frecuencia provoca inseguridad y confusiones. Huelga decir que también tras la última revolución se rebautizó otra vez a lo grande y desaparecieron todas las Isabeles... (1869: 64-65).

68. En español en el original.

Su siguiente parada es el «Paseo de la Glorieta» con sus antiquísimas píceas –bajo las que crecen agaves con hojas de colores–, grandes magnolias y pimenteros; sin embargo, al igual que había ocurrido con los jardines visitados, se parecía poco a las antiguas descripciones que había leído: apenas había flores y la irrigación era deficiente. Cerca de la Glorieta menciona la nueva Plaza del Príncipe Alfonso<sup>69</sup> que destaca por sus hermosas araucarias y eucaliptus; de este recorrido finalmente alude al Jardín del Santísimo,<sup>70</sup> «el único jardín comercial en España que visitan las clases altas» (1869: 66).

Durante sus visitas, a Wattenbach le molestaron especialmente los mendigos y explica que en la ciudad hay muchas instituciones benéficas, por lo que no se entiende que haya tantos mendigos y lisiados: «Uno de ellos era llevado de un sitio a otro por un compañero sobre los hombros, otro mendigaba cabalgando sobre un asno» (1869: 66). Menciona que a pesar de la fertilidad de la huerta hay mucha pobreza: la población es demasiado grande y está demasiado cargada con tributos para las propiedades de la nobleza, por lo que muchos emigran todos los años para encontrar trabajo.

Su siguiente excursión le llevó a la huerta, que describe en detalle, y aún le quedó tiempo para presenciar una pelea de gallos, un espectáculo muy popular, escribe, especialmente en Valencia:

Para ello existe un escenario propio, llamado el Lidiadero de Gallos, un edificio de madera redondo con forma de embudo en el que hay sencillos bancos de madera en sentido ascendente, abajo, sin embargo, como campo de batalla hay una enorme escudilla de cobre, con suelo plano de aproximadamente seis a ocho pies de diámetro y borde elevado. En este se coloca a los dos gallos, animales extraños, que nunca se han visto, nunca se han hecho ningún mal y, sin embargo, en cuanto se les deja juntos, enseguida se lanzan con la mayor furia el uno contra el otro y no cejan hasta que uno de los dos o ambos no caigan muertos. [...] En los combates públicos el atractivo principal está en las apuestas [...]. La pelea que vimos fue muy emocionante, la victoria no estuvo decidida durante mucho tiempo hasta que al final cayó muerto aquel que ya se consideraba el vencedor. Después vuelan las monedas de oro que se habían apostado, lanzadas con una seguridad sorprendente a través del circo (1869: 69-70).

69. Actualmente, el Parterre.

70. También llamado Huerto del Santísimo o de las Fresas. Estaba situado frente a los Jardines de Monforte y dedicado al cultivo de flores ornamentales y fresas. Desapareció con las reformas del paseo de Valencia al Mar.

Tras la pelea de gallos la siguiente parada fue la corrida de toros, pero no una gran función, matiza, no eran «Toros de Muerte,<sup>71</sup> pues estos no están permitidos en la Cuaresma, sino una Corrida de Novillos,<sup>72</sup> es decir, una representación de toros jóvenes que no se matan, sino que cuando ya han sido torturados lo suficiente pueden retirarse y después son sacrificados» (1869: 70). Wattenbach explica que este tipo de corridas no satisfacía al verdadero amante de la fiesta, por lo que la plaza no estaba llena, y aprovecha para realizar una crítica al gobierno que parece fomentar este tipo de actividades para tener al pueblo entretenido y que no piense en otras cosas.

Para la mañana del tercer día tenía prevista la visita a la fábrica de tabaco:

... las 3.500 chicas y mujeres que trabajan allí tal vez nos habrían proporcionado una mejor noción de la tan alabada belleza de las valencianas, pero el destino lo había previsto de otra forma. El trabajo aquí tampoco comienza antes de las 9:00 horas, pero se nos dijo que no se podía visitar la fábrica antes de las 11:00. Cuando volvimos a esa hora se nos dijo que se había pospuesto a las 14:00, demasiado tarde para nosotros, ya que teníamos que partir precisamente a esa hora. El funcionario español en estas situaciones es muy categórico y no se deja influir por razones o excepciones y se envuelve en un digno silencio; no quedó más remedio que resignarse y renunciar a este monumento (1869: 73).

Wattenbach abandonó Valencia en tren, con una primera parada en Játiva. En el trayecto describe la huerta, que a pesar de su fertilidad califica de bastante uniforme. La mano del hombre no se preocupa por mejorar el aspecto de la huerta, escribe: los terratenientes no viven en ella y solo les preocupa el beneficio que produce, en cuanto al campesino, que se gana el sustento con duro trabajo, le falta el sentido estético para el embellecimiento de su entorno. Ni qué decir de la inexistencia de jardines de recreo como proliferan en algunas partes de Alemania: «Si moreras, naranjos, granados, datileras, higueras no proporcionaran a la vez grandes beneficios, tampoco a estos se los vería aquí» (1869: 76). Y aunque ciudadanos ricos posiblemente tuvieran casas de campo cerca, continúa, son plantaciones rodeadas de muros que solo visitan de vez en cuando y que contribuyen muy poco a la calidad paisajística de la zona.

71. En español en el original.

72. En español en el original.

Una vez en Játiva describe los alrededores y la ciudad como sigue:

Oficialmente la ciudad se llama San Felipe desde que en 1707, como castigo por su resistencia contra Felipe V, perdiera su nombre y sus privilegios, aunque el antiguo nombre moro es el único de uso común. Los jardines en derredor contienen sobre todo granados de una altura imponente que ahora, con las primeras hojas jóvenes, están envueltos en un halo rojizo, entre medio, naranjos en cantidad. La fertilidad de estos jardines descansa en una fuente muy potente, que borbotlea con fuerza y en gran cantidad con un agua clara verdosa y sale a través de 24 tubos al pie de la montaña caliza. Por ello, se llama la fuente de los veinticuatro caños. Ya al comienzo llena un canal sombreado por altos álamos blancos en el que se ve trabajar con diligencia a numerosas lavanderas; un poco más adelante mueve un molino de arroz. El agua también se extiende sobre los campos y, aunque bastante venida a menos en comparación con los viejos tiempos, Játiva sigue siendo una ciudad acomodada en la que no se ve ningún mendigo. [...] El número de habitantes asciende a aproximadamente 13.500, con una Plaza de Toros para 10.000 personas, de forma que casi toda la población puede disfrutar de este sublime espectáculo.

Los callejones son estrechos y empinados, en parte realmente arriesgados; sobre el empinado y puntiagudo peñón calizo a cuyos pies está construida la ciudad se eleva la fortaleza [...]. Desde arriba se ve la ciudad en toda su extensión con sus apilotonadas casas y tejados grises, pues este es el color que tienen aquí todas las poblaciones, con la vistosa iglesia y más allá la fértil llanura rodeada de montañas desnudas y escarpadas (1869: 77-78).

A la mañana siguiente se apresuró a coger el tren de Valencia a Madrid, puesto que el ferrocarril de la costa solo llevaba de Barcelona a Valencia, por lo que había que dirigirse hacia el interior, hasta el altiplano de la Mancha, para alcanzar desde allí otra vez la costa. De hecho, en la Venta de la Encina hizo trasbordo al tren que venía de Madrid y le llevaría a Alicante, adonde llegó al mediodía. Se alojó en la Fonda del Vapor, con una espléndida vista sobre el mar: «Solo aquí [...] hemos visto el mar en todo su esplendor, y solo aquí hemos encontrado la temperatura que hace del baño una necesidad» (1869: 85). Y aunque le habría gustado disfrutar de los encantos de Alicante, tuvo que partir esa misma tarde en una diligencia que le llevaría a su próximo destino, Murcia, aunque no sin antes pasar por Elche y visitar su famoso palmeral.

## ROSA VON GEROLD

Eine Herbstfahrt nach Spanien (*Un viaje de otoño a España*, 1880)

Rosa von Gerold (1829-1880) era hija de un comerciante de renombre y estaba casada con el librero y editor Moritz Ritter von Gerold. En su salón reunía a artistas y eruditos, lo que lo convirtió en un epicentro social y artístico de la Viena de la época. Se interesaba especialmente por la botánica y realizó múltiples viajes por Italia, Francia y Grecia, además de España, sobre los que escribía en los periódicos de la capital austriaca. Rosa von Gerold viajó por España en compañía de su marido y una amiga; recorrió Barcelona, Valencia, Alicante, Elche, Granada, Sevilla, Córdoba y Madrid, y como resultado de este viaje publicó *Eine Herbstfahrt nach Spanien*.

En la dedicatoria de su obra, firmada en 1879, cuenta que no es su intención escribir un libro, sino que únicamente desea conservar los recuerdos. Lleva como guía las obras de Wilkomm y Wattenbach, que le parece que han reflejado de forma acertada la realidad, y también menciona la obra de Thienen-Adlerflycht. La autora considera que su viaje había sido demasiado efímero para poder conocer en profundidad el país y no se atreve a juzgar, al tiempo que hace referencia a su falta de práctica en la escritura, por lo que pide disculpas.

Gerold llega a Valencia en tren desde Barcelona la mañana del 27 de octubre: «Aquí, como en Barcelona, lo primero que llama la atención es la elevada y lúgubre plaza de toros, una imponente mole de piedra con muchas arquerías superpuestas, una obra moderna, pero imitando el coliseo romano» (1880: 125). El ómnibus les llevó rápidamente al centro de la ciudad, a la Fonda de París, donde encontraron tres magníficas habitaciones. Tras el almuerzo se dirigieron a la Plaza del Mercado y, por primera vez, escribe, tuvo la impresión de estar en la verdadera España:

La plaza es tan grande, que es casi imposible abarcarla con la vista y está cubierta de puestos y tiendas. A uno de sus lados sobresale orgulloso hacia el cielo el maravilloso edificio de la Lonja, el palacio que una vez habitaron el poderoso Cid y su Ximena. Es medio moro, medio gótico, con una elevada fachada, naves suntuosas, portales, escaleras, ventanas de arco, pequeñas torres mirador y altas torres cuadradas, para que se pueda contemplar el oscilar de las campanas. Arriba está todo coronado con almenas, elaboradas con la más rica ornamentación arquitectónica. Tiene un efecto fantástico y pintoresco.

Pero volvamos al barullo del mercado. La última calle que atravesamos, un estrecho y elevado callejoncito, era la de los carniceros, una pulcra tienda al lado de la otra, toda la carne a la vista expuesta hacia la calle, y detrás de cada mesa, una apetitosa joven vendedora. En estas calles vimos reunidas

maravillosas bellezas entre las mujeres del pueblo. Algunas de estas carniceras tenían ojos como el fuego, cabellos como la noche oscura y una piel árabe parduzca; el rico atavío que llevaban las mujeres en Valencia las vestía magníficamente, y cuando hablaban y reían y sus dientes de perlas brillaban, era arrebatador.

En la misma plaza también había casi solo vendedoras. Había, por ejemplo, una chica de tipo campesino, con el pelo crespo y desgreñado, piel morena, boca risueña y dientes inmaculados que ofrecía en sus manos granadas color púrpura, ¡era un cuadro acabado de Murillo! Alrededor de la plaza discurren travesías. En una hay hortalizas y verduras, en una, flores, en una, pescado, etc. Las cosas que se venden son tan dignas de verse como el barullo de los vendedores. Se ven nuevas especies curiosas de pescado, también de verdura, especialmente pepinos, tomates y pimientos. De fruta solo había uva, higos, granadas, y calabazas y melones de innumerables variedades e increíble tamaño. En la travesía de las flores olía de forma exquisita a grandes ramos de rosas, jazmín y azucenas.

Los campesinos que se apretujaban en derredor tenían un aspecto maravilloso; al igual que en Barcelona, llevaban sandalias, polainas de piel, pantalones cortos de terciopelo, fajines rojos, la camisa blanca de lino y encima la chaqueta de terciopelo. Pero aquí nadie va sin un paño de seda de colores o una larga red púrpura de seda en la cabeza, sobre la que calan una pequeña gorra de terciopelo o un sombrero redondo aterciopelado, y nadie sale sin haberse colocado de forma pintoresca sobre sus hombros la magnífica manta a rayas de múltiples colores o envuelto en ella. [...]

Cerca del mercado central todavía descubrimos una pequeña plaza ovalada con porches abiertos en redondo y tiendas en el centro. En los porches sólo había alfarería, en el centro sólo aves vivas. Al igual que en la plaza principal había un ruido ensordecedor, una multitud abigarrada. De todas partes nos llamaban en el más dulce castellano animándonos a comprar y nos llenaba de alegría poder charlar con las alegres españolas. Con gusto habríamos comprado y dejado libres todos los adorables pichoncitos que nos ofrecían para freír. Sin embargo, en las tiendas de alfarería no nos pudimos resistir, había cuencos y vasijas exóticas de hechura genuinamente árabe. Particularmente nos encantaron los grandes cántaros de agua de arcilla de Valencia; tienen la forma de las ánforas de la antigua Roma: arriba unos cuellos estrechos con dos asas laterales, en el centro se ensanchan hasta estar completamente abombados y se vuelven a estrechar hasta recuperar su forma angosta y terminar en punta (1880: 126-129).

Alquilaron un carruaje (el único coche abierto que había en toda Valencia, escribe, donde lo habitual es la tartana) y recorrieron la ciudad. En primer lugar, se dirigieron de nuevo a la Lonja, para ver también su interior, y después a la catedral:

... la catedral [...] se encuentra en una hermosa y tranquila plaza adornada en el centro por grupos de palmeras y un jardín de flores. En realidad, está formada por solo tres edificios de diferentes estilos, una iglesia principal gótica, un magnífico campanario y una curiosa construcción redonda al lado. Todo ello ofrece una bonita imagen de conjunto. Lo más hermoso es el elevadísimo pórtico gótico de la catedral, una obra artística de piedra. El interior es imponente y grande, pero no tiene un estilo ni un efecto real. Al lado opuesto de la plaza de la catedral hay una antigua torre mora negra con muchas plantas superpuestas. También a esta la rodean hermosas zonas verdes. Continuamos nuestro camino y atravesamos la imponente puerta mora, guarnecida por dos torres colosales, y cruzamos el Turia.

¡Qué hermoso habíamos imaginado este río! Sin embargo, es solamente un cauce, ni una gota de agua en él, solo hay grandes manadas de toros negros paciendo allí donde crece un poco de hierba verde. Antaño debió de ser diferente, pues lo cruzan cinco puentes de arcos de piedra colosales, la mayoría de origen árabe (1880: 130-131).

Justo al lado del río, escribe, está el «Jardín de la Reina», cuya vegetación describe con detalle: «Todo el gran jardín es una verdadera selva de jazmín y rosas en flor, que trepan por los muros y los oscuros cipreses [...], una imagen verdaderamente oriental» (1880: 131-132). El cochero quiso llevarlas un poco más a través de la huerta, en la que tuvieron ocasión de admirar el sistema de regadío... y tragar mucho polvo. Tras atravesar la huerta llegaron al pueblo de Burjasot:

Allí, sobre una colina, rodeado de un bosque de pinos oscuro y frondoso, se encuentra un alto palacio con muy pocas ventanas y balcones, con torres coronadas por almenas y terrazas. Es un antiguo y romántico castillo moro. El interior muestra salas vacías, solo ocasionalmente queda todavía un techo de madera de cedro bien conservado. Lo más bonito es la vista desde las ventanas y desde el tejado aplanado a través del remate de almenas. Se ve la totalidad de la extensa Huerta de Valencia, una planicie que es en realidad un jardín, tan fresca y verde y llena de árboles. Entre ellos, como puntos luminosos, casas de campo, pequeños pueblos y ciudades. Como en estas siempre sobresalen las palmeras y solo se ven murallas amarillas y torres, pero nada que parezcan tejados o ventanas, todo recuerda, como aquel lugar en la Provenza, a Jerusalén. La llanura la delimitan en derredor dentadas cadenas montañosas que destacan sobre el cielo crepuscular color azafrán con su primoroso violeta pálido conformando un semicírculo que, a un lado, corta la larga línea del mar azul profundo y, al otro, dibujada de forma nítida sobre el cielo azul, la oscura silueta de Valencia que se extendía ante nosotros con todas sus torres, altas y esbeltas, y las más bajas y macizas, con todos sus oscuros naranjos y palmeras delicadamente pinnadas (1880: 133-134).



Tras esta visita regresaron a Valencia y todavía tuvieron tiempo de visitar la Glorieta, con sus palmeras, pinos, araucarias, árboles de la pimienta, magnolias, limones, jazmín floreciente y granados floridos, en suma, todas las formas y colores mágicos de la vegetación del sur, escribe. Sin embargo, ese día la Alameda estaba solitaria, solo se veía a algunas parejas de enamorados conversar en los bancos más ocultos y a algunos ancianos pasear a sus perritos. Concluye que los españoles deben de ser grandes amantes de los perros, porque en casi cada familia los hay.

Al día siguiente, domingo, decidió ir a Manises con su amiga a conocer al único alfarero, según le habían contado en Viena, que aún sabía hacer vasijas esmaltadas con el reflejo cobrizo-dorado árabe. El día anterior habían visto ese tipo de vasijas en el mercado y habían averiguado que toda la vajilla alfarera se fabricaba en Manises. La autora describe en detalle su viaje de dos horas hasta Manises y los diferentes pueblos que atravesaron, de entre los que destaca Cuarte. Tras dos horas de trayecto, el entorno se volvió cada vez más solitario y yermo:

De repente apareció ante nosotras, sobre una duna amarilla, no puedo denominarlo de otra forma, un montón de tabiques amarillos apilados unos sobre otros y unos al lado de otros, no se veían en ninguna parte ni ventanas ni puertas, estaba como muerto y encantado, solo una elevada cúpula de azulejos, completamente recubierta por las tejas árabes con el glaseado cobrizo-dorado, sobresalía entre la maraña de tabiques. «Esto es Manises», dijo el cochero. «¿Y cómo vamos a entrar?» y «parece muy siniestro», dijimos; entonces el camino giró por la esquina de un muro y apareció una pequeña puerta, y tras atravesarla nos encontramos de repente en una ancha calle muy agradable, con bonitas casas llenas de balcones sobre los que colgaban cortinas de colores y desde los que miraban sonrientes hermosas mujeres. También aquí se percibía la alegría dominical, pero tras haber terminado la misa se veía a la gente en los vestíbulos completamente abiertos de las casas, sentada en unas mesas bajas, charlando y jugando con los niños.

¡Qué contraste! Desde fuera parecía una cueva de ladrones o de mendigos, en el interior era un pueblecito simpático y acogedor. Casi en cada casa vivía un alfarero y en ocasiones se podía leer sobre una puerta *Fabrica de Azulejos*.<sup>73</sup> ¿Cómo íbamos a encontrar a nuestro alfarero si no conocíamos su nombre? Preguntamos a los primeros que vimos qué alfarero hacía cuencos árabes, y con la asombrosa simpatía de todos los españoles a la que ya estábamos acostumbradas, llegamos pronto a nuestro destino. Todos decían que solo podía ser Batista Casan, le indicaron al cochero el camino y el callejón y al poco tiempo paró ante la última casa del pueblo. Entramos y apenas

73. En español en el original.

pudimos contener una expresión de asombro cuando vimos el interior de la casa. Era tan precioso y tan luminoso y estaba tan resplandecientemente limpio como solo lo había visto antes en Holanda (1880: 141-142).

La autora hace una minuciosa descripción de la casa (incluso proporciona un croquis de la misma, puesto que el consejero gubernamental Falke<sup>74</sup> le había dicho que la planta era muy similar a la de una antigua villa romana), relata su encuentro con el alfarero y describe el material expuesto y las dos piezas que finalmente adquirió y por las que el alfarero no les quiso cobrar. A su vuelta a Valencia, tras un último paseo por sus calles, se lamenta de tener que abandonar la ciudad:

¡Cómo nos habría gustado poder permanecer en Valencia! El primer día nos pareció sombría, angosta y polvorienta. Ahora nos parecía tan bonita –tan animada, tan variopinta por sus tiendas multicolor, donde todos los artesanos están sentados prácticamente en las calles martilleando, confeccionando y haciendo zapatos, por sus balcones y por sus tartanas de un caballo cubiertas de negro–, que la despedida nos resultó dura (1880: 149-150).

A las siete de la mañana siguiente llegaron a Alicante, cuya primera impresión, al igual que en el caso de Valencia, tampoco fue positiva:

El ómnibus del Hotel Bossio nos esperaba y nos llevó a galope por una larga carretera espantosamente polvorienta hasta la ciudad, donde inmediatamente paramos en una estrecha callejuela ante un edificio grande y gris. Apenas había salido el sol y Alicante aún dormitaba. Por ello todo nos pareció desierto, mortecino, feo, polvoriento, sobrio. Pero es la misma sensación que tuvimos al llegar a Valencia y después nos pareció todo tan encantador, por ello esperábamos que tampoco aquí la primera impresión fuera determinante. Y así fue (1880: 153).

Tras una descripción de las habitaciones del hotel, describe las vistas desde uno de sus grandes balcones:

Nuestras habitaciones tenían grandes balcones, y cuando salimos vimos bajo nosotros los verdes árboles de la Alameda y una hermosa y monumental fuente, rodeada por toda una asamblea de criadas charlando, esperando para llenar de agua sus ánforas. Las ánforas estaban colocadas en fila, ligeramente ladeadas y apoyadas unas en otras alrededor del borde de la pila de piedra,

74. Probablemente el historiador del arte Jakob von Falke (1825-1897), nombrado en 1871 consejero gubernamental y en 1885 director del Museo de Artes Aplicadas de Viena.

como un ribete que formara parte del estilo. Tras la avenida vimos pequeñas casas, resplandecientemente blancas con grandes puertas en los balcones y con terrazas en lugar de tejados, cada una de las cuales era un único gran emparrado. Las vides se extendían de tejado en tejado, un espectáculo encantador, ¡estos jardines en el aire! (1880: 153-154).

La primera excursión que decidieron realizar fue a la ciudad de las palmeras, Elche, que el profesor Wilkomm había descrito en su libro de forma tan cautivadora, y para la que alquilaron un ómnibus de tres caballos.

Hasta donde alcanzaba la vista, todos los matices de ocre claro y oscuro, y muy cerca la extensión azul intenso del mar. De la llanura amarilla se elevaban gran número de cerros, a veces con forma de cono, a veces de pirámide, y al fondo el más alto, la montaña-fortaleza de Alicante, y a su pie, un pequeño grumo gris, ¡la ciudad de Alicante!, y tras todo ello otra vez el mar oscuro, y más allá de la bahía, una cadena montañosa que solo parecía ser una bruma rosada, tan luminosa, tan pálida, como un tinte sobre el blanquecino fondo celeste. Pinos bajos coronaban los cerros de vez en cuando, y en los barrancos que formaban proliferaban de vez en cuando algunos olivos, por lo demás, no se veía ni una huella de vegetación. Así es como uno se imagina que debe ser en la calurosa África, pero que hubiera zonas así en suelo europeo, nunca lo habría imaginado (1880: 155-156).

Tras dos horas de viaje viendo solo nuevos cerros, nuevas peñas y nuevos desiertos, al fin se podían ver a los lados del camino plantaciones de olivos y granados llenos de frutos. Más tarde, algunas casas de campo con palmeras aisladas y cuidados jardines. Cada vez se hacían más frecuentes las palmeras, hasta que apareció ante ellos el último cerro, desde el cual al fin pudieron contemplar, llenos de asombro, un oscuro y extenso palmeral de troncos extremadamente esbeltos y crestas inclinadas. Nada sobresalía entre las palmeras excepto una vieja torre árabe con una alta cúpula que centelleaba con sus tejas doradas:

¡Esto es Elche! [...]

Me había imaginado un bosque de palmeras siempre de un color verde claro. Sin embargo, desde la distancia parece tan oscuro como el sombrío bosque de abetos. [...] ¡Al poco tiempo las palmeras se arqueaban sobre nosotros! y por una avenida de troncos gigantes nos dirigimos a la puerta de Elche y entramos en la limpia y afable ciudad. [...] La localidad de Elche es todavía completamente árabe. Múltiples pequeñas casas blancas en las calles con balcones enrejados y techos bajos. Sobre todos asoman palmeras. En la plaza principal hay una fuente, grande y hermosa, y una encantadora

cuádruple avenida de *Solanum verbascifoli*, árboles de hojas oscuras cubiertos en ese momento con las flores violáceas acampanadas y que de lejos parecían lilas en flor. En todas partes nos encontrábamos con chicas jóvenes, y grupos enteros rodeaban la fuente y miraban curiosas con sus grandes ojos negros estrellados al extraño. Todas ellas, sin excepción, eran encantadoramente hermosas: tenían enteramente el tipo español-árabe, piel pardusca y manos y pies pequeños y delicados. Llevaban la larga ánfora de dos asas (en España llamada cántaro) en el brazo e iban a por agua. Cerca de la plaza está la hermosa catedral, a cuya torre y plataforma árabe rodeada de almenas subimos. ¡Allí arriba la vista era hermosa más allá de toda descripción! A vista de pájaro se podían ver sobre la resplandeciente blanca y extensa Elche con sus múltiples casas, pequeñas y aseadas, los patios llenos de naranjos, la plaza de toros, que nunca falta, un sombrío palacio moro en ruinas en medio de un jardín floreciente, la plaza con los oscuros solanum, y la enorme cúpula de la catedral que teníamos a nuestro lado y que está cubierta con una serie de azulejos esmaltados de azul oscuro y dorado (1880: 157-159).

Alrededor de la ciudad, que parecía grande y rica, se extendía el palmeral con sus 80.000 palmeras, que visitaron después de comer. Tras su vuelta a Alicante, decidieron acercarse al mar a la luz de la luna:

¡Qué bonito! La luna llena flotaba dorada arriba en el cielo y alumbraba el mar. Había un gran número de grandes barcos en el muelle que se mecían silenciosos de un lado a otro. [...] Nos encontrábamos donde comenzaba la avenida de palmeras, que recorre todo el muelle de Alicante. Entramos y fuimos hasta el final. ¡No he visto nada más hermoso en mi vida que una avenida de palmeras a la luz de la luna! [...] Bajo las palmeras muchos bancos, unos al lado de otros, a veces la avenida se extiende hacia una gran glorieta, rodeada de hermosos bancos de mármol semicirculares con respaldos esculpidos. [...] En todas partes, de todas las casas cercanas resonaban cantos y sonidos de guitarra. En un primer piso las puertas del balcón estaban completamente abiertas y un animado grupo se movía de un lado al otro del salón, sus chacharas y sus risas llegaban hasta nosotros. ¡A nuestro lado había tres chicos sentados en un banco tocando la guitarra y cantando melodías españolas a media voz!, cuando nos alejamos despacio por la avenida nos siguieron con su maravillosa melodía. ¡Eso era España, así como la habíamos soñado y buscado, y Alicante nos pareció el punto álgido de toda poesía y todo el embrujo! (1880: 168-169).

Al día siguiente, después de visitar la fortaleza, decidieron acercarse a la playa para contemplar la avenida de palmeras a la luz del día. Todo el encanto de la noche anterior había desaparecido: al calor del mediodía la sensación bajo las

palmeras era sofocante, todo estaba polvoriento y los árboles parecían secos y enjutos. Tras el almuerzo se dirigieron a la estación, desde donde continuaron su camino hacia Granada.

Durante décadas Rosa von Gerold había deseado viajar a España, a la que denomina «el país de mi nostalgia» (1880: VIII), y al final de su viaje no se había visto decepcionada y se despide con profunda añoranza y lágrimas en los ojos del país que los había recibido de forma tan afectuosa y que en ningún aspecto había supuesto una decepción.

## LUDWIG PASSARGE

Aus dem heutigen Spanien und Portugal. Reisebriefe (*De las actuales España y Portugal. Cartas de viaje*, 1884)

Ludwig Passarge (1825-1912) era jurista, escritor de relatos de viajes, traductor y editor; él mismo se definió como un «verdadero vagabundo».<sup>75</sup> En sus viajes conoció la mayor parte de Europa; además de Alemania y España viajó por Austria-Hungría, Italia, Portugal, Dinamarca, Suecia y Noruega, a estos últimos países hasta en cuatro ocasiones.<sup>76</sup>

En el prólogo a su obra epistolar nos cuenta Passarge que la España actual tiene poco que ver con la de la mayoría de los relatos de viaje. La gran distancia, la falta de experiencia propia, la tradición y la fantasía han extendido un tipo de velo que hace difícil o incluso imposible liberarse de viejas concepciones. Todo en España es diferente a Europa, escribe, a la que solo le une la geografía: ni la naturaleza, ni la cultura, ni sus gentes:

De hecho, climática y geográficamente la Península Ibérica no es sino una parte de África, a la que le une casi todo: las inmensas áreas esteparias y mesetarias con peligrosas montañas; los desiertos quemados por el sol, cuyas magníficas huertas y vegas no son sino oasis irrigados; las rocosas e inaccesibles zonas costeras; los lagos salados esparcidos por todo el territorio. [...]

75. *Historische Kalenderblätter*. «Ludwig Passarge – 105. Todestag». August 2017. Disponible en línea: <[http://www.kulturzentrum-ostpreussen.de/kalenderblatt\\_detail.php?id=68](http://www.kulturzentrum-ostpreussen.de/kalenderblatt_detail.php?id=68)> (consultado: 9/11/2017).

76. F. Brümmer: *Lexikon der deutschen Dichter und Prosaisten vom Beginn des 19. Jahrhunderts bis zur Gegenwart*, Sechste Auflage, Fünfter Band, Leipzig, Reclam 1913, pp. 231 y ss.

que la Alta Andalucía es uno de los desiertos montañosos más tristes y que incluso la Baja Andalucía apenas se puede liberar de su desarrollado carácter estepario, todo ello son cosas que en Alemania se desconocen y que los viajeros no quieren ver. Cierran, como quien dice, los ojos durante el trayecto entre oasis y oasis y muestran vehementes su admiración en cuanto avistan uno (Passarge, 1884: VII-VIII).

Passarge viajó a España en febrero de 1882.<sup>77</sup> La primera ciudad española que visitó fue Barcelona, desde donde se dirigió en tren al sur, pues su destino final era Andalucía. La parada más cercana a tierras valencianas se produjo en Ulldecona, adonde llegaron a principios de marzo. El autor observa a los viajeros en la estación y los describe como ingenuos y desgarrados, caracterizados por una chocante fealdad. Este tipo peculiar, pasivo, blando y sin carácter se hará más patente a medida que entre en el «Reino de Valencia» (1884: 133):

A partir de la frontera valenciana se transita por una amplia llanura, que limita al este con el mar y al oeste con una cordillera [...]. La llanura [...] no es sino un terreno de aluvión y probablemente estuvo cubierto no hace mucho tiempo (en sentido geológico) por el mar. Solo la isla rocosa de Peñíscola, a la que probablemente de forma exagerada se denomina el Gibraltar valenciano, debe de haber sobresalido siempre en la pleamar. Desgraciadamente, aquí donde el paisaje empieza a ser interesante, el tren abandona la costa y atraviesa en lento ascenso un valle entre el litoral, los Montes de Irta y la cadena montañosa interior para después volver a bajar también lentamente en dirección sur hacia el mar. Las ciudades portuarias, las localidades del interior, con sus iglesias con cúpulas de azulejos, parecen todas muy agradables; los albaricoqueros y los almendros estaban en plena floración; rebaños de ovejas pacían en los viñedos desnudos (1884: 137-138).

Sigue describiendo el trayecto pasando por Alcalá de Chivert hasta llegar a Torreblanca:

A Torreblanca le sigue una amplia y árida llanura con una ciénaga salina, el estanque de Albalat, una cosa intermedia entre tierra y mar; pero en la playa hay algunas cabañas de pescadores perdidas al igual que en Hiddensö en Rügen, una alta torre de vigilancia árabe, una atalaya,<sup>78</sup> llamada Torre [de] la Sal. Luego el tren se acerca a la zona montañosa que termina con el Cabo de Oropesa [...] y lo atraviesa por un túnel y algunos otros puertos [...] (¡al

77. La mayoría de las cartas están fechadas en 1882, aunque hay algunas que lo están en 1883.

78. En español en el original.

fin rocas de verdad!), para ofrecernos al mismo tiempo una magnífica sorpresa. Saliendo del desfiladero aparece de repente ante nosotros la llanura cultivable de Benicásim y Castellón, a la derecha una imponente sierra, los Montes del Desierto; el mar a la izquierda queda bastante lejos; pero en línea recta, de una delicada belleza indescriptible, se elevan las montañas muy al sur de Valencia, en concreto el magnífico Montgó y las montañas al norte de Alicante [...].

Precisamente en este lugar se encuentra Benicásim, cuyo nombre, casas y gentes son totalmente árabes, un cuento oriental como no podría soñarlo más hermoso nuestra fantasía, con sus cúpulas azul oscuro con esmalte dorado, sus extensos palmerales y campos de naranjos. ¡Y este lugar mágico [...] no lo conoce nadie, no lo menciona ningún libro! ¡Pero qué extraños resultaban en este paraíso meridional los gorros de piel de los hombres, la manta,<sup>79</sup> aquí una simple pieza estrecha de lana enrollada al cuello! La mayoría de la gente con una faja<sup>80</sup> (echarpe), que sirve a la vez de bolsa. También las cinco chicas, que contemplaban en una posición desgarbada a los extraños, se caracterizaban por una fealdad poco común. Solo un *cura*,<sup>81</sup> que bajó aquí del tren, conformaba un cuadro de maravillosa belleza y de porte desenvuelto (1884: 138-140).

Continúa describiendo el recorrido, los campos de naranjos, los canales, los cauces secos y explica el proceso del sangrado de los ríos. A su paso por Castellón nos cuenta Passarge que en España hay muchas ciudades denominadas así, por lo que a la de Valencia se le dio el nombre «de la Plana». No describe la ciudad. Pasado Castellón menciona Millares y el Canal de Villareal, que proporciona vida al paisaje:

Las ramas de los naranjos se quiebran literalmente bajo el peso de sus frutos, no se ven en lo esencial nada más que grandes pirámides doradas. Incluso el suelo está cubierto un palmo de frutos caídos, que nunca son recogidos y solo sirven de abono. Pero ahora es también la época en la que empieza la verdadera cosecha y debe comenzar el envío a otros países. Solo ahora entendí la información de un libro que decía que un único naranjo podría proporcionar unos ingresos anuales de setecientos reales, lo que equivaldría a casi ciento cincuenta marcos. Y, sin embargo, individualmente los frutos apenas valen nada; se tiran cinco céntimos por la ventana y se consiguen de dos a tres de estas maravillosas «manzanas» que ya una vez guiaron a un Hércules a esta tierra de las Hespérides<sup>82</sup> (1884: 142).

79. En español en el original.

80. En español en el original.

81. En español en el original.

82. El undécimo trabajo de Hércules fue precisamente robar las manzanas doradas del Jardín de las Hespérides.

Las siguientes estaciones fueron Burriana, Nules y Chilches, todas ellas entre espléndidos campos de naranjas: «La luna salió sobre el lejano mar y ya se avistaba, impresionante, el Castillo de Sagunto» (1884: 143). Un gran número de dominigueros valencianos subió al tren y Passarge espera ilusionado y con impaciencia llegar a Valencia. El 8 de marzo escribe extasiado: «... al fin estoy de verdad en Valencia y puedo decir: solo ahora me siento realmente en España; quiero decir, en la España como nos la imaginamos, tal vez soñamos; en la España de nuestros poetas, la tierra del vino y de los cantos» (1884: 143). La tierra donde el cielo, la luz, el aire y el sol son tan diferentes a los de su patria alemana, incolora y nebulosa. Y si es cierto, escribe, que como dice Linné, el hombre por su naturaleza solo ha sido creado para las regiones del trópico, «cada paso hacia el sur nos conduce a nuestra verdadera patria» (1884: 144). Lyon, Aviñón, Barcelona y Tarragona solo eran peñaños para llegar a una meta más elevada y hermosa.

Passarge no conocía Valencia de los relatos de los viajeros, sino de un drama de Lope de Vega que se desarrolla en Valencia: *Las flores de don Juan*. Menciona también la descripción que hace Huber en sus *Skizzen aus Spanien* ('Esbozos de España') de la Noche de San Juan en Valencia. Sin embargo, en primer lugar piensa en una curiosa pieza musical de Ole Bull,<sup>83</sup> que representa este mismo carnaval estival con una picardía insuperable.

Passarge llegó a Valencia al anochecer y se alojó en la Fonda de Oriente, en la Calle de las Barcas. Menciona cómo la luna brillaba a través de la ventana y podía escuchar las sonoras voces de las vendedoras de periódicos anunciando la «*Correspondencia de Valencia*»<sup>84</sup> (1884: 144). Al día siguiente recorrió la estrecha calle y tras pocos pasos llegó a la pequeña plaza triangular de San Francisco, que antiguamente debió de ser solo una simple plaza ante el monasterio de este santo, escribe.

Actualmente hay aquí un jardín con palmeras, naranjos y araucarias que nos muestran de golpe toda la abundancia vegetativa de esta afortunada zona. En el centro corre una pequeña fuente que riega cada una de las plantas. Esta deslumbrante imagen resultaba tan sobrecogedora que me senté en un banco y cerré los ojos. El aire no era realmente caliente, pero los rayos del sol lo calentaban en cierto modo, como también se experimenta en lugares elevados de los Alpes, donde el aire frío y el calor del sol se conjugan en un

83. Probablemente se refiera a la fantasía de Bull, *La verbena de San Juan*, que el músico noruego compuso para Isabel II con motivo de su boda en 1846, mientras realizaba una gira artística por España. Disponible en línea: <<https://www.lavozdegalicia.es/noticia/cultura/2010/05/31/bicentenario-violinista-ole-bull-dedico-obra-isabel-ii/00031275296765461607160.htm>> (consultado: 25/11/2017).

84. En español en el original.



maravilloso efluvio. Había gente sentada en todas partes, o permanecían en pie y charlaban. Solo los arrieros dejaban escapar un grito incomprensible casi ante cada casa. Recogen los desperdicios de las cocinas y los cargan sobre su mula, que lleva para este fin una cesta grande de esparto a cada lado.

En el lado sur de esta plaza está el monasterio de los franciscanos, actualmente un cuartel de infantería y caballería. Y así ocurre con frecuencia en España. En los monasterios abandonados tras el asalto a los monasterios de mediados de los años treinta,<sup>85</sup> se instalaron los militares; el ejército terrenal ha relevado al espiritual; el Estado, a la Iglesia. Esta evolución de la omnipotencia del Estado es en todas partes la misma.

Seguí caminando por la Calle de la Sangre (esto es, de *Cristo*)<sup>86</sup> hacia la Calle de San Vicente, la única calle ancha de Valencia, que atraviesa la mayor parte de la ciudad de norte a sur: la verdadera arteria de la ciudad, cuyo centro se puede considerar la catedral. Cuanto más al norte, más se estrecha la calle. Parece que apenas pueda pasar un carro y, sin embargo, tiene que soportar que cada cinco minutos pase un «coche»<sup>87</sup> del *tranvía*. Sin embargo, solo en dirección norte; pues sería imposible dejar pasar a un segundo vehículo. Las casas de esta estrecha calle, todas pintadas, provistas de innumerables rejas de hierro, con frecuencia adornadas con alfombras y paños de los colores más chillones (predominantemente rojo y amarillo); [...] los comercios, que no tienen puertas porque están abiertos en toda su amplitud; la gente presurosa, entre ellos las damas, generalmente muy corpulentas, envueltas sin excepción en la mantilla negra y que con frecuencia llevan en las manos sillas plegables para la visita a las iglesias; entre ellas, ocasionalmente, ciegos mendigando, guitarristas y violinistas que nunca se están quietos, sino que tocan mientras siguen caminando: en suma, toda esta vida de una ciudad española, que en lo esencial ha conservado su tipo moro, tiene algo embriagador (1884: 145 y ss.).

Confiesa que se sintió tentado de pararse a cada paso para realizar un esbozo de ese cuadro incomparable, pero decidió seguir caminando con prisa dejando atrás la torre de la iglesia de Santa Catalina y la Calle de Zaragoza, a la que se asoma la inmensa torre de la catedral, para preguntar en la Calle de Cadirérs [sic] por la llegada de una carta que esperaba, aunque encontrar esta calle no fuera tarea fácil: «Valencia es un laberinto (un *dédalo*,<sup>88</sup> como Aviñón) y el hilo de Ariadna del plano nos suele dejar en la estacada» (1884: 147).

85. El autor hace referencia a la Desamortización de Mendizábal (1835-1936).

86. En español en el original.

87. En español en el original.

88. Passargut utiliza el término francés, *dédale*.

Camino de la catedral se perdió por lo menos media docena de veces hasta que consiguió salir por el lado oeste a la pequeña plaza al lado de la Audiencia, que no tiene nada que envidiar en belleza a la de San Francisco, solo que aquí predominan las violetas:

Todo el suelo está recubierto de ellas, el aroma más exquisito inunda todos los pasajes; era como si respiráramos un dulce veneno. Innumerables abejas se posan en las flores. También aquí corre agua por todas partes. En la época más calurosa del año o en caso de sequía persistente se rocían todas las calles, se puede decir que se encharcan; solo es necesario abrir el cierre de hierro donde pone «boca de riego»<sup>89</sup> y enganchar una manguera para inundar la calle en poco tiempo. Para este fin se utiliza el agua sin filtrar algo lechosa del Guadalaviar, el «río blanco», como lo llamaban los árabes; mientras que las «aguas potables»,<sup>90</sup> el agua para el consumo, se trae a la ciudad desde las grandes reservas en el oeste, donde elimina los sedimentos y se convierte en agua apta para el consumo (1884: 147 y ss.).

Passarge no se paró en esta plaza pues tenía prisa por llegar al Miguelete que, como tantos otros viajeros, relaciona con el romance del Cid:

Pero me di prisa para llegar al Miguelete (en valenciano, Micalet [sic]), el campanario de la catedral al que presuntamente también subió el Campeador, llamado *el Cid*, que quiere decir en árabe «el héroe», justo después de su entrada victoriosa para mostrar a su Ximena y a las hijas lo maravilloso de esta tierra (1884: 148).

Passarge queda impresionado por la vista sin límites desde el Miguelete: sobre la ciudad, el campo, la montaña y el mar. De la vista de la ciudad, con sus cúpulas, sus tejados, sus torres y sus calles estrechas, destaca la suntuosidad de las cúpulas azules, con sus azulejos esmaltados, sobre los que tanto había leído y que por primera vez le desvelan toda la belleza de ese mundo oriental que a los alemanes les parece tan fabuloso: como si un orfebre hubiera dispersado pródigo toda la riqueza de colorido de sus trabajos en oro y esmalte, escribe. Le llama la atención la armonía de los colores, de entre los que predomina el azul oscuro; sin embargo, no hay dos cúpulas iguales:

Las aristas de las cúpulas tienen siempre una coloración diferente. Algunas son completamente blancas y brillan como la porcelana; otras están cubier-

89. En español en el original.

90. En español en el original.

tas por una especie de *azulejos*<sup>91</sup> dorados, es decir, con unas placas de ladrillo que a la sombra parecen simplemente marrones, pero al sol relucen doradas. Algunas cúpulas alternan rayas blancas y doradas, otras azules y doradas. En ninguna parte sobresale un color chillón, ningún dibujo rompe esta armonía. Y ahora imagínese esta maravilla de color en el resplandor dorado de este sol, que vierte un mar de luz sobre toda la ciudad. Incluso abajo, a nuestros pies, todavía emerge el brillo de las cuatro cúpulas de azulejos de la catedral como enormes violetas. Hasta en la lejanía, en el Grao, o donde quiera que sobresalga una iglesia de pueblo: la misma visión (1884: 149-150).

Passarge se dirige ahora siguiendo la Calle de las Barcas hacia el lado este de la ciudad hasta llegar a un parterre y a la Glorieta colindante, uno de los jardines públicos más antiguos de Valencia. El autor muestra un asombro sin límites: latánias y palmeras datileras, araucarias, magnolias, tuyas, naranjos, todo ello sin mencionar las flores. Le sorprende, asimismo, que la mayoría no sean plantas autóctonas, sino importadas y aclimatadas. Describe a la gente sentada en los bancos, trabajadores, cocheros, criadas, niños jugando y bebiendo de la fuente, se sorprende de no encontrar a miembros de las clases pudientes, que busca infructuosamente, y sobre las que ha leído en los relatos de los viajeros. Llega a la conclusión de que, o son producto de la fantasía, o las circunstancias han cambiado desde entonces:

... ninguna dama que pertenezca a clases superiores se sentaría jamás en un banco de la Glorieta o jugaría con el abanico y se dejaría hacer la corte. Quien quiere pasear se dirige a la Alameda, en la orilla norte del Turia, y eso solo entre las cuatro y las seis, es decir, antes de la cena; las damas solo en carruaje, bien en el coche francés, bien en la tartana nacional [...]. Quien no va en vehículo va caminando por el *Camino de la Soledad*.<sup>92</sup> No obstante, antepongo la vida en la Glorieta, donde por lo menos uno u otro ríe (1884: 152).

Passarge hace incursiones en la historia de España y de la ciudad, explica, por ejemplo, el origen de la Plaza de Tetuán, y a continuación menciona el hecho de que los españoles escriben todo lo que les llega al corazón en las esquinas de las calles, bien sea la Constitución, la República, la Fe o la Comuna: «En cuanto aparece un político conocido, su nombre se encuentra en las esquinas. Poco después, se hace famoso otro: la esquina es tolerante» (1884: 153). Así se explica que algunas calles o plazas tengan tres o cuatro nombres.

91. En español en el original.

92. En español en el original. También llamado Paseo de las Palmeras. Era un vial del Paseo de la Alameda que recibió ese nombre por la antigua Ermita de Nuestra Señora de la Soledad.

La siguiente parada de Passarge es el Grao, el puerto de Valencia, situado a cinco kilómetros de la ciudad, un trayecto que define como hermoso, sobre todo por el espectáculo de la huerta. Del puerto destaca los nuevos y excelentes diques de piedra que permiten a los grandes barcos de vapor echar el ancla sin temer los efectos del viento de levante, que él denomina «levantero» (1884: 154). Explica que hacia el norte del Grao se encuentra una especie de arrabal costero, el Cabañal, donde en la época de calor la gente vive en cabañas improvisadas para disfrutar del tonificante aire del mar. Al sur hay otros baños, en Lazareto (refiriéndose a Nazaret) y Pinedo, y para quienes estos lugares estén demasiado lejos, añade, existe la posibilidad de bañarse en medio del puerto, en los baños flotantes.

Sin embargo, quien desee conocer la verdadera vida del pueblo valenciano debe acercarse en las horas de la mañana a la Plaza del Mercado. Aprovecha una breve descripción de los productos de la huerta a la venta en el mercado para explicar la idea errónea que se tiene en el norte de que el mes de marzo es ya un mes primaveral y de que la huerta de Valencia está dedicada básicamente al cultivo de la naranja y a la horticultura. En verdad, escribe, predomina el cultivo de cereales, y en las zonas bajas de la Albufera, del arroz, lo que explica la divisa: «Valencia, tierra de Dios; / Pues ayer trigo y hoi [sic] arroz» (1884: 157), y describe su ilustrativa visita a la Albufera explicando durante el trayecto desde Valencia, cada vez menos pintoresco, el duro proceso del cultivo del arroz y el peligro que supone para la salud el estar en los meses de calor trabajando bajo el sol con el agua hasta las rodillas. Así se explica, escribe, que en estos pueblos arroceros muchos sucumban a las fiebres. En concreto, menciona los pueblos de Alberique y Masalavés, y cita un refrán en valenciano: «Si vols viure poc y ferte ric / Vesten á Alberic; / Si en vols mes / A Masalavés» (1884: 159).

El coche de caballos lo lleva por la Dehesa y finalmente paran en el Saler, que describe con las siguientes palabras:

Paramos en el pueblo de pescadores Saler, que originariamente debió de estar al lado mismo de la Albufera, pero que actualmente está separado de la misma por un extenso aluvión atravesado por canales y que no es sino un estéril cañaveral. Hay aproximadamente una docena de cabañas de pescadores cubiertas de cañas, todas con el frontón hacia la calle del pueblo, en el que también se encontraba la puerta delantera. El interior lo forma una única habitación, sin techo y sin ventana. Solo una esquina está separada por un muro formando un dormitorio. En el centro de la cabaña, sobre el suelo natural, aunque en un pequeño círculo de piedra, arde el fuego del hogar (1884: 161).

El dueño de la cabaña le invita a entrar y le sirve un recipiente humeante con arroz, repollo, azafrán y anguilas. De postre, naranjas. Tras la comida sigue su camino y se dirige en una barca «pescadora»<sup>93</sup> a través del canal hacia la Albufera:

Innumerables ranas croaban entre la espesura de cañas. Tras ellas se extendían múltiples campos de arroz regados por los canales con unas cuantas máquinas chillonas (*norias*,<sup>94</sup> *anouras* [sic]), que extraían el agua estancada. Al fin la amplia superficie se extendía ante nosotros, una laguna de agua dulce que se podría confundir con las lagunas de Prusia Oriental; al este limita con la selvática *Dehesa* (lengua de tierra), que acaba en el sudeste en el canal del Perelló en una profunda depresión; solo que aquí esta se puede cerrar con una esclusa. Hacia el sur, oeste y norte la Albufera afluye de forma imperceptible en la superficie de aluvión, que una vez también cubría. [...]

Los márgenes propiamente dichos de la laguna de la Albufera, de aproximadamente doce kilómetros de largo y la mitad de ancho, apenas están habitados. Solo en la lengua de tierra se encuentra el pequeño pueblo de pescadores El Palmar. Por el contrario, los pueblos Silla, Alcázar, Picasent (detrás, la sierra del mismo nombre), Alfafar, Masanasa, Sollana, Benifayó, Albal, Sedaví y Catarroja rodean sus riberas en un amplio círculo. Otras localidades al sur, cerca de la Sierra de Cullera, son los pueblos Cullera y Sueca. En todas partes predomina el cultivo del arroz.

En medio de la Albufera hay un peculiar islote de cañas que mis barqueros llamaban la *Mata del Fango*.<sup>95</sup> Aquí y en otras zonas (supuestamente doscientas) la Sociedad Valenciana,<sup>96</sup> que ha arrendado el lago del gobierno, ha hecho erigir sitios de tiro, *puestos de yerro* [sic]; «sitios de tiro errado», como los llaman los españoles, que con frecuencia ironizan sobre sí mismos. Los días de caza en la Albufera son verdaderas fiestas para los cazadores dominicales, que con este fin incluso se han hecho construir una gran casa de piedra en el Saler (1884: 162-163).

La siguiente misiva la dedica a describir la Plaza de Toros y a explicar el protocolo de la fiesta, aunque él no asiste a ninguna corrida; en la siguiente se refiere a la tradicional institución del Tribunal de las Aguas, y describe la sesión de la que fue testigo el 9 de marzo. Explica Passarge que este tribunal popular le ha impresionado más que cualquier otro: «Estos siete campesinos están sentados ante ti con una sencillez y una humildad, como los patriarcas en la Biblia» (1884: 171).

93. En español en el original.

94. En español en el original.

95. En español en el original.

96. En español en el original.

Por falta de tiempo decide no describir la catedral con su Virgen de Sassoferrato,<sup>97</sup> tampoco el artesanado de los techos de madera de la Audiencia, ni las fábricas de azulejos en Manises; ni la galería pictórica en el antiguo Convento del Carmen, con las obras maestras de Juan de Juanes —al que denomina el Raffael valenciano— y un interesantísimo Durero. Pero no quiere terminar esta carta sin recordar las cuatro palmeras datileras que había en el patio del convento que, según aseguraba el sirviente de la galería, tenían ciento cuarenta años, así como la ciudad de Sagunto, que describe en detalle. Con esta extensa misiva da por finalizadas sus cartas desde la ciudad de Valencia.

La siguiente carta la escribe el 11 de marzo desde Denia, una ciudad que junto con Gandía no ha visitado ni un solo viajero que él sepa, y cuyo encanto no se puede comparar al de ningún otro lugar en la costa este. Recorre el trayecto hasta Gandía en tren y allí coge una diligencia que le llevará a Denia.

La pequeña ciudad, ya solo una sombra de su antiguo tamaño, está un poco al noroeste de la gran punta que cierra el Golfo de Valencia por el sur, muy cerca del mar [...]. Largas murallas defensivas medio en ruinas en el lado sur muestran la antigua extensión de la ciudad hacia ese lado. Las olas espumajean hasta sus fundamentos y las socavan; un gran trozo está en el agua y aguarda su descomposición. Ningún muelle protege los pocos buques de altura, que en la ensenada almacenan su carga lo más rápidamente posible para no ser arrojados a la costa por un temporal de Levante. Pero el fondo del tenedero es bueno. En el muelle hay todo tipo de barcos, algunos de la cercana Ibiza, completamente cargados de *naranjas*,<sup>98</sup> que se han embalado entre ramas de mirto. En tierra firme los mirtos, que mi pescador no llamaba *arrayanes*,<sup>99</sup> lo que realmente es árabe, sino *murtas*,<sup>100</sup> son escasos, pero en las Pitiusas crecen tan abundantes como en las islas itálicas. [...]

Si nos dirigimos desde la playa hacia atrás al oeste, se puede ver la alta colina del castillo con sus muros ciclópeos, con frecuencia cubiertos de cactus, debajo, la pequeña ciudad echada a perder, con algunas construcciones árabes ahora completamente desfiguradas; detrás, sin embargo, la enorme corona de las montañas de Alicante. Hacia el norte se extiende una amplia llanura, el aluvión de los valencianos, un regalo del mar, desde el que se eleva en forma de islote la montaña de Cullera con su «Virgen».<sup>101</sup> En el sur se ele-

97. El lienzo de la «Virgen del Amor Hermoso» de Sassoferrato fue robado el 21 de julio de 1936.

98. En español en el original.

99. En español en el original.

100. En español en el original.

101. En español en el original.

va el enorme Montgó, una roca caliza cuya altura han determinado de la forma más precisa posible los matemáticos franceses Arago y Biot en 2187 pies parisinos. Pertenecce a la gran Sierra de Aitana en el oeste, pero está separada de ella por una profunda depresión, por la que transcurre la carretera hacia Jávea (1884: 188-189).

Durante la cena en la posada vuelve a sorprenderle no encontrar nada de la «grandeza española» (1884: 193) que se asocia a los españoles, incluso a los mendigos. Cada español se considera un *caballero* y exige que se le trate como tal, pero por caballero no hay que entender un miembro de una orden de caballería, sino un señor; están muy alejados de la presunción de un Don Ranudo,<sup>102</sup> más bien se muestran humildes, corteses y generosos, pero esa misma dignidad dejará rápido paso a una total frialdad si no se les trata con la misma cortesía. Dice que el español se comporta como Pedro Crespo en la obra de Calderón *El alcalde de Zalamea*: cortés con los corteses, tosco con los toscos.

La siguiente carta la escribe el 12 de marzo desde la estación Venta de la Encina, mientras espera el tren que le llevará a Alicante, y como tiene por delante dos horas de espera describe sus experiencias del día y su breve excursión a Játiva. Cuando finalmente llega a Alicante —«¡Qué luz, qué brillo, qué sol!» (1884: 204)— siente que ha dejado atrás Europa y alcanzado la frontera de África:

¡Es el primer lugar que no tiene nada en común con Europa! Aquí está África con sus ardientes rocas desnudas, sus bajas casas de un blanco radiante, sus cúpulas de azulejos azul oscuro, sus feas gentes. Piensa en un paisaje sin un ápice de verde, de una forma que no nos podemos imaginar el mundo; una colina fortificada amarillo blanquecino, que como un horrible monstruo se eleva de forma vertical directamente sobre la ciudad, la negación de toda vida, desnuda como una duna pero con formas afiladas y dentadas, y sobre ella, como una gigantesca corona, la fortaleza. Abajo, la ciudad, que como en las fauces de este monstruo se extiende en línea recta a lo largo de la playa, una masa caliza deslumbrante y descolorida que no interrumpe ni un solo árbol; playa, orilla, nada más que cal y arena. ¡El mar mismo, en el incandescente sol de la mañana, como un único espejo incoloro de metal! Al oeste, como una nebulosa violeta sobre el cielo azul oscuro, el Cerro de Santa Bárbara, la Sierra de San Pascual y otras cadenas montañosas. Al norte la vista la limita el cercano y poco elevado Cabo de las Huertas,

102. Probablemente el protagonista de la comedia *Don Ranudo de Colibrados* (1723) del autor noruego-danés Ludvig Holberg.

al sur, el Cabo de Santa Pola y la isla plana, también llamada Tabarca. Todo pelado, quemado, extremadamente yermo y misantrópico.

Sin embargo –y este es el maravilloso contraste en esta Alicante–, a lo largo de toda la playa se extiende entre la ciudad y el puerto una línea cuádruple de palmeras con agua, flores, lugares de descanso y sombra refrescante, [...] un cuento como solo lo podría imaginar nuestra fantasía (1884: 204-205).

Solo aquí, dice Passarge, es capaz de entender el hechizo de este país ibérico en el que todo es tan distinto a Italia y la mirada ya solo se dirige a África. Y si se le permite clasificar, Barcelona sería Francia meridional, y Tarragona, Valencia y Denia, sicilianas; sin embargo, Alicante solo puede ser considerada africana y permanecerá siempre en su memoria como uno de los lugares más singulares de España.

El autor abandona Alicante y se dirige hacia Murcia pasando por Elche, cuya breve descripción es muy similar a la de otros viajeros, aunque Passarge destaca, una vez más, su africanidad:

En medio de este bosque de palmeras [...] hay numerosas casas, todas con tejado plano, pocas ventanas, a menudo con una única habitación. El conjunto, de hecho, da la impresión de un frondoso palmeral oriental que no ha sido plantado, sino que ha surgido sin ayuda del hombre. [...] Elche es el primer lugar en España que apenas tiene ya nada en común con Europa: en lo esencial la población es todavía mora y su fisonomía natural apunta a África (1884: 219).

Passarge lamenta no poder permanecer en Elche y sigue su camino hacia el sur, un recorrido que describe en detalle. El autor desea hacer notar que los caminos en España, cuyo mal estado era una constante en los relatos de los viajeros, ahora son excelentes. España es un diamante en bruto, escribe, que solo necesita ser pulido y lograr, como un español le había comentado durante el viaje, paz, seguridad y tranquilidad, entonces se le abrirían las puertas a la civilización. A medida que avanza hacia el sur, relativiza la africanidad de los lugares ya visitados, como es el caso cuando pasa por Granja de Rocamora, Cox y Callosa de Segura, mucho más pintorescos que Elche:

Cientos de casitas de piedra están construidas al lado y dentro de la montaña; a menudo forman solo una especie de muralla ante una cueva excavada en la montaña, totalmente cubierta de aloe, higueras y cactus. También las personas tienen una constitución facial completamente mora. Elche parecía una ciudad árabe, pero comparada con Callosa todavía es nórdica (1884: 225).



Orihuela es el último pueblo que mencione antes de entrar en Murcia, el «*Reino serenissimo* [sic]» (1884: 227), así llamado por su cielo eternamente despejado y uno de los lugares más calurosos de España. Murcia y Cartagena serán sus últimas paradas antes de abandonar la costa y dirigirse a Madrid.

## ALOIS ZÖGgeler

Ueber Lourdes Nach Spanien. Eine Pilgerfahrt im Herbste 1887 (*Por Lourdes a España. Un peregrinaje en el otoño de 1887*, 1889)

Apenas sabemos nada de Alois Zöggeler (1840-1909). Según consta en la portada de la obra que nos ocupa, en la fecha de su publicación era cura párroco en Radein, un pequeño pueblo de montaña en Tirol del Sur. En esta obra cuenta su peregrinación a Lourdes y a los lugares y monumentos sagrados más importantes de España entre finales de agosto y principios de octubre de 1887. Zöggeler abandonó su pueblo en los Alpes el 27 de agosto y el 30, ya reunido con el grupo que le acompañaba, partió de Múnich hacia Zúrich, donde el número de peregrinos creció hasta trece. De Zúrich se dirigieron hacia Lyon, y una vez en territorio español recorrieron Bayona, Irún, Santander, Burgos, Valencia, Salamanca, Madrid, Toledo, Córdoba, Sevilla, Cádiz, Málaga, Granada, Valencia y Barcelona.

Zöggeler deja Granada el día 23 de septiembre en dirección a Valencia y, según nos cuenta, esa mañana llueve por primera vez desde que está en España. A lo largo de tres páginas describe el trayecto de treinta horas hasta que ante sus ojos aparece un jardín realmente magnífico: múltiples canales de riego crean una vegetación altamente exuberante, «acogedoras y atractivas aparecen Carcagente y Alcira a la sombra de sus maravillosos bosquecillos de palmeras y olivos; detrás, montañas escarpadas y peladas que sirven tanto de adorno como de protección de este incomparable elíseo» (Zöggeler, 1887: 98). A continuación y sin apenas preliminares (solo nos cuenta que llegan a la ciudad a las once y media y se alojan en el Hotel Madrid) presenta la catedral y la maravillosa vista que se extiende hasta el mar de la que se puede disfrutar desde el Miguelete. A la mañana siguiente tiene lugar la festividad de Santo Tomás de Villanueva, cuya celebración litúrgica en la catedral describe escuetamente:

... en primer lugar sacaron por la iglesia en procesión solemne las reliquias de Santo Tomás en una urna plateada y luego fueron expuestas ante el altar

mayor para su veneración; predicaba el viejo Cardenal Arzobispo Antonio Monescillo y Viso. Una música pomposa y un número considerable de sacristanes, que desfilaban majestuosamente con una capa negra, blancas perlas y un largo bastón, debían glorificar la misa (1887: 100).

Tras el almuerzo querían presenciar una corrida de toros, cuyo variopinto espectáculo comenzaba a las 15 horas:

La entrada en segunda clase costaba 2 pesetas y 60 céntimos. Estas corridas<sup>103</sup> se han construido al estilo de los anfiteatros. Los asientos, que ascienden escalonadamente y hacia atrás, proporcionan una visión completa de la arena, donde tienen lugar los combates, ocasionalmente peligrosos, con los toros. Miles de espectadores de todas las clases sociales, entre los cuales al menos la mitad eran señoras y niños, habían tomado asiento. La música sonaba de forma alegre, vendedores de refrescos y golosinas alababan su mercancía; el público impaciente gritaba, silbaba, triscaba y aplaudía con mucha anticipación, pero el alboroto y el estruendo fueron totales cuando al fin se abrió la puerta y el paseíllo solemne de los toreros, en parte a pie en parte a caballo, anunció el principio de esta diversión popular. Los caballos y los jinetes están adornados de forma festiva: los primeros llevan una venda sobre el ojo izquierdo, así son desviados del toro para que en la lucha no lo vean y se espanten. Los jinetes, armados con largas lanzas, se protegen la pierna izquierda del envite del toro con una espinillera metálica. Esto los hace vulnerables y cuando caen del caballo herido deben ser ayudados inmediatamente por otros esgrimidores para volver a ponerse en pie. El combate lo abren los picadores, que después de haber cabalgado en círculo unas cuantas veces toman posiciones en la barrera para esperar al toro que va a entrar en la plaza. Este se precipita de los toriles adornado con un ramillete de flores que le fijan a la nuca con una vara de hierro y mira a su alrededor sorprendido, como si de repente le hubiera venido a la mente la sentencia del infierno de Dante, que quien entra aquí ya no sale (con vida), e intenta mantener la calma antes de bramar hacia la presidencia su: *¡Caesar moriturus te salutat!* No siempre tiene el valor de embestir inmediatamente, por eso aparecen enseguida los esgrimidores a pie, los chulos, con un traje antiguo de colores, y le provocan con trapos rojos que le colocan delante, después de lo cual salen huyendo a toda prisa de la bestia que les persigue furiosa. Ahora se acercan lentamente los picadores, pinchan con las picas al animal y parece que expongan de forma deliberada los caballos a la cólera del toro enfurecido. Este no se hace esperar mucho, en una fuerte

103. Se refiere a la plaza de toros.

embestida atraviesa al primer caballo, un chorro de sangre del grosor de un brazo sale disparado, el animal se vuelve a encabritar, cae con el jinete al suelo y muere poco después.

Entonces vuelven rápidamente los chulos y distraen con sus trapos de colores al toro. Mientras tanto, se pone en pie al jinete y se retiran los arreos y la montura al caballo muerto. Ya ha caído un segundo caballo, esta vez el toro había levantado al caballo y al jinete con los cuernos para luego arrojarlos sobre el suelo. [...]

Durante casi una hora el primer toro fue [...] atosigado y torturado hasta que, cansado y agotado, se dirigió lentamente y de forma majestuosa [...], hacia la pared, y con calma y decoro se tumbó para morir como un gladiador seguro de sí mismo (1887: 100-103).

Describe a continuación cómo tres mulos arrastran a galope a los caballos muertos y al toro fuera de la arena, cómo esta se nivela y se limpia para continuar con el espectáculo, que le desagrada profundamente: «Y para el noble español esto es una necesidad vital» (1887: 103). Explica que papas y príncipes habían establecido prohibiciones, pero con poco éxito; que Carlos IV prohibió las corridas de toros, pero que José Bonaparte las había vuelto a instaurar en 1808 para ganarse el favor del pueblo.

De la Plaza de Toros se dirigen a la estación para continuar su viaje hacia Barcelona en un tren nocturno y los últimos pensamientos de Zöggeler, antes de ser vencido por el sueño, los ocupa el Cid:

No solo las impresiones sangrientas de las últimas horas, sino también emocionantes cuadros del pasado ocuparon de forma duradera nuestro espíritu en la despedida de Valencia. Aquí terminó su sagrada biografía el santo diácono Vicente, el mártir más famoso de España, bajo la sangrienta persecución de Diocleciano. Aquí estaba la cuna de su tocayo, San Vicente Ferrer, cuya efectividad apostólica convirtió a tantos judíos y turcos y llevó a la penitencia a más de 100.000 cristianos empantanados en el vicio [...].

Otro compañero invisible en este trayecto de nuestro viaje a Barcelona fue el Cid, el «héroe sin igual». Sus fabulosas aventuras, así como sus reiteradas grandiosas victorias y asombrosas hazañas, están entretreídas en este paisaje nocturno que, rociado por la pálida luz de la luna, se podría comparar con el silencioso claustro de San Pedro, donde encontró su tumba junto con su fiel corcel Babieca (1887: 104-105).

## HEINZ HOFFMEISTER

Durch Süd-Spanien nach Marokko. Tagebuchblätter (*Por el sur de España a Marruecos. Páginas de un diario*, 1889)

Heinz Hoffmeister (1851-1894) fue escultor, pintor y escritor, y viajó a España en marzo de 1888, alojándose en la Fonda España. En su prólogo el autor explica que conocer España, el país mágico del Romanticismo sobre el que los poetas han fantaseado tanto, había sido desde su juventud uno de sus más hondos deseos, pues creía que iba a encontrar en España todo lo que los escritores habían descrito con colores tan floridos. Y así, escribe, piensa casi todo el mundo sobre España hasta que la ven con sus propios ojos. Solo Andalucía le hace desear volver al país, pero elegiría otro itinerario, nunca volvería a recorrer la costa este de España debido, sobre todo, a los deficientes medios de transporte.

Valencia, en concreto, es para él una gran desilusión, pues se la había imaginado completamente diferente. Así comienza una carta que escribe el 13 de marzo desde Alicante:

De Valencia estoy muy decepcionado, [...] creí encontrarme en una ciudad árabe bastante sucia. Las calles son estrechas y angulosas, y las casas están llenas de polvo de arriba a abajo. La mayoría son muy altas y en lugar de ventanas tienen puertas con balcones. Los postigos de las casas están casi todos cerrados, lo que deja una impresión triste y desoladora. Si la gente teme al aire o al polvo, no lo sé. En las calles reina una actividad bulliciosa. El espacio inferior de las casas consta de comercios abiertos, de los que emergen olores desagradables que alcanzan las narices de los transeúntes. Por las pocas calles que no son demasiado angulosas circulan tranvías de caballos de vía estrecha, que están tan sucios y polvorientos como no los he encontrado más lamentables en Túnez y el Cairo. Las personas que vi en las calles parecían pertenecer, por lo general, a las clases bajas, lo que en lo referente a la vestimenta no causaba muy buena impresión. Damas y caballeros mejor vestidos o, como en Barcelona, extremadamente elegantes, no pude ver en plena calle. Solo de vez en cuando se les podía ver en algún tipo de coche o en ocasiones en un balcón. Me da la sensación de que la vida de la gente distinguida se desarrolla, como en Oriente, en el interior de las casas. De «bellezas» tampoco he podido descubrir nada, pero sí una repugnante miseria de mendigos deformes, más repulsivos incluso que los leprosos de Jerusalén. Sin embargo, no son tan molestos como cabría de esperar; solo hay que tener en cuenta una cosa, evitar mirarles o hacerles caso mediante cualquier movimiento de la mano o la cabeza, ni qué decir de la palabra, ni antes ni después de que se hayan dirigido a ti (Hoffmeister, 1889: 20-21).

Hoffmeister continúa con su impresión negativa de Valencia, reafirmando-se en que no había nada en la ciudad que a sus ojos valiera la pena. En compañía de un compatriota que conoció en la oficina de correos y que ejerció de guía, recorrió los monumentos de Valencia. En primer lugar,

... la arena más grande de España, que me recordaba al Coliseo en Roma. [...] Luego vi una fábrica de tabaco, en la que trabajaban más de 3.000 mujeres y niños. Además, algunas antiguas iglesias, altamente interesantes desde una perspectiva arquitectónica, edificios públicos y el denominado palacio de mármol (1889: 23).

Y con este edificio, relata Hoffmeister, habían llegado a su fin los monumentos de Valencia, a menos que se tuviera en consideración, comenta irónico, un dragón que se conserva en una de las iglesias al que antaño dieron muerte en un viejo cauce que recorría la ciudad, que luego se secó, y que ahora todavía se muestra al asombrado público como el «dragón» en el que había habitado el diablo y que había puesto en jaque a la ciudad.<sup>104</sup> Para el autor, el animal disecado era solo un tipo de cocodrilo, como los que había visto colgando con frecuencia sobre las puertas de Egipto.

En lo que respecta al clero católico y su trascendencia en España, había esperado encontrar muchas más huellas:

Hasta ahora no he visto, que yo sepa, ningún cura en la calle, y tampoco me han llamado la atención entre la población ceremonias eclesiásticas destacables. Después de todo lo que había leído y oído de la mojigatería española, creí que iba a encontrarme a la mitad de la población de rodillas y santiguándose, y a la otra mitad llorando en una procesión. ¡Nada de todo eso! He oído repicar las campanas del mediodía y del atardecer mientras observaba a la gente, pero ni entonces ni cuando iban a tomar los alimentos se santiguaban, como se puede observar en casi toda Italia (1889: 24).

Llega a la conclusión de que todo lo que se escucha y se lee sobre España en ese sentido parece exagerado, por lo que va a intentar ser especialmente cuidadoso, objetivo y estricto en sus descripciones. Y con Valencia, dice, prácticamente ha terminado. Solo desea añadir lo siguiente:

... que los colegiales de aproximadamente ocho años ya fuman cigarrillos en las calles y que mientras lo hacen no escupen menos que los mayores,

104. Hoffmeister hace aquí referencia a la leyenda del «Dragón del Patriarca».

que también lo hacen sin importarles dónde estén. Las escupideras, que aquí se pueden encontrar en cualquier lugar, parece que no han logrado su objetivo. En cambio, casi todas las estancias, igual si se denominan salón, sala de lectura, comedor o dormitorio, tienen el intensivo olor del humo de cigarrillos (1889: 25).

Hoffmeister tenía la intención de visitar el Grao para encontrar algo de aire fresco, pero a medio camino tuvo que dar la vuelta porque el polvo le impidió seguir. A la mañana siguiente continuó su viaje a Alicante, con la esperanza de tener más suerte que en Valencia. Llegó a la ciudad en mitad de la noche y despertó sorprendido al amanecer:

Aquí en Alicante sonrío el verano eterno. Hace tanto calor como en Alemania en julio o agosto y solo el refrescante viento marero hace el aire soportable. La palmera medra aquí como en Oriente. [...] Alicante también parece una ciudad árabe, solo que las calles son algo más anchas y están construidas en línea recta. Las casas, sin embargo, son igual de polvorientas que en Valencia, las ventanas y los postigos están también firmemente cerrados, muchas incluso están estrechamente enrejadas al más puro estilo árabe. Las calles no están asfaltadas, aquí y allá hay plazas pobladas de plantas, pero totalmente polvorientas. Desde el Hotel *Bossio* hasta el puerto se eleva una construcción arquitectónica a lo largo de toda la calle hacia abajo y unas altas escaleras suben a ambos extremos. A izquierda y derecha sobre esta elevación hay árboles plantados, bajo los mismos hay enormes bancos a lo largo de todo el recorrido que están ocupados todo el día. [...] En el puerto hay una avenida de cuatro filas de palmeras muy bonita, en el centro tiene plantaciones de flores; desgraciadamente, está todo tan polvoriento que no se puede disfrutar de estas instalaciones que, por otro lado, son realmente bonitas. El puerto está formado artificialmente por un empedrado semicircular que es tan ancho que desde ambos lados y hasta el acceso al mismo puerto hay vías de ferrocarril. A derecha e izquierda del acceso se encuentran pequeños faros, alrededor de los cuales hay bancos para descansar; y aquí me siento habitualmente para disfrutar de la hermosa brisa marina, libre de polvo. La vista desde aquí sobre la ciudad es incluso encantadora. En primer lugar, el agua azul profundo del puerto con sus muchos barcos, luego la avenida de palmeras, detrás la hilera de casas sobre la que se eleva la ciudad montaña arriba. A la derecha hay un alto peñón calcáreo de un blanco amarillento sobre el que se puede ver un castillo. [...] A la izquierda se puede ver un segundo fuerte, menos elevado, sin embargo, las pintorescas atalayas anejas dan algo de vida al contorno de toda la loma (1889: 33-34).

La mayor parte de su estancia en Alicante transcurre en el puerto, el único sitio donde podía respirar aire fresco. Desde Alicante Hoffmeister viaja hacia Cartagena, un recorrido que le compensará de toda la decepción anterior al descubrir el palmeral de Elche:

Al principio el paisaje deja una impresión muy triste, a pesar de que de vez en cuando se ven campos de trigo casi maduro y grupos de palmeras. Cuando ya se pierde el interés de dedicarle siquiera atención a esta región monótona, de repente, como por arte de magia se encuentra uno en un enorme palmeral, y en derredor no se ve nada más que los troncos de las elevadas palmeras con sus elegantes frondas y colgando, dátiles de un hermoso color amarillo rojizo. En medio de este palmeral está la estación de Elche, desde la que se tienen tres vistas: hacia atrás, sobre el mar, hacia el lado, a través de una amplia avenida, sobre casas de aspecto árabe, y en línea recta, sobre unas montañas flotando en el éter azul. [...] Sin embargo, más que por el interior del palmeral uno queda sobrecogido a la salida del tren, que de repente atraviesa un puente desde el que mirando hacia abajo se ve un profundo, agreste y escarpado barranco en cuyo fondo fluye un arroyo o un río. Muy cerca de esta pared de piedra limita el imprevisible palmeral, en el que de repente se hace visible en toda su extensión un pueblo auténticamente árabe. Debo reconocer que no he visto en Túnez, ni siquiera en Oriente, una imagen tan pintoresca (1889: 48-49).

El segundo pueblo que le agradó sobremanera fue Callosa de Segura:

Este pueblecito se encuentra escondido entre palmeras y exorbitantes árboles verdes, de forma que solo emergen de vez en cuando una torrecita o un muro. Pero lo que le da al conjunto un encanto especial es un picacho alto, desnudo, de un color amarillo grisáceo, quebrado, formado por muchas grutas, cuevas y cumbres, que en la distancia me recordaba a Capri [...]. Pero más que la propia Callosa me cautivó el cementerio que había al lado, al que quiero llamar la campiña de los santos. Aquí alternaban las palmeras con oscuros y altos cipreses y entremedio centelleaba el reverdecir de los abedules blancos. Aquí y allá sobresale una cruz, mientras que en el centro de este lugar tranquilo se alza una capilla de una arquitectura muy delicada (1889: 49).

También destaca el emplazamiento pintoresco de la estación de Orihuela antes de llegar a Murcia, desde donde tras cambiar de coche se dirigirá a Cartagena.

## CONCLUSIONES

Durante el siglo XIX serán muchos y dispares los viajeros que se acerquen a la Península, y en sus relatos, memorias, diarios, cartas... encontramos una imagen de este país no exenta de estereotipos, tanto positivos como negativos, que a menudo remiten a modelos literarios. Los románticos redescubrieron la literatura española, por un lado, a través de las joyas del Siglo de Oro, y, por otro, mediante su ensalzamiento de la Edad Media y su interés por la literatura popular, así como por el romancero del Cid, cuya leyenda está presente, en mayor o menor medida, en casi todos los relatos. Muchas de las traducciones canónicas de la literatura española pertenecen a este periodo.

Sin embargo, aunque con la llegada del Romanticismo se produce una revisión de la imagen de España y un aumento del número de viajeros, el contacto real entre ambas culturas sigue siendo escaso y siguen coexistiendo las dos imágenes antagónicas de España, no necesariamente excluyentes, lo cual no fue óbice para que creciera el interés por su literatura, sus manifestaciones artísticas, en general, y por su lengua, contribuyendo así al asentamiento del hispanismo en Alemania.

La ciudad de Valencia que muestran los relatos de los viajeros a esta ciudad en el siglo XIX es la Valencia de intramuros, en la que poco quedaba de la estructura de la ciudad que el Cid conquistó en 1094 (cf. Fletcher, 1999: 176-180). Todavía no se había gestado el proyecto definitivo del ensanche del último cuarto de siglo que iría recortando el entorno agrícola y no hay rastro del derribo de las murallas medievales que comenzó a partir de 1865. En su conjunto, la mayoría de los testimonios son laudatorios, incluso apasionados, y se destacan de Valencia sus reminiscencias árabes en gentes y lugares. Se la compara con un jardín edénico, hermosa y bella, con el paraíso —«Para los moros aquí estaba el paraíso en la tierra, los judíos olvidaron aquí su patria» (Beaulieu, 1885: 20).

Como símbolos identificadores de la ciudad destacan la catedral, el Miguelete y la Lonja y cobran especial importancia las descripciones de la naturaleza, que muestran un nuevo modo de entender el paisaje asociado al Romanticismo. La mayoría de los viajeros describen con admiración la huerta, que comparan a un trozo de cielo —«Nada es más hermoso ni más fértil que la Huerta de Valencia y los españoles han adoptado con justicia el dicho de los árabes: la Huerta de Valencia es un pedazo de cielo que ha caído aquí a la tierra» (Minnich, 1862: 238)— y muestran su admiración por el sistema de riego construido por los árabes, aunque alaban el mérito de los valencianos que supieron conservarlo. Además, destacan las descripciones de los diferentes jardines de la ciudad y de su riqueza vegetal, la Alameda



y la Glorieta merecen mención aparte, en ellas se aúna la belleza de la naturaleza con la vida social. Que Valencia es una ciudad que vive de espaldas al mar queda patente también en estos relatos, pues apenas se menciona de forma independiente, generalmente es solo parte del espectáculo que se contempla desde el Miguelete. En lo que respecta a otros destinos en la actual Comunitat Valenciana, a medida que avanza el siglo aumenta el interés de los viajeros por los pueblos o las pequeñas ciudades que recorren a su paso, de entre los que hay que destacar Alicante y Elche, puesto que el viajero que abandona Valencia se dirige generalmente al sur.

En las descripciones de Valencia que nos lega esta selección de textos encontramos referencias, incluso descripciones, que se repiten: los viajeros comparten símbolos y juicios cualitativos (positivos o negativos) que poco ha alterado el paso del tiempo. Se perciben las mejoras en el puerto, en el mercado, en el asfaltado de la ciudad, pero la esencia apenas cambia a lo largo del siglo. Salvo excepciones, Valencia no es para el viajero un lugar por descubrir, la perspectiva ficcional extraída de la literatura o de relatos preexistentes caracteriza en gran medida la forma de experiencia de los viajeros alemanes en Valencia durante este siglo. La ciudad perpetúa las formas del pasado y el viajero se detiene sobre todo ante aquello que reconoce como signo.

## BIBLIOGRAFÍA

### *Fuentes*

- BASTIANO, Graf (1865): *Im Süden. Reiseskizzen*, Berlín, Verlag der Königlichen Geheimen Ober-Hofbuchdruckerei.
- BAUMSTARK, Reinhold (1868): *Mein Ausflug nach Spanien im Frühling 1867*, Regensburg, G. J. Manz.
- (1869): *Mein Ausflug nach Spanien im Frühjahr 1867*, Regensburg, G. J. Manz.
- BEAULIEU, Gertraut Chales de (1885): *Spanische Frühlingstage. Eine Wanderung auf der iberischen Halbinsel*, Leipzig, Hoffmann & Ohnstein.
- DELIUS, Eduard (1834): *Wanderungen eines jungen Norddeutschen durch Portugal und Spanien und Nord-Amerika. In den Jahren 1827-1831. Zweiter Band*, Hamburgo, Herold.
- FELDER, Robert M. (1832): *Der Deutsche in Spanien, oder Schicksale eines Würtembergers während seinem Aufenthalt in Italien, Spanien und Frankreich. Erster Theil*, Stuttgart, s. e.

- FISCHER, Christian August (2008): *Cuadro de Valencia (Gemälde von Valencia)*, coordinado por Berta Raposo Fernández, Valencia, Biblioteca Valenciana.
- GEROLD, Rosa von (1880): *Eine Herbstfahrt nach Spanien*, Viena, Carl Gerold's Sohn.
- HACKLÄNDER, Friedrich Wilhelm (1855): *Ein Winter in Spanien. Erster Band*, Stuttgart, Adolph Krabbe.
- HAHN-HAHN, Ida (1841): *Reisebriefe. Erster Band*, Berlín, Duncker.
- (1841): *Reisebriefe. Zweiter Band*, Berlín, Duncker.
- HOFFMEISTER, Heinz (1889): *Durch Süd-Spanien nach Marokko. Tagebuchblätter*, Berlín, Richard Wilhelmi.
- HUBER, Victor Aimé (1833): *Jaime Alfonso, genannt el Barbudo. Skizzen aus Valencia und Murcia*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht.
- MINNICH, Johann Alois (1862): *Reisebilder aus Spanien*, Zürich, s. e.
- PASSARGE, Ludwig (1884): *Aus dem heutigen Spanien und Portugal. Reisebriefe. Erster Band*, Leipzig, Bernhard Schlicke.
- RIGEL, Franz Xaver (1821): *Der Siebenjährige Kampf auf der Pyrenäischen Halbinsel von 1807 bis 1814; besonders meine eigenen Erfahrungen in diesem Kriege nebst Bemerkungen über das spanische Volk und Land. Dritter und letzter Theil*, Darmstadt, s. e.
- (1839): *Erinnerungen aus Spanien*, Mannheim, Schwan- und Götz'sche Hofbuchhandlung.
- ROCHAU, Ludwig von (1847): *Reiseleben in Südfrankreich und Spanien. Erster Band*, Stuttgart y Tübingen, Cotta.
- THIENEN-ADLERFLYCHT, Karl (1861): *In das Land voll Sonnenschein. Bilder aus Spanien*, Berlín, Duncker.
- WATTENBACH, Wilhelm (1869): *Eine Ferienreise nach Spanien und Portugal*, Berlín, Wilhelm Hertz.
- WILKOMM, Moritz (1847): *Zwei Jahre in Spanien und Portugal. Reiseerinnerungen. Erster Band*, Dresde y Leipzig, Arnoldische Buchhandlung.
- (1852): *Wanderungen durch die nordöstlichen und centralen Provinzen Spaniens. Reiseerinnerungen aus dem Jahre 1850. Erster Theil*, Leipzig, Arnoldische Buchhandlung.
- (1852): *Wanderungen durch die nordöstlichen und centralen Provinzen Spaniens. Reiseerinnerungen aus dem Jahre 1850. Zweiter Theil*, Leipzig, Arnoldische Buchhandlung.
- (1876): *Spanien und die Balearen. Reiseerlebnisse und Naturschilderungen nebst wissenschaftlichen Zuständen und Erläuterungen*, Berlín, Theobald Grieben.
- WOLZOGEN, Alfred von (1857): *Reise nach Spanien*, Leipzig, Hermann Schulze.
- ZÖGgeler, Alois (1889): *Ueber Lourdes Nach Spanien. Eine Pilgerfahrt im Herbst, 1887*, Bozen, Wohlgemüt.

*Bibliografía secundaria*

- BRIESEMEISTER, Dietrich (2009): «Victor Aimé Huber como hispanófilo», en B. Raposo e I. García-Wistädt (eds.): *Viajes y viajeros entre ficción y realidad. Alemania-España*, Valencia, PUV, pp. 131-155.
- BRÜGGEMANN, Werner (1956): «Die Spanienberichte des 18. und 19. Jahrhunderts und ihre Bedeutung für die Formung und Wandlung des deutschen Spanienbildes», en J. Vincke (ed.): *Spanische Forschungen der Görres-Gesellschaft. Gesammelte Aufsätze zur Kulturgeschichte Spaniens*, Münster, Aschendorff, pp. 1-146.
- ELVERS, Rudolf (1872): *Victor Aimé Huber, sein Werden und Wirken. Erster Theil*, Bremen, Müller.
- FLETCHER, Richard (1999): *El Cid*, Guipúzcoa, Nerea.
- GARCÍA-WISTÄDT, Ingrid (2017): «“Der Cid zu Valencia und im Tod”: la Valencia mítica en los relatos de los viajeros alemanes a España (s. XIX)», en B. Raposo y W. L. Bernecker (eds.): *Spanische Städte und Landschaften in der deutschen (Reise)literatur / Ciudades y paisajes españoles en la literatura (de viajes) alemana*, Frankfurt/M., Lang, pp. 73-94.
- GÓMEZ PERALES, María José (2011): «Zwischen romantischem Erbe und Modernität», en B. Raposo e I. Gutiérrez (eds.): *Bis an den Rand Europas. Spanien in deutschen Reiseberichten vom Mittelalter bis zur Gegenwart*, Frankfurt/M., Vervuert, pp. 227-273.
- HORRENT, Jules (1973): *Historia y poesía en torno al «Cantar del Cid»*, Barcelona, Ariel.
- HUBER, Victor Aimé (1829): *Geschichte des Cid Ruy Diaz Campeador von Bivar. Nach den Quellen bearbeitet*, Bremen, Hense.
- TIETZ, Manfred (1980): «Das französische Spanienbild zwischen Romantik und Aufklärung: Inhalt, Funktion, Repliken», *Europäische-afrikanische Literatur-Beziehungen*, n.º 1, pp. 25-41.
- (ed.) (1989): *Das Spanieninteresse im deutschen Sprachraum. Beitrag zur Geschichte der Hispanistik vor 1900*, Frankfurt/M., Vervuert.
- WOLFZETTEL, Friedrich (2003): «Spanien als europäischer Orient und die (romantische) Andalusienreise: Edgar Quinets “Mes vacances en Espagne” im Kontext», en F. Wolfzettel (ed.): *Reiseberichte und mythische Struktur: Romanistische Aufsätze 1983-2002*, Stuttgart, Franz Steiner, pp. 376-390.



## VIAJEROS ALEMANES DEL SIGLO XX

La transferencia cultural hispano-alemana desde una perspectiva histórica permite observar cómo han cambiado a lo largo de los siglos la percepción, transmisión y recepción de determinadas topografías culturales españolas por parte de viajeros alemanes.

El siglo XX trajo consigo una progresiva modernización y mejora de la infraestructura viajera que supuso un lento pero constante acercamiento cultural e ideológico de España al resto de Europa. No obstante, la mayoría de viajeros alemanes seguía considerando la Península como un destino exótico y de reminiscencias orientales, muy por detrás de una Italia más conocida y cercana por su pasado clásico y su relevancia en la tradición literaria y artística alemana.

Entre los viajeros que con el comienzo del nuevo siglo decidieron ir al encuentro de este país todavía poco conocido, pero que tanto tenía que ofrecer a quienes se atrevieran a cruzar la frontera no solo geográfica sino también psicológica de los Pirineos, encontramos intelectuales, sacerdotes, fotógrafos, arquitectos, pintores, zoólogos, periodistas, políticos y un largo etcétera que hace imposible ofrecer una relación completa. La mayoría de estos viajeros solían incluir en su itinerario Andalucía y Madrid, pero la ciudad de Valencia, en ocasiones también los alrededores y la provincia de Alicante, también fueron adquiriendo un protagonismo cada vez mayor a medida que avanzaba el siglo.

Las experiencias de los viajeros en su recorrido por la costa mediterránea generalmente se correspondían —si damos crédito a sus relatos— con unas expectativas a menudo estereotipadas. En los textos abundan referencias a una naturaleza frondosa, a parajes con reminiscencias orientales, a un entorno colorido, sensual, bañado y mimado por el sol y por el mar, pero también a una ciudad anclada en el pasado, un paisaje africano, un lugar de represión y censura o una fiesta de pirómanos —todo ello visiones que darán testimonio de la progresiva modernización

del Cap i Casal<sup>1</sup> en el siglo XX y de su transformación en la emblemática topografía cultural que representa en la actualidad.

Tal vez una de las observaciones más recurrentes en la odepórica sobre la Península Ibérica en el siglo XX haga referencia al contraste entre una España anacrónica, ligada al pasado y a sus tradiciones y un país en vías de modernización, que intenta hallar su lugar en Europa. Hay que tener presente que el concepto de «nación de contrastes» es, como ya apunta Leerssen, uno de los clichés identitarios más recurrentes (2007: 344) en la literatura de viajes en general. Sin embargo, es innegable que esta tendencia hacia la yuxtaposición y convivencia de rasgos extremos se convertirá incluso en el siglo XXI en una constante dentro de la literatura de viajes. La España del siglo XX y, en especial, la costa levantina, serán, tal y como veremos a lo largo de los textos que nos ocuparán en el presente capítulo, objeto de una profunda transformación geográfica y cultural que irá de la mano de un cambio conceptual en cuanto a comportamiento y función social del viaje y del viajero, propiciado por el acceso a las nuevas tecnologías y las facilidades económicas y comodidades del transporte y condicionado, además, por dos fenómenos sociales con importantes imbricaciones literarias: la aparición del turismo de masas y el fenómeno de la globalización.

La selección de autores y relatos de viaje que a continuación se presenta ha seguido varios criterios. En primer lugar, dado el gran número de viajeros que comienza a visitar Valencia y sus alrededores a partir del siglo XX y que va aumentando exponencialmente con cada nueva década, nos hemos decantado por aquellos que escriben sus experiencias viajeras sin caer en exceso en pretensiones profesionales, bien de índole científica o artística. De igual manera y con el fin de no extender demasiado la bibliografía de viajeros, tampoco entran en el catálogo aquellos textos que tienen como objetivo relatar aspectos relacionados con la Guerra Civil o con campañas militares. Para ello recomendamos acudir a la abundante literatura especializada sobre el tema. En tercer lugar, dada la creciente popularidad de España en el siglo XX, hemos centrado nuestra atención en los viajes por la provincia de Valencia propiamente dicha. Las visitas a las provincias de Castellón y Alicante se mencionan solo de manera secundaria, ya que presentarlas con el mismo detalle hubiera alargado en demasía este capítulo. Finalmente, se ha buscado la variedad y se ha prescindido de relatar experiencias e impresiones similares, intentando con ello dar cabida –dentro de la limitación de páginas que impone el formato de esta publicación– a las distintas visiones de viajeros de habla alemana sobre la Valencia moderna.

1. Nombre que significa ‘cabeza del reino y casa’ y por el que se conoce la ciudad de Valencia desde la Edad Media.

## ROBERT KLIMSCH

Spaniens Städte, Land und Leute (*Ciudades, paisaje y gentes de España*, 1912)

La odepórica de comienzos del siglo XX sigue cumpliendo con la función principal que le es propia desde sus comienzos: dar información, en ocasiones de tipo enciclopédico, de aspectos históricos, culturales, artísticos, geográficos, políticos y económicos. Uno de los primeros testimonios de viajeros en Valencia en el nuevo siglo sigue precisamente esta máxima y corresponde al sacerdote austriaco Robert Klimsch (1867-1920).

Robert Klimsch dedicó su vida a la labor sacerdotal, docente y periodística, completando esta actividad con la escritura de algo más de una decena de libros, entre los cuales destacan dos relatos viajeros que plasman sus experiencias por Italia: *Wanderungen durch Rom (Paseos por Roma, 1894)* e *Italiens berühmteste Städte und deren Heiligen (Ciudades y lugares más famosos de Italia y sus santos, 1912)* y el relato dedicado a España que nos ocupa y que constituye el resultado de un viaje en el año 1908, si bien se publicó cuatro años más tarde. El propio autor se queja en el prólogo de que se suele prestar demasiada atención a las publicaciones sobre Italia y muy escasa a aquellas que hablan de las bellezas de una España poco conocida:

Miles de artículos, comentarios y descripciones sobre Italia y sus maravillas aparecen año tras año en revistas y periódicos, llevando con ello el conocimiento sobre Italia a círculos cada vez más amplios, mientras que uno puede hojear numerosos ejemplares, incluso de revistas de gran prestigio, sin encontrar ni una sola referencia a España (Klimsch, 1912: 5).

En su intento por llenar ese vacío, Klimsch no solo mostrará sus propias opiniones, sino que recurrirá constantemente a descripciones y valoraciones de viajeros anteriores que logran, según el propio autor, describir con el mayor de los aciertos lo más bello y destacado de España. De este modo, el texto supone una valiosa fuente de información de experiencias y consideraciones de viajeros alemanes en las postrimerías del siglo XIX, pero plantea a la vez el problema de la actualidad y veracidad de la información, dejando en ocasiones patente la divergencia entre la Valencia real y aquella ideada a través de su escritura. Llama la atención la particular selección que hace el propio autor. En el prólogo se enumeran con detalle las obras que han acompañado e inspirado al religioso, analizando cada una de ellas desde una perspectiva teológica y destacando su afinidad o no con la religión católica. Es en este punto donde la actividad profesional de este viajero repercute de manera determinante en su apreciación intelectual: valora especialmente aquellas obras de

«buenos católicos» (la mayoría de ellos sacerdotes) y recrimina a algún autor por comportamientos inadecuados para un católico ejemplar.

En el texto aparecen continuas referencias a virtudes cristianas y resulta sorprendente para el lector contemporáneo cómo el entusiasmo del autor por España se justifica en gran medida por el recato, la virtud y la decencia que él atribuye a sus gentes, llegando incluso a tratar de justificar la Inquisición como mecanismo para mantener la fe verdadera:

La religión católica se consideraba, tal y como nosotros, los católicos, podemos seguir demostrando científicamente en la actualidad, como la única verdadera e infalible. Perder de manera imprudente la fe católica significaba perder la salvación eterna. Un católico creyente de España no podía imaginarse una desgracia mayor para el individuo y para todo el pueblo. Así que, quien salva a un católico de la tentación de la herejía con medios permitidos, realiza una obra meritoria. Salvar a todo un pueblo de esta desgracia le pareció al soberano y legislador tan lícito como lo sería para un general sacrificar su regimiento, si con ello pudiera salvar a todo el ejército (1912: 54 y ss.).

Dejando a un lado el fervor religioso del padre Klimsch, su viaje comienza una lluviosa y fría mañana de abril de 1908. Una vez deja atrás la nieve y el cielo gris de la ciudad austriaca de Klagenfurt, y a medida que el tren le va acercando al sur, el autor comienza a notar el calor del sol y contempla dichoso cómo la naturaleza a su paso ya está en plena floración.

Tras su paso por Barcelona, Zaragoza y Tarragona comienza a vislumbrar «el jardín de España» (1912: 162): Valencia.

A lo largo de la primera década del siglo XX, la ciudad de Valencia comienza a experimentar un crecimiento y una proyección exterior cada vez mayores, esforzándose por presentarse como una urbe moderna y socialmente innovadora. Todo el país se vio sometido a un importante proceso de modernización durante el primer tercio del siglo XX, si bien en Valencia ese crecimiento no se basará en la industria, sino en la agricultura y en la manufactura, aspecto que queda claramente reflejado en este relato viajero.

Klimsch está bien documentado y aporta estadísticas y datos concretos sobre la producción de las huertas, el valor de la tierra y su fertilidad, profundamente impresionado por la laboriosidad en su cultivo y por el buen aprovechamiento del agua. Asegura el autor que España es uno de los países punteros en lo que a regadío artificial se refiere y atribuye este logro no solo a los árabes sino también a los habitantes actuales. La importancia del agua para la huerta valenciana queda patente cuando observa que «donde España tiene agua, es un paraíso, donde



carece de ella, un desierto» (1912: 163). Buena muestra de ello es la extraordinaria riqueza del paisaje de naranjos que el religioso contempla abrumado a partir de su paso por Castellón:

Tras Castellón de la Plana la sorpresa no conoce límites. El tren viaja durante horas a través del exuberante verdor de campos de naranjos, tan lejos como la vista alcanza hay árboles a diestro y siniestro, naranjo junto a naranjo, cubiertos de flores blancas o cargados de dorados frutos. El embriagador aroma de naranjas penetra en los vagones. Trenes de mercancías cargados de naranjas esperan en las estaciones, enormes cantidades de frutos cubren el suelo.

Para mediados de mayo, la mayoría de campos de naranjas ya habían sido cosechados, solo una pequeña parte mostraba todavía su sorprendente esplendor dorado, que debió de haber sido todavía más hermoso unas semanas antes.

Anton Schmucki,<sup>2</sup> por su parte, describe el espectáculo así:

«¿Y qué es lo que vi entonces? Un verdadero paraíso. Interminables tramos a la izquierda y a la derecha de la línea ferroviaria están cubiertos de plantaciones de naranjos. Los naranjos o naranjos amargos están alineados de manera regular; el oscuro verdor de sus hojas es agradable a la vista, pero todavía lo es más contemplar los hermosos frutos dorados, que a menudo llegan a tapar del todo el verde las hojas» (1912: 168-169).

Klimsch menciona Sagunto como la parada más famosa para el extranjero, sin embargo, le dedica apenas unas líneas a su castillo para luego centrar su atención en la Huerta de Valencia. La simpatía del autor por la región resulta innegable cuando recurre a hermosas citas de otros viajeros para describir aquellos aspectos del paisaje que más le impresionan. Así, recurre a las palabras del geógrafo Hermann Adalbert Daniel en su *Handbuch der Geographie* (*Manual de geografía*, 1860: 341) para describir la que considera una de las áreas más fértiles y maravillosas de España:

Y sin embargo [las moreras] constituyen un bello adorno en la huerta; son las que la visten de verde en verano, cuando el trigo forma una alfombra de un marrón dorado a sus pies. Desde luego, también hay un tiempo en el que estas moreras tienen un aspecto desolador; eso sucede en primavera, cuando se arrancan con cuidado las hojas nuevas, que servirán de alimento a los gusanos de seda. Si bien la vega en general muestra el mismo carácter, siempre ofrece una imagen cambiante. Aquí y allá palmeras ondean sus coronas solitarias al viento, aquí y allá se juntan para formar una arboleda, un

2. Sacerdote suizo que plasmó sus experiencias de peregrino en *Kreuz und quer durch Spanien* (*A lo largo y ancho de España*, 1900).

bosquecillo, incluso un bosque. Con las moreras alternan granados, naranjos, limoneros, higueras, algarrobos, manzanos, perales, cerezos y ciruelos; junto al campo de cereales, con las espigas ya doradas por la madurez, brota con exuberancia el joven arroz verde o el cáñamo. Aquí la siembra y la cosecha duran todo el año sin interrupción; cada mes ofrece su fruto; la misma tierra se puede cultivar cuatro o cinco veces en un año. Hoy el campesino corta la paja, tras pocos días el campo ya está arado y antes de que transcurra un mes se ve cómo reverdece de nuevo (1912: 171-172).

Le dedica un largo capítulo exclusivamente a «la ciudad del Cid» (1912: 173), dirigiéndose en primer lugar a la monumental plaza de toros, que le causa una gran impresión. Klimsch se niega a hospedarse en posadas y ventas por la suciedad y los parásitos que, según la información que posee de otros viajeros, abundan en ellas, así que el autor se dirige a una fonda junto al palacio del Marqués de dos Aguas, cuya fachada dieciochesca es motivo de su admiración. En su visita a la ciudad, el autor subraya a menudo el carácter típicamente meridional de esta y destaca las huellas moras que percibe por doquier. Por ejemplo, asegura que la plaza del mercado guarda gran parecido con la del Cairo, impresión que comparte con muchos otros viajeros. De hecho, Klimsch cita de nuevo en este punto a Hermann Adalbert Daniel (Daniel, 1860: 383), quien a su vez cita sin nombrar a Christian August Fischer en su descripción de la ciudad de principios del siglo XIX (Fischer, 1803: 19), siendo las tres referencias prácticamente idénticas.

Estrechas y sinuosas callejuelas, casas de fachadas coloridas, griterío animado en las calles, aquí y allá espléndidos trajes regionales, pequeñas plazas con vegetación tropical, largas avenidas o jardines con magníficos árboles nos recuerdan que Valencia sigue siendo una ciudad mora y que se sitúa más al sur que Nápoles.

Aquí no se ven mendigos, holgazanes ni obreros desempleados. Mire uno donde mire, solo verá a personas joviales, laboriosas y alegres. El tumulto variopinto de incontables artesanos que trabajan al aire libre, el murmullo de los telares de seda acompañado de los cantos de los trabajadores, las voces de mil vendedoras de horchata, fruta y agua que se entremezclan con el sonido del órgano, del triángulo y de la pandereta de incontables murcianos ambulantes –de mil maneras, con mil sonidos, solo vida, gozo y alegría de vivir– (Dr. Daniel) (1912: 173-174).

Entre una descripción y otra hay un lapso de más de cien años, lo cual siembra dudas no solo sobre la fiabilidad de las fuentes y su vigencia sino también sobre la veracidad y autenticidad de la experiencia vivida supuestamente por el viajero.

Tal y como ya sucedía con relatos de viajes de siglos anteriores, el lector debe proceder con cautela a la hora de identificar la descripción literaria con la realidad geográfica, constatando con frecuencia que las percepciones del viajero son fruto de lecturas y constataciones estereotipadas y no de la realidad empírica.

Haciendo énfasis en el carácter jovial del valenciano, aunque también en cierta falsedad e hipocresía en su forma de ser y en la mezcla racial de sus habitantes (judíos, moros y cristianos), el autor califica la capacidad intelectual de las clases más altas del pueblo valenciano como una de las más destacadas de España, en especial en lo que al arte y a la literatura se refiere. Ribera, Espinosa, Juanes, Ribalta, Virués, Guillén de Castro, Juan Luis Vives y Cavanilles son solo algunos de los nombres que Klimsch considera magníficos representantes del gran legado cultural del país que, por otro lado, está en contradicción con el lamentable estado de la educación española. Basándose en un informe de la *Revista cristiana* de 1883, el autor asegura que en Valencia había profesores que no sabían ni escribir (1912: 78).

En su deambular por la ciudad, siempre destacando el colorido de la vestimenta y de las fachadas con sus floridos balcones, Klimsch llega a un lugar de gran interés para él: la catedral. Resulta lógico que el religioso les dedique a aquellos aspectos más relacionados con la Iglesia y la fe cristiana una mayor atención. Así se explica el detalle con el que relata el origen de las reliquias de Santo Tomás de Villanueva o la vida de Vicente Ferrer y su actividad misionera (1912: 176-180). También habla con detalle de San Luis Beltrán (1912: 182) y del origen legendario de la patrona de Valencia, la Virgen de los Desamparados. Uno de los pocos elementos que merecen la crítica del autor, sin embargo, son las campanas del Miguelete, cuyo repicar constante e insistente le resulta espantosamente molesto, sin ritmo ni melodía, a diferencia de las bellas melodías de las campanas en Alemania (1912: 186).

Las últimas páginas se las dedica el autor a la figura del Cid Campeador y a Jaime el Conquistador, ocasión que aprovecha para hacer un breve repaso por la historia valenciana, plagada de guerras y batallas:

El monumento más característico de Valencia es el Miguelete, el gran campanario junto a la catedral con su hermosa vista panorámica. Se cuenta que el Cid, tras la conquista de Valencia, subió el primero y les mostró a su mujer e hijas la belleza del paraíso conquistado. La torre es de origen moro. Gracias a los famosos romances de Herder, el Cid tampoco es un desconocido en Alemania. Compárese la parte de *El Cid de Valencia y en la muerte*. En realidad, se llamaba *Don Rodrigo Díaz* y los españoles gustaban de llamarle el *Campeador*. El nombre de Cid se lo pusieron los árabes, sus enemigos, quienes lo tenían en tan alta consideración, que solo lo llamaban el Cid, el señor. Se le puede considerar el más magnífico representante de la caballería

española; casi toda España fue testigo de sus hazañas, las cuales realizó, o bien al servicio de su rey, o bien por su cuenta. La poesía ha creado todo un ciclo de leyendas alrededor de él, de manera que resulta casi imposible trazar una imagen históricamente fidedigna de él. Su última hazaña de armas fue la conquista de Sagunto (1095). Murió en Valencia en el año 1099 con 74 años. La noticia de la muerte de su temido enemigo animó a los moros a lanzarse a una nueva lucha por la conquista de Valencia, que no les fue arrebatada hasta 1238 por Jaime I de Aragón (1912: 187-188).

Klimsch se despidе de la ciudad contemplando nuevamente la fértil tierra de aromas y colores embriagadores, si bien aprovecha para hacer un último reproche teológico:

Campos amplios, verdes se extienden por la llanura, los edificios de la estación están rodeados de magníficos rosales, jazmines aromáticos y acacias en plena floración. Las mujeres y las jóvenes están de pie en las terrazas y patios, todas con flores en el pelo. A pesar de que es domingo se trabaja con ahínco en los campos. Algunos campesinos siembran, otros labran la tierra, grupos enteros parecen ignorar por completo que le están robando el domingo a nuestro Señor. La profanación del domingo es uno de los grandes pecados de España que mantiene alejada la bendición de Dios. Lo cierto es que tampoco existen leyes ni castigos que permitan al poder estatal proteger el descanso dominical (1912: 212).

## JOHANNES MAYRHOFER

Spanien. Reisebilder (*España. Imágenes viajeras*, 1918)

Escritor alemán y jesuita, Johannes Mayrhofer (1877-1949) fue también redactor de varias revistas y un gran enamorado del sur. El relato de viajes que nos ocupa está dedicado a «Su Alteza Real y Serenísima Princesa Luis Fernando de Baviera, Infanta de España desde el más profundo respeto», es decir, a María Paz de Borbón, esposa y prima carnal del príncipe Luis Fernando.

La participación de Mayrhofer en la Primera Guerra Mundial no hizo sino aumentar su admiración por España y así lo hace constar en los dos prólogos que incluye la obra: el de la primera edición de 1915 y el de la segunda de 1918.

Solo ahora puedo pensar seriamente en ofrecer a mis queridos conciudadanos alemanes este libro sobre España. Y lo puedo hacer con la feliz convic-

ción de que en España mi cariño a gentes y país no se derrocha indignamente. Pues hemos podido ver mes a mes cómo las más nobles simpatías de los españoles y el entusiasmo de prácticamente todo el pueblo nos pertenecían a nosotros y a nuestra justa causa. Mientras nos encontrábamos casi abandonados en medio del ancho mundo, ningún pueblo neutral se ha situado de manera imperturbable a nuestro lado con tanto amor leal como el noble pueblo español (1918: VIII).

Es un hecho histórico que, pese a su supuesta neutralidad, los puertos españoles dieron refugio a mercantes alemanes y austrohúngaros, si bien las simpatías de la sociedad se repartían entre las potencias centrales y los aliados. Hubo nombres destacados que salieron en defensa de la causa francesa, pero es innegable que un gran número de intelectuales germanófilos se declaraban maravillados ante el poderío alemán y se pronunciaban con simpatía por su causa –algo que se refleja claramente en el prólogo a la primera edición.<sup>3</sup>

Los cambios políticos acontecidos en España durante los primeros años de la Gran Guerra no hicieron cambiar de opinión a este viajero que, en su prólogo a la segunda edición, transcurridos ya tres años de guerra, considera que España sigue mereciendo todo su cariño y admiración pese al revuelo causado por «elementos radicales», refiriéndose probablemente a la huelga general revolucionaria de 1917, y al cambio de gobierno (1918: XI).

A diferencia de otros viajeros, este jesuita alemán comienza su recorrido de manera inusual: viajando en barco a través del Canal de la Mancha y el Golfo de Vizcaya. Menciona las Islas Canarias a su paso y finalmente Gibraltar, territorio al que dedica el primer capítulo. Tras recorrer Andalucía, Murcia y Alicante pasa por Játiva, donde recuerda la familia de los Borja, y llega al fin a «la ciudad del Cid» (1918: 117) el primer domingo de mayo:

Es domingo por la mañana, el primer domingo de mayo, cuando llego a Valencia. Tras haberme recuperado del extenuante viaje nocturno en uno de esos agradables y pequeños cafés en los que por poco dinero se puede tomar un buen y espeso chocolate, una rica leche de cabra y otras delicias, me dirijo a una de las iglesias cercanas. En una capilla lateral comienza en este momento la misa para una numerosa hermandad reunida. En la esplendorosa

3. Entre los aliadófilos (sobre todo francófilos) se encontraban intelectuales como Ortega y Gasset, Unamuno, Galdós y Manuel Azaña, mientras que del lado germánico se situaron Ricardo León, Jacinto Benavente, Carlos Arniches y Pedro Muñoz Seca, entre otros. Para más información sobre el enfrentamiento entre estos dos bandos véase Andreu Navarra Ordoño: *1914. Aliadófilos y germanófilos en la cultura española*, Madrid, Cátedra, 2014.

luz brilla la imagen de la Virgen, la reina de mayo. Desde el órgano suena un delicadísimo y dulce canto que me recuerda a canciones de mayo de la patria lejana, que son igual de profundas y delicadas. Tras la sagrada comunión el sacerdote hace una pausa y dirige un largo sermón a los creyentes. Entonces este grupo excepcionalmente numeroso se dirige con actitud ejemplar –también antes en la iglesia todo había transcurrido con solemnidad y recogimiento– a la mesa del Señor y el monaguillo entrega a cada uno una magnífica y hermosa rosa. Hoy es *el domingo de la flor*<sup>4</sup> (1918: 119-120).<sup>5</sup>

Resulta lógico que, por su condición de jesuita, Mayrhofer también le dedique la mayor parte de su atención a la Catedral de Valencia y a la vida y obra de sus santos, sin embargo, a diferencia de Klimsch, realiza a menudo digresiones filosóficas y existenciales más que teológicas. Así elucubra, por ejemplo, sobre la fantasía nietzscheana de considerar a César Borja el candidato perfecto para ostentar el papado o aprovecha el recuerdo de Santo Tomás de Villanueva y su generosidad para poner en tela de juicio la vida moderna de «sillones de clubs e instalaciones eléctricas» (1918: 121), es decir, con todos los avances tecnológicos del momento, pero incapaz de dotar de fuerza y espíritu de acción al hombre moderno.

Tras la visita de rigor al famoso Tribunal de las Aguas, el autor despide su breve recorrido por la ciudad del Turia con una visita a la Real Audiencia (actual Palacio de la Generalidad), donde también parecen haber irrumpido los tiempos modernos:

Pero también el juzgado de estilo más moderno ocupa su lugar emblemático en Valencia, en la Audiencia, las antiguas Cortes del Reino de Valencia, un hermoso edificio de estilo renacentista. [...] También se encuentra en este edificio una pequeña e interesante capilla. Las pilas de agua bendita en la entrada de la sala de audiencias parecen estar fuera de servicio en estos tiempos modernos. Al menos yo encontré en una de ellas, en lugar de su anterior contenido, restos de puros (1918: 123-124).

El siguiente capítulo se dedica íntegramente al castillo de Sagunto y al recuerdo de las batallas entre los cartagineses y los valerosos saguntinos. No obstante, Mayrhofer relata con detalle una escena prosaica poco frecuente en otros relatos de viaje: la experiencia en un bar de Sagunto rodeado de campesinos le resulta igual

4. En español en el original.

5. Desconocemos de qué tradición se trata aquí, aunque resulta cercano imaginar que está relacionada con las cruces de mayo y la celebración de la festividad de la Virgen de los Desamparados.

de interesante que la contemplación de un monumento histórico, lo cual evidencia el pragmatismo del autor y pone de relieve su interés sociológico:

Pronto nos hicimos buenos amigos. Les invité a unas cuantas botellas –un placer muy barato, por cierto– y los buenos saguntinos se deshacían en agradecimientos. La manera propia de beber aquí es una diversión para el espectador, al menos para aquel que viene de la lejana *Alemania*, donde la gente cultivada y fina bebe de otra manera. Una voluminosa botella de vidrio con un tubo acabado en punta a un lado se va pasando de uno a otro, y el beber consiste en hacer brotar el noble líquido, a veces desde una considerable distancia de la boca, y recogerlo de manera tan perfectamente habilidosa que ni una sola gota manche la ropa. Puesto que los labios no llegan a tocar el tubo, se trata de una manera de beber muy limpia e higiénica, independientemente de la cantidad de personas que beban de la botella. Siendo precavido, tuve que rechazar las amables invitaciones a probarlo yo mismo, para no provocar con ello un jolgorio innecesario. He practicado este noble arte después en la silenciosa discreción de mi pensión en Barcelona.

Los honrados campesinos me permitieron deshacer sus típicos pañuelos negros, doblados con arte y anudados sobre la cabeza, para conocer este método de manera más práctica. Y una y otra vez me ofrecían humildes cositas de las que picaban de tanto en tanto, más para entretenerse que por el placer del paladar. También pude ver cómo en muchos de estos sencillos hombres vive el glorioso pasado que los antiguos muros de ahí arriba proclaman incesantemente y que, a diferencia de los recuerdos históricos en nuestras grandes ciudades, aquí no es acallado por el ruido del día (1918: 128-129).

Durante su visita a Valencia y Sagunto, Mayrhofer realiza un testimonio histórico al desproveer al campesino valenciano de los rasgos idealizadores con los que le dotara Klimsch y al menos insinuar la dura vida en los humildes ambientes rurales y su austeridad religiosa:

Desde luego, la vida no es fácil para estas gentes. «Cuando tenemos agua, somos ricos», me dijo un viejo arrugado que seguramente nunca haya saboreado la abundancia de la vida, «pero cuando no la tenemos...». Y sin embargo hay entre estos hombres, cuyas encallecidas manos se ganan con mucho esfuerzo el pan, gente que, por motivos religiosos, se impone penitencias extraordinarias por pecados que seguramente no siempre hayan sido muy graves. «Si aún estuviera usted aquí el viernes», me dijo el viejo, «le llevaría al oficio nocturno de aquel monasterio. Ahí se practica la mortificación severa, y no solo por parte de los monjes; también de entre nosotros los hombres, más de uno se infringe una dura flagelación como penitencia. ¡Seguro que nunca ha visto usted eso!» (1918: 129).

Valencia pasó grandes penurias económicas y sociales entre 1914 y 1918, en especial a partir del 1 de febrero de 1917, fecha en la que dio comienzo un bloqueo marítimo impuesto por Alemania que supuso el colapso agrícola para una provincia que dependía de los mercados exteriores, en especial de la exportación de la naranja, el arroz y el vino. Como consecuencia del descenso radical en la exportación se arrancaron millares de naranjos, sustituyéndolos por cultivos más rentables<sup>6</sup> y se disparó el precio de la comida, mientras los salarios se vieron congelados. En general puede hablarse de años de penurias y miseria para los agricultores valencianos, de manera que no resulta sorprendente que la descripción de Mayrhofer omita ese «paraíso dorado» que tanto había impresionado a Klimsch.

Entre el viaje de Klimsch y el de Mayrhofer hay un intervalo de apenas siete años y, sin embargo, la imagen y percepción de Valencia han sufrido un cambio radical. La idealización influida por viajeros decimonónicos y sus percepciones estereotipadas, a menudo ya del todo anacrónicas, ha dado paso a una visión mucho más pragmática y realista que muestra el lado oscuro de ese supuesto «jardín de España» y que se caracteriza por su contemporaneidad e inmediatez político-histórica.

## OTTO BÜRGER

Spaniens Riviera und die Balearen. Eine gemächliche Frühlings- und Sommerreise (*La Riviera Española y las Islas Baleares. Un tranquilo viaje primaveral y estival*, 1924)

La fecha de publicación de esta obra del zoólogo y geógrafo económico alemán Heinrich Otto Wilhelm Bürger (1865-1945) resulta engañosa, pues también aquí se trata de una segunda edición (1924) que incorpora el prólogo a la primera edición de 1913. De manera muy similar a Mayrhofer, aunque mucho más lacónico, Bürger hace referencia a la posguerra y a la suerte de Alemania por haber podido contar con el apoyo de España y sus gentes, que han demostrado un comportamiento muy noble durante toda la contienda. No hay que olvidar, sin embargo, que las impresiones que a lo largo de su viaje anota y comenta pertenecen

6. Para más detalles sobre las consecuencias del bloqueo alemán sobre la economía en la zona de Levante véase Juan Antonio Lacomba: «La primera guerra europea y la economía española». *Saitabi*, XIX, 1969, pp. 167-176. Disponible en línea: <<http://roderic.uv.es/bitstream/handle/10550/26640/149-183.pdf?sequence=1>> (consulta: 10.11.2017).



a un momento histórico previo a la crisis antes citada que acechaba especialmente la zona de Levante.

Como reza el título de la obra, Bürger centra su viaje por España en la costa, viajando desde Gerona hasta Murcia para luego pasar a las Islas Baleares. La atención que le presta a la Comunitat Valenciana es, por lo tanto, mayor y más específica que la de otros viajeros e incluye un capítulo dedicado a Sagunto, dos a la ciudad de Valencia, uno a Carcagente, Denia y Játiva y, finalmente, uno a Alicante y Elche.

Al contrario de lo que el lector pudiera esperar del relato de un científico de gran prestigio, especialista en zoología, biología y botánica y gran conocedor de la flora y fauna sudamericana (cf. Stechow, 1955: 746 y ss.), la lectura de las experiencias de este autor que viaja ligero de equipaje (solo lleva una mochila) y que con gran curiosidad visita lugares apenas mencionados o hasta entonces ignorados por otros viajeros resulta personal, accesible y muy plástica. Bürger deja a un lado opiniones de otros viajeros, tal y como lo hiciera Klimsch, y presenta al lector sus impresiones y reflexiones de la manera más sincera.

A medida que el autor se va acercando a Valencia, dejando a su paso Vinaroz, Peñíscola y Torreblanca, el paisaje que describe se torna cada vez más paradisíaco: naranjos dorados, cielo azul, mar turquesa, tierra rojiza, olas blancas, aromas embriagadores... Asegura Bürger que aquí es donde uno desearía vivir (1924: 120).

Acequias de la época de los moros riegan el inconmensurable jardín frutal e, igual que entonces, naranjales llenan los campos, dominados por elevadas palmeras datileras. Brillantes azulejos<sup>7</sup> blancos o blanquiazules o dorados o del color del fuego cubren las torres y cúpulas de las iglesias; montañas pintorescas como la Sierra de Espadán enmarcan la colorida y alegre imagen, en la que ruinas de todos los tiempos hablan de cuántos pueblos han luchado por esta Canaán, que solo Jaime I pudo conquistar definitivamente para la cristiandad (1924: 120-121).

Tras pasar Castellón se detiene en Sagunto, donde encuentra un alojamiento muy barato y acogedor que le deja encantado, si no fuera por la cantidad de ajo que la cocinera usa en las comidas y que este viajero considera una aberración gastronómica del, por lo demás, tan sensible y delicado español.

Como resulta lógico, Bürger dedica su estancia principalmente a visitar el castillo y describe con detalle su recorrido por el mismo, indicando que en la ciudad

7. En español en el original.

no hay mucho que merezca la pena ver. Toda su atención la capta, sin embargo, la hermosa huerta que se extiende desde Sagunto hasta el mar y que el autor exalta durante su visita del 24 de abril:

¡Qué gran placer caminar por este inconmensurable jardín frutal que se extiende entre Sagunto y el mar y también más allá del río hacia Almenara! Ni cercas, ni alambradas hostiles ni muros envidiosos ocultan de nuestra mirada sus ricos tesoros para gran deleite de los ojos. Todo está abierto. El pueblo no pasa hambre, y la honradez y las buenas maneras parecen haberse mantenido desde los días de la república rútila. La huerta, es decir, la superficie de Sagunto adaptada para el cultivo de árboles frutales, verdura y cereal, es principalmente un gran jardín de naranjos regado por multitud de canales y que es solitario y tranquilo. Los dueños viven en la ciudad y desde ahí administran los campos, de manera que se echan en falta algunas fincas y la arboleda prácticamente deshabitada parece por ello todavía más solemne. Y aun así, de vez en cuando brotan muestras de alegría y jovialidad humana de manera clara y edificante, como un chorro de agua plateado, a través del cantar cristalino de un muchacho con camisa escarlata, pantalones azules, fajín oscuro y sombrero ancho que está arando o del canto coral de muchachas recogiendo naranjas (1924: 129).

Bürger llega a Valencia un lluvioso y frío 26 de abril, sintiéndose traicionado por la imagen que tenía de la ciudad como un lugar cálido y animado. No obstante, cuando percibe la alegría de la gente en la calle, se percata de que para ellos se trata de la primera lluvia primaveral y que representa una garantía para la cosecha y se consuela. Su decepción se convierte definitivamente en regocijo apenas dos días después, cuando la ciudad vuelve a amanecer soleada y cálida.

Como ya es habitual, también este viajero comienza su visita a la ciudad por el centro histórico, deambulando por la bellísima Calle de la Paz, que por entonces había pasado a llamarse Calle de Peris y Valero, flanqueada por palacetes y bellos edificios. El obligado ascenso a la torre del Miguelete le brinda al viajero unas maravillosas vistas que le permiten apreciar la ciudad en todo su esplendor:

Las vistas probablemente se encuentren entre las más bellas del mundo. A nuestros pies la brillante ciudad, sobre cuyos tejados planos se alzan pintorescos belvederes, los numerosos y variados campanarios que rodean el Miguelete como vasallos, los antiguos portones y, sobre todo, las numerosas y brillantes cúpulas azules, blanquiazules y doradas que relucen como maravillosas y coloridas flores. Y alrededor, la abundante huerta. Por todas partes las silenciosas copas de las palmeras datileras, el verdor de higueras y naranjos, el amarillo de los cultivos que maduran y resplandecientes casitas

blancas y pueblecitos con bonitas iglesias patinadas en oro. Al oeste la vista alcanza hasta las colinas coronadas por el castillo de Sagunto, al norte las negrizules montañas desgarradas de Segorbe, al oeste las cimas y picos de Chiva y Cabrillas, el escarpado cabo, con el que se precipita la recortada Sierra Cullera y, más allá, hasta el tosco Montgó junto a Denia. Este extraordinario marco encierra también el mar, que es capaz de cambiar camaleónicamente su color verde esmeralda a azul lapislázuli, con barcos pesqueros que parecen pájaros blancos. Por encima, la catedral celeste de azul oscuro con un sol radiante que esparce luz y brillo de manera derrochadora y fecundadora casi todos los días (1924: 134-135).

A continuación, Bürger visita la catedral y pasa a contemplar en la capilla contigua a Nuestra Señora de los Desamparados, que le causa un efecto profundamente desagradable –algo ciertamente inaudito en comparación con las descripciones de otros viajeros y chocante para el lector moderno–:

No he visto a esta Virjen [sic], que gobierna Valencia junto a Vicente Ferrer, en la capilla, sino el 12 de mayo, su festividad, en solemne procesión. Desde luego solo se trataba de una copia, pues no se quiere correr el riesgo de sacar el valioso original de la Madre de Dios a la calle. Se ve una cabecita de cara morena y rasgos mongólicos, que no revelan ni dulzura ni inteligencia, y un tieso vestido de brocado rojo con abundantes bordados. Lleva un gorro de pope, rodeada de una gloria de estrellas. Las piedras preciosas y las joyas han sido sustituidas por símiles e imitaciones baratas (1924: 139).

Resulta evidente que la figura no es del agrado del autor y de hecho asegura dedicar a la descripción de su origen y su culto más palabras de las que debiera, no obstante, considera que con ello le ha ahorrado al lector páginas explicativas enteras sobre España. Por el énfasis que Bürger pone en la pompa y en el deseo de aparentar de las gentes que marchan en procesión, además de en los rasgos poco agraciados de la Virgen, resulta evidente que este científico se enfrenta al fervor religioso valenciano (y español) y su boato con total incompreensión.

Bürger continua su visita al centro de Valencia, visitando y contemplando los mismos lugares que un turista del siglo XXI: el mercado (todavía compuesto de tenderetes, puesto que la construcción del edificio del Mercado Central se extendería hasta 1928), la Iglesia de los Santos Juanes, la Lonja de la seda, las Torres de Cuarte, la iglesia de San Nicolás, el palacio del Marqués de Dos Aguas y el Colegio del Patriarca.

El siguiente capítulo comienza con una comparación curiosa entre Barcelona y Valencia. Recuerda el viajero que ambas ciudades hablan un idioma común, si

bien no se utilizan los términos *valenciano* ni *catalán*, sino la expresión «dialecto del Languedoc» —es una de las escasas referencias a la particularidad lingüística valenciana que encontramos en los relatos de viajeros de las primeras décadas del siglo XX, bien sea por desconocimiento de los viajeros, bien sea por la escasa inmersión lingüística que realizan—:

Barcelona y Valencia hablan un idioma más o menos parecido, el antiquísimo dialecto del Languedoc; el cielo de la ciudad del Cid Campeador es sin duda más azul y soleado, las palmeras crecen más y se yerguen más altas hacia el éter, pero los valencianos<sup>8</sup> se diferencian de los catalanes de manera mucho más llamativa, al igual que la animación a los pies del Micalet es totalmente distinta de la que hay en el puerto internacional español. El pueblo valenciano se mueve de manera vital y alegre, aunque con un encanto inconfundible, y también en la calle parece dar importancia a un cierto nivel de gracia y belleza. Eso se nota enseguida. No me enervaron en Valencia ese trajín caótico que se mueve con un ruido infernal por las callejuelas, esos cantos callejeros de lo más bajos y a menudo obscenos, esos cuartetos tortuosos de mendigos sin talento musical o esos bailes grotescos que se apoderan del pueblo de manera delirante (1924: 147).

Bürger acaba por hacer mención de la supuesta antipatía entre ambas provincias recurriendo al refranero popular y tratando de mostrarse más imparcial de esta manera; sin embargo, resulta claro para el lector que el autor alemán siente preferencia por Valencia y sus particularidades culturales:

Valenciá y home de bé  
No pot sé!  
Catalei [sic] y cabró  
Tot es u(no) (1924: 148).

Bürger pasa un total de veinte días en Valencia —más que la mayoría de viajeros coetáneos, que solo la llegan a conocer estando de paso—. Una de sus últimas excursiones es a la Albufera, cuyo entorno marcado por vastos arrozales le impresiona profundamente, y finalmente al Grao de Valencia. Es en este punto donde resulta evidente que la redacción de esta descripción fue anterior al comienzo de la Primera Guerra Mundial, pues se describe la actividad exportadora febril del puerto de Valencia que, como ya se ha comentado, descendió drásticamente a partir de 1917.

8. En español en el original.

También nos remite a tiempos mejores la mención del por aquel entonces «pueblecito de pescadores» llamado Cabañal –lejos todavía de formar parte de la gran urbe– que el lector reconocerá con nostalgia en las siguientes líneas:

En este pueblecito pesquero, cuyas casetas bajas nos saludan, se desarrolla de julio a septiembre una temporada de estilo elegante, cuyo centro lo constituye sin duda el pomposo casino-hotel de La Malvarrosa con sus extraordinarias terrazas y exquisitos conciertos (1924: 158).

A diferencia de otros viajeros, Bürger parece disponer de más recursos y tiempo para extender su estancia y decide visitar poblaciones menores tales como Burjasot, Carcagente, Denia y Játiva (que, por cierto, le recuerda a la ciudad alemana de Heidelberg).

#### DR. ANTON STEGMANN

Ins Herz Spaniens. Reiseerzählung nach Tagebuchblättern eines Hochscholstudenten (*Al corazón de España. Relato de viajes según el diario de un estudiante universitario*, 1928)

Anton Stegmann es otro ejemplo de viajero eclesiástico y emprende su recorrido por la Península Ibérica en 1908, siendo todavía estudiante de Teología en la Universidad de Tubinga, aunque publica su *Relato de viajes según el diario de un estudiante universitario* veinte años después, cuando ya es sacerdote, doctor en Teología, párroco y profesor. El texto no brinda explicaciones de los motivos de tan tardía edición, si bien Pedro Jesús Martínez considera que ello permitió al autor recordar sus años de juventud (Martínez, 2003: 70). Lo cierto es que la distancia temporal sin duda permitió a Stegmann revisar sus anotaciones y dotarlas de una mayor y más madura reflexión.

El viaje de Stegmann se fragua en una cálida noche estival en Tubinga, cuando trata de decidir el destino de su viaje y se debate entre el este y el sur, correspondiéndose la imagen de este último al ideario romántico-oriental y ciertamente estereotipado característico de la época. Si bien el texto se publicó en 1928, el viaje de Stegmann como joven estudiante de Teología tiene lugar durante los meses de agosto y septiembre de 1908, es decir, en un momento histórico en que la fantasía de los viajeros en torno a la península sigue alimentándose de imágenes exóticas y lejanas.

Pero mi fantasía comenzó a vagar por la anhelada lejanía del sur y del este. «Lejos en el sur hermosa España»<sup>9</sup> cantaba y sonaba en mi oído desde hacía años. Ahora la soñaba como un hogar y como un país con los mayores y más poderosos encantos. En mi imaginación me deleitaba con los rincones moros de Granada, Córdoba, Sevilla, Valencia, me paseaba con placer por el paradisíaco Aranjuez y por las orillas de la costa, me bañaba a la luz del sol español, oía los fandangos y ya veía los «pueblos españoles», pernoctaba de manera aventurera bajo las palmeras o en naranjales y olivares. Con un sentimiento de orgullo prematuro, ya me veía como a un joven bronceado, casi irreconocible a causa de la incipiente barba (Stegmann, 1928: 7).

Antes de emprender su viaje a España, el autor no solo arregla cuestiones logísticas y económicas, sino que también deja instrucciones a dos amigos por si le sucediese algo en el transcurso de este viaje a un país que para el público alemán seguía resultando exótico, lejano y aventurero. Del mismo modo se ha de entender la negativa de Stegmann a comunicar a su familia el verdadero destino de su viaje, para así evitarle angustias innecesarias y «gritos de miedo» (1928: 9).

Tras haber visitado las Islas Baleares, Stegmann se aproxima a Valencia haciendo una breve parada en Alicante. Aparte de observar algún rasgo oriental en su arquitectura y, en general, una marcada falta de higiene (salvo en el cementerio, de cuya limpieza y esmerado cuidado se admira), el joven estudiante no considera digna de gran consideración esta ciudad en comparación con otras ciudades costeras españolas.

Una vez en la Estación del Norte de Valencia, al igual que la mayoría de viajeros, Stegmann comienza su visita subiendo al Miguelete. También a él le llama la atención la poca habilidad de los valencianos para tañer las campanas (de hecho, habla de «maltrato») y asegura que «el lenguaje de las campanas es un idioma desconocido para los latinos» (1928: 125). Las asombrosas vistas desde el campanario despiertan, sin embargo, su admiración y nuevas reminiscencias orientales.

Una imagen nueva y fascinante —esta ciudad algo oriental, algo mora, pero totalmente española—. Ya la visión cercana de la torre octogonal expuesta al viento y de la delicada pero maciza disposición de la catedral lleva a emitir un sonido de admiración. Las manchas de color tostado de las torres de las mezquitas, las cúpulas de azulejos azul celeste, las parduscas Torres de Serra-

9. Se trata del título de una canción popular («Fern im Süd das schöne Spanien»), compuesta por Emanuel Geibel en 1834 y popularizada a través de la versión musical de Karl Gottlieb Reißiger (1798-1859).

nos coronadas con sus almenas, la fina cinta plateada del río Turia, las rondas repletas de palmeras y plataneros junto con las verdes arboledas diseminadas por la ciudad muestran un juego de formas y colores arrebatador. No faltan las sombras en este mosaico de ciudad: las estrechas calles y callejuelas semejantes a canales, donde apenas llegan los rayos del sol, se proyectan como líneas sombrías a través del juego de casas desordenadas. El amplio mar salado no llega a bañar la ciudad, pero brilla y ruge a tan solo cinco kilómetros de distancia de esta ciudad a cinco metros por encima del nivel del mar, y no mucho más lejos nos saluda el mar de agua dulce de la «Albufera» con su riqueza de peces y de pájaros. En espacios que puede alcanzar la vista verdean y florecen y maduran los campos regados de manera artificial, invernaderos gigantes de la Península Ibérica (1928: 126).

Una vuelta por la entonces todavía llamada Plaza del Cid (hoy Plaza Redonda) continúa con la tradicional visita al Tribunal de las Aguas y la asistencia a la misa celebrada en la iglesia de San Agustín, la cual decepciona al teólogo de la misma manera que la celebrada en la catedral. Habían asegurado al joven viajero que «en Valencia se podía conocer y apreciar la vida eclesiástica de especial manera» (1928: 127), pero lo que halla en su lugar son prisas, rutina y falta de interés, tal vez —aventura Stegmann— debido a la cotidianeidad y la costumbre.

Sí que le merece gran respeto la decencia y fortaleza de carácter del valenciano, quien no deja que el alcohol le aturda el entendimiento y que, según la opinión del viajero, es un trabajador sobrio y honrado:

Valencia también es más tranquila que Barcelona por las tardes. Observé una sobriedad generalizada. Un novio podía permanecer sentado junto a su novia toda la tarde con una copa de helado, un té o un café, así como un amigo o vecino era capaz de entretener a un semejante durante horas. Al español parece serle más valioso el espíritu que emana del cerebro que aquel que arde en una botella. Durante las pocas semanas que permanecí en España, solo vi en una única ocasión cómo un borracho iba dando tumbos por una calle en Madrid un sábado por la tarde. Esta sobriedad sin embargo no le viene impuesta al valenciano por la necesidad o la pobreza, sino por la razón y el decoro y la buena educación. Con la exportación de frutas meridionales y su industria de la seda, el ciudadano se ha abierto paso honradamente y no precisa estar «contento», cuando algún arrogante norteamericano avaricioso o codicioso afloja unas cuantas pesetas (1928: 130).

El sofocante calor de agosto lleva al autor a buscar una manera de refrescarse y así decide bajar al río Turia para darse un baño, idea que desecha al encontrarse con niños jugando en las aguas poco profundas y lavanderas realizando la colada

(1928: 129). Logra su objetivo en la siguiente jornada, cuando se desplaza hasta el Grao, donde por media peseta le dan la ropa necesaria y derecho a usar una cabina para cambiarse y así poder darse un refrescante chapuzón en el mar (1928: 135).

Como futuro sacerdote, el joven Stegmann asiste repetidas veces a diferentes misas en la ciudad y, al fin, es testigo de liturgias solemnes y emotivas que le dejan impresionado, tal y como sucede con una procesión de la Virgen de los Desamparados el 22 de agosto:<sup>10</sup>

La devota ciudad mariana había previsto una procesión para el sábado y la tarde de la octava. En el plazo de unas horas había convertido las calles en torno a la catedral en bellas avenidas triunfales. Hojas y flores cubrían en tres y cuatro capas el empedrado; las casas estaban decoradas con banderas y guirnaldas. Llegó una banda de música de tamaño considerable. Personalidades masculinas y femeninas se encaminaban hacia la Iglesia de los Desamparados. Me encontré con la iglesia llena de gente, todos armados de velas, así que permanecí junto a la entrada. Pronto hizo su aparición el clero vestido con atuendo ceremonioso y recogió a la Virgen de los Desamparados. La procesión se formó, no de manera organizada, pero bien improvisada bajo el sonido del órgano y el redoble de los tambores: al frente aquellos portadores de pelucas con ondeante sotana azul y bastón de empuñadura de plata. Apuestos monaguillos y portadores de la cruz pulcramente vestidos y con campanillas, incensarios y navetas precedían al clero con paso solemne. Los portadores de la estatua mariana de quinientos años de antigüedad seguían al clérigo con su capa pluvial, ocho hombres de barbas corridas, sobre los hombros y la espalda sotanas moradas, en la cabeza coronas blanquiazules. La otra mitad de los clérigos rodeaba el objeto sagrado. Al igual que las damas y caballeros que les seguían, todos ellos de sangre noble, portaban sus velas en posición horizontal. Una segunda banda de música animó y entusiasmó al público. Al pasar por las estrechas callejuelas, llovían confeti y flores desde las elevadas ventanas y balcones. ¡Los birretes de los clérigos llevaban literalmente montones! El júbilo y el canto de cada uno de los que ahí se encontraba habían hecho crecer el público, que se vio arrastrado a corear. Una vez llegado de nuevo al portón de la Iglesia de los Desamparados, el clero catedralicio giró hacia la catedral, hacia donde le seguí —para mi decepción—. Aquí no había nada que ver ni que oír. A causa de la cantidad de gente que había, no logré acceder a la veneración de la imagen de la Virgen de los Desamparados. Solo pude vislumbrar desde fuera

10. Posiblemente se trate de la procesión en honor a la Asunción de la Virgen, una de las festividades más antiguas en la archidiócesis de Valencia. Lleva celebrándose cada 15 de agosto desde el año 1352, así que es probable que el autor se haya confundido con la fecha.



el interior bañado en la luz de las velas y el sol poniente y oí las cautivamente hermosas voces de la misa matinal, que aparentemente habían sido invitadas a la celebración. Pronto se oyó a un predicador, lo que me llamó la atención, pues las gentes del sur, a pesar de su labia, no son ni de lejos tan aficionadas a predicar como las del norte, a quienes la competencia luterana obliga a subir al púlpito con más frecuencia (1928: 140-142).

Stegmann decide adelantar su marcha porque se cancela la corrida de toros del domingo y concluye su estancia en Valencia el 23 de agosto, no sin antes asistir nuevamente a la misa matinal, donde halla a pocos feligreses. El motivo se lo aclara con orgullo su casero: «Los valencianos son feligreses celosos, pero se levantan tarde» (1928: 144).

## PETER SCHMID

Spanische Impressionen (*Impresiones españolas*, 1952)

Tal vez los viajeros que visitaron Valencia durante la década de los años treinta no fueran del todo conscientes de los profundos cambios que se estaban fraguando en la sociedad valenciana. El tránsito a la ciudad moderna coincidió con el periodo de la democracia republicana, cuyo inicio quedó marcado con la exaltada y entusiasta proclamación de la República el 14 de abril de 1931 en la plaza de Emilio Castelar (hoy plaza del Ayuntamiento). La ciudad de entreguerras se esforzó por liberarse de su imagen agraria y por impulsar la renovación en el sector político, social, económico y cultural. Con el golpe militar de 1936, Valencia asumió por un breve periodo de tiempo la capitalidad republicana, pero todo el empeño antifascista no fue capaz de detener el imparable avance de las tropas falangistas. La ocupación se produjo a finales de marzo, habiéndose pactado la entrega de la ciudad sin resistencia y dando paso de esta manera a un sistema autárquico que a lo largo de las siguientes décadas arrojaría sobre el Cap i Casal más sombras que luces.

Uno de los primeros viajeros de habla alemana en visitar la Valencia franquista de posguerra es el periodista suizo Peter Schmid, quien plasma sus vivencias en sus *Impresiones españolas* de 1952. La década de los años cincuenta a menudo es calificada como la «década bisagra» por los historiadores, y es que, como bien apunta Ismael Saz, constituyó una fase intermedia «entre los desastres de la autarquía y el gran crecimiento económico de los años sesenta» (Saz, 2009: 495). El relato de este

viajero comienza comparando las fronteras europeas con las españolas y, si bien deja entrever el tímido avance del país hacia el progreso y la integración, intentando dejar atrás años de hambre y miseria, no duda en considerarlo «diferente» y destacar su otredad respecto al resto de países europeos.

Hay fronteras muy diversas: fronteras, por las que entras sin apenas darte cuenta de que ahí comienza un nuevo país y un nuevo destino; pero también hay fronteras que para el recién llegado encierran un inmenso misterio desconocido, que precisan de una inspiración, como si fuera un impulso interior, antes de poder ser cruzadas. Y eso sucede en España más que en cualquier otro lugar (Schmid, 1952: 7).

El autor recuerda cómo solo tres años antes, cuando Francia mantenía cerradas sus fronteras al país vecino y España quedaba condenada al ostracismo por su colaboración con las potencias del Eje derrotadas en la Segunda Guerra Mundial, Europa efectivamente acababa en los Pirineos. Pero incluso tras la apertura de fronteras en 1948, el viajero más sensible se percataba inmediatamente, según Schmid, de que en España se respiraba un aire diferente al común europeo y que las personas eran «radicalmente distintas» (1952: 8). Los Pirineos se convirtieron, por lo tanto, no solo en una frontera geográfica sino también psicológica que separaba a España del resto de Europa –un pensamiento que comienza a formularse ya en el siglo XIX, pero que a raíz del progresivo aislamiento que sufre la Península tras la Guerra Civil, se extiende con rapidez entre los viajeros europeos–.

Schmid es uno de los primeros viajeros alemanes del siglo XX que visita Valencia durante sus fiestas más importantes: las Fallas. La particular naturaleza de los españoles, en particular de los valencianos, queda patente antes incluso de poner un pie en la ciudad:

Cuando nuestro tren especial con un cargamento de miles de personas expectantes llegó a la estación de Valencia, di un respingo en mi asiento. ¿Qué era eso? ¿Un atentado? ¿Guerra civil? Potentes detonaciones estremecían el aire, interrumpidas por un traqueteo como si ametralladoras lanzaran sus ráfagas sobre los andenes. Corrí hacia la ventana: no había muertos. Fuera se apiñaba entre risas una alegre muchedumbre; una humareda de pólvora ascendía por encima de las vías. Comprendí: una broma. Las habían cubierto de petardos que estallaron bajo las ruedas de la locomotora que estaba efectuando su entrada. Más adelante tendría ocasión de acostumbrarme hasta la saciedad al humo de la pólvora y a las explosiones. Porque las Fallas, con las que Valencia comienza el baile de las grandes fiestas españolas, son una ensordecedora orgía de fuego, rayos y truenos (1952: 33-34).

En la por entonces llamada plaza del Caudillo, el viajero contempla la figura del So Quelo, una tradición que se recuperó en el año 1942, cuando Regino Mas creó a este hortelano socarrón para que coronara la principal falla de la ciudad. Perdurará hasta 1952, de manera que el periodista suizo es uno de los últimos viajeros del siglo XX que llega a conocer a este personaje. Queda patente que Valencia ha experimentado un gran desarrollo urbano durante la década de los cuarenta y, aunque el autor es consciente de ello, no puede dejar de percibir una latente mezcla de provincianismo y urbanismo:

Encontré a mi amigo a lo largo de la mañana en una cafetería de la plaza principal, en la que se erigía, como era tradición, el So Quelo, un muchacho corpulento, hortelano en blusón y pañoleta con borla. Modernos rascacielos posaban altivos su vista sobre el enano. «Aquí uno se siente como en una gran ciudad», le comenté a Manuel. Éste tamborileó durante un rato con sus dedos en la mesa. «Valencia es un pueblo», replicó casi irritado, «un gran pueblo con rascacielos en el centro y chozas de paja en la periferia. No, con razón este So Quelo con su socarrona cara de campesino es el símbolo de esta ciudad. Mire usted a la gente: En el fondo todos siguen llevando tierra en sus suelas». Nos mezclamos entre la gente que desfilaba a los pies del So Quelo; Manuel llevaba razón. Donde quiera que mirara, tipos castizos en blusones negros juntaban sus cabezas y señalaban con sus bastones hacia las figuras que poblaban en grotescas escenas la base del monumento (1952: 35-36).

La gran fiesta valenciana le sirve al autor para reflexionar sobre la situación política de la ciudad, viéndose como testigo de cómo el régimen «controló, jerarquizó e instrumentalizó en beneficio propio una organización y un mundo festivo cuya vitalidad asociativa era incuestionable» (Saz, 2009: 498). Schmid se vale de un recurso literario para no asumir en primera persona las numerosas referencias críticas que se hacen al gobierno de Franco, dejando que su amigo valenciano Manuel, quien le hace de guía, sea quien exprese su descontento.

Manuel avanzaba a empujones y apenas se dignó a echarles una mirada a las figuras; de hecho, me pareció la viva imagen de la indiferencia en medio del alegre y expectante gentío. «Ay», dijo malhumorado agitando la mano, cuando le pregunté por el motivo de su descontento. «¿Debería usted haber visto las Fallas antes de la Guerra Civil! ¡Esa sí que era una auténtica fiesta del ingenio! Los huertanos independientes siempre son ciudadanos críticos. Además de eso, en Valencia se ha mantenido la tradición democrática más que en ningún otro sitio. En la actualidad se sigue celebrando cada jueves delante de la catedral el Tribunal de las Aguas, que administra de manera

totalmente independiente los antiquísimos sistemas de regadío heredados de los moros y castiga cualquier incumplimiento de su reglamento. Por eso los valencianos fueron republicanos apasionados y por eso siguen sin querer a Franco hasta hoy. Cuando hace años honró la ciudad con su visita, el recibimiento fue angustiosamente frío. Sin duda se puede usted imaginar qué figuras morirían aquí en las llamas si pudiéramos decir lo que realmente pensamos: curas y generales, funcionarios ineptos y sobornables. Antes las Fallas eran un gran y humorístico ajuste de cuentas con todo aquello que había asustado y atribulado al público durante el año anterior. Y hoy: sátira manipulada, broma censurada... La esencia de esta fiesta se ha perdido; en lugar de ello aumenta la munificencia superficial como un tumor. Cada año más y mayores construcciones y cada año menos ingenio. ¿Pues dónde está el encanto de estos contrabandistas anónimos que se presentan generosamente como cabezas de turco? Ay, si pudiéramos mostrar nuestra verdadera cara. Pero ay... Nuestra fiesta se ha vuelto decente y enormemente aburrida. El año pasado se declaró como institución nacional y como muestra de agradecimiento este año la hija del ministro de educación es la reina de las fiestas. Oficialidad, solo oficialidad, cuando lo lógico sería que la fiesta fuera, de manera independiente, un castillo de fuegos artificiales de risa agresiva» (1952: 36-37).

La referencia al Gobierno de Franco —algo poco frecuente en los relatos de viajeros del momento— pone de relieve precisamente el pasado republicano de la ciudad y la poca simpatía del pueblo valenciano por el régimen franquista. Al igual que los *ninots*, también los petardos tienen una función social que Manuel le explica con detalle a Schmid:

«Para serte sincero», le confesé a mi amigo, «los petardos comienzan a ponerme nervioso. ¿Para qué tanto escándalo?». Manuel sonrió. «Eso es que todavía no ha entendido usted el sentido de esta fiesta. Ya le he dicho que el humor censurado de las Fallas ya apenas me seduce. Pero estas orgías de pólvora: aquí la fuerza original permanece viva. Creo que el sentido de las fiestas españolas va más allá de la simple diversión. Si consigue echarle un vistazo a la cara del hombre que prende la mecha, podrá reconocer una embriaguez, una fascinación que trasciende la simple diversión. Yo creo que tirar petardos contribuye a desfogar pasiones que de otra manera podrían convertirse en peligrosos impulsos. En cada uno de nosotros se esconde en el fondo, junto a otros muchos anhelos, el ansia de destrucción, en mayor y más elemental medida aquí en España que en ningún otro pueblo de Europa. Pues bien, estos tres días de ruido son para nosotros en cierto modo un sustituto de la guerra civil. Aquí se les da permiso a los jóvenes para que desfoguen sus instintos, y de manera similar usted, como sensato ciudada-

no centroeuropeo, se sentirá extrañado por todas nuestras fiestas: en todas partes rayan lo orgiástico y, si lo prefiere, el peligro de muerte. Tal vez ahora comprenda por qué las Fallas inocentes me entristecen: también aquí hubo originalmente algo de esta catarsis, de esta relajación de almas crispadas: ver quemar en efígie al hombre que les maltrata año tras año en el trabajo y al que no pueden replicar, ¡debe causar una furiosa satisfacción, una liberación, una gran paz!» (1952: 38-39).

Atormentado finalmente por el ruido de los petardos y de las fiestas hasta altas horas de la madrugada, Schmid decide realizar una breve excursión a Sagunto. A su vuelta asiste a una fiesta con baile, en la que queda escandalizado por la rigidez moral y la educación tan excesivamente religiosa y puritana de las mujeres. Su intento de hacerles ver la injusticia y la discriminación a las que están sometidas resulta, sin embargo, de lo más decepcionante para este suizo de espíritu claramente progresista y liberal. Aun mostrándoles el periodista su doble moral y su hipocresía, las mujeres que participan tímidamente de la conversación se muestran inflexibles ante sus argumentos y parecen considerarse plenamente satisfechas con el lugar que ocupan en la sociedad y en su familia:

El extranjero se imagina a la española como mujer ardiente y apasionada. ¡Carmen! Pero el amor que proviene de gitanos no tiene nada que ver con la dureza de las costumbres españolas. No, aquí la sensualidad ha sido reprimida hasta la estrangulación. La carne es pecado, así advierten los padres y enseña la Iglesia. De esta manera una capa gélida de puritanismo se cierra sobre los deseos prohibidos, una coraza tan gruesa e impenetrable, que incluso un roce ya no se considera tentación alguna. Con toda seguridad diferenciarás a una francesa de entre una docena de españolas a primera vista, pues cada poro de su piel emana libremente y sin pudor su sensualidad.

En medio de la fiesta cometí sin querer un error. El hijo de la casa había bailado todo el tiempo fielmente con su Juanita; pero cuando tras una pausa las parejas volvieron a formarse, le ofreció su brazo a una de sus primas. Juanita era, como he dicho, una bella muchacha, así que alegremente la invité a bailar. Me miró espantada, como si le hubiese susurrado algo terriblemente indecoroso, se sonrojó, miró bruscamente a su alrededor y negó con la cabeza. Me explicaron que a una novia<sup>11</sup> no se le permite bailar con otro hombre que no sea su novio,<sup>12</sup> a no ser que éste le haya dado su autorización expresa. ¡Siete años! se me pasó por la cabeza. Miré la hermosa criaturilla, que por la más absurda de las mojigaterías había sido privada de toda felicidad juvenil;

11. En español en el original.

12. En español en el original.

comencé a sentir una especie de rabia que borró todo el decente recato que me había esforzado diligentemente en adoptar y que dio paso a una auténtica indignación: «Pero eso es una locura», se me escapó. «Y una injusticia. El novio se elige alegremente a otra acompañante para el baile, pero la novia debe permanecer pacientemente sentada y rechazar igual que una monja cualquier otro tipo de acercamiento. ¿Por qué no se rebela contra esta doble moral?», le espeté a Juanita. Ésta solo sonreía. «¿Así que os quedáis de brazos cruzados ante la tiranía de los celos por parte de los hombres, sin exigir para vosotras el mismo derecho?», le pregunté. Mientras, Juanita había meditado su respuesta. «Nosotras amamos los celos de los hombres», explicó, «porque es señal de que nos desean. Si un hombre dejara de ser celoso, significaría que ya no nos ama, y eso sería terrible». Mientras, los demás jóvenes habían dejado de bailar y se habían acercado a nuestro grupo para escuchar. «¡Eso es grandioso!», protesté. «Así que les permitís a vuestros hombres tomarse vuestros celos y vuestro amor a la ligera, incluso divertirse con otras mujeres, y aceptáis como válidas para vosotras unas obligaciones morales de las que releváis a aquellos». A Juanita debió parecerle que este enfrentamiento verbal en presencia de su novio la estaba exponiendo demasiado y permaneció callada. La rubia afable me dio una respuesta en su lugar. «Llevamos bastante bien lo de nuestra doble moral», admitió escuetamente. «Aquí la mujer es la protectora del hogar y de la familia, y esa es una tarea muy elevada, casi sagrada. Que los hombres quieran divertirse es algo inherente a su condición y su naturaleza. No podemos exigir igualdad en estos términos, porque nuestra obligación y posición nos obliga a la pureza» (1952: 43-44).

Tras abandonar Valencia se dirige a Alicante, donde vuelve a tener una conversación controvertida: por un lado, con un simpatizante del régimen y de la Iglesia que considera que la acción católica se ocupa de los desfavorecidos con gran entrega y, por otro, con un «rojo», quien le habla no solo del hambre y las malas condiciones de vida, sino, sobre todo, del miedo a manifestar su descontento ante el Gobierno de represión franquista:

Me había despedido del hombre gordo, contento de haber encontrado al fin un habitante de Hispania feliz, y estaba paseando entre la coqueta multitud, cuando una figura oscura que apareció repentinamente de entre la oscuridad me sobresaltó. «No se lo crea, es mentira, es todo mentira», sonó junto a mí. Era el muchacho que había compartido banco con nosotros y había oído nuestra conversación. Susurrando conspirativamente dijo que apenas había podido contenerse ante la hipocresía del viejo. ¿Que no había hambre en España?! «En casa somos seis», dijo, «un padre y cinco hijos. Todos ganamos dinero y aun así no tenemos suficiente de comer». Él mismo trabajaba en una fábrica de zapatos por 15 pesetas al día. Pero no hacían buen negocio

porque el pueblo era demasiado pobre para comprar sus productos y se conformaba con alpargatas. El traje que llevaba era el único que tenía y se lo había ganado a base de horas extraordinarias. Sí, tenía novia, pero no se podían plantear una boda mientras él apenas tuviera suficiente para mantenerse a sí mismo. Cuando le pregunté si la Iglesia realmente se preocupaba por los pobres, se limitó a reír sarcásticamente. La Iglesia formaba parte de los explotadores. Antes Alicante tenía suficiente con cuatro iglesias. Ahora había veinte. A cambio, las gentes ahora se veían obligadas a vivir en cuevas en la montaña del castillo. Incluso de ahí se les había echado ahora, para que los extranjeros que querían contemplar el panorama no se sintieran ofendidos por su presencia. Él y sus hermanos nunca más pisarían una iglesia, al igual que la mayoría de trabajadores. Los domingos prefería descansar. Creía en la existencia de un ser superior a nosotros, pero sin duda ese no era el Dios de la Iglesia (1952: 50-51).

## HANS JOACHIM SELL

Verlockung Spanien (*Tentación España*, 1963)

Hans Joachim Sell le dedica a la piel de toro dos libros, el primero de los cuales, *Verlockung Spanien*, gozó de cierto éxito entre la crítica. A ello contribuyó sin duda el hecho de que Sell no solo era escritor, sino también germanista y doctor en etnología, lo cual se refleja en los profundos y exhaustivos análisis que hace de la sociedad española en general y de la valenciana en particular. Su interés por los procesos sociales y políticos, así como por el lugar que ocupa España en el contexto europeo, vienen determinados por su actividad de corresponsal en España desde 1960 hasta 1968, año en el que el Gobierno franquista le retiró su permiso de trabajo por su estilo excesivamente crítico con el régimen. Fue sobre todo en su segunda obra, *An Spaniens Fell zerren Dämonen* (*Demonios desgarran la piel de España*, 1968), donde más se refleja esa actitud. El dramático título hace referencia a la pintura fantástico-grotesca de Goya que representa los «demonios» de España y funciona a modo de indicador de la preocupante falta de libertad en el país, pero sin llamar la atención de la censura imperante. No obstante, prescindiremos en la presente antología de este relato de viajes a causa de sus escasas referencias a Valencia.

Gracias a su estancia prolongada en España, Sell posee, a diferencia de otros viajeros, una capacidad crítica y un conocimiento mucho más profundo de la sociedad española, algo que se refleja particularmente en el capítulo que le dedica

íntegramente a las Fallas de Valencia. Comienza el autor recordando su última breve visita a la ciudad, durante la cual le pareció un lugar feo, habitado por gente que no se esforzaba lo más mínimo en agradar al visitante. Sin embargo, ocho días de vibrante ambiente festivo entre explosiones y celebraciones hacen cambiar al escritor de parecer:

En mi recuerdo Valencia era una ciudad fea, llena de dinámica y palpitante vida —me recordaba a Lyon— una ciudad que no se esforzaba lo más mínimo por mostrar sus encantos ocultos al extranjero. Pero solo conocía la ciudad de pasada, de la breve parada antes de continuar el viaje hacia el sur.

Lo menciono nada más empezar porque es una experiencia que tal vez comparta conmigo algún viajero que, sin embargo y a diferencia de mí, no haya tenido ocasión de reconsiderar su primera impresión. Después de ocho días en Valencia tengo otra opinión. Vi la ciudad durante los ocho días de su gran fiesta primaveral, las Fallas, que comienzan el 11 de marzo y culminan en la noche al 20, el 19 es la festividad de San José. Es una celebración con un encanto muy particular, de carácter marcado y, pese a recordar al carnaval y sus desfiles, muy singular. No ha sido la fiesta en sí lo que me ha hecho cambiar de parecer, pero he conocido las antiguas partes de la ciudad vibrando bajo las explosiones de esta fiesta, en la violenta animación de una población que festeja con pasión extrema, y esta experiencia hace que ahora considere Valencia comparable a Florencia (Sell, 1963: 114).

Tras la búsqueda de diversas teorías en cuanto al origen de la fiesta valenciana por excelencia, Sell trata de explicar la evolución de esta, no solo desde el punto de vista de la complejidad técnica, sino también respecto al contenido crítico de los numerosos y carísimos monumentos falleros. Las alusiones a una mano férrea que decide lo que se puede o no representar y, por tanto, la crítica implícita a la censura del Gobierno franquista también son recurrentes en el relato de Sell:

En medio de este gusto por el derroche, un derroche por algo que está abocado a la destrucción, permanece despierto el sentido crítico de estas gentes. Antes, me explica un joven vigilante en el almacén de ninots, los barrios simplemente se dedicaban a mostrar y caricaturizar las debilidades de conocidos y vecinos. Con la falla se criticaba y glosaba y también se criticaban las propias fallas, es decir, se hacía crítica de la crítica. Pero —por desgracia— esos tiempos han pasado. Ahora, dice, se hace una crítica general de los tiempos modernos y eso es, sí, eso es aburrido, pues falta lo personal.

Retrospectivamente quisiera decir en este punto que considero que este joven tiene razón. Puesto que la crítica, que cuidadosamente excluye los ámbitos del Estado y de la Iglesia, se mantiene tan general y se limita efectivamente a los «tiempos modernos» y está sometida además a la censura,



una colosal ornamentación de problemas ampliamente conocidos, en cierto modo un lamento por las inevitables debilidades humanas que todo el mundo padece y que nadie va a cambiar, ocupa el lugar de la sátira ardiente (1963: 117-118).

En su visita a través del laberíntico recorrido de callejuelas, palacetes y locales del Barrio del Carmen, esta vez guiado por el escultor valenciano Pérez Contel,<sup>13</sup> el autor se extraña en repetidas ocasiones del extraño papel que se le asigna a la mujer en Valencia:

Caminamos por una calle donde la gente baila; la banda de música toca sobre un podio ligeramente elevado, la falla es una vaca –una metáfora de la mujer, esa *vaca*–,<sup>14</sup> y Contel me cuenta que un príncipe árabe, se dice, según si veía que en el hogar mandaba el hombre o la mujer, regalaba caballos o vacas. Pero siempre se veía obligado a regalar, no el caballo, sino la vaca, símbolo del poder de la mujer. «*Somos pícaros*»,<sup>15</sup> dice. Después de esta calle llena de gente bailando, un barrio en silencio a veinte metros de distancia. Son cambios bruscos sorprendentes, cambios que, según la opinión de mi acompañante, son típicos de esta ciudad. No hay en ella continuidad. Valencia es como un proyectil, un cohete (1963: 129).

Ante la pregunta de si las Fallas son una fiesta religiosa, el autor recurre a Joan Fuster para apoyar su respuesta negativa, seguramente no del todo consciente de la polémica que este provocó con la publicación de su obra *Nosaltres, els valencians* y su afirmación de la identidad nacional catalana de los valencianos (cf. Saz, 2009: 503 y ss.).

Pregunta: ¿Se trata aquí de una fiesta religiosa? Yo diría que no. Y hallé confirmación de mi opinión en Juan Fuster. Aunque estas Fallas hubieran comenzado como un culto al fuego, como contacto con los dioses, como fuego de la primavera, como fiesta primaveral cristianizada –hoy en día ya no son en esencia una fiesta religiosa–. San José no juega ningún papel, tampoco se trata ya de un culto, sino que el fuego perdura como fuego sin más. Fuster entiende la fiesta bajo el tenor de la crítica y la purificación. Esta crítica no tiene un objetivo pedagógico. No se hace con la intención de lograr

13. El escritor, escultor y cartelista Rafael Pérez Contel (1909-1990) fue miembro de la Alianza de Intelectuales Antifascistas durante la Guerra Civil española y es considerado miembro de la vanguardia artística valenciana de los años treinta.

14. En español en el original.

15. En español en el original.

que este o aquel defecto desaparezca —lo que se persigue es *mostrar, plantar* sin más, eso es todo—. Hay que ver el defecto, entretenerse con él, intentar arrebatárle un momento de diversión y entretenimiento, llenarlo de gracia y sátira natural, plantarlo —y esperar que todo ello contribuya a divertir a los conciudadanos— (1963: 133).

Finalmente, como la mayoría de los viajeros que visitan Valencia, también Sell aprovecha su estancia para visitar Sagunto, pero no el castillo, sino la «*zona naranjera*»<sup>16</sup> (1963: 136), y destaca la sensación de sosiego y tranquilidad en medio de una naturaleza que resulta anacrónica en su belleza:

A mano derecha, un hermoso borde de cipreses a modo de valla, hacia el que corre un gato. Cajas amontonadas, todavía vacías. Un burro de color gris rosáceo, enjaezado a un carro de labranza del mismo color, permanece inmóvil con la cabeza delante de los cipreses. Una imagen del tiempo que pasa. Herramientas empleadas con tranquilidad aumentan la tranquilidad de la naturaleza, que es una tranquilidad siempre laboriosa, cambiante y creadora. Muy de vez en cuando, un trabajador. Los hombres llevan camisetas azules, apropiadas para esta zona polvorienta. Me indican que de esta vestimenta de trabajo derivan las camisetas azules de la Falange (1963: 142-143).

## HANNS BUISMAN

Spanien (*España*, 1972)

Hanns Buisman es uno de los últimos viajeros alemanes que visitan la Valencia franquista, si bien el estilo de su relato está determinado de manera patente por la década en la que se sitúa. Y es que los años setenta suponen para España un nuevo posicionamiento en el marco europeo gracias principalmente al turismo.

Ya en la década de los sesenta, con la ayuda de capital extranjero, se habían sentado las bases de una incipiente política empresarial germano-española y pudo comenzar la industria turística española propiamente dicha. Si hasta ese punto Italia había sido destino preferido por los alemanes, en los años sesenta fue relevada por España, en especial la costa mediterránea (Costa Brava, Costa Dorada, Costa del Azahar y Costa Blanca), las Islas Baleares y las Canarias. Gracias a la creciente

16. En español en el original.

motorización y ampliación de la red de comunicaciones, el número de turistas alemanes comenzó a crecer de manera imparable. A pesar de la dictadura franquista, en los años sesenta se registraron más de seis millones de visitantes internacionales, la mayor parte provenientes de Alemania, cifra que iría aumentando exponencialmente a lo largo de las siguientes décadas. La inclusión de España en la ONU en 1955 entre otros acontecimientos políticos y sociales aumentaron la predisposición de los estados occidentales a establecer y normalizar relaciones político-empresariales con el país, contribuyendo las aspiraciones liberalizadoras y aperturistas a facilitar y acelerar este proceso, lo cual tuvo su reflejo en el número cada vez mayor de visitantes extranjeros.

La irrupción del turismo de masas supuso un punto de inflexión para el papel de España en el contexto europeo y fue decisiva para la definitiva desmitificación del país. Toda la costa de Levante alcanzó una popularidad internacional enorme dentro del sector turístico y a esta circunstancia cabe atribuir la proliferación de textos como el de Buisman, que son más una guía turística que un relato de viajes propiamente dicho.

Valencia en pocas palabras: 615.000 habitantes. Capital de la provincia de Valencia. Importante centro industrial y comercial. Universidad. Sede de un arzobispado. Conexiones aéreas con Barcelona, Ibiza, Madrid, Málaga, Sevilla y Palma de Mallorca. Tráfico marítimo con todas las localidades costeras, con las Baleares y las Islas Canarias. Trenes a Madrid, Barcelona, Zaragoza y Granada. Transporte urbano con autobuses y tranvías. Informaciones: D.G.T. en el ayuntamiento y en la oficina de información propia de la ciudad, Calle de la Paz 46 (Buisman, 1972: 136).

Con el comienzo de la segunda mitad del siglo XX nos encontramos con una situación literaria paradójica: por un lado, la facilidad, comodidad y rapidez del transporte posibilitan un crecimiento extraordinario de los desplazamientos, lo cual explica el hecho de que las publicaciones sobre España alcancen un número nunca visto hasta ese momento, pero, por otro lado, la literatura de viajes en su sentido literario más tradicional deja prácticamente de existir en el contexto Alemania-España. Y es que el *boom* turístico favorece la aparición de variantes propias dentro de la literatura de viajes que abarcan desde la guía turística y la revista, pasando por manuales de supervivencia o prontuarios para aprender a adaptarse al país o familiarizarse con un aspecto determinado de su cultura (gastronómica, musical, folclórica, artística, etc.), hasta folletos publicitarios de agencias de viajes. Todas ellas privan en cierta medida al género original de su función. La democratización de antiguos privilegios sociales y el creciente impulso de un proceso

globalizador, tanto económico como cultural, han generado un turismo de masas que es a la vez responsable de un nuevo entendimiento del viaje que se aleja del tradicional viaje formativo (*Bildungsreise*) para dar paso al simple viaje de placer (*Vergnügungsreise*), limitándose su plasmación escrita a menudo al simple recuerdo de un turismo vacacional.

*Spanien* propone al lector toda una serie de consejos prácticos que van desde la elección de la ruta y los diferentes medios de transporte hasta información sobre precios, gastronomía y alojamientos, además de ofrecer tras la introducción un breve y esquemático resumen de la historia de España. Es sobre todo en la referencia a la costa levantina y a sus playas como destino para el nuevo viajero-turista donde más se aprecia la modernidad que irrumpe con fuerza en una España que experimenta una realidad cambiante desde el punto de vista tanto político como sociocultural.

España, para unos una sucesión de playas, para otros un enorme número de iglesias románicas y góticas. Para unos es una profusión de aromas, de griterío, de sucesos coloridos, para otros una vida dura, difícil de soportar, que se sigue desarrollando casi exclusivamente, igual que antaño, entre cuatro paredes de barro y un alejado huerto. Sin duda España ya no es lo que era hace 25 años –pero por qué senderos discurrirán las diferentes fases de su desarrollo, eso no lo tienen claro ni los propios españoles–. País de republicanos, de monárquicos, de «fascistas»... Podríamos continuar con esta enumeración, pero el lector lo sabe por experiencia propia: el país no es solo eso, sino que se sitúa más allá de todo prejuicio e intento de definición (1972: 9-10).

En la guía de Buisman, Valencia, con sus 615.000 habitantes y su extensa red de vías de comunicación tanto terrestres como aéreas, ya se muestra como una ciudad moderna y un importante centro industrial y comercial. Los recursos territoriales turísticos de la ciudad destacados por el autor son el centro histórico (Miguelete, Catedral y Tribunal de las Aguas), las Fallas y, sobre todo, su costa. A partir de ahí pasa a describir brevemente la ruta por el Grao hacia la Albufera, para luego continuar por Sueca hasta Gandía, que ya se ha convertido en referente turístico del por entonces todavía denominado Reino de Valencia o País Valenciano:

Al sur de Gandía comienza, después de que la costa hasta este punto se haya denominado Costa del Azahar, la zona recreativa y de veraneo de la *Costa Blanca*. A partir de ahora se repite la misma imagen en todas partes: Donde antes había pequeños pueblos de pescadores, ahora se alza una larga serie de altos edificios y construcciones de hormigón con apartamentos y modernos hoteles. Las ristras de humildes casas de un piso, antaño habitadas por

pescadores, se han transformado en lujosas tiendas y salas de fiestas, entre las que se apiñan masas de veraneantes con ropa colorida y una inquietante cantidad de coches. Todo comenzó a finales de los años cincuenta en *Benidorm*, 40 km al norte de Alicante. Por aquel entonces, la bonita y pequeña ciudad con su pintoresca colina entre dos hermosas playas de arena contaba con cerca de 5.000 habitantes. Solo diez años más tarde, varias filas de altos edificios se extendían a lo largo de seis kilómetros de playa. En temporada alta, la ciudad aloja a más de 80.000 personas. Un desarrollo similar han experimentado las poblaciones de Jávea, Moraira, Calpe, Altea y Villajoyosa (1972: 146-147).

Tras Valencia, el autor dedica un capítulo a Alicante y hace referencia a otros destinos turísticos de la zona, tanto de la costa como del interior. Destaca los hermosos paisajes de la Costa Blanca y de sus pueblos costeros, que todavía no se han visto demasiado afectados por la construcción masiva de apartamentos y hoteles, y continúa su itinerario hacia Alicante, Elche y Murcia.

A pesar de todo ello, el exceso de acero y hormigón apenas ha perjudicado el paisaje. El mar sigue siendo tan azul y tan inmenso como siempre y la frondosa vegetación mantiene a raya a los molestos testigos de la civilización moderna. Sobre todo en el norte, donde hasta ahora ha sido más profunda su transformación, la Costa Blanca sigue siendo una de los litorales más hermosos de Europa. En Jávea, situada en la maravillosa bahía entre el Cabo San Antonio y el Cabo de la Nao, la D.G.T. ha construido un hotel cuyos jardines son de los más bellos de España. Al este de Calpe sobresale del agua al final de una península de escasa elevación el colosal *Peñón de Ifach*, convertido en emblema de toda la región. Esta roca de más de 300 metros de alto se parece a una esfinge; como ella, también está rodeada de misterio y de toda clase de leyendas y mitos. Quien esté en forma puede alcanzar su solitaria cima por un empinado camino. Ni siquiera los testigos del pasado han desaparecido del todo. En Altea y, sobre todo, en Villajoyosa, donde todavía existen restos de antiguas murallas romanas, se siguen encontrando rincones medievales. Entre antiguas casas enclavadas uno hallará huellas de auténtica vida española (1972: 148-149).

Buisman se permite pocas digresiones subjetivas o reflexiones críticas y, cuando las hace, estas se limitan a aspectos más bien superficiales, con lo cual el libro aporta poca información sobre las experiencias interculturales y percepciones propias de un viajero, pero constituye una valiosa y fidedigna descripción del paisaje costero de Valencia antes de la gran burbuja inmobiliaria que está a punto de alterar irreversiblemente el litoral valenciano.

WOLFGANG ABEL, MICHAEL MÜLLER Y CORNELIA STAUCH

Spanien. Ein Landschafts- und Erlebnisführer für Individualreisende (*España. Una guía de paisajes y vivencias para viajeros individualistas*, 1985)

El restablecimiento de la democracia en España después de la muerte de Franco supone para la ciudad de Valencia no solo un profundo cambio político sino también social. Con los años ochenta, la imagen de Valencia resulta ya mucho más europeizada y cercana que la exótica provincia de reminiscencias orientales del pasado.

La coyuntura económica permitió la rápida proliferación de una infraestructura turística estable y moderna y trajo consigo mejoras sustanciales en la urbanización de la ciudad. Sin embargo, este desarrollo urbanístico también tiene su lado oscuro: enfrentado cada vez con mayor frecuencia a graves delitos ambientales, testigo de la destrucción sistemática de la naturaleza y de las consecuencias de una civilización que se desmorona por el consumismo y una construcción incontrolada, el viajero de finales del siglo XX que quiere diferenciarse del turista de masas va en busca de espacios que todavía conserven su espíritu original y no contaminado por la decadencia occidental y la burbuja inmobiliaria. Así, esta guía de viajes, que como tal se define en el subtítulo, indicando claramente su carácter exclusivo («para viajeros individualistas») busca precisamente la España alejada de la masificada costa:

#### ESPAÑA ES UNA CATÁSTROFE

... si uno no tiene claro dónde y cuándo tiene que ir.

Nosotros nos hemos bañado en la costa mediterránea por usted, hemos probado estrellitas y flamenco –y entonces nos atrajo el gran cielo: bajo viejos olivos, a través de naranjales, a playas olvidadas y calurosas, a fuentes de tapas y jerez–.

En nuestro libro sobre España hallará dónde masas de hormigón, desiertos de apartamentos y Viennersnitzel<sup>17</sup> le van a amargar el buen humor; y averiguará cómo salir de la costa para ir a España. Así que, si no quiere asarse en Benidorm o en Torrrrrremolinos [sic], sino que desea caminar por caminos de cabras a través de Castilla, tiene ganas de ver la verde Galicia o

17. Los autores se refieren al «Wiener Schnitzel», un típico filete empanado, muy común en Alemania y Austria, pero ridiculizan su pronunciación para poner en evidencia a aquellos viajeros que se limitan a consumir solo aquellos productos que conocen de su lugar de origen.

quiere comer, beber y alojarse bien en España, entonces está usted invitado. ¡Vamos!<sup>18</sup> (Abel *et al.*, 1985: 3).

El lenguaje cotidiano, salpicado de frases y expresiones coloquiales, en ocasiones incluso vulgares, busca acercarse de manera informal al lector y viajero moderno. Al igual que cualquier guía de viajes, el libro comienza facilitando información general sobre orientación, transportes, alojamiento, etc., así como un breve repaso por la historia de España, pero hace hincapié en los cambios que ha sufrido y lo pernicioso que ha sido la influencia del turismo de masas en los antaño hermosísimos y tranquilos paisajes de la costa.

No es de extrañar por tanto que la ciudad de Valencia, si bien se le dedica uno de los capítulos de la guía, no salga muy bien parada. Los tres viajeros muestran su profunda decepción ante lo que en los años cincuenta era un vergel y ahora es un lugar monstruoso, en el que nadie desea quedarse mucho tiempo:

Por desgracia, la zona costera alrededor de Valencia también muestra la imagen ya conocida de otras muchas grandes ciudades españolas: un viaje kilométrico a través de tristes suburbios industriales, fabricuchas que apenas se diferencian de basureros. En medio de todo, el interminable verde de los campos de cítricos, los más grandes de España. Durante el verano, la contaminación y el calor cubren el mar de árboles, pero en invierno brillan los frutos maduros y compensan un poco la tristeza de los degradados y destaralados barrios periféricos de la tercera ciudad más grande del país después de Madrid y Barcelona. [...]

Valencia es hoy en día, junto a Barcelona, la metrópolis industrial y comercial más importante del Mediterráneo, además del más importante centro de distribución de productos agrícolas que crecen durante el invierno en el sur de España. El desarrollo a lo largo de los últimos años ha sido enorme y todavía continúa. Hace tiempo que la gran Valencia dejó de ser una encantadora región de naranjas, aunque muchos libros de viaje la sigan alabando como tal. Valencia es un monstruo, eso lo sabe todo aquel que durante el verano se ha esforzado por atravesar los suburbios y ardientes abismos de calles hasta el desconcertante centro. Resumiendo: no es una ciudad en la que uno desee permanecer mucho tiempo (1985: 94-96).

De la ciudad los autores destacan la ya denominada plaza del País Valenciano, aunque solo como centro comercial y administrativo. De manera muy escueta y

18. En español en el original.

rápida se enumeran los diversos monumentos y museos para finalmente mencionar El Saler y el sistema de lagunas de la Albufera, acabando el capítulo con otra alusión a la construcción desmedida y «arquitectura de masas» en la costa, que se presenta aquí con un nombre ya plenamente incorporado al vocabulario geográfico-turístico: Costa del Azahar.<sup>19</sup>

Los últimos kilómetros de la Costa del Azahar tienen pocos aspectos agradables que mostrar: El interior se transforma más y más en un desolado desierto de montaña sin apenas vegetación. Las edificaciones en la costa van en aumento, triste arquitectura de masas en una paisaje yermo. De la manera más extrema en y alrededor de Cullera. En estos silos la clase media de Madrid ha querido hacer realidad su sueño de frescor estival... (1985: 100).

## BEAT STERCHI

Going to Santiago. Spanien Fahrten Fährten Feste (*Going to Santiago. España viajes rutas fiestas*, 1995)

La carrera del autor suizo Beat Sterchi (Berna, 1949) le ha llevado desde su Suiza natal a Canadá, de ahí a Centroamérica y, de vuelta en Europa, al pueblo castellonense de Morella, donde residió desde 1984 hasta 1994. Durante estos años publicó para el periódico *Wochenzeitung* (WoZ) artículos sobre sus experiencias en España, que se reúnen en esta especie de antología. El capítulo que dedica a Valencia («Baile de pirómanos») narra su visión de las Fallas en el año 1988, si bien no pretende ser una guía de viajes ni tampoco ofrecer consejos a posibles visitantes, sino un cúmulo de reflexiones espontáneas y de asociaciones que despiertan los diversos lugares y espectáculos que descubre. Sterchi es un viajero crítico y presta especial atención a todo aquello que se pueda relacionar o contraponer a su Suiza natal, a menudo acompañado de un toque de humor cáustico.

19. Se trata de una marca turística nacida en 1965 gracias a una orden ministerial del por entonces ministro de Información y Turismo, Manuel Fraga. Como apunta Obiol:

«Parece ser que con el sustantivo *azahar* querían conjugarse las “... características geográficas, físicas, clima, ambiente, productos, floración etc.” que apuntaba la citada orden, y un cierto regusto matrimonial, para que las parejas escogieran este litoral como referencia para sus viajes. Quizá quería capturarse la esencia del litoral del golfo de Valencia y se estimó que el nombre de la flor de naranjo, el cultivo valenciano por antonomasia, podía ser referente para el desarrollo del turismo de “sol y playa”» (Obiol, 2002: 88-89).



Por la noche tuvo lugar el primer castillo de fuegos artificiales. Gigantesco y derrochador. La fiesta había comenzado. Durante el año Valencia es una ciudad ruidosa y nerviosa que esconde sus encantos barrocos bajo polvo y escombros. Valencia también tiene mala fama por sus miserables rateros y sus ladrones de coches sin fantasía. Y encima ahora los empleados de hotel estaban de huelga. Pero cuando el lunes a las dos sonaron los dos disparos de aviso y a continuación explotaron con el volumen de morteros los primeros petardos amontonados y oficialmente colocados ante el ayuntamiento, todo cambió de repente. Primero pensé en las guerras de este mundo, en todas las imágenes que de ellas tenemos en la cabeza.

Me sobrevino el pensamiento de que esto era como Vietnam, pero entonces me di cuenta de que hasta ese momento yo no había tenido ni idea de la verdadera proporción que podían llegar a alcanzar el ruido y estruendo (Sterchi, 1995: 125).

A diferencia de la mayoría de visitantes, que quedan profundamente impresionados por la magnitud y espectacularidad de los monumentos falleros, Sterchi los encuentra horribles y de mal gusto:

Una *falla* es una enorme figura de colores chillones hecha de madera y cartón-piedra, rodeada de grupos más pequeños de muñecos supuestamente satíricos, los llamados *ninots*, por lo general con la misma estética barroca y fea, que se supone forman una unidad temática. Salvo contadas excepciones, su estilo es por lo común espantosamente grotesco y ridículo, totalmente desagradable a la vista e incluso de mal gusto. Para un no-valenciano parecen intercambiables y aleatorias, como los restos desordenados de un parque de atracciones chabacano, su humor está anticuado y es mojigato, y su tamaño colosal todavía es reflejo de aquella estética que dominaba todo en tiempos de la dictadura (1995: 129).

Tampoco los valencianos salen demasiado bien parados cuando el autor realiza un estudio de las masas que se mueven por las calles admirando la «cursilería de las pseudo-obras de arte» (1995: 131):

Entretanto habían llegado los vendedores ambulantes, en todas partes habían montado sus tenderetes y la ciudad acabó de convertirse en una casba. Ahí estaban, de nuevo, las típicas caras españolas ovaladas, todas esas cabezas de campesinos pequeñoaburguesados, todos esos cantos todavía faltos de limar y pulir. Ahí estaba también el inconfundible hombre meridional con el palillo en la comisura de los labios y la prensa deportiva bajo el brazo, ahí estaba la joven madre de aspecto pálido con el cochecito de bebé que

fumaba sin parar, ahí estaba el señor<sup>20</sup> de pelo engominado con zapatos de charol y papada que sudaba copiosamente dentro de su traje y que con su afectada pose de presunción recordaba a tiempos pasados. Ahí estaba también la abuela que se dejaba llevar a ambos lados por sus hijas o nueras, a pesar de que probablemente ni siquiera necesitara su ayuda, y el viejo hombre de campo que seguía maravillándose de casi todo, todos ellos iban formales de *falla* en *falla*, se paraban de vez en cuando, se secaban la frente con un pañuelo bordado, se quitaban los zapatos para, apoyados contra una pared, frotar brevemente un dolorido pie contra el otro (1995: 131).

Si bien la fallera mayor parece merecer algo más de benevolencia del autor, también en su descripción se percibe el profundo desprecio que siente por estas fiestas que tan anacrónicas y absurdas le resultan:

Tal y como es de esperar en una gran fiesta española, los habitantes de Valencia han elegido una reina. No se llama ni Carmen ni Pilar, tampoco Montserrat ni María, sino Marta. Es estudiante de Empresariales, tiene una mirada cálida e inteligente y, sin duda, es muy atractiva, pero en su elaborado traje regional parece más bien buena chica y conservadora que majestuosa, y en su papel anacrónico tampoco parece muy feliz (1995: 132).

Cansado del agobiante tumulto y ruido, el autor se desplaza a la playa de la Malvarrosa, donde decide comer en el afamado restaurante La Pepica que, gracias a la visita en su día de Hemingway, ha pasado a ocupar un lugar en la literatura mundial.

Disfrutando del contraste que produce el tranquilo paisaje primaveral que ofrece el Mediterráneo, describe el apoteósico final de fuego de las Fallas como un «baile de pirómanos», tras el cual, al fin, «se extendió una agradable tranquilidad, y si es cierto que el invierno se espanta con fuego y ruido, en Valencia deben haberlo perdido de vista por una larga temporada» (1995: 134).

## CONCLUSIONES

Tal y como hemos podido comprobar a lo largo de estas páginas, la imagen de Valencia se convierte durante el siglo XX en una topografía cultural que se nutre con frecuencia de imágenes estereotipadas que se han ido heredando de un viajero

20. En español en el original.

a otro y de impresiones condicionadas por representaciones mentales previas, si bien existen algunos intentos de mostrar la ciudad con mayor realismo y contemporaneidad, hecho que, sin duda, viene condicionado por los turbulentos acontecimientos políticos de la primera mitad del siglo. A partir de la década de los años sesenta, este tipo de relato, hasta ahora basado en las percepciones y reflexiones durante un viaje de formación y cultural, cede el terreno a textos más divulgativos y turísticos. El aumento del bienestar económico ha ido a la par con una cierta pérdida de identidad cultural (cf. Opaschowski, 2001: 77), responsable de que la literatura turística de viajes en el umbral del siglo XXI muestre, o bien una España idealizada o estereotipada, o bien deteriorada y decadente, y así la capital del Turia y la costa levantina experimentan su avance imparable hacia la modernidad dejando atrás sus reminiscencias orientales para convertirse en un paraíso vacacional o en una pesadilla urbanística.

## BIBLIOGRAFÍA

### *Fuentes*

- ABEL, Wolfgang; Michael MÜLLER y Cornelia STAUCH (1985): *Spanien. Ein Landschafts- und Erlebnisführer für Individualreisende*, Badenweiler, Oase.
- BUISMAN, Hanns (1978) [1972]: *Spanien*, Olten und Freiburg im Breisgau, Walter-Verlag.
- BÜRGER, Otto (1924) [1913]: *Spaniens Riviera und die Balearen. Eine gemächliche Frühlings- und Sommerreise*, Leipzig, Dietrich'sche Verlagsbuchhandlung.
- DANIEL, Hermann Adalbert (1872) [1860]: *Handbuch der Geographie, zweiter Theil. Die europäischen Länder außer Deutschland*, Leipzig, Fues's Verlag. Disponible en línea: <[https://books.google.es/books/about/Handbuch\\_der\\_Geographie.html?id=wMdSAAAcAAJ&redir\\_esc=y](https://books.google.es/books/about/Handbuch_der_Geographie.html?id=wMdSAAAcAAJ&redir_esc=y)> (consultado: 10/11/2017).
- FISCHER, Christian August (1803): *Gemälde von Valencia. Erster Theil*, Leipzig, Heinrich Gräff.
- (2008): *Cuadro de Valencia (Gemälde von Valencia)*, coordinado por Berta Raposo Fernández, Valencia, Biblioteca Valenciana.
- KLIMSCH, Dr. Robert (1912): *Spaniens Städte, Land und Leute. Nach Gegenwart und Geschichte*, Einsiedeln/Waldshut/Colonia, Verlagsanstalt Benziger & Co.
- MAYRHOFER, Johannes (1918) [1915]: *Spanien. Reisebilder*, Freiburg im Breisgau, Herdersche Verlagshandlung.

- SCHMID, Peter (1952): *Spanische Impressionen. Ein Reisebuch*, Stuttgart, Deutsche Verlags-Anstalt.
- SELL, Hans Joachim (1976): *Verlockung Spanien. Erfahrung und Erlebnis*, Waldkirch, Waldkircher Verlagsgesellschaft.
- STEGMANN, Anton (1928): *Ins Herz Spaniens. Reiseerzählung nach Tagebuchblätter eines Hochscholstudenten*, Heilbronn, edición propia.
- STERCHI, Beat (1995): *Going to Santiago. Spanien Fahrten Fährten Feste*, Zürich, WoZ im Rotpunktverlag.

### *Literatura secundaria*

- LEERSSEN, Joep y Manfred BELLER (eds.) (2007): *Imagology. The Cultural Construction and Literary Representation of National Characters: a Critical Survey*, Rodopi/Ámsterdam/Nueva York.
- MARTÍNEZ, Pedro Jesús (2003): *Libros de viajes alemanes e ingleses a España en el siglo XX*, tesis doctoral dirigida por el Dr. Jaime Cerrolaza, Madrid, Universidad Complutense.
- OBIOL MENERO, Emilio M. (2002): «Marcas turísticas y territorio. Un análisis geográfico del turismo valenciano», *Cuadernos de Turismo*, n.º 4, pp. 85-101.
- OPASCHOWSKI, Horst W. (2001): *Das gekaufte Paradies. Tourismus im 21. Jahrhundert*, Hamburgo, Germa Press.
- SAZ, Ismael (2009): «La dictadura franquista», en Jorge Hermosilla Pla (coord.): *La ciudad de Valencia: historia, geografía y arte de la ciudad de Valencia*, vol. I, *Historia*, Valencia, Universitat de València, pp. 487-506.
- STECHOW, Eberhard (1955): «Bürger, Heinrich Otto Wilhelm», *Neue Deutsche Biographie*, 2. Disponible en línea: <<http://www.deutsche-biographie.de/pnd117142689.html>> (consultado: 10/11/2017).

## ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Abderramán 115  
Abel, Wolfgang 198  
Alejandro VI, papa 65  
Alfonso V 130  
Arabet, Pedro 39  
Aranda, conde de 33  
Arcos, duque de 25  
Arniches, Carlos 173  
Artes, Francisco de 52  
Azaña, Manuel 173
- Bastiano, Graf 97, 115-122  
Baumstark, Reinhold 122-124, 127  
Beauregard Pandin → Jariges, Karl F.  
Beltrán, Luis (santo) 20-21, 171  
Ben Taber 113  
Benavente, Jacinto 173  
Blasco, Vicente 53  
Borja, César 174  
Brauchitsch, Heinrich von 98  
Brixen, Hartmann von 18  
Buisman, Hanns 194-197  
Bull, Ole 144  
Bürger, Heinrich Otto Wilhelm 176-181
- Cabrera, general 65  
Calderón de la Barca, Pedro 122, 123, 151  
Calixto III 71  
Carbonell, Francisco 128  
Carlos de Habsburgo, archiduque 21, 29  
Carlos III 29, 35, 39, 85  
Carlos IV 53, 56, 129, 155  
Carlos V 84, 86  
Casan, Batista (Bautista Casañ) 137  
Cavanilles, Antonio José 87, 171  
Cervantes, Miguel de 57, 122, 123  
Cid Campeador, el 10, 62, 63, 69-72, 76, 82, 85, 92, 97, 100, 102, 103, 106, 107, 111-113, 116, 118, 122-124, 127, 130, 134, 146, 155, 160  
Clarus, Ludwig 124  
Constantino, emperador 113
- Daniel, Hermann Adalbert 169, 170  
D'Arregio, Paolo (Paolo de San Leocadio) 95  
Delius, Eduard 79

- Di Napoli, Francesco (Francesco Pagano) 95  
 Diebitsch, Carl von 98  
 Don Quijote 57, 123  
 Durero, Alberto 151
- Ebeling, Christoph Daniel 23  
 Emericus Halensis → Fischer, Emmerich  
 Escolano, cronista 113  
 Espinosa, Jerónimo Jacinto de 85, 171
- Falke, Jakob von 138  
 Felipe II 125  
 Felipe V 21, 29, 133  
 Fernando I de Aragón, el Católico 14, 87  
 Fernando IV 66  
 Fernando de León 63  
 Ferrer, Bonifacio 52  
 Ferrer, Vicente (santo) 20, 52, 86, 113, 155, 171, 179  
 Fiamingo, Dionisio 53  
 Fischer, Christian August 9, 17, 47, 55, 57, 100, 102, 170  
 Fischer, Emmerich 17-23, 56, 58  
 Fraga Iribarne, Manuel 200  
 Francisco (santo) 144, 146  
 Franco, Francisco 187, 188, 198  
 Fuster, Joan 193
- Gandía, duque de 31  
 Geibel, Emanuel 182  
 Gellée, Claude 65  
 Germana de Foix 87  
 Gerold, Moritz Ritter von 134  
 Gerold, Rosa von 134, 141  
 Godoy, Manuel 54  
 Goethe, Johann Wolfgang 51, 81
- Goya, Francisco de 191  
 Guillén de Castro 171
- Hackländer, Friedrich Wilhelm 70, 72, 98, 99, 102-108, 111  
 Hahn-Hahn, Ida 76, 78, 79, 98, 126  
 Hemingway, Ernest 202  
 Herder, Johan Gottfried 62, 63, 76, 103, 106, 111, 123, 124  
 Hoffmeister, Heinz 156-159  
 Höfken, Gustav 99  
 Holberg, Ludvig 151  
 Huber, Victor Aimé 62, 68-70, 72, 73, 75, 98, 105, 107, 109-111  
 Humboldt, Wilhelm von 17, 47, 55, 56
- Ibn Yahhaf, cadí 97  
 Inocencio IV, papa 86  
 Isabel II 127, 144
- Jaime Alfonso, *el Barbudo* 68  
 Jaime I de Aragón, *el Conquistador* 34, 36, 72, 85, 100, 127, 172, 177  
 Jariges, Karl Friedrich von 17, 47-53, 56  
 Jenne, Franz 17, 37, 38, 40-43, 45, 47, 49, 56  
 José I 64  
 Juan de Juanes 53, 84, 85, 97, 150, 171
- Klimsch, Robert 167-172, 174-177
- Leitzmann, Albert 56  
 León, Ricardo 173  
 Leonardo da Vinci 53  
 Llorens, Cristóbal 87  
 Loning, Adolf 99

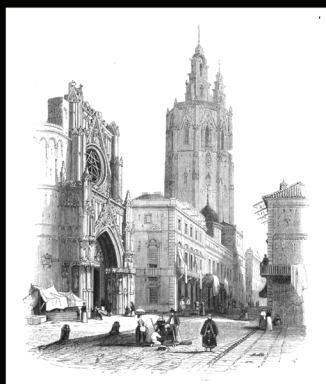
- Lope de Vega, Félix 122, 123, 144  
 López, Vicente 85  
 Lorinser, Franz 99  
 Lorrain → Gellée, Claude  
 Lucas (santo) 71  
 Luis Fernando de Baviera 172  
 Luis, obispo (santo) 19
- March, Esteban 85  
 Margarita de Prades, reina 71  
 María Paz de Borbón 172  
 Martín, Manuel 33  
 Martín I el Humano, rey 71  
 Martínez, Pedro Jesús 181  
 Mas, Regino 187  
 Mayans, Antonio 30, 31  
 Mayans, Gregorio 23, 30, 31, 37  
 Mayrhofer, Johannes 172, 174, 175, 176  
 Mendizábal, Juan (Álvarez) 145  
 Mendoza, Rodrigo de 130  
 Michaelis, Johann David 23  
 Minutoli, Julius 99  
 Moncey, mariscal 72, 102  
 Monescillo y Viso, Antonio 154  
 Müller, Michael 198  
 Muñoz Seca, Pedro 173  
 Münzer, Hieronymus 13  
 Murillo, Bartolomé Esteban 53, 135
- Napoleón 61, 72  
 Neumayr von Ramssla, Hans Chilian 14  
 Neumayr von Ramssla, Johann Wilhelm 14
- Orga, José de 52  
 Orga, Tomás de 52  
 Ortega y Gasset, José 173
- Pagano, Francesco 95  
 Palomino, Antonio 33  
 Passarge, Ludwig 141-149, 152  
 Pérez, Pedro 78  
 Pérez Bayer, Francisco 23  
 Pérez Contel, Rafael 193  
 Pérez Galdós, Benito 173  
 Pestalozzi, Johann Heinrich 54  
 Plüer, Carl Christoph 17, 23, 27, 29, 30, 33, 37, 43, 49, 56, 57  
 Popplau, Nikolaus 13  
 Prado, Juan de 33
- Quandt, Johann Gottlob 99
- Ribalta, Francisco 84, 85, 87, 171  
 Ribera, José de (*el Españoleto*) 65, 85, 171  
 Rigel, Franz Xaver 63-67  
 Robillard, Jean 128, 129  
 Rochau, Ludwig von 91-94, 96-100, 102, 103, 105, 109  
 Rozanski, Felix 13
- Sales, Agustín, 32, 35  
 San Leocadio, Paolo de 95  
 Sancho Panza 123  
 Sansovino, Jacopo 53  
 Sariñena, Juan 87, 106  
 Sassoferrato 150  
 Scheidt, Hieronymus 14, 15  
 Schlesinger, Johann Jacob 98  
 Schmid, Peter 185-189  
 Schmucki, Anton 169  
 Sell, Hans Joachim 191, 192, 194  
 Stauch, Cornelia 198  
 Stegmann, Anton 181-185

- |                                         |                                                                                         |
|-----------------------------------------|-----------------------------------------------------------------------------------------|
| Sterchi, Beat 200, 201                  | Virués, Cristóbal 171                                                                   |
| Stolz, Alban 98                         | Visme, Louis de 23                                                                      |
| Studer, Friedrich 17, 54, 55, 57        | Vives, Juan Luis 171                                                                    |
| Suchet, Louis Gabriel (mariscal) 64, 72 |                                                                                         |
|                                         | Wattenbach, Wilhelm 126, 127, 129, 131, 132, 134                                        |
| Thienen-Adlerflycht, Karl 112-114, 134  | Weber, Carl Maria von 103                                                               |
| Tiziano 53                              | Welsch, Hieronymus 15                                                                   |
| Tomás (santo) 153, 171, 174             | Wilkomm, Heinrich Moritz 63, 80, 81, 83-85, 87, 88, 90, 98, 100, 126, 128-130, 134, 139 |
| Tosca, Vicente 33                       | Wolff, Pius Alexander 103                                                               |
|                                         | Wolzogen, Alfred von 98, 99, 101, 102                                                   |
| Unamuno, Miguel de 173                  |                                                                                         |
|                                         | Ximena 113, 118, 134, 146                                                               |
| Vaerst, Baron von 99                    |                                                                                         |
| Velázquez, Diego 53                     | Ziegler, Alexander 99                                                                   |
| Vélez de Guevara, Luis 52               | Zöggeler, Alois 153, 155                                                                |
| Vergara, Ignacio 85                     |                                                                                         |
| Vicente (mártir, santo) 113, 155        |                                                                                         |





Pese a su importancia como testimonio histórico-cultural, los relatos de viajeros procedentes del ámbito lingüístico alemán que visitaron España han sido poco estudiados por la crítica especializada hasta el momento. La presente monografía pretende suplir esta carencia y realizar una nueva aportación a esta temática, mostrando la evolución imagológica de Valencia transmitida por estos viajeros y poniendo de manifiesto la relevancia internacional de la ciudad y su entorno mediante la traducción y el comentario crítico de una selección de fragmentos de textos inéditos escritos entre los siglos XVIII y XX. La imagen resultante oscila entre la fascinación, la extrañeza y el rechazo, dejando sorprendentes cuadros de gentes, lugares, usos y costumbres, que explican algunas de las imágenes (¿distorsionadas?) que en la actualidad impregnan la visión que se tiene de esta «tierra elegida de Dios» y de sus «fogosos hijos de la naturaleza» dentro y fuera de sus fronteras.



A. F. Pannemaker,  
*Valencia* (1847)

